

# MI LUCHA

ANTECEDENTES IDEOLÓGICOS DE UN  
CONTROVERTIDO LIBRO

JULIO ROLDÁN



Dedicado,  
a la memoria de la resistencia clandestina que, en Alemania como en  
otros países del mundo, luchó en contra del fascismo.



“Toda rama del saber está pidiendo una segunda, y ésta una tercera, y así sucesivamente; lo mismo da rastrear el árbol por la raíz o por sus brotes y ramas, pues siempre de lo uno sale lo otro, y cuando más vida adquiere en nosotros un conocimiento, con tanta mayor fuerza nos veremos impelidos a seguir investigándolo por arriba y por abajo, en toda su completa estructura”.

Johann Wolfgang Goethe,

Tag und Jahreshefte (1807)



## ÍNDICE

Prólogo	9
<b>PRIMER CAPÍTULO</b>	
Mi lucha. Antecedentes ideológicos de un controvertido libro	19
Consideraciones de un apolítico. Tomás Mann	43
Prusianismo y socialismo. Oswald Spengler	59
El judío internacional. Henry Ford	72
Mi lucha. Adolfo Hitler	97
Mefisto. Klaus Mann	125
<b>SEGUNDO CAPÍTULO</b>	
Schiller-Wilde. De la rebeldía al socialismo	147
Los bandidos	153
Guillermo Tell	175
El ruiseñor y la rosa	191
El alma del hombre bajo el socialismo	206
<b>TERCER CAPÍTULO</b>	
Grandezas y miserias de la emigración europea	229
Alemania mestiza	233
Una ciudad como muestra	236
Mitos que renacen	238
Alemania en la encrucijada	251
<b>CUARTO CAPÍTULO</b>	
San Petersburgo. El espíritu imperial	267
Dostoievski-Tolstoi. Heraldos de la revolución	276

Judíos. Alemanes. Comunistas	286
10 días que estremecieron al mundo.	305
Un siglo después	316
<b>QUINTO CAPÍTULO</b>	
Un ciudadano del mundo en el país de los arios	323
Tiempo y espacio	324
El mestizaje a flor de piel	334
Mujeres. Velo. Nariz.	337
Religión de Estado. Estado de la religión	342
Fuego en las fronteras. Levantamiento de sanciones	349
Razón versus locura legalizada	357
Notas	365
Bibliografía	373



## PRÓLOGO

Es menester advertir al lector, en esta parte de la presente investigación, que el presente libro no obedece a un plan de antemano cavilado. En otras palabras, no es un libro orgánico. Las partes que conforman este libro no tienen una lógica que los vincule de principio a fin. Con excepción del primer y el segundo capítulos, que los escribí sin interrupción, los demás capítulos son consecuencia de una producción efectuada en los últimos tres años, con algunos intervalos inevitables.

En cuanto a la temática, los tres primeros capítulos están dedicados a analizar y comprender algunos acápites de la generosa vida, pasada y presente, del país donde reside el autor: Alemania. Los dos capítulos restantes, si bien es verdad que tienen vinculación con los anteriores, en general trascienden a este país. El quinto y último capítulo va más allá del continente europeo.

El primer capítulo del libro, que a la vez da nombre al tratado en su conjunto, se titula: *Mi lucha. Antecedentes ideológicos de un controvertido libro*. Concibo partir de la premisa que todo fenómeno es consecuencia de las diversas contradicciones histórico-sociales, de los diferentes intereses político-ideológicos, que lo cruzan desde el principio hasta el final. Con mayor razón si el fenómeno se trata desde lo que se denomina ciencias humanas.

En esta dirección las valoraciones, luces y sombras, son un elemento intrínseco a los mismos. Por ello, unos más y otros menos, siempre son polémicos. Son temas de confrontación ideológica, de debate político. El libro de Adolfo Hitler, que ahora nos ocupa, no escapa a esta lógica, más bien es controversial desde cualquier lectura que se haga.

Formulemos la siguiente pregunta: ¿Por qué disecamos el controvertido libro *Mi lucha*? La respuesta es: Lo hacemos con la intención de abrir el debate racional sobre el tema del

nacionalsocialismo. De esa manera contribuir a debelar el aún mistificado libro, porque ocultando, los hechos histórico-políticos, en parte o totalmente, sólo se contribuye a mantener el irracionalismo por un lado, y a acentuar el subjetivismo por otro. Y con esta actitud no contribuimos en nada al desarrollo del conocimiento.

Un aspecto que debe ser mencionado, antes de abordar el contenido propiamente del libro *Mi lucha*, es la forma como ha sido escrito este libro. Es en un estilo directo. Las ideas son formuladas a través de frases cortas. Utiliza un lenguaje sencillo. Algunos pasajes, incluso, bordean lo prosaico. En la exposición antes de recurrir a la lógica, utilizando la razón, es la pasión, es la emoción, la que predomina. Da la impresión que el autor ha preferido dar crédito, en gran medida, a los latidos del corazón antes que a la dialéctica de las neuronas.

*Mi lucha* lo puede leer, comprender con facilidad, cualquier persona común y corriente interesada en el acápite. Incluso alguien de nula formación académica. Queda evidente que al autor no le interesaba, en primer nivel, las elites cultivadas. Tampoco la intelectualidad ilustrada. Su objetivo central fueron las masas populares. Los sectores sociales menos politizados y hasta los desclasados.

Hitler había llegado a comprender, tempranamente, que esos sectores sociales son los que hacen la historia aquí y allá. Son los que lo han hecho antes, lo harán después. Este tópico es lo que pretendo analizar y comprender. El aspecto que los intelectuales al servicio de las clases dominantes sistematicen y que vuelvan a editar el libro *Mi lucha*, escribiendo para que estos sectores lo instrumentalicen posteriormente, ese tema escapa a los objetivos de esta investigación.

Hechas estas necesarias atingencias abordemos el aspecto ideológico-político del libro de Adolf Hitler. De igual manera que en el acápite anterior, nos formulamos está pregunta: ¿Cuáles son los objetivos de esta investigación? La respuesta es: evidenciar el contenido ideológico y político de *Mi lucha*. Ello lo podríamos sintetizarlo en los siguientes puntos.

1.- El nacionalsocialismo, como parte del fascismo, es producto de una etapa histórica, de un momento político, de unas condiciones sociales y de un ambiente cultural que reinaban en Europa, particularmente en Alemania, durante las tres primeras décadas del siglo XX. 2.- Hay antecedentes directos en el plano de la producción político-ideológica. Los tres autores aquí tratados (Thomas Mann, Oswald Spengler y Henry Ford) son los más cercanos. 3.- El nacionalsocialismo no estaba contra el capitalismo como sistema. Estaba contra una forma de este, el capitalismo de libre competencia. De igual manera, no estaba contra el imperialismo, sino contra una forma de este, el capital especulativo. 4.- Este movimiento expresa los intereses económico-sociales de un sector de la feudal-burguesía alemana. 5.- Ellos se presentaban como una revolución de claro tinte conservador. Es decir su accionar fue contrarrevolucionario. 6.- Es antijudío y anticomunista. Para ellos, estos dos conceptos son una y la misma cosa. Más aún sostenían que la “raza” judía ha generado la concepción marxista del mundo. 7.- El nacionalsocialismo, siendo parte del movimiento fascista en general, se caracteriza por la importancia que da a las ideas de raza-sangre, tradición-nación. 8.- El fascismo, el nacionalsocialismo como parte de este movimiento, fue el último gran proyecto ideológico, político, cultural, de un sector de las clases dominantes de la vieja Europa. Fracaso porque otras zonas del mundo, EE.UU., estaban en mejores condiciones económicas, políticas y militares para el control del planeta. 9.- El libro *Mi lucha* es la plasmación, en gran medida, de la mayoría de los acápites aquí mencionados.

Con la misma orientación con la cual hemos abordado el tema del nacionalsocialismo, expresado en *Mi lucha*, lo haremos con el personaje, hasta cierto punto, mistificado que es símbolo del movimiento. Adolfo Hitler. El uno no se puede entender sin el otro. El historiador Joachim Fest (1926-2006) con su libro titulado: *Hitler. Una biografía*, nos sirve de orientación en esta parte de la investigación.

Un problema mayúsculo en la mayoría de especialistas, con mayor razón la gente del común que se interesa en Adolfo Hitler, es haberlo sacado del espacio. Es haberlo expulsado del tiempo. Al omitirlo del tiempo se le excluye de la historia. Consecuentemente, se

le exime de la política. Al extrañarlo del espacio se le priva de la cultura, consecuentemente, se le abstrae de la ideología. Al final de cuentas el personaje quedará flotando en el aire. Como un fantasma que se mueve entre las nubes. De esa manera las puertas quedan franqueadas para la desorbitada imaginación. Para la desenfrenada fantasía. Para la incontrolada mistificación.

Insistamos. Al sacarlo del espacio, al excluirlo del tiempo, la tierra queda abonada para que florezca la planta del mito. Esta fue, también, la idea del historiador Joachim Fest. Leamos lo que él escribe sobre el tópico: “En vez de ello se ha convertido prácticamente en un mito, responsable de todo lo tenebroso y más repugnante que jamás haya existido en la tierra.” Luego con mucha razón agrega: “Cuando más extraña y enigmática sea la figura histórica tanto más patente resulta su función psicológico-social; parece ser que el ser humano necesita poder contemplar una figura tangible de la maldad.” (Fest, 2005, 7).

Con esta misma lógica el estudioso continúa su argumentación y escribe lo siguiente: “A este mismo contexto pertenecían las numerosas interpretaciones que tendían a demonizar la figura de Hitler y a encasillarlo como a un ser extra temporal: como figura final de la crisis de la modernidad, o de la catástrofe del principio ‘fáustico’, o como manifestación de la filosofía alemana desde Hegel hasta Nietzsche. Estas investigaciones globales incluían más planteamientos, tan variados como numerosos, y abrieron la puerta a diversas interpretaciones de raíz teológica que lo convirtieron en un especie de ‘bestia de las profundidades’ apocalíptica. Aquí, mucho más que en la simple falta de memoria, es donde encontraba la necesidad de suprimir a Hitler, algo que posteriormente sucederá a menudo.” (Fest, 2005, 9).

Por lo tanto, nuestra intención, remando en contra la corriente de confusiones, es devolver al ser humano, de carne y hueso, llamado Adolfo Hitler, al mundo real. Entenderlo como un personaje que obedeció a la necesidad histórica de su tiempo. Advertir que él fue consecuencia de una realidad política dada. A la par que tuvo, como todo ser humano, una socialización. Que, el después Canciller, fue influenciado en una determinada cultura. Finalmente que fue

impregnado por una particular mentalidad. Todo lo mencionado brotó de la realidad viviente. Más no cayó del cielo como cae la fruta madura.

Adolfo Hitler no es del agrado de una buena cantidad de alemanes, de hoy en día, es verdad. Es comprensible. Se le adjetive con los peores epítetos, de igual manera, es entendible. Es explicable. Pero al margen de todo ello, con Tomás Mann, insistamos que Adolfo Hitler es hermano, muy antipático sin duda, de los alemanes. Hitler es un pariente, bastante incómodo es verdad, de la familia alemana. No hay otra manera de explicar los ribetes, sobre todo el contenido, de este fenómeno “anormal”.

Finalmente, hay que decir, que los que más despotrican del ser humano Hitler, ayudados por Sigmund Freud, son los que más cercanos, posiblemente, se encuentren del mitificado y fantasmagórico personaje Hitler. La pregunta es: ¿Se puede vivir en paz odiando una parte de uno mismo? Con la metafísica desearíamos decir no. Pero la realidad dialéctica nos obliga a decir sí. En la medida que la vida es al mismo tiempo guerra y paz. En su paladar se combina la sal y el azúcar. Ella crece entre el encanto y desencanto. El amor y el odio es la combustión que permanentemente la alimenta. En esa constelación dada, no soslayemos, que el libre albedrío tiene su pequeño, o en su defecto, gran juego.

Nunca olvidemos que todos los seres humanos somos bañados en una fuente común en los vaivenes de la vida. En ella estamos siempre entre pulcros y desalineados. En ese hacerse, rehacerse permanente, reside la grandeza y la miseria de la condición humana. Lo demás es mentira. Lo otro es ilusión. De lo contrario sólo son buenos deseos. Y el viejo adagio nos enseña: “El camino del infierno está empedrado de buenas intenciones.”

\*

El segundo capítulo lleva por título *Schiller-Wilde. De la fantasía al socialismo*, donde reivindicamos el rol de la rebeldía, plasmado en dos libros, *Los bandidos* y *Guillermo Tell*, de Schiller que nos sirve de puente para poder transitar los cuentos de Wilde que aparecen en el libro

*El ruiseñor y la rosa* y terminar en *El alma del hombre bajo el socialismo*.

Los dos personajes tienen muchas coordenadas en sus vidas que se cruzan. También, como no podía ser de otra manera, algunas otras que los distancia. Destaquemos su refinado gusto por el arte. Ellos fueron dos eximios estetas. Su actitud de rebeldía en contra de lo establecido. Su lucha por la justicia y la libertad. El compromiso abierto del primero en favor de la revolución francesa, se complementa con la apuesta del segundo por el futuro socialista. Los dos fueron procesados, encarcelados, exiliados. Murieron en esta última condición. Los dos dejaron este mundo a los 46 años de edad.

Deseamos terminar con estos dos empedernidos fabuladores. Con estos dos grandes soñadores, precisamente con una cita del primero de los nombrados sobre la importancia de este estado especial de la conciencia: “Al soñador que adora lo maravilloso le atrae precisamente lo extraño y lo fabuloso de tal manifestación; el amigo de la verdad busca una madre para esos hijos perdidos. La busca en la estructura invariable del alma humana y en las condiciones variables que la determinan por fuera, y en ambas seguro que la encuentra. Entonces ya no le sorprende ver que en el mismo bancal en el que normalmente florecen plantas medicinales, crece también la venenosa cicuta, encontrar sabiduría y necesidad, vicio y virtud en una misma cuna.” (Von Schiller, 1992: 8).

Ellos, Schiller-Wilde, fueron el mejor ejemplo, en su creación fantástica, como en la vida real, de “... encontrar sabiduría y necesidad, vicio y virtud en una misma cuna.” Ese aposento sagrado es la vida diaria, la contingente y la trascendente, la de hoy a la de mañana, de la tierra áspera y no del mundo celestial.

\*

El tercer, cuarto y quinto capítulos, que hemos incluido en este volumen, tienen un carácter más histórico, político y sociológico. Respectivamente los he titulado: *Grandezas y miserias de la emigración europea. Alemania en la encrucijada*. Continúa con *Un siglo después. 10 días que estremecieron al mundo*, que se refiere a los

sucesos de la Revolución rusa de 1917. Y finalmente terminamos con el trabajo *Un ciudadano del mundo en el país de los arios*, que es una investigación socio-política sobre el país llamado, en la actualidad, Irán.

A diferencia de los dos primeros capítulos, que sus contenidos son inéditos, los tres capítulos restantes fueron publicados en revistas especializadas en ciencias humanas, en México y en el Perú. Termina el presente libro con las notas y la bibliografía respectiva.

\*

Después de lo expuesto en las páginas de este volumen, para concluir este prólogo, deseamos mencionar, como escribía Herbert Marcuse (1898-1979), que: “La posibilidad real de la felicidad general es negada por las relaciones sociales puestas por el ser humano mismo. La negación de esta sociedad y su transformación se convierten en la única perspectiva de la liberación.” (Marcuse, 2010: 311).

Esa tarea de la humanidad en busca del bienestar del cuerpo, la sublimación del alma, la realización del colectivo sin anular la individualidad. Esa liberación como totalidad implica que se comprenda cabalmente que: “El preconditionamiento de los individuos, su configuración como objetos de administración, parece ser un fenómeno universal. La idea de una forma diferente de Razón y de libertad, contemplada tanto por el idealismo como por el materialismo dialectico, se presenta de nuevo como una utopía. Pero el triunfo de fuerzas regresivas y retardatarias no invalida la verdad de esta utopía. La movilización general de la sociedad contra la liberación última del individuo, que constituye el contenido histórico del presente periodo, indica cuán real es la posibilidad de esta liberación.” (Marcuse, 2010: 422).

No obstante, la acción de las “... fuerzas regresivas y retardatarias...”, común a todo proceso histórico-social, tramontar el capitalismo como sistema, trascender el Estado como aparato de represión, en función de la liberación humana, es un componente fundamental de la lucha por un mañana mejor. Por una renovada utopía. Por un mundo nuevo. Sin la cual la vida del ser humano, en este planeta,

sería una desgracia que no merecería ser vivida. Por último, ni siquiera llamarse vida.

Hamburgo, 2018.

Julio Roldán.



# PRIMER CAPÍTULO

## MI LUCHA

### ANTECEDENTES IDEOLÓGICOS DE UN CONTROVERTIDO LIBRO



En la historia política, desde que apareció la escritura, se dan casos especiales con el nacimiento, la vida, futuro, de determinados libros. Algunos de estos logran marcar épocas. Trascender culturas. E, incluso, tramontar civilizaciones. El juicio de valor, positivo o negativo, es parte intrínseca de su existencia. Haciendo la advertencia que las estimaciones, en cualquier de las direcciones, nunca han sido gratuitas, menos ingenuas. Todo porque son consecuencia de un sin número de intereses. Cuando no construcciones ideológicas ex profesamente trabajadas.

De lo anterior se desprende los juicios de valor hegemónicos. Estos se plasman en todo tipo de conocimiento. Particularmente en el campo de las ciencias humanas. Ellos son, normalmente, contruidos desde el poder dominante. Es por ello que en toda contienda-lucha, la historia de la humanidad está impulsada por ella, los vencedores, utilizando el poder, son los que ordenan, escriben, la historia para el consumo de los vencidos. Para que los pueblos lean, para que los mismos lo difundan. Hasta terminar siendo costumbre generalizada. Cultura aceptada, e inconscientemente, repetida-multiplicada.

A la par, desde el momento que los libros son publicados, los mismos ya no pertenecen a sus autores. Ellos, para bien o para mal, tienen su propia dinámica, hacen a diario su camino, de la mano de los lectores. En otro nivel. Muchas veces los libros vuelven célebres a sus autores. O de lo contrario les condena a la iniquidad. Siempre marcado por el juicio de valor, más allá de lo personal, político, histórico, ya mencionado.

En esta dirección, el libro que aquí nos ocupa, *Mi lucha* (1924) de Adolf Hitler (1889-1945), en la epidermis muestra una pigmentación autobiográfica. En su savia es un tratado ideo-política que sintetiza un momento histórico-político, particularmente, en Alemania. *Mi lucha* es sinónimo de Hitler. Hitler es sinónimo de *Mi lucha*. La empatía entre obra-autor es unívoca.

El tratado comienza con un pronombre posesivo. Acompañado de un verbo. Con estas dos palabras se configura el título. Los dos términos

dan como resultado un nombre corto. Este prefigura una idea directa. Bastante focalizada. Es sinónimo de choque. De enfrentamiento. En ello reside, sensorialmente, uno de las mayores virtudes del libro. Además, la brevedad mencionada, contribuye para su fácilmente memorización por el gran público lector. (1).

Desde su aparición, hasta 1945, fue algo así como la obra de cabecera de las mayorías alemanas. Este encanto fue directamente proporcional a la fascinación que sentían por su autor. La razón fue la especial coyuntura político-social marcada por el auge del movimiento nacionalsocialista. Luego, el libro en el mundo oficial, devino en un apestado. Su autor, en el mismo nivel, corrió la misma suerte. La razón es que el movimiento fue derrotado. De haber ocurrido lo contrario la historia lo estaríamos narrando de manera distinta.

No obstante todo lo mencionado, se puede afirmar que parte de las alegrías, de las penas, de los miedos, de las expectativas, de los celos, de las conjuras, de los entuertos acontecidos en Alemania; es decir, una etapa del pueblo alemán está, en alguna forma, expresados en la trayectoria del controvertido tratado que aquí nos ocupa.

Como es historia conocida, el nacionalsocialismo, el fascismo en general, fue derrotado en la Segunda Guerra Mundial. Consecuentemente el autor del libro, el máximo líder del movimiento, fue, sigue siendo, vilipendiado hasta el escarnio. No obstante, en estos últimos años, revive nuevamente con cierta aura de misticismo. Camina al tanteo en medio de las sombras. No se le ve pero se le siente. De esa manera, el ser se transforma en existir, si es que debemos utilizar la terminología del existencialismo sartreano. La razón es, en parte, porque el almacigo de la planta nacionalsocialista no se ha extinguido totalmente. Lo mencionado se puede encontrar aún en la mentalidad de algunos sectores sociales de Alemania.

Pero en general, la verdad de las verdades, es que la historia nunca se repite. Sólo en apariencia parece que da vueltas en sí misma. Es por ello, que el jefe regresa, en el mundo oficial, cabalgando sobre el viento de la ironía, en las alas de la mofa. Colma las butacas de los cines. Copa las galerías de los teatros. Ahora está presente como actor central, ya no de la escena política, más bien de una comedia bufa. El otrora jefe se

escabulle entre las gentes como un verdadero esperpento que aparentemente pretende todo; pero en realidad no consigue nada.

\*

La primera señal simbólica del regreso del personaje en mención es la novela del periodista e historiador Timur Vermes (1967-). La mencionada lleva por título *Er ist wieder da* (Él está allí nuevamente). La obra fue publicada en el año 2012. Adolf Hitler reaparece ocupando un solar en el centro de la ciudad de Berlín. Sin organización. Sin compañía personal. Sin poder. Es un hombre tierno. Es un ser pacífico. Aparece en medio de una multitud de gentes, la mayoría, leídas como extranjeros. La Canciller Ángela Merkel (1954-) es una de las personas que sobresale en las escenas.

Uno de los pasajes centrales es la atmósfera que genera, en algunos concurrentes, el ver la llevada y traída figura del Führer nuevamente allí. El fantasma de su regreso les confunde. Y ante su sorpresa, Hitler les dice, aproximadamente, lo siguiente: “Yo nunca me fui. Yo siempre estuve aquí”. Seguramente que el común de los sorprendidos se preguntará: ¿Y dónde estuvo? La respuesta podría ser: ¡En la mentalidad de algunos de ustedes!

Al final de las idas y venidas, de los dimes y diretes, lo que genera cierta antipatía ante la gente común, es que Hitler mata a un perro. Lo hace con un disparo de pistola. Normalmente, el can es una mascota muy apreciada en este país, en las últimas décadas. (2).

Más allá de la anécdota, concretizada en la reaparición de Adolfo Hitler en el centro de la capital alemana, es pertinente estas preguntas: ¿Presentarlo de esa forma es un simple deseo del autor? ¿Es una burla al mítico personaje? ¿Es una señal que intenta humanizarlo? ¿De darle espacio en el tiempo, en la historia, en la política? ¿Es una premonición de que alguien de carne y hueso, parecido al Führer, se avecina? El tiempo se encargará de dar respuesta a estas interrogantes.

El caso del tratado *Mi lucha*, en contra de lo que puedan creer espíritus timoratos, parte del libro comienza aparentemente, después de varias décadas de permanecer en el índice, a ganar algunas batallas al interior de determinadas conciencias. La razón es simple. Las

condiciones, particularmente ideo-culturales, están en alguna medida dando vueltas en la cabeza de algunos sectores de la población. El mito del libro es aún cautivante en el imaginario de muchas personas en este país.

Para evitar malos entendidos hagamos la aclaración pertinente. Las condiciones, de ninguna manera, son como en los años 20 y 30 del siglo recientemente tramontado. Muchos hechos han cambiado en el transcurso de estas décadas. No obstante, hay que advertir que parte de la mentalidad está aún allí agitándose en los predios de un renovado movimiento nacionalista que aún no se reclama socialista. Puede ser sólo un espejismo o una ilusión.

Hitler regresa a la escena pública con algunos rasgos de esperpento, con perfil bajo, en 2012. El libro *Mi lucha* hace lo mismo en el año 2015. Ahora con el siguiente título: *Hitler. Mi lucha. Una edición crítica*. Los autores críticos son los historiadores Christian Hartmann (1959-), Thomas Vordermayer (1962-), Ohmar Plöckinger (1966-), Román Töppel (1976-). Las 768 páginas que componen el original volumen en alemán, han sido extendidas a 1.948 páginas.

Aparece está última impresión en formato de dos volúmenes. En una edición de lujo. Se han vendido, en algo más de dos años, alrededor de 100 mil ejemplares. Un gran éxito editorial. Muchos lo han comprado. Los no advertidos en la materia no lo podrán leer y menos comprender. El idioma, además de especializado, es farragoso, con el agravante que aparece en muchos pasajes descontextualizados.

Las preguntas pertinentes son: ¿Después de esta semi-apertura editorial comentada seguirá el interés por el libro? ¿*Mi lucha* perderá su encanto en la población en la medida que abandonó la clandestinidad? ¿Aumentarán los lectores del libro? ¿Las ideas allí expuestas encontrarán más eco en la población? De igual manera, como en el caso de su autor, no estamos en condiciones de responder a estas interrogantes.

Al margen de la última edición kilométrica y escabrosa. Más allá de peros o temores. *Mi lucha* es el libro político más controvertido, desde que se publicó, hasta la actualidad. Esto no sólo se limita al

mundo de habla germana. Más por el contrario se hace extensivo a Europa. Posiblemente a todo el mundo. Las razones tienen que ver con determinados hechos que pasamos, en esta parte, enumerar. Luego, en el corpus del trabajo propiamente dicho, algunos de ellos los desarrollaremos con cierta amplitud.

Hagamos una advertencia. El comentado libro *Mi lucha*, editado en el año 2015 ya no es el original libro *Mí lucha* que apareció en el año 1924. Los especialistas críticos han deshojado el libro. Han diluido su contenido. Los comentarios, muchas veces, en cuenta de aclarar confunden a los lectores poco prevenidos y no doctos en la materia. Lo más recomendable es que los interesados lean el original críticamente. Con esa lectura ganarán todos. Las diferentes manifestaciones del conocimiento se verán enriquecidos. Su influencia no tendrá consecuencias catastróficas como muchas mentes superficiales creen o como algunos espíritus timoratos vaticinan.

La tarea de analizar las luces y las sombras de este controvertido libro, lo acometemos en los umbrales de cumplirse un siglo de haber aparecido al gran público. Arturo Schopenhauer (1788-1860) decía: “Si un libro se sigue leyendo después de medio siglo de haber sido publicado significa que puede pasar a la historia.”

\*

Los puntos mencionados para una mejor comprensión del libro, original *Mi lucha*, lo sintetizaríamos en las siguientes ideas. 1.- El momento histórico por la que atravesaba Europa y en la cual se concibe, se escribe y se publica el libro. El tiempo histórico. 2.-La particular coyuntura social en la cual se debatía Alemania. El tiempo político. 3.- Los antecedentes teóricos inmediatos. Tomas Mann (1875-1955) con su libro *Consideraciones de un apolítico* (1918). Oswald Spengler (1880-1936) con su trabajo *Prusianismo y socialismo* (1919). Henry Ford (1863-1947) con su publicación conocida como *El juicio internacional. El primer problema del mundo* (1920). 4.- Tomar en cuenta que el intervalo de las cuatro publicaciones es de seis años. 5.- Tres de ellos fueron germanos de habla y de cultura. 6.- Entre el mayor (Ford) y el benjamín (Hitler) median 26 años. Se les puede considerar casi de la misma generación. 7.- Todos los nombrados, incluyendo al

autor del libro analizado, son hijos, por nacimiento, socialización, actividad, de los dos siglos. Del siglo largo, el XIX y del siglo corto, el XX. Son seres humanos partidos cultural y emocionalmente. 8.- Son testigos presenciales de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Bolchevique. 9.- *Mi lucha* fue escrito cuando su autor se encontraba en la cárcel. 10.- En un nivel es una publicación autobiográfica. 11.- En otro nivel es un libro manifiesto dónde se exterioriza los intereses de determinadas clases, sectores, sociales. 12.- Fue el libro más vendido-traducido en Europa desde 1924 hasta 1945. 13.- Su autoría fue cuestionada por algunos. El argumento: Hitler no tenía capacidad intelectual para escribir el tratado. 14.- Al final de la Segunda Guerra Mundial fue prohibido taxativamente en Alemania e indirectamente en Europa.

Finalmente en 1915 fue autorizada nuevamente, sólo una edición comentada, su circulación oficial en Alemania. Desde entonces, es el libro de carácter ideológico político más vendido en este país. Se sabe de futuras ediciones en idiomas diversos que pronto saldrán a luz en muchos otros países.

*Mi lucha* es reeditado y sobretodo comentado en una coyuntura especial en Alemania. Una organización, racista y nacionalista llamada Alternativ für Deutschland (AFD), alcanzó el 13 por ciento del electorado en las elecciones generales de 2017. Sólo puede ser una clarinada de alerta.

De igual modo es cuando algunas fuerzas nacionalistas reaparecen y de a poco van ocupando parte de la escena político-social en el continente europeo. Estos movimientos, de esa forma, cuestionan la denominada globalización neoliberal. Política económica que marcó el rumbo de la economía, la política, la cultura, en estas últimas cuatro décadas.

Lo cómico es que esta bandera, “contra la globalización del mal”, fue agitada por muchos años por la izquierda anti-globalización, antiimperialista, legal; pero en estos últimos tiempos ha sido enarbolada también por la derecha nacionalista, hasta fascistas, con resultados nada despreciables. Con ello se demostraría que hay enemigos comunes, no obstante las reales o aparentes diferencias ideológico-políticas.



## TIEMPO HISTÓRICO

La gran mayoría de especialistas -nos referimos a los historiadores, hasta nuestros días en la denominada civilización occidental- han recurrido al tiempo cronológico para subrayar o diferenciar lo que ellos llaman edades, épocas, siglos, años, etc. Lo afirmado lo encontramos, tempranamente, en la producción histórica de Herodoto (484-425), Tucídedes (460-395), Cornelio Tácito (55-120), por mencionar a tres clásicos (dos griegos y un latino) sobre el tiempo histórico, tema que nos ocupa hasta nuestros días.

El tópico en debate es que, utilizando una metodología elemental de historiar, se limitan, en lo fundamental, a la narración, anotación o mención cronológica de fechas, hechos, personajes considerados importantes, que ocurrió en el devenir social. Los cortes históricos forzados por las fechas, que muchas veces dejan eslabones perdidos, son frecuentes en esta forma tradicional de abordar la historia.

A la tiranía del tiempo cronológico, en la investigación propiamente dicha, se agregan otras limitaciones. La precariedad de análisis. La carencia de síntesis. Lo cual limita considerablemente el conocimiento particular en función de una nueva, de una superior, generalización. Los pocos especialistas que logran arribar exitosamente a este segundo nivel del conocimiento histórico, es porque gracias al análisis-síntesis, han desbordado los límites del tiempo lineal, de fechas convencionales, en ese esfuerzo mental, encandilan exitosamente la filosofía con la historia.

En este nivel, apoyados por la filosófica, es cuando entran a tallar las tres concepciones más conocidas para comprender la ciencia de la historia. Primero, la concepción entendida como movimiento lineal. Segundo, la concepción entendida como dinámica circular. Tercero, la concepción entendida como procesos en forma de espiral.

La primera, que es la más difundida, es la base para la corriente histórica conocida como historicismo. Es la que entiende los procesos

históricos como un desarrollo interno determinado por sucesos tipo causa-efecto. Para ella las leyes históricas se cumplen casi como una fatalidad.

La segunda es la que argumentan que el movimiento histórico es repetitivo. De comienzos-finales que se ensimisman mutuamente. Consecuentemente los hechos históricos se repiten infinitamente. El que partiendo de un punto regresa, después de un determinado periodo, etapa, era, ciclo, a comenzar de nuevo. El mito del *Eterno retorno*, vinculada a los estoicos griegos, es su mejor expresión.

Para la tercera concepción, la historia es un proceso abierto. Este se desarrolla en avances y retrocesos. En ella los comienzos y los finales se acometen mutuamente. Finales-comienzos producto del auto dinamismo propio de todo proceso. A la par los fenómenos se desarrollan en forma de zigzag. A su vez proyecta su desarrollo a manera de espiral. Allí los seres humanos, como parte de las sociedades o individualidades importantes, en constante hacerse-rehacerse, tienen un rol fundamental por acción u omisión, respecto del avance, estancamiento o retroceso de la historia humana.

De la mano con la última concepción de comprender la historia, toma cuerpo una nueva tendencia de reconceptualizar la metodología para abordar esta ciencia. Ella consiste en liberarse del tiempo cronológico como concepto fundamental. En contraposición dar cabida a las concatenaciones ocurridos en sus interrelaciones internas y externas en medio de la unidad y lucha de las mismas.

De esa manera los cortes, los vacíos, pasan a un segundo plano o son eventualmente superados. A la par incide en conceptualizar lo ocurrido como consecuencia del análisis. Los resultados vinculándolos a la síntesis. Siguiendo ese camino termina descubriendo el enlace íntimo entre lo general, lo particular y lo singular. Entre lo inmanente y lo trascendente. Entre lo real y lo fenoménico. Entre lo dado y lo deseado. Entre la multitud y los individuos.

En esta dirección de asociar filosóficamente filosofía-historia-filosofía, el trabajo del filósofo Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), publicado póstumamente, titulado *Lecciones de filosofía de la*

*historia*, es un hito que marca las investigaciones, de los denominados tiempos largos, posteriores. Más actual, un caso emblemático podrían ser, para los tiempos cortos, las investigaciones filosófico-históricas plasmada en los libros *El asalto a la razón* de Georg Lukács (1885-1971) y *Razón y revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social* de Herbert Marcuse (1898-1979).

\*

Teniendo estas bases teórico-metodológicas se sostiene, no sin razón, que el denominado siglo XIX es considerado un siglo largo. Inclusive el más largo de lo que hasta hoy conocemos con el nombre de siglo. El habría comenzado con un hecho extraordinario de alcance mundial: La revolución francesa de 1789. Habría terminado con el inicio de otro acontecimiento significativo de carácter planetario: El inicio de la Primera Guerra Mundial del 1914. Estamos hablando de un siglo de 125 años.

Lo afirmado no queda allí. Daría la impresión que el tiempo es injusto. Ya que el beneficio del XIX se habría hecho a costa del prejuicio del siglo XX. A este último, los hechos, le abrían hurtado 25 significativos años. Es por ello que se le denomina el siglo corto, que habría comenzado con el inicio de la Primera Guerra Mundial en 1914 y habría terminado con la implosión, de lo que aún se le llamaba, la URSS, en 1991. Es decir, estamos hablando de un siglo de 75 años.

Los historiadores Eric Hobsbawm (1917-2012), Iván Berend (1930-) y Jürgen Kocka (1941-), no son los únicos, pero son los más conocidos defensores de esta nueva argumentación teórico-metodológica para comprender la ciencia de la historia.

En compensación al tiempo robado, al corto siglo XX, en él ocurrieron hechos trascendentales que no sucedieron a lo largo del prolongado siglo XIX. Lo cualitativo le juega una pasada a lo cuantitativo. Anotemos: Dos guerras mundiales. El fin de cuatro dinastías históricas en Europa. Los Habsburger (1273-1918), los Osmali (1281-1923), los Romanow (1613-1917) y los Hohensollern (1618-1918)). La caída de cuatro imperios. El ruso, el austro-húngaro, el prusiano, el otomano. La instauración de cuatro repúblicas. El triunfo

y la caída de las dos revoluciones. Las más importantes inspirados en el marxismo. La soviética y la China. La ascensión y derrota del fenómeno del fascismo. Finalmente el comienzo y fin de la Guerra fría.

El siglo XIX, el siglo largo, abarca 125 años. El siglo XX, el siglo corto, comprende sólo 75 años. Para los historiadores tradicionalistas ya no serían siglos. La base de su esquema les jugo una mala pasada. Por más que hagan las sumas y las restas hay años que sobran o faltan. Ellos van a la cuenta de la tradición o la confusión.

\*

El capitalismo como sistema económico, político y social, organiza un conjunto de leyes, principios, sistematiza costumbres, que algunos teóricos lo han denominado cultura de la modernidad, en contraposición a la cultura tradicional que había engendrado el medioevo. La idea de Dios, su institución la iglesia católica, marcaban los linderos de la cultura en una etapa. La idea del ser humano, de la razón, su institución mayor el Estado, hacen lo mismo en la etapa de la modernidad.

Teniendo como base el desarrollo de las fuerzas productivas, este sistema diversificó la producción, aceleró la circulación de las mercancías, amplió los mercados, hizo crecer el consumo, consecuentemente las ventas se multiplicaron. En el imaginario de muchos seres humanos el mundo se extendía en el espacio y se prolongaba en el tiempo. Todo se puso en cuestión. Fue la fiebre del uso y hasta el abuzo de la razón.

En concordancia, compaginando, con lo mencionado, a la cultura de la modernidad, en buen romance burguesa, se le atribuía, se le sigue endosando, características como la tolerancia religiosa, la libertad filosófica, el reino de la razón, la democracia política, la solidaridad humana. Después de algunos pasajeros experimentos concretos, estos principios, en la práctica, se habían reducido a la formalidad. A los buenos deseos de unos, especialmente, al beneficio de otros, de los que controlaban el poder, Estado, en la sociedad. A la burguesía como clase, sus aliados, en proceso de afianzamiento.

Tensionada por algunas de estas necesidades histórico-económicas, orientada por estos principios, la burguesía revolucionaria europea, a

través de sus representantes ideológico-políticos, en acenso entre el siglo XVII y XVIII, comienza a idear los Estados delimitados geográficamente. Los Estados centralizados. Los Estados fuertes militarmente. Los Estados eficaces burocráticamente. Los Estados unificados culturalmente. En dos palabras: el Estado moderno. Las enseñanzas teóricas plasmadas en *El príncipe* de Nicolás Maquiavelo (1469-1527) y el *Leviatán* de Tomas Hobbes (1588-1679) les ayudaba a desbrozar el camino en la práctica real.

Teniendo como antecedente mediato las monarquías absolutas-constitucionales, los pequeños reinados, los principados, los ducados con sus límites, con su organización y su representación pisco-cultural devienen en pasado, son la expresión del anciano régimen como se decía por aquel entonces. Tenían que ser superados. La solución fue la elaboración de un cuerpo sistemático de ideas primero, luego la creación política de las naciones. Por lo tanto, a estas alturas de la historia, se logró sistematizar teóricamente el conjunto de lineamientos que orientan los famosos Estados Nacionales. Estado-nación, que posteriormente se propalará como una necesidad política a lo largo y ancho de la vieja Europa.

Esta necesidad-deseo, de estos sectores sociales en acenso, logró convencer, movilizar, a amplios sectores populares en fusión del Estado-nación, de la república como forma de gobierno, en la Europa occidental a lo largo del siglo XVIII y XIX. La nación era un deseo, para darle sustento, se retoma el viejo concepto de identidad. Para luego combinar los dos términos. La identidad nacional.

En ese vaivén teórico el concepto de identidad, como sinónimo de unidad histórica, morfológica, idiomática, religiosa, psíquica, cultural, nunca se concretizó. No se podía lograrse por la sencilla razón que la identidad era un sentimiento o de lo contrario una construcción mental. Se trastocó la realidad con el deseo. Los resultados están a la vista. Bajo las características mencionadas no existe ninguna nación en Europa. Por lo tanto tampoco hay un Estado nación. Los así llamados Estados nacionales, países, son construcciones ideológico-políticas artificiales correspondientes a momentos históricos dados y condiciones sociales específicas.

No obstante, con todas sus consecuencias positivas y negativas, esta idea tiene un rol de primer orden en la centralización estatal. Hay que advertir, una vez más, que ese deseo del Estado nación, como la identidad, nunca se llegó a concretizar en parte alguna. Hay Estados. No hay naciones. Hay países, no hay naciones. Hay gobiernos no hay naciones. La razón es que su base, la identidad, no existe. Por lo tanto no hay Estado nación.

Los enfrentamientos regionales al interior de casi todos los Estados-países europeos de comienzos del siglo XXI, cuna del deseo, de la idea, es la mejor prueba que el Estado nación es un enunciado en un nivel. En otro nivel es una formalidad para las transacciones diplomáticas, para la regulación del movimiento poblacional, para los viajes de turismo. Lo cierto es que los pobladores de todos estos países, Estados, son híbridos, son mezclas, son mestizos, la tendencia es a acentuarse estas características en la medida que el mestizaje es lo que caracteriza a la humanidad desde sus orígenes en los tiempos de nuestros tatarabuelos, los primates.

Hay que advertir algo. Al triunfar el capitalismo, con su arma la mercancía y su espacio el mercado, al imponerse la cultura de la modernidad, la idea de lo humano, del internacionalismo, el principio de libertad, de democracia, la lucha por la república, particularmente en Inglaterra, y Francia, la burguesía comienza a exportar sus ideas. Luego a imponerlas con acciones. Las campañas napoleónicas en Europa, entre fines del siglo XVIII y comienzos de siglo XIX, es la mejor manifestación de esta carrera política hacia la democracia liberal burguesa.

Es en esta etapa cuando reaparece nuevamente la idea de identidad ahora local, regional, enarbolando las banderas de la tierra, de la sangre, de la espiritualidad, de lo nativo, del paisaje, de la cultura, de las costumbres, del inconsciente colectivo, del pueblo. Su propósito es oponerse a la razón, que es la base del iluminismo, recurriendo a la emoción. Por lo tanto se enfrentaba al internacionalismo, a la libertad, a la democracia; a la idea de lo humano, al gobierno republicano, al concepto de ciudadanía. Dos ideas se contraponían. Lo propio, lo nativo, con todo su concepción del mundo, contra el humanismo, el

universalismo. La expresión de los primeros tomó cuerpo en el conocido Movimiento Romántico que se propagó en toda Europa.

Los antecedentes inmediatos del trabajo que aquí nos ocupa, *Mi lucha*, a la par el libro propiamente dicho, en gran medida recogen ese conjunto de ideas de la espiritualidad, del animismo, de lo mágico, de la pureza de la sangre, de la importancia de la raza, de la fuerza del tradicionalismo, de la grandeza de lo nativo, de la energía del regionalismo, de la savia del nacionalismo, la magia de la identidad.

El sentimiento de identidad, la idea de nación, que en el siglo XVII y XVIII, de la mano de la burguesía, fueron actitudes progresistas y hasta revolucionarias para quebrantar el poder de príncipes, duques, barones y condes, a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, se habían trastocado completamente. Ahora trasluce los restos sobrevivientes de la feudalidad medieval. En este momento reaparecen desfasados de la vida social y a contrapelo de la historia.

Como actitudes culturales conservadores. Como proyectos políticos reaccionarios. La identidad, el nacionalismo, se ha convertido en arma de las fuerzas más retardatarias en Europa. Particularmente en Italia, Alemania, España. El fascismo en general, con sus vertientes el nacionalsocialismo, el falangismo, agreguemos el sector predominante del sionismo que apareció en Suiza, así lo evidencian. (3).

Ellos, recurriendo a los antiguos sentimientos, viejos prejuicios, a oscuros deseos, movilizaron a la mayoría del pueblo para conservar lo propio, ensimismarse, guarecer lo nativo de las influencias externas. En muchos niveles ondean las banderas del pasado, supuestamente, glorioso. El Imperio de los Cesares, la latinidad, para los fascistas italianos, fueron algunos de sus principales referentes. La sangre pura, la raza aria, el espíritu germánico, la tradición alemana, para los nacionalsocialistas alemanes fueron piedras angulares de su ideología. Los preceptos de la Santa Madre Iglesia Católica, la conservación y defensa de la sagrada familia patriarcal, fueron pilares fundamentales para los falangistas españoles. Escuchar los mandatos de la *Tora-Talmud*, volver a la Tierra prometida destinada por Dios para los hijos de Israel, fue el argumento central para el sector nacional-sionista hoy asentado, en gran media, en el Estado-Gobierno de Israel.

Como se observa, la energía del pasado, la sangre que riega la raza, los mitos que alimentan la memoria, la religión que lo explica todo, fueron las ideas cardinales tras las cuales se aglutinaron grandes sectores populares. Estos movimientos que se consideraban revolucionarios. Enfilaron sus espadas en contra de un sector de la burguesía. De igual manera en contra del comunismo. Gracias a ello lograron aglutinar a grandes segmentos de la población de tras de sí.

Una aspiración central, en el tema que nos ocupa, es el tema de la identidad primero y de la nación después. Ello se observa en el contenido del controvertido libro *Mi lucha*; y, naturalmente, también en sus antecedentes teóricos inmediatos. La identidad nacional. El Estado nación, para ciertos teóricos, como veremos luego en detalle, debe ser construida desde las alturas del intelecto. Orientada por una elite ilustrada. El espíritu, la filosofía, la literatura, la música, el idioma, la cultura, son su forma y su fondo. Para otros. La identidad, la nación, el Estado nación, tiene que ser construido desde el profundo anhelo de las masas populares. Desde la sabía que riega su vida. Conservando la grandeza de la raza. Manteniendo la limpieza de la sangre, recurriendo a la tradición expresada en el idioma, las costumbres, el folclor.

Es pertinente hacer una atingencia. El fascismo no está reñido totalmente con el capitalismo como sistema. Por el contrario acepta e utiliza muchos de sus logros. Concretamente la ciencia y la técnica, que le son bienvenidos sin peros de ninguna clase; y los utiliza sin miedos ni temores. Su oposición es a determinadas ideas burguesas a nivel ideológico, en el plano político, a la forma organizativa. En dos palabras: a la democracia liberal parlamentaria.

En el caso concreto de Adolf Hitler, plasmado en el libro *Mi lucha*, complementándose con el rol de las elites y el papel del espíritu, sostiene que la construcción de la identidad, de la nación, del Estado nacional; concretizarlas en la práctica todas estas ideas, es tarea de los de abajo, obra de las multitudes marginadas. Son ellas quienes cumplen con esta misión de regeneración social. Está idea finalmente triunfó. Una prueba es que la organización que simboliza ese tiempo político se auto denominó como Partido Nacional Socialista Obrero Alemán.



Finalmente, en este tiempo histórico que estamos analizando, hay dos hechos que no pueden ser soslayados. En la medida que los fenómenos político-sociales que nos ocupan son a la vez causa y consecuencia de los mismos. 1.- La aparición del imperialismo a nivel económico. 2.- La reactivación del nuevo colonialismo a nivel político. Los dos fenómenos, tienen como centro una nueva forma de re acumulación de capital, no siendo lo mismo se complementan mutuamente. No se puede entender el uno sin el otro. Ambos fenómenos no los desarrollamos porque son conceptos relativamente conocidos por el público a quien está dirigida esta investigación.

## TIEMPO POLÍTICO

Sin comprender el fenómeno del imperialismo, el nuevo colonialismo como fenómenos generales, nos sería muy complicado acercarnos racionalmente a los siguientes temas. 1.- La Primera Guerra Mundial. 2.- La caída de cuatro antiguas dinastías. 3.- El fin de cuatro imperios históricos. 4.- El triunfo de la Revolución rusa. 5.- El fracaso de la revolución alemana. 6.- La construcción de cuatro repúblicas. 7.- La gestación del fascismo. 8.- La fundación del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán. 9.- La publicación del libro *Mi lucha*. Todo este cumulo de hechos ocurrieron en un tiempo político de sólo 10 años. De 1914 a 1924.

Con los fenómenos mencionados se cumple ese principio que reza: Algunas veces la historia se comprime. Lo que no ocurre en siglos sucede en décadas. Lo que no transcurre en décadas ocurre en años. Y así sucesivamente. Filosóficamente se puede sintetizar de la siguiente manera: La acumulación del tiempo cuantitativo ha dado lugar al salto en el tiempo cualitativo. Políticamente se tendría que afirmar. Las reformas se agotaron, ha llegado el momento de la revolución o de la contra-revolución.

Este tipo de fenómenos que marcan a fondo la historia no son muy frecuentes. Estos ocurren en tiempos relativamente cortos. Es el tiempo de la táctica. Ella juega un rol fundamental. Es lo que frecuentemente

se denomina como tiempo político. Para diferenciarlo del tiempo largo; del tiempo histórico. Este último es el reino de la estrategia.

Hecha esta aclaración previa, hay que mencionar que el capital financiero (base del capital especulativo), como es conocido, es resultado de la fusión del capital industrial con el capital bancario. Lo mencionado es una de las características más importantes del imperialismo. A esto agréguese la exportación de capitales, en desmedro de exportación de mercancías, que es la base para el moderno colonialismo.

Tiempos previos a la Primera Guerra Mundial, más aún en el proceso propiamente dicho de ella, los enfrentamientos por el control económico, por la influencia geo-política, se agudizaban. Lo mencionado se evidenciaba en las contradicciones entre los diferentes intereses del gran capital imperialistas. De igual manera a través de las contradicciones al interior de las facciones de las monarquías, decadente, entre sí. A su vez, de estos sectores en contra de los intereses de la burguesía. Sólo conociendo este mosaico de contradicciones podemos comprender mejor los nueve acápite enumerados al comienzo del sub-título Tiempo político.

\*

Explayarnos en los detalles de lo que ocurrió en Sarajevo, el 28 de junio del año 1914, no tiene mayor sentido en la medida que son de domino común. Además, para unos sólo fue la gota de agua que colmó el vaso de los enfrentamientos antes mencionados; para otros, la acción, en contra de Archiduque, fue el alibi que dio pie para el inició a la Primera Guerra Mundial.

Leyendo algunos testimonios de aquel tiempo se puede deducir algunas hechos. De igual manera observando algunas grabaciones de la época se comprende mejor la situación de aquel momento. A través de estos se puede observar el accionar del común de la gente europea en los meses previos al conflicto. Más aún, la actitud de las personas en los días anteriores a la guerra. Todos estos se activaron, especialmente, a partir de los sucesos de fines de junio. Se observan en las movilizaciones, se lee en el lenguaje corporal, se interpreta en los gestos

de los rostros, en las miradas, la existencia de un entusiasmo casi desbordante para ser partícipe de la contienda bélica.

Da la impresión que las grandes mayorías populares reclamaban cadáveres, que la multitud, casi ciega, deseaba embriagarse con sangre. La guerra era el camino, el puente, la meta. Nadie sabía dónde estaba ese norte. Lo importante era la acción que lo definía, que lo llenaba todo. Aunque suene brutal, la verdad es que gran parte de la multitud quería el exterminio de los otros vistos como enemigos, más que reales, supuestos.

Comúnmente se sostiene, y la mayoría de los casos lo confirma, que los pueblos son carne de cañón en las guerras. Los pueblos no desean los conflictos armados. Pero están obligados, por sus gobernantes, a concurrir. Todo puede ser verdad en lo general. Hay excepciones. Se dan casos en los que los pueblos son quienes claman fuego. Esto ocurrió en el conflicto que estamos analizando. Los especialistas se hacen estas preguntas. ¿Qué pasó con la multitud otrora pacífica? ¿Por qué esta actitud deshumanizada? A los pacifistas se les rompe los esquemas.

El argumento, de unos, es que estos pueblos estaban cansados de la paz. Que la vida les era ostensiblemente lánguida. Que no encontraban sentido a su existencia. Para otros, en el espíritu de la zona más civilizada de la Tierra, el ánimo del cromañón despertó con mal humor. Las explicaciones mencionadas podrían tener validez en el plano psicoantropológico. De ser verdad sólo sería un aspecto. A nosotros nos interesa dar una explicación más acorde con lineamientos históricos, políticos, filosóficos.

La verdad es que de los diversos pueblos, como del sin número de multitudes, hay que esperar todo y no hay que esperar nada. Así como son capaces de acciones humanas de un altruismo envidiable, de igual manera son capaces de las bajezas más abyectas. Los pueblos en abstracto no existen. Por ello, con mayor razón, no son ni buenos ni malos. No son capaces de lo primero, por naturaleza, como pensaba Jean Jacques Rousseau (1712-1778). Tampoco son capaces de lo segundo, por naturaleza, como creía Friedrich Nietzsche.

Los pueblos, formados por seres humanos de carne y hueso, con sus intereses y proyecciones, son resultado de su socialización. Es por ello que son históricos. Por ser procesos se hacen-rehacen según las necesidades y bajo determinadas circunstancias. En ese tránsito contradictorio, al margen de lo moral, pueden ser, en el nivel político, revolucionarios, conservadores, contrarrevolucionarios. Los dos últimos casos son la regla. La primera es la excepción. El motivo central es la dependencia ideológica. La sumisión cultural. En una palabra la alienación que viene desde los orígenes. Sea está a través de la magia, la religión, la filosofía, que son la base de las narrativas, de los discursos que luego se repiten.

La multitud no se orienta por lo más justo. Las mayorías se guían por lo más cómodo. Por lo más fácil. Por el sentido común. El sentido común, normalmente, reproduce el orden establecido. La costumbre de las mayorías. La cultura dominante. Lo contrario, bregar por algo nuevo, pensar diferente, es muy difícil. Porque esta última acción escapa a la lógica elemental con la cual se guía el común.

No hay que perder de vista que las masas agitadas, los pueblos movilizados, ilusionados, excitadas, frecuentemente pierden el control, de lo que nosotros llamamos, condición humana. La dinámica de la acción les hace borrar los límites psico-sociales. En movimiento acelerado va camino a desconocerse a sí mismas. Con mayor razón ignoran a los demás. Hasta arribar al punto que se podría llamar cero. Otros dirían blanco. Ese nivel no se ha dado nunca antes de la acción. No se volverá a dar nunca más después de la acción. Freudianamente hablando se podría decir que el punto cero, blanco, es el reino del instinto, es el dominio del impulso. Reiteremos, con Goethe, que son momentos que "... indican como en tales circunstancias puede hacerse algo que antes y después parece imposible." (Goethe, 1986: 54).

El problema es que los especialistas desean investigar desde toda perspectiva y lugar; menos desde el punto cero. Ellos desean llegar a través de la lógica dictada por el cerebro lo que los pueblos hicieron impulsados por las palpitations del corazón. Los especialistas, recurriendo a conceptos racionales, desean comprender fenómenos sentimentales. Esta experiencia del punto cero, ya se dijo, nunca se

repite. Por haber llegado a él vía la emoción, el sentimiento. Sigmund Freud nos recordaba: “En manera alguna es tarea grata someter los sentimientos al análisis científico.” (Freud, 2015: 58).

Las fuerzas oscuras que dilatan el alma se potencializan. Las energías desconocidas que embargan el espíritu se tensionan. Las emociones se expanden hasta sus últimos límites. De igual manera se contraen hasta sus máximas posibilidades. El valor-temor, la grandeza-la miseria, las furias-las penas, borran sus fronteras hasta antes conocidas. Sólo imaginándonos estas circunstancias especiales, de la condición humana, se puede entender lo que Karl Marx dijo respecto a la acción de los comuneros en los días álgidos de La comuna de París, marzo-mayo, de 1871. “Los comuneros fueron valientes hasta la locura. Ellos intentaron tomar el cielo por asalto.”

Finalmente en los hechos tangibles de la Primera Guerra Mundial. Lo cierto es que la concentración de fuerzas, el enfrentamiento sin límites, demostró que las cuatro monarquías ya no tenían sustento en la realidad. Los imperios descansaban sobre cartón mojado, unos. Sobre madera apolillada, otros. Ya no tenían ni tiempo, tampoco lugar, para seguir existiendo como monarquías e imperios. Histórica y políticamente estaban desahuciadas.

La ofensiva de las reformas demo-liberales, en un nivel, y de la revolución socialista-marxista, en otro nivel, los acosaban desde los cuatro costados de su existencia. Es el momento preciso cuando comienza a tomar cuerpo organizadamente la contrarrevolución. Pregonando que harán la revolución nacionalista. El fascismo en Europa, su versión nacionalsocialista en Alemania, entraban en la escena política, continental.

\*

Al fin, sobre todo las consecuencias, de la Primera Guerra Mundial, como en casi todas las guerras, se cumple aquel principio atribuido a Buda (-V) que reza: “Monstruoso cuando real; fascinante cuando ficción”. No obstante que fue, en un nivel, un conflicto entre grandes familias. Los estragos dejados por el conflicto en vidas humanas fueron enormes. Un testimonio directo, que pinta un fresco cuadro de las

grandezas y las miserias de la guerra, fue hecho público por el novelista alemán Erich María Remarque (1898-1970). Él participó directamente en ella en calidad de soldado. El libro se titula *In Westen nichts Neues* (*Sin novedad en el frente*), fue publicado en el año 1929.

El punto cero, esa pérdida o ganancia del todo, del que hemos hablado líneas arriba, en pleno campo de batalla, en las trincheras, en medio del fuego cruzado, es sintetizado por el autor en estas tres frases. Leamos: “Somos unos hombres que huyen. Huimos de nosotros mismos. Huimos de nuestra vida.” (Remarque, 1975: 91).

Después de ver cuerpos descuartizados por doquier. Caminar sobre campos anegados con sangre. El narrador pone en boca de un soldado, a manera de epitafio, lo que le dice a un compañero que acababa de perecer. Sus palabras: “-Camarada: hoy, tú; mañana, yo. Pero si salgo de esto con vida, yo lucharé contra todo lo que nos destrozó a los dos. A ti te arrancó la vida... ¿Y a mí? También la vida. Yo te lo prometo, camarada. `¡Esto no puede volver a ocurrir jamás!’” (Remarque, 1975: 196).

Lamentablemente, el deseo del narrador de que “Esto no puede volver a ocurrir jamás” sólo se quedó en hermoso deseo. La realidad fue totalmente diferente. Sólo dos décadas después se repitió, corregida y aumentada, con los hechos de la Segunda Guerra Mundial, lo que él no deseaba. El narrador-autor, vivió, ahora desde la distancia, el sin número de novedades que venían horrorosamente desde el frente.

Finalmente, Remarque, premonitoramente, expone estas ideas en 1929: “Hablan todos de la paz y de armisticio. Todos esperan. Si viene otro desengaño, ya no resistirán. La ilusión es demasiado fuerte; no puede ya eludirse sin que se produzca la explosión. Si no llega la paz, llegará la revolución.” (Remarque, 1975: 244).

Es una regla político-militar. Cuando los contendientes en asecho hablan de paz es porque están preparando la guerra. Cuando los mismos hablan de desarme es cuando más arsenales acumulan. También es verdad que, casi siempre, después de una guerra grande, de tiempo histórico, viene de igual modo la explosión. Se va gestando la revolución. El siglo XX, el siglo corto, puede confirmar estas

suposiciones. En medio de la Primera Guerra Mundial se preparó y triunfo la Revolución Bolchevique. Luego, en medio de la Segunda Guerra Mundial, se gestó, triunfo, la Revolución China.

Anotemos algunas otras consecuencias de la guerra. Ahora centrandó en Alemania. 1.- El fin de la monarquía encabezados por los Hohenzollern. 2.- La firma del tratado de Versalles y sus consecuencias. 3.- La derrota de la Revolución en Alemania encabezada por los Espartaquistas. La revolución logró organizar soviets en las ciudades de Kiel, Berlín y Múnich a finales de 1918. 4.- La declaración de la republica a través de la constituyente de Weimar en 1919. 5.- Llegada al gobierno del Partido Socialdemócrata Alemán. 6.-Asesinato de los dirigentes comunistas Rosa Luxemburgo (1871-1919) y Karl Liebknecht (1871-1919). 7.- Fundación del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán en 1920. 8.- Intento de golpe de Estado en Múnich y detención de Adolfo Hitler en el año 1923. 9.- Publicación, en el año 1924, del libro *Mi lucha*.

\*

En torno al tema del fascismo es menester anotar escuetamente lo siguiente. Es un fenómeno internacional. Aparece en la etapa del imperialismo y del nuevo colonialismo. En el plano filosófico se orienta por el pragmatismo, escuela aparecida en EE.UU de Norteamérica, y el neo-tomismo medieval. Amalgama la ciencia-técnica con la mística-religión cristiana. En lo ideológico, es anti-comunista porque rechaza su ateísmo y su espíritu internacionalista. En lo político, está en contra de los gobiernos demo-liberales, porque condena su inconsecuencia en la lucha contra los socialistas-comunistas. De igual manera apunta, en este nivel, estructurar un Estado totalitario-corporativo. En lo económico, convierte al Estado en palanca principal de la actividad económica. En lo social, organiza, principalmente, a los sectores populares; particularmente a la pequeña burguesía-clase media. Azuza el miedo contra el comunismo y en contra de un sector de los nuevos ricos burgueses. Defiende el tradicionalismo e impulsa el autoritarismo de la familia patriarcal. Utiliza un lenguaje agresivo. Se auto-titula de revolucionario. En lo organizativo, revive, moderniza, las corporaciones medievales.

Lo mencionado son las características generales. Hay muchas variantes según los países y continentes. En el caso concreto del fascismo alemán, sin obviar la mentalidad prusiana que va de la mano con el protestantismo luterano, anotemos sus particularidades. Como se evidenciará en las páginas que siguen, ya lo advertimos párrafos antes, en esta experiencia había dos tendencias relativamente marcadas en torno al rol de Alemania para sí y su papel en el continente europeo como totalidad.

Una de ellas enarbolaba el rol fundamental del espíritu germano. Ello se concretizaba en su riqueza filosofía. En su belleza literaria. En su armonía musical. En la producción-profundidad científica. En la precisión idiomática. Estos valores espirituales han sido fraguados desde tiempos muy remotos. Ellos eran la base en un nivel, la expresión en otro, de su mundo cultural. Los mismos habían evolucionado en la forma; pero conservando su esencia.

Una reducida aristocracia intelectual era la portadora de ese especial élan. Ella es la que concentraba toda esa energía espiritual a ser desplegada. Esta fuerza del intelectum se realimentaba así misma en la producción de esta elite. Ella tenía la misión de redimir espiritualmente al mundo germano. Con ello a todo el continente europeo. Se la podría llamar fascismo aristocrático. Su punto de apoyo descansaba en el poder de la inteligencia....Tomas Mann, en alguna forma también Oswald Spengler, podrían ser su portavoz más representativo.

La otra tendencia, que pregonaba la regeneración de Alemania, de Europa, haciéndolo extensivo a todo el mundo, argumentaba que la fuerza de la revolución descansa en el pueblo alemán. En la pureza de la raza aria. En el pueblo guerrero de sangre teutona. Todo esto como consecuencia de la voluntad divina y la evolución de la naturaleza. A lo mencionado agregaban los mitos que brotan de la tierra virgen. Las leyendas que venían del espíritu de los bosques y del corazón de las montañas. Del inconsciente colectivo germánico. De igual manera mitos y héroes populares ocupan un lugar prominente. Armin, metamorfoseado en Herman, Sigfrido, Bismark, eran algunos de los prominentes precedentes.



Toda esta simbología configuraba la “identidad” que urgía tener el movimiento. Sobre la cual se trabajó el nacionalismo. De esa manera se amalgamó el mito de la gran germanía. A todo esto agregaban el término socialismo. Término que tenía su fuente en el “socialismo de cuartel” practicado supuestamente por el prusianismo. Con todos estos elementos el círculo se cierra.

Como síntesis tenemos los dos conocidos términos amalgamados en uno y corto: nazi. A esta corriente se le puede llamar fascismo popular. Se presenta canalizando la energía, las frustraciones, del pueblo llano. Adolfo Hitler, sus principales seguidores, son la expresión personalizada de esta corriente.

Además hubieron muchos teóricos de esta corriente, de todos ellos hay que destacar a Ernesto Krieck (1882-1947), Franz Bohm (1903-1946), al filósofo Alfredo Rosemberg (1893-1946) particularmente con su trabajo *El mito del siglo XX* y al filósofo-jurista Carl Schmitt (1888-1985).

Los hechos posteriores demostraron que el espíritu de la elite germana no tenía la vitalidad, tampoco la energía, para cumplir con su misión de redimir el mundo germano. Con mayor razón el europeo. Por el contrario, fueron los de abajo, quienes sí tuvieron la sapiencia, la mística, para intentar cumplir esa tarea. Lo acometieron de la manera más intrépida, hasta temeraria, llegaron a la brutalidad. Al tomar el gobierno primero, controlar el Estado después, triunfaron. El precio, las consecuencias, fueron nefastas. Eso es historia conocida para quienes está dirigido esta investigación.

En resumidas cuentas, se puede decir, que las manos callosas de los germanos vulgares ganaron la contienda a las testas ilustradas de la elite alemana. Extremando. La chusma ignorante se impuso a la aristocracia del espíritu. El populacho analfabeto ganó la partida a la elite del intelectum. Las almas bellas, las manos limpias, cedieron ante la fuerza bruta y vulgar. Si hay que personalizar convengamos que Tomas Mann fue superado olímpicamente por Adolf Hitler.

El libro *Mi lucha* devino en el texto símbolo del movimiento en desmedro del tratado *Consideraciones de un apolítico*. La razón es que

el primero apostó por la importancia de la política. El segundo por la lucidez del intelecto. Una vez más se demostró que el poder descansa, en último término, en la política. En esa dirección el control del Estado deviene en clave que despeja todas las incógnitas. Los chinos, expertos en estos menesteres filosóficos-políticos, desde hace más de dos mil años atrás, a través de Mao Tse Tung (1893-1976), sentenciaban: “¡Salvo el poder todo es ilusión!”.

Tomas Mann y Adolf Hitler tenían lugares opuestos en la sociedad alemana. La extracción familiar, la clase social de la cual provenían, el referente cultural, marcan nítidamente sus diferencias. Tomas Mann provenía de una familia de grandes comerciantes expo-importadores, socialmente distinguida, políticamente influyente, culturalmente ilustrada. En la novela titulada *Buddenbrooks: Verfall einer Familie* (*Desmoronamiento de una familia*), publicada en 1901 por el aludido, está descrito ese mundo. Él aparece representado por el personaje Thomas Buddenbrooks.

En el caso de Adolfo Hitler sólo hay que leer las primeras páginas de su libro que aquí tratamos (Los subtítulos: Mi patria. Mis estudios y lucha en Viena) para conocer el entorno familiar del cual procede, la precariedad económica por la cual pasó. El sin número de miserias sociales que soportó. La maraña de complejos que atravesó su personalidad. Esos datos nos permiten comprender mejor su actividad política posterior.

Se podría concluir diciendo que ninguno de los dos personajes, hasta un cierto nivel, traicionó a su clase social de la cual procedía. La finesa de la elite espiritual en Thomas Mann, y en contraposición a ella, la fuerza de la energía popular en Adolf Hitler marcaron sus respectivas acciones, personales y políticas, posteriores.

La producción intelectual previa a la aparición del libro símbolo, que aquí trabajamos, es lo que nos proponemos examinar en los puntos que a continuación desarrollamos. Comenzaremos conforme la aparición cronológica de los tres libros que trataremos. Respetaremos el orden que los autores han dado a los diversos temas que abordan en sus respectivas producciones.

## CONSIDERACIONES DE UN APOLÍTICO

TOMAS MANN.

Antes de publicar este libro, *Betrachtungen eines unpolitische* (*Consideraciones de un apolítico*), de carácter eminentemente político-filosófico, el autor no sólo era ya conocido, sino que también tenía una respetable audiencia en el mundo intelectual alemán. Particularmente por su producción literaria. En esa actividad artística, Tomas Mann, ya era considerado como uno de los más refinados estilistas en lengua germana. Para entonces, había hecho público algunos trabajos de eximia calidad estética. Destaquemos, entre ellas, la historia familiar novelada, titulada *Buddenbrooks: Verfall einer Familie* (1901) y la nouvelle que lleva por título *Der Tod in Venedig* (1911).

El personaje nació en la norteña ciudad alemana de Lübeck. En el seno de una familia de prósperos comerciantes en importación-exportación. De padre alemán y de madre brasileña. Desde muy temprana edad fue orientado hacia el cultivo del intelecto. En particular a la producción artística. Este es uno de los motivos por qué de adulto no se sentía atraído por la política. Por el contrario, se consideraba un apolítico.

No obstante esta antipatía hacia la política, la actividad política de algunos de sus antepasados, las discusiones familiares sobre el tópico y las grandes tensiones de la Primera Guerra Mundial, que los vivió directamente, fueron los motivos que lo impulsaron a escribir el tratado que aquí nos ocupa. El título del libro sintetiza, en buena medida, lo que el autor se proponía teóricamente evidenciar.

El volumen se comenzó a escribir en el año 1915. Se terminó en el año 1918. Teniendo en cuenta que ha sido producido bajo el fuego cruzado de la guerra, debemos intentar comprender el espíritu, las ideas, la pasión, que vierte el autor en las cerca de 500 páginas que componen su libro en mención.

En el *Prólogo*, Tomas Mann, expone su punto de vista sobre la política. El escritor conceptúa esta amplia y complicada actividad humana simplemente como sinónimo de democracia. Leamos su argumentación: “Se es político, o no se es. Y si se es, se es demócrata. La posición política del espíritu es la democracia; la fe en la política es la fe en la democracia, en el *contrat social*. Desde hace más de un siglo y medio, todo cuanto en un sentido relativamente espiritual se entiende por política se remonta a Jean Jacques Rousseau: y éste es el padre de la democracia, por ser el padre del propio espíritu político, del humanitarismo político.” (Mann, 2011: 44).

Las ideas del autor expuestas en la cita no pueden ser juzgadas con rigor científico. Sus opiniones vertidas sobre el tópico no pasan por esa prueba del conocimiento. Él no es especialista en ciencias políticas, tampoco en política filosófica. En lo transcrito Mann confunde el concepto de Estado con el concepto de gobierno. Recordemos que la democracia es una forma de gobierno. Como es también la forma monárquico, la forma plutocrática, etc. La política en cambio, a partir de Maquiavelo, es la ciencia que trata sobre el Estado. Sus leyes, sus principios. Más aún, agreguemos que, el gobierno es circunstancial, mientras que el Estado es permanente. Un país puede vivir sin gobierno. Un país no puede existir sin Estado. Nos referimos a las sociedades donde predomina la propiedad privada y como consecuencia existen clases sociales.

Hecha esta precisión conceptual continuemos con Tomas Mann. Él guiado por ese principio que la política es igual a democracia, ahora refiriéndose a la política concreta en Alemania, es concluyente en su juicio: “Reconozco estar profundamente convencido de que el pueblo alemán jamás podrá amar la democracia por la sencilla razón de que no puede amar la propia política, y que el muy desacreditado ‘estado autoritario’ es y sigue siendo la forma de gobierno apropiado al pueblo alemán, la que le corresponde y la que, en el fondo, desea.” (Mann, 2011: 45).

Con la idea del “estado autoritario” él continúa en el mundo de confusión. El Estado desde que apareció en el proceso histórico, en cualquier parte del mundo, es autoritario. Es vertical. Porque

sencillamente descansa sobre dos fuerzas verticales. Sobre dos actores autoritarios: las Fuerzas Armadas y la burocracia. Nuevamente, diferente es el sistema de gobierno (liberal, democrático, republicano, plutocrático), que dicho sea de paso, el gobierno, es la forma como se organizan las diferentes clases sociales al interior del Estado.

A los conceptos particulares que él tiene de la política, de la democracia, agrega otros como el espíritu, la esencia, lo nacional. Sus palabras, en torno a estos últimos conceptos, son como siguen: “Es la `politización del espíritu`, la falsificación y la tergiversación del concepto de espíritu en la ilustración meliorativa, de la filantropía revolucionaria, lo que obra sobre mí como veneno y oropimente; y sé que esta mí repugnancia y mi protesta no son algo insignificamente personal y temporalmente determinado, sino que en ellas se manifiesta por mí la propia esencia nacional. El espíritu no es política; en cuanto alemán no es necesario ser absolutamente decimonónico para responder a muerte por ese `no`.” (Mann, 2011: 46).

Más aun, contraponiendo tajantemente el espíritu a la política, a la democracia, Mann subraya la importancia de la moralidad, de la interioridad, alemana. Leamos: “Lo que importa es que *nunca*, por mucha `democracia` que acumule, jamás el hombre alemán `manejará` la vida con los `órganos más maduros` de un moralista de bulevar. Jamás entenderá bajo el concepto de la `vida` a la sociedad, jamás pondrá el problema social por encima del moral, de la vivencia interior. No somos un pueblo social, ni un yacimiento para psicólogos ociosos. El yo y el mundo son los objetos de nuestro pensamiento y de nuestra literatura, y no el papel que se ve desempeñar un yo en la sociedad, y no el mundo social matemáticamente racionalizado que constituye el objeto de la novela del teatro francés, o que lo sustituía hasta anteayer.” (Mann, 2011: 50).

Después de leer el contenido de los pasajes citados comprendemos claramente por qué Tomas Mann se reclama apolítico. Es Porque odia la política. Porque detesta la democracia. Estos antis no son circunstanciales. Son reiterativos. Él cree en la moral, en la interioridad, en el nacionalismo, en el conservadurismo, en el espíritu en general, en el del alemán en particular.

En el subtítulo *En el país no literario*, se refiere a Francia, con sus logros más altos, la razón, la ilustración, la revolución, la democracia, para diferenciarlo de Alemania, el autor escribe: “El espíritu que tuvo su periodo culminante en la Revolución, su espíritu, su ‘modelo clásico’, el espíritu que en los jacobinos se petrificó para convertirse en una forma escolásticamente literaria, en una doctrina asesina, en una tiránica pedantería de maestro de escuela. El abogado y el literato son sus maestros, los portavoces del ‘tercer estado’ y de su emancipación, los portavoces de la ilustración, de la razón, del progreso, ‘de la filosofía’, contra los *seigneurs*, la autoridad, la tradición, la historia, el ‘poder’, la monarquía y la iglesia, los portavoces del *espíritu*, que consideran como el espíritu categórico, único y esplendorosamente verdadero, como el espíritu mismo, como el espíritu en sí, mientras que en realidad es sólo un espíritu político de la revolución burguesa el que conocen y al cual aluden.” (Mann, 2011: 63).

Como se observa Tomas Mann apuesta categóricamente por “... la autoridad, la tradición, la historia, el ‘poder’, la monarquía y la iglesia, los portavoces del *espíritu*,...”. Con estos valores se enfrenta al “... espíritu político de la revolución burguesa...”. A nivel de clases sociales sus intereses, como no podía ser de otra manera, están enfrentados. La burguesía y la aristocracia. Él aboga, sin titubeos ni medias tintas, por la segunda.

En el subtítulo *El literato de la civilización*, una vez más sobre Alemania y la democracia, insiste: “Quien se afanase por convertir simplemente Alemania en una democracia burguesa en el sentido y en el espíritu romano-occidental, tratará de quitarle lo mejor y lo más considerable que posee, su problemática, en la cual consiste, en realidad, su nacionalidad; tratará de volverlo aburrida, claro, obtuso y no alemán, y por lo tanto de ser un antinacionalista que insistiría en que Alemania se convirtiese en una nación en un sentido y un espíritu ajeno.” (Mann, 2011: 66).

Párrafos después, Mann, se toma la pesada tarea de definir lo que muy pocos de sus pares han intentado hacer en Alemania. Es decir conceptualizar ese fetiche sentimental que él tanto ama. La gran pregunta es: ¿Qué es lo alemán? Leamos su respuesta: “El concepto de

‘alemán’ es un abismo, no tiene fondo, y es menester proceder con la más extremada cautela en su negación,...”. Dos páginas después vuelve a repetir esta misma afirmación: “Lo alemán es un abismo, atengamos a ello.” (Mann, 2011: 67 y 69).

Él recomienda tener sumo cuidado con la negación. Se podría encandilar un rosario de atributos a Alemania. Definirla desde la perspectiva de la negación sería lo más sensato. No es zutano. Tampoco es mengano. Menos es perencejo. Finalmente, por descarte, por no tener otra alternativa, convengamos con Mann, que “Alemania es un abismo”.

Con ésta definición quiso decir, posiblemente, mucho o de lo contrario no quiso decir nada. Si es una metáfora, una figura, utilizada por un artista de la calidad, nivel, del fabulador, está plenamente entendido, claramente justificado. El problema vendría si es que él pretende que la misma sea una definición racional. Más aún de carácter filosófico. Aquí sí que habría muchos problemas por dilucidar. ¿Qué se dice con la frase “Lo alemán es un abismo,...”? Ni antes ni después el autor ha intentado dar una explicación a tan feliz o tan desgraciado pensamiento.

Simplemente no se puede definir conceptualmente “lo alemán” porque es un sentimiento resultado, en grado y en nivel diferente, producto de la socialización histórica. Esto se repite con todos los países, pueblos, tribus, comunidades, del mundo. Los sentimientos son pulsaciones, son inclinaciones, son simpatías o antipatías que inconscientemente se forjan. Ellos no se pueden definir racionalmente.

Luego, contraponiendo el humanismo latino al humanismo germano, continúa: “Se trata de la politización, de la literaturización, de la intelectualización, de la radicalización de Alemania, se trata de su ‘humanización’ en el sentido latino-político, y de su deshumanización en el sentido alemán... Se trata, para utilizar la expresión favorita del grito de guerra y de júbilo del literato de la civilización, de la democratización de Alemania o, para compendiarlo todo y llevarlo a un común denominador, se trata de su des-germanización.” (Mann, 2011 77).

Si Alemania se politiza, se democratiza, se humaniza, siguiendo los principios de la burguesía europea aún progresista, al estilo francés particularmente, Alemania deja de ser Alemania. Termina con su espíritu que lo singulariza, con la savia que le da vida, con su esencia y razón de su existencia. Eso no puede ser posible, según Mann.

Luego viene el acápite *Examen de conciencia*. En el aborda algunas ideas en base a la de tres personajes que, según él, encarnarían el “germanismo superior”. Los que por la excelencia de su espíritu han llegado a este nivel. Por la profundidad de sus conceptos están por sobre la de otros grandes. Tomas Mann los hace extensivo a toda Europa. El novelista dice: “Nos hemos habituado, pues, a poner buena cara frente a esta clase de informalidades nacionales de nuestros grandes, resolviendo simplemente incorporar semejantes actitudes al concepto de germanismo superior. Sin embargo, no soy tan tonto como para vincularla la europeización de mi gusto con mi rango. No es un mérito, aun cuando no sea censurable, que jamás me haya bastado lo íntimo y exclusivamente alemán, que no haya podido hacer mucho con ello.”

De la argumentación espiritual, del “germanismo superior”, desciende al nivel bilógico, y afirma: “Mi sangre necesita estímulos europeos. En lo artístico, en lo literario, mi amor por lo alemán comienza exactamente allí donde se torna europeamente posible y válido, capaz de producir efectos europeos, accesibles para cualquier europeo. Los tres nombres que debo citar cuando me interrogo acerca de los fundamentos de mi formación intelectual y artística, esos tres nombres que configuran una trilogía de espíritus enteramente unidos, de astros que destacan refulgiendo poderosamente en el firmamento alemán, esos tres nombres no designan acontecimientos alemanes, sino europeos: Schopenhauer, Nietzsche y Wagner.” (Mann, 2011: 81).

Haciendo resaltar la importancia, la unidad, de los tres grandes mentores del pensamiento que influenciaron en el suyo, afirma: “Schopenhauer, Nietzsche y Wagner: una trilogía de espíritus unidos a perpetuidad. Alemania: el mundo se halló bajo su signo hasta ayer, hasta hoy, aunque mañana ya no lo esté. Profunda e indisolublemente ligados se hallan sus destinos de creadores y soberanos. (...) Los tres son uno sólo.” (Mann, 2011: 87).



La gran pregunta que se formula, siguiendo a Schopenhauer, es: ¿Se puede filosofar en otro idioma que no sea el alemán? Leamos lo que él escribe sobre el acápite mencionado: "... pues este filósofo alemán ya no era un 'filósofo alemán' en el sentido tradicional e inaccesiblemente abstracto de la expresión. Era, por cierto, muy alemán (¿se puede ser filósofo sin ser alemán?), muy alemán, en la medida en que, por ejemplo, no era en modo alguno un revolucionario, ni un retórico del corazón que lisonjera a la humanidad, sino un metafísico, un moralista, indiferente, para decirlo con suavidad en el aspecto político..." (Mann, 2011: 82).

La idea que Tomas Mann atribuye a Arthur Schopenhauer fue repetida, y en parte desarrollada, por Martin Heidegger algunas décadas después. Este último, a la grandeza filosófica del idioma alemán, agregaba el griego antiguo no obstante la degeneración que había sufrido el idioma helénico al mezclarse con el latín.

Muchas páginas después, el autor, regresa sobre el idioma alemán. Ahora para hacer una confesión de parte. Siempre guiándose por Schopenhauer, declara: "... mi amor y mi respeto, a este idioma hermoso, en su opinión de la misma alcurnia que el griego, y con una parcialidad precisamente regocijante en las desdeñosas injurias que él, el escritor europeo, aplica a otras lenguas europeas, en especial a la francesa, 'esa lengua mezquina, esa jerga repugnante, ese italiano corrupto hasta lo más abajo, con esas horribles sílabas terminales y su nasalidad' difícilmente se exagera se califica a Schopenhauer de chauvinista de la lengua, y esa manifestación del nacionalismo es, con certeza, su forma más intelectual." (Mann, 2011: 135 y 136).

Mann no lo dice directamente. Lo expresa a través de una pregunta. Él, como Schopenhauer y Heidegger, cree que sólo se puede filosofar en lengua germana. Sólo se puede ser filósofo en idioma alemán. En otra parte, de igual manera, se formula esta pregunta: "¿es que se puede ser músico sin ser alemán?" Parece que el autor cree que la historia de las ideas, del arte, comienza y terminan expresándose sólo en lengua alemana.

Él no entiende que todas las lenguas, las artes, los conocimientos, en general son procesos al estilo de polinización. De intercambio mutuo

y permanente. Sobre el tema en cuestión. Sin la influencia del griego antiguo, sin el socorro del latín, el idioma alemán se habría quedado limitado a un dialecto marginal en el mapa lingüístico europeo. Además no soslayemos a otros idiomas, no sólo europeos, que han contribuido para su estructuración unos y para su riqueza terminológica otros. (4).

Algo que es capital al respecto. Un componente fundamental de la lengua alemana actual es el denominado indoeuropeo. Ello fue demostrado racionalmente por Wilhelm Von Humboldt (1767-1835) y Jacob Grimm (1785-1863), entre otros, en sus estudios lingüísticos de los orígenes-evolución de la mayoría de las lenguas europeas. De allí se deriva los nombres con los cuales se les conoce en los últimos 200 años. Hablamos del de indo-europeo o indo-germano.

Como se podrá percibir, con cierta facilidad, el nacionalismo, el racismo, el esencialismo, el culturalismo, brota a flor de piel en los pasajes transcritos líneas arriba por Tomas Mann. El punto culminante es que sólo en alemán se puede filosofar. Únicamente con ese idioma se puede pensar conceptos sobre conceptos. Exclusivamente con ese sistema de códigos se puede trabajar abstracciones sobre abstracciones. Más aún es un “idioma hermoso”. El idioma alemán sólo es comparable con el griego antiguo, en la argumentación del autor.

Hagamos una atinencia. No es producto de la casualidad, más bien es parte de la causalidad, que estos tres grandes personajes nombrados por Mann hayan sido convertidos, años después, en iconos mayores del nacionalsocialismo. Que hayan sido, en parte, instrumentalizados por estos no hay duda; pero ello no niega que en muchos aspectos teóricos convergen y alimenten con sus ideas y creaciones al movimiento arriba nombrado.

En la parte titulada *Burguesidad*, Mann hace una confesión de parte en torno a sus convicciones políticas de un auto calificado de apolítico. Sus palabras son como siguen: “Soy liberal, lo soy en el sentido de la liberalidad, y no del liberalismo. Pues soy apolítico, nacionalista, pero de orientación apolítica, como el alemán de la cultura burguesa y el del romanticismo, el cual no conocía otra exigencia política que la exigencia inmensamente nacionalista de un emperador y un imperio, y que era tan profundamente no-democrático que sólo sus

consecuencias espirituales hicieron que los políticos, los miembros de las asociaciones estudiantiles y los revolucionarios de la iglesia de San Pablo quisiesen un imperio hereditario, convirtiéndolos, como escribiera Von a Herwegh, 'en perfectos aristócratas'." (Mann, 2011: 119 y 120).

En ese mismo subtítulo, el autor hace la diferencia entre el burgués, citoyen en francés, burger en alemán, ciudadano en español, del burgués, bourgeoisie en francés y alemán, como dueño de los medios de producción. Lo último designa a la burguesía como clase social. De cómo esta utiliza todos los medios a su alcance para enriquecerse, para adquirir más poder. Mann está en contra de la burguesía como clase social. Su voto es en contra los nuevos ricos. Por ser ordinarios con dinero, inescrupulosos con el poder, ignorantes sin finesa de espíritu.

La crítica lo hace al hombre común y corriente alemán por su inconciencia, por su rol nefasto, que juegan estos emergentes sectores económico-sociales. La burguesía. Da la impresión que el pueblo ha caído en el regazo del Dios Morfeo. Para despertarlos Mann utiliza las interrogantes hechas por el autor de *El mundo como voluntad y representación*, leamos: "¿Qué es hoy día la ciencia? Una dura y estrecha especialización con fines de lucro, de explotación y dominación. ¿Qué es la instrucción? ¿Acaso humanitarismo? ¿Amplitud y bondad? No, nada sino un medio para obtener ganancias y poder. ¿Qué es la filosofía? Acaso no sea aún un medio para ganar dinero, pero si una especialización duramente delimitada, en el estilo y en el espíritu de la época. ¡Míralo, a tú 'burgués alemán' actual, a ese propietario imperialista de minas, que no vacilaría en sacrificar a quinientas mil personas, y aun al doble, con tal de anexionarse Briey y convertirse en amo del mundo! Te lo repito, has estado durmiendo, sigues durmiendo, estás hablando en sueños'." (Mann, 2011: 139).

En otro pasaje hace la diferencia muy clara entre la esfera política y la producción cultural, entre el mundo social y el campo espiritual. Él franquea su voto, naturalmente, por la elevada cultura y por la finesa del espíritu. Leamos: "... no sólo pienso que el destino del hombre se resuelve en los estatal y social, sino que hasta considero esa opinión

como repulsivamente inhumana; pienso que las partes del espíritu humano -la religión, la filosofía, el arte, la poesía, la ciencia- existen al margen del estado, por encima de él, al margen de él, y bastante a menudo en contra de él...” (Mann, 2011: 149).

Continúa con el rol espiritual de germanía, que no sólo se limita al mundo cultural alemán, sino que se esparce por toda Europa y que lamentablemente el literato alemán cosmopolita no es capaz de apreciarlo, dice: “La conciencia europea, la responsabilidad supranacional, vive única y exclusivamente en el pueblo apolítico y antidemocrático, en Alemania, pero el literato alemán de la civilización no lo ve.”

Tomas Mann está convencido de la “responsabilidad supranacional” de Alemania en la imposición de la paz. Es por ello que él es rotundo en sus afirmaciones, leamos: “La paz europea no será internacional sino supranacional, no será una paz democrática, sino una paz alemana. La paz de Europa sólo puede basarse en la victoria y el poder del pueblo supranacional, del pueblo que puede reivindicar como suyas las más elevadas tradiciones universalistas, el más opulento talento cosmopolita, el más profundo sentimiento de responsabilidad europea. La paz de Europa se basará en el hecho de que el pueblo más ilustrado, más justo y más sinceramente amante de la paz fuese también el más poderoso, el pueblo dominante, en el hecho de un poderío del Imperio Alemán que ya no pudiese estar expuesto a maquinación alguna. Si esto significa profesarse partidario del catecismo nacionalista, pues bien, entonces hago su profesión de fe, y siempre la he hecho. Y entonces, como dice el filántropo, yo `habría contribuido a provocar la guerra con mis propias manos´.” (Mann, 2011: 199).

Los argumentos para sostener el rol determinante de Alemania en el fin de la guerra, instauración de la paz, son ilustrativos, más no convincentes. Nosotros nos excluimos de hacer comentarios. Ello implicaría redundar sobre lo dicho. La realidad, el Tratado de Versalles, caminó en dirección inversa al pronosticó, al deseo, de Mann. Nunca hay que olvidar este principio que viene de los oscuros tiempos del arte de la guerra que reza: Quién gana la guerra impone las condiciones de

la paz. Alemania perdió. Ella tenía que aceptar las consecuencias de la misma por más duras y miserables que sean.

En el subtítulo, *Política*, destacando la importancia del pasado, afirma: “La tradición histórica de un pueblo, ese tesoro de vivencias de épocas pretéritas de su evolución espiritual, que de por sí constituye un valor cultural, no puede ser plenamente apreciado y cultivado por ningún otro pueblo. El estado, la comunidad supraindividual, es indudablemente el custodio de este tesoro.” (Mann, 2011: 239).

El tema de los personajes importantes en la historia, el superhombre en términos de Nietzsche, es presentado, en esta parte del libro, de la siguiente manera: “El hombre no es sólo un ser social, sino también metafísico; en otras palabras, no es sólo individuo, sino también personalidad. Por eso constituye un error confundir la supraindividual con lo social, situarlo por completo dentro de lo social, pues al hacerlo se omite por completo la consideración de lo metafísicamente supraindividual; pues la personalidad, y no la masa, es la verdadera portadora de lo general.” (Mann, 2011: 235).

Cien páginas después, de esta idea genérica sobre las grandes personalidades, el novelista desciende a lo particular. Más concretamente sobre el concepto de superhombre en Alemania. Lo argumenta con estos términos: “Demasiado bien sabe el literato que Alemania es, muy específicamente, el país del gran hombre; lo sabe tan bien como el poeta que, en ‘La estrella de la alianza’ dirige a los alemanes estas palabras... Los vegetas medianos florecen y se hinchan allí más pletóricos y fragantes que entre vosotros... Sólo crece aquí lo más noble entre lo noble.” (Mann, 2011: 335).

Lo que desea, lo que no desea, Mann, a nivel político, es muy claro. En otro párrafo es mucho más diáfano: “Quiero la monarquía, quiero un gobierno aceptablemente independiente, porque sólo éste ofrece la garantía de libertad política, tanto en el aspecto espiritual como en el económico. (...) No quiero el sistema parlamentario y partidista, que produce la contaminación de toda la vida nacional con la política.” (Mann, 2011: 246).

Una vez más vuelve sobre el conservadurismo, el nacionalismo, estos pares son presentados, así: “Ser conservador no significa querer conservar todo lo establecido: los conservadores subrayan su disposición a las reformas. Ser conservador significa querer conservar alemana Alemania, y ésta no es precisamente la voluntad de la democracia. (...) pues conservador y nacionalista es una y la misma cosa, tan cierto como democracia e internacionalismo...” (Mann, 247: 2011).

El conservadurismo, como la otra cara de la medalla del nacionalismo, se concretiza en el “socialismo prusiano” para unos, en el “socialismo de cuartel” para otros. Leamos lo que escribe al autor al respecto: “Sigue siendo característico del individualismo alemán el hecho de que el mismo resulta perfectamente compatible con el socialismo ético, al cual se denomina socialismo de estado, y que es distinto al socialismo marxista y de los derechos humanos.” (Mann, 2011: 262 y 263).

Muchas páginas después hace el siguiente deslinde entre el “socialismo ético” o “socialismo de estado” con el socialismo marxista: “La disolución de nuestro concepto de pueblo por parte del espíritu foráneo, por parte del marxismo, esa fusión de revolucionarismo francés y economía política inglesa, se halla bastante avanzada. Sin embargo, el pueblo de Alemania es el que menos ha degenerado para convertirse en clase y masa; y es por esta causa sentimental que, al oír la expresión ‘estado del pueblo’, puede escuchar con simpatía aquel cuyo instinto se irrita ante el clamor en demanda de la democracia.” (Mann, 2011: 337).

Una aclaración. Como se sabe el marxismo se sustenta, teóricamente, en tres fuentes que a vez son sus tres partes integrantes a decir de Vladimir Ilich, Lenin. Thomas Mann menciona el “revolucionarismo francés”, la “economía política inglesa”; no sabemos por qué razones, se olvidó de mencionar la filosofía clásica alemana, especialmente la sistematizada por Hegel.

Nuevamente sobre el tema de la guerra, que está desangrando Europa, cuando él escribe el libro, afirma: “Quien en esta guerra se comporta de manera positiva, por simpatía con ese individuo mítico

denominado 'pueblo alemán' y su lucha heroica, habría de profesar decentemente ideas conservadoras, vale decir nacionales, y de participar en la guerra en su nombre." (Mann, 2011: 237).

Páginas después reitera la importancia de la participación del pueblo alemán en los hechos del conflicto mencionado. Rechazando decididamente que el pueblo alemán haya sido instrumentalizado en la guerra, escribe: "No se alza así un pueblo, no se apodera de las armas, por millones y antes de que se le convoque, una juventud que no quería, en ningún caso, otra cosa que la paz, y a la cual pérfidos 'señores' seducen para quebrantar el derecho y cometer fechorías."

Deslindando con esta idea e interpretando la voluntad del pueblo, continúa: "El pueblo universal del espíritu, fortalecido hasta alcanzar exuberante fuerza física, había bebido un prolongado trago en la fuente de la ambición; quería convertirse en un pueblo universal, como que Dios lo convocaba para ello, quería convertirse en el pueblo universal de la realidad de ser necesario (y evidentemente debía serlo) mediante una irrupción violenta."

Tomas Mann es creyente cerrado y hasta místico. Él cree en Dios. Es cristiano por los cuatro costados. Sigue la tendencia protestante. Es seguidor ferviente de Martin Lutero. Mann se siente profundamente alemán. Él cree que este pueblo tiene una misión espiritual en el universo. Es por ello que él acuña esta expresión "... como que Dios lo convocaba para ello...". El sin número de lisonjas al pueblo alemán nos evitan mayores comentarios.

Finalmente, escribe lo que sigue: "Una vez desencadenada la guerra, Alemania creyó fervientemente que había llegado su hora, la hora de la prueba y la grandeza. Miente quién no quiere reconocerlo actualmente, y habla de 'espanto ante los horrores inminentes'. El pueblo alemán, en cuanto pueblo con un ánimo totalmente heroico, dispuesto a asumir la culpa y poco proclive a la hipocresía moral, no lloriqueo por lo que le hicieron por su parte radicalmente despiadados enemigos de su vida, pero tampoco dudó de su derecho de emergencia al empleo de medios revolucionarios, aprobando, y aun más que eso, el empleo de tales medios." (Mann, 2011: 312).

En el acápite *De la virtud*, insiste nuevamente sobre algunas otras bondades del pueblo alemán. Ahora centrando en la mentalidad escribe: “El orgullo, el honor y el placer por la obediencia parecen, hoy en día, una peculiaridad alemana, y algo internacionalmente incomprensible; en todo caso nos hallamos en presencia de un hecho espiritual que demuestra que la ‘falta de libertad’ y la dignidad viril pueden ser perfectamente compatibles.” (Mann, 2011: 436).

La virtud de la “obediencia” tiene su antecedente en lo que Mann escribió, muchas páginas antes, relacionando los pares “eternos” de amo-esclavo: “La ‘dicha’ es una quimera. Jamás se postrará la armonía del interés individual al de la comunidad, jamás acabará la distribución desigual de las utilidades, y no les expliques al hombre por qué los unos siempre han de ser amos y los otros esclavos.” (Mann, 2011: 302).

Sólo páginas después retoma el tema de la mentalidad de Untertan (súbdito), del pueblo alemán y afirma: “Pero ya he expresado en una ocasión la experiencia de que el pueblo tiene sensibilidad aristocrática; ha preservado el más fino y natural sentimiento de las distancias, sabe distinguir entre un señor y un sujeto afortunado con una certeza totalmente no democrática, y su sensibilidad es incorruptible. Le gusta servir y sin sentir menoscabada en lo más mínimo su dignidad humana cuando aún queda alguna posibilidad a servir con convicción.”

En seguida añade: “El concepto de la dignidad del hombre es un producto de las costumbres. En el este de Alemania, la servidumbre aún se inclina para besar los faldones de la levita de su señor, gesto este que se efectúa con destreza, naturalidad y dignidad, como parte integrante de una conducta pertinente, y que se acepta sin embarazo.” (Mann, 2011: 439).

Si bien es cierto que Alemania en su conjunto, a comienzos del siglo XX, ya era una sociedad predominantemente capitalista, persistía aún en la mentalidad de súbdito en la vida cotidiana y el universo cultural. Esta obediencia perruna se comprobó en los sucesos de la Segunda Guerra Mundial. En muchos niveles, en determinados sectores de la sociedad quedaron rezagos muy marcados, hasta comienzos del siglo XXI, de esta mentalidad. Ello demuestra que la cultura de la modernidad no termina necesariamente con la cultura que proviene del



medievo. En algunos casos convive con ella, en otros, lo instrumentaliza en función de la seguridad y las ganancias.

Ponemos fin al libro *Consideraciones de un apolítico* con el subtítulo *De la creencia*. En el mismo, entre otros acápites, se habla del pueblo instruido, del pueblo sabio, pues no podía ser de otra manera en el lenguaje del novelista. El autor se plantea esta pregunta: “¿Son los alemanes el pueblo problemático propiamente dicho por las circunstancias de ser el pueblo instruido? Y se puede estar en esta guerra en cuerpo y en alma del lado alemán, se puede anhelar la victoria alemana porque se siente indisolublemente ligado a la propia vida y el propio honor con la vida y el honor de Alemania, y no obstante, en sus horas de recogimiento es posible tender a la opinión de que ese pueblo instruido, sabio y problemático está destinado a ser el fermento europeo, pero que no lo está a dominar.” (Mann, 2011: 459).

Los hechos de la guerra, que se inició en el año 1939 y terminó en el año 1945, dan respuesta a las elucubraciones nacionalistas, racistas, esencialistas y culturalistas de Tomas Mann. El pueblo instruido y sabio, que siempre se confunde con las elites que pueden serlo, demostró que seguía siendo, en su mayoría, unos súbditos que obedecieron casi a ciegas los mandatos de las jerarquías. Ello no quita para nada la actitud valiente, abnegada, de la resistencia encarnada en miles de miles de alemanes humanistas, liberales, pacifistas, socialistas, anarquistas, comunistas.

La actitud heroica de estos últimos se intenta volatilizar hasta esfumarla. Todo ello se hace desde las alturas del mundo oficial. A la par se intenta endosar en la conciencia de todos los alemanes, sin distinción de ninguna clase, los crímenes y horrores cometidos por las clases dominantes y sus seguidores encarnados en el nacionalsocialismo en la Segunda Guerra Mundial. Las víctimas alemanas del nacionalsocialismo no tienen por qué asumir la postura de los victimarios. Que los descendientes de estos últimos guarden luto, que carguen el cajón de los muertos, hasta cuando sus fuerzas les permitan si es que lo desean.

\*

Terminemos con Tomas Mann y su libro aquí trabajado exponiendo algunas ideas. 1.- Se sostiene que el libro tiene una motivación familiar. Que es una polémica contra las ideas de su hermano mayor Heinrich Mann (1871-1950). Intelectual como él, declarado convicto y confeso marxista. Heinrich murió en el exilio Norteamericano. 2.- El autor relativiza la grandeza del pueblo alemán cuando se trata de la raza-sangre. Él es hijo de madre brasileña. Mann iza hasta el mástil más elevado las banderas del intelectum. De la espiritualidad. 3.- Para Georg Lukács (1885-1971) el espíritu del libro se orienta hacia la búsqueda del auténtico burgués que la sociedad alemana aún no había generado en aquel tiempo. 4.- Muchas de las ideas propaladas en el tratado dieron sustento a las tesis ideológicas del nacionalsocialismo en general, al libro *Mi lucha* en particular. 5.- Tomas Mann tomó partida, decididamente, en contra de este movimiento porque sus militantes son primitivos y vulgares. Él trabajó activamente para su derrota desde el autoexilio. 6.- Mann fue uno de los pocos en comprender al nacionalsocialismo. En particular la figura de Adolf Hitler. Es decir como parte inseparable de la historia, de la sociedad, de la cultura, alemana. Lo devolvió al tiempo. Lo regresó a la historia. Lo evidencia todo esto en el ensayo, publicado en 1939, titulado *Hermano Hitler*. 7.- Hasta hoy, cien años después de haberse publicado *Consideraciones de un apolítico*, no se conoce ninguna autocrítica del autor. 8.- Finalmente, Mann escribió *Consideraciones de un apolítico* donde expresa, de principio a fin, ideas políticas.

Aquí se auto traiciona como muchos supuestos apolíticos. Además fue una engañifla propia de ingenuos o en su defecto de oportunistas. Nadie es apolítico en este mundo político. Diferente es ser militante de una organización política. Esto del apoliticismo o el no compromiso del intelectual, es un tópico recurrente que dura hasta la actualidad.

Respecto a los apolíticos y a los políticamente comprometidos. Hagamos memoria. Desde que el mundo es mundo. Nadie es totalmente limpio. Nadie es enteramente inocente. Esta combinación, de luces y sombras, es lo que contamina el halito que respiran las almas bellas. Es

el miasma que salpica las manos pulcras de los más exquisitos estetas. No obstante todo ello, los “apolíticos” creen que su lugar está cercano al olimpo de los dioses. Lamentablemente se equivocan de cielo y tierra. El olimpo y los dioses no existen. Mann evidenció su compromiso político, reclamándose apolítico, en el libro que acabamos de comentar.

## PRUSIANISMO Y SOCIALISMO

OSWALDO SPENGLER

Sobre el autor escuetamente hay que decir que, no obstante haber estudiado matemáticas y ciencias naturales, es conocido, por el público especializado, como filósofo de la historia para zutanos o historiador de la cultura para menganos. Su obra más celebre se titula *Der Untergang des Abendlandes (La decadencia de occidente)*. Ella fue publicada en dos partes. El primer tomo en el año de 1911 y el segundo en el año de 1921.

El trabajo que hoy nos ocupa tiene algunas características que deseamos enumerar: 1.- Es un tratado que se enmarca en la especialidad de las ciencias políticas. 2.- Su extensión es minúscula en comparación al otro libro mencionado. Apenas llega a cien páginas. 3.- Se publicó, por primera y última vez en Alemania, en el año de 1919 por la Editorial C. H. Beck, en Múnich. 4.- El libro no está, ex-profesamente, en el índice en este país; pero ninguna editorial se ha interesado en reeditarlo. 5.- La edición que utilizamos en esta investigación es la inglesa, publicada por la Editorial ARKTOS MEDIA LTD de Londres. Año 2012.

El pequeño tratado está compuesto de 6 partes. Se abre con lo que el autor llama *Introducción*. Continúa con *La revolución, El socialismo como forma de vida, Inglaterra y Prusia, Marx* y concluye con *Lo internacional*. Nosotros expondremos las principales ideas que aparecen en las páginas del libro como lo hemos hecho con el trabajo anterior, es decir, siguiendo el orden dado por el autor.

En la *Introducción* se esbozan cuatro preguntas. Oswald Spengler las formula, así: “¿Es el socialismo un instinto o un sistema? ¿Es el fin del sentido de la humanidad o un estado de hoy para mañana? ¿Sólo es la reivindicación de una sola clase? ¿Es el idéntico con el marxismo?” (Spengler, 2012: 1).

Las respuestas a las interrogantes planteadas se dan a lo largo del trabajo. De todos modos advertimos que para él, el socialismo al cual adhiere, es un instinto que se lleva en la sangre. Es el último fin del sentido de la existencia humana. Es la reivindicación de todos los miembros de la sociedad. Ese socialismo que él profesa nada tiene que ver con el socialismo marxista o comunismo.

A continuación, el autor, pasa a desarrollar algunos puntos de vista en abierta polémica, ideo-política, con sus concurrentes, los marxistas. Haciendo un preámbulo, dice: “El defecto de todos los que lo desean, es que confunden lo que debería haber sido con lo que habría de ser en el futuro. ¡Cuán rara es la visión independiente con respecto a los acontecimientos! No alcanzo a divisar a nadie que haya comprendido el camino de esta revolución; su ideología, su duración y su término. Se confunde una situación del momento con una época, el año próximo con el siglo venidero, las ocurrencias con las ideas y los libros con el individuo.”

A renglón seguido es mucho más directo contra sus históricos oponentes, lo expresa en estos términos: “Estos marxistas son solamente fuertes en la negación y fallan en lo positivo. Al fin se llega a comprender que su maestro no ha pasado de ser un crítico y nunca un creador. Para un mundo de lectores ha dejado nociones. Su proletariado, inspirado y satisfecho por la respectiva literatura, viene a constituir una realidad al rechazar las realidades de la época, pero sin representarlas. Hoy se vislumbra que Marx no ha pasado de ser sólo el padrastro del socialismo. Le son propios, rasgos más antiguos, más fuertes y más profundos que la crítica que él ha hecho de la sociedad. Existían sin que él los estableciera y han seguido desarrollándose sin ella y también en su contra. No están establecidos en el papel, pues fluyen en la sangre. Y sólo la sangre viene a resolver respecto del futuro.” (Spengler, 2012: 3).

Teniendo en cuenta este pasado, que hunde sus raíces en la sangre, Spengler se propone la tarea de separar, definitivamente, el socialismo prusiano del marxismo. Sus argumentos son como siguen: “Nosotros, los alemanes, somos socialistas, aunque jamás nos habíamos percatado de ello. Los otros pueblos no lograrán serlo. Trazo aquí no una de aquellas reconciliaciones, alguna retracción o un desahucio, sino que trazo un destino. No se escapa uno de él cuando cierra los ojos, se le niega, se le combate o se le trata de esquivar. Son diferentes modos de cumplirlo. Espíritu prusiano primitivo y sentimientos sociales que en la actualidad se odian como se odian los hermanos, son una misma cosa. Esto no lo enseña la literatura, sino la inexorable realidad de la historia, en la que la sangre, hecha cuerpo, atropella a los meros ideales, a las frases y a las conclusiones.” (Spengler, 2012: 4).

Como se podrá deducir de las citas transcritas, según el autor, hay un socialismo que no tiene nada que ver con el marxismo, con el comunismo. Este socialismo es mucho más antiguo. Ese socialismo tiene su piedra angular en la tradición, en la raza, en la sangre que corre por las venas. Muy simple. El otro, el marxismo, no es socialismo.

Luego, en el acápite titulado *La revolución*, atalaya sobre el rol que debería jugar el líder, el conductor. El superhombre en términos de Friedrich Nietzsche. Spengler lo esboza en estos términos: “Un gran hombre que viene del fondo, y todo el pueblo lo hubiese seguido. Pero nunca un movimiento de masas ha sido arrastrado por el barro más miserable que por la miseria del líder y sus seguidores.” (Spengler, 2014, 14).

En otra parte reitera su concepción sobre el tema de lo que tendría que ser el superhombre, leamos: “Un gran hombre es el que entiende el espíritu de su tiempo, en el cual este espíritu se ha vuelto personaje vivo. El no viene para disolverlo sino que para llenarlo. De él viene el espíritu del socialismo alemán que se va a desarrollar ahora.” (Spengler, 2012: 21).

En concordancia con las ideas vertidas en las últimas líneas de la cita precedente, Spengler es optimista en cuanto a la “revolución”, con propiedad la contrarrevolución, que se avecina en Alemania, él sostiene: “Pero la revolución alemana emerge no de una teoría. Ella

proviene del instinto alemán, más preciso del prusiano. Del poder que pertenece al todo. El individuo sólo le sirve. El todo es soberano. 'El Rey es el primer servidor del Estado'. (Federico El Grande). Cada uno recibe su plaza. Se manda y se obedece. Esto es, desde el siglo XVIII, socialismo autoritario, su ser es antiliberal y antidemocrático, si es que se habla del liberalismo inglés y de la democracia francesa. Pero también está claro que el instinto prusiano es anti-revolucionario." (Spengler, 2014: 15).

Al tajante deslinde hecho contra del marxismo se añade el distanciamiento, también, del concepto liberalismo asociado a la experiencia política inglesa y de la idea de democracia vinculada a la experiencia política francesa. El socialismo alemán, socialismo prusiano, es expresión del instinto de una raza, es anti-marxista, es anti-liberal y es anti-democrático.

En el subtítulo *Socialismo como forma de vida* insistirá el autor, una vez más, que el socialismo prusiano descansa, además de la tradición, sobre: "La raza en el sentido espiritual." (Spengler, 2012: 22).

Párrafos después argumenta por qué las demás personas deben seguir a los socialistas. Por qué deben obedecer a los prusianos. Las razones que blande son las siguientes: "Es la expresión más alta de nuestro sentimiento mundial dinámico a la cual se puede arribar. Lo que nosotros creemos, todos deben creerlo. Lo que nosotros queremos, todos deben quererlo. Y la vida, como la vida se ha vuelto para nosotros vida externa, política, social, económica, así todos deben someterse a nuestro ideal político, social, económico o perecer." (Spengler, 2012: 24).

La conclusión es diáfana y excluyente. Con el socialismo prusiano la vida florece. Contra el socialismo prusiano la muerte acecha. Páginas después viene el subtítulo *Inglaterra y Prusia*, donde retoma la crítica a los ingleses y a los franceses, sus palabras: "Sólo existe cultura francesa. Con Inglaterra comienza la civilización. Francia domina el espíritu, la sociabilidad, el gusto, Inglaterra el estilo de la vida práctica, el estilo del dinero." (Spengler, 2012: 29).

En contraposición a esta “cultura” y “civilización” añade cuales son los valores que él defiende: “Prusianismo es un sentimiento de vida, un instinto, un no poder diferente; es la quinta esencia de valores mentales, espirituales; por eso también rasgos corporales, las que son características de una raza, del mejor ejemplar designado de estas razas.” (Spengler, 2012: 29).

A continuación menciona a los dos supuestos mentores de la grandeza racial, del socialismo prusiano, leamos: “Pero verdaderas realidades prusianas son ahora sólo creación de Federico Guillermo I y Federico el Grande: El Estado prusiano y el pueblo prusiano.” (Spengler: 2012, 29).

Nuestro autor, argumentando que lo alemán, ahora como ideología, es sinónimo de prusianismo, continúa: “En el término actual de lo alemán, en el tipo de lo alemán, el elemento prusiano ha sido fuertemente introducido en contra de antiguas ideologías. Los alemanes más valiosos ni siquiera saben eso. Con su acumulación de entendimiento del sentido de los hechos, disciplina, espíritu de cuerpo, energía, es todavía una promesa hacia el futuro, no sólo para el pueblo, sino también con sentido, algo peligrosa, para cada una de las civilizaciones occidentales que se están muriendo en este caos...” (Spengler, 2012: 30).

Para sintetizar la importancia de la comunidad, del todo, de lo social por sobre lo individual, lo personal, que caracteriza al socialismo prusiano, Spengler añade esta frase: “Yo no, sino un nosotros” (Spengler, 2012: 31).

En concordancia con lo anterior expone los pares libertad-obediencia que caracteriza al socialismo prusiano, sus palabras: “Acá no está cada uno por sí mismo, pero si todos por todos con esa libertad interna en sentido grande, la libertad u obediencia, la libertad en la obediencia, lo cual siempre se ha enseñado en los mejores ejemplares de cría.” (Spengler, 2012: 32).

A lo anterior contrapone, lo que según él, caracteriza a la mentalidad inglesa, lo expone en estos términos: “La ética del capitalismo inglés dice: serás rico, entonces ya no tienes que trabajar.”

Líneas después, siguiendo esta lógica, continúa: “Ellos están por un país sin Estado, son egoístas, característica de los vikingos. Esa disposición constante, personal, se expresa también en el deporte inglés, el contiene el principio de la autodeterminación exterior, el derecho de ser feliz a costa de los otros, ya que se siente con fuerza para eso, es el darwinismo económico.” (Spengler, 2012: 41).

Párrafos después retoma las características del socialismo prusiano, lo formula de la siguiente manera: “El otro es con todo la idea de socialismo, en su sentido más profundo; voluntad y fuerza, lucha por la felicidad, no del individuo, sino de todos. Federico Guillermo I, no Marx, ha sido quien ha dado sentido al primer socialista. De él parte como modelo personal este movimiento mundial.” (Spengler, 2012: 42).

Luego insiste en la comparación entre Inglaterra, Francia y Prusia. Ahora expone de cómo se llega al poder en estos tres países. Leamos su argumentación: “En Inglaterra la nobleza ha llegado paulatinamente a la cabeza también por riqueza, en Prusia ha llegado a la nobleza a través de la carrera militar. La nobleza francesa no ha conseguido nunca tal unidad de importancia social. La revolución inglesa se dirigía contra el Estado, es decir contra el orden `prusiano`, la iglesia y la sociedad civil, la revolución alemana contra el orden `inglés` de ricos y pobres que habría penetrado en el siglo XIX con la industria y el comercio y que había llegado a ser el centro de las tendencias anti prusianas, anti socialistas. La revolución francesa no se dirigía sólo contra un desconocido y por eso inmoral, sino contra el todo: esto es democracia en sentido francés.” (Spengler, 2012: 44).

Un par de páginas después, insistiendo sobre la mentalidad prusiana, afirma: “Para nosotros el constante creador es de nuevo siempre el mandato y la obediencia en una comunidad rigurosamente disciplinada. Llámese Estado, partido, organización obrera, cuerpo de oficiales o funcionarios, cuyos sirvientes son cada miembro sin excepción.” (Spengler, 2012: 46).

En esa dirección, según él: “La meta no es el enriquecimiento del individuo, o de cada individuo, sino el florecimiento de todos. De esta forma Federico Guillermo I y sus sucesores han colonizado los



pantanos del este. Lo consideraban como una misión. Dios les había concedido esa tarea. En estos caminos se movía el sentido de realidad del obrero alemán con libre determinación. Sólo las teorías de Marx lo limita a conocer de cerca la espiritualidad entre su deseo y el deseo del viejo prusianismo.” (Spengler, 2012: 46).

El autor continúa relacionando el capitalismo, en la acepción inglesa, con las tesis del marxismo, dice: “Sólo el capitalismo, al estilo inglés, es el equivalente al socialismo de estilo marxista. La idea prusiana de la administración de la vida económica, desde un punto de vista anti personal, había conducido en forma socialista al capitalismo alemán, desde la legislación de derechos protectores de 1879, en el sentido de un orden estatal.” (Spengler, 2012: 49).

De lo anterior deduce que: “Así se enfrentan hoy dos grandes principios económicos. El vikingo que se ha convertido en libre mercado y la del caballero que es un funcionario administrativo.” Luego se pregunta: “¿Debe ser la economía mundial una explotación mundial o una organización mundial?” (Spengler, 2012: 50).

Spengler, líneas después, emite su opinión sobre la historia, el Estado, y las guerras, leamos: “La historia mundial es la historia del Estado, la historia del Estado es la historia de guerras. (...) Todo lo que sale de lo más profundo del alma ha llegado a ser humano y creación humana, sacrificando al humano. Ideas que han llegado a ser sangre, exigen sangre. La guerra es la forma eterna de la existencia superior humana. Los Estados existen por la guerra, son expresión de la voluntad de la guerra.” (Spengler, 2012: 52 y 53).

El cuarto tema que aborda el autor se titula *Marx*. Spengler comienza afirmando lo que a continuación se lee: “Pero la solución a la cuestión del trabajo de los obreros sólo a través de ellos no se puede dar. En si la idea del tercer Estado no es idea, en la realidad es una flaqueza.” (Spengler, 2012: 68).

Para él, el marxismo, hasta determinado punto, es la combinación de la mentalidad inglesa y prusiana. Nuestro autor lo formula así: “Provenía de la atmosfera prusiana y residía en la inglesa, ha quedado ajeno de la misma manera del alma de los dos pueblos. (...) Y de esta

forma trasladó, una verdaderamente grotesca combinación, el instinto de las dos razas germánicas al constante material de dos clases sociales.” (Spengler, 2012: 69).

En torno a la idea de las clases, la lucha entre ellas, siempre contraponiendo la realidad inglesa con la prusiana, sostiene: “Esto era el nuevo significado de la expresión ‘sociedad humana’, es decir unidad y obligación común hacia el ideal moral que residía en la razón y la naturaleza y no en la sangre y la tradición. (...) La clase superior era rica sin trabajar. La clase inferior era pobre trabajando. En Prusia era la posición social, un orden de más o menos obediencia, que dividía las clases. Aquí hubo, aparte de la capa de los campesinos, una capa de funcionarios, es decir ninguna de carácter económico, más bien una unidad de funciones. Mientras que aquí solo hay ‘burguesía’ y ‘proletariado’, sujeto y objeto del negocio, ladrones y robados, según el método de los vikingos.” (Spengler, 2012: 71).

Para él el fundador del marxismo se equivocó en la medida que: “Marx sólo tomó la imagen exterior de los prusianos: organización, disciplina, comunidad, algún aspecto de una clase individual, una forma técnica, tomó el socialismo para entregarlo como objetivo y arma de los obreros en una sociedad a la manera inglesa para que puedan, al estilo de los vikingos, cambiar el papel, es decir ladrones y robados -la expropiación de los expropiadores- además en un programa muy egoísta de la división del botín después de la victoria.” (Spengler, 2012: 71 y 72).

Continúa con el tema en mención afirmando lo siguiente: “Pero la moral de Marx es de origen inglés. El marxismo rebela, en cada fase, que tiene su origen en una ideología teológica y no política. Su teoría económica es consecuencia de un sentimiento básico ético. La ideología del materialismo histórico sólo forma el capítulo final de una filosofía cuyas raíces se encuentran, hasta la revolución inglesa, con su obligatoria exigencia bíblica del pensamiento inglés.” (Spengler, 2012: 73).

El autor recurre, como lo hará posteriormente Henry Ford y Adolfo Hitler, al arma del judaísmo para continuar con su argumentación descalificadora contra la teoría de Marx, leamos este

párrafo: “Pero aquí lo ayudaba su instinto judío que él mismo definía en su escrito sobre la cuestión judía. (...) para nosotros tiene el común, el sabor del mob y snob.” (Spengler, 2012: 74).

Según Spengler, para Karl Marx: “El comercio es pensado siempre como lucha por la existencia. En la industria el empresario negocia con la mercancía ‘dinero’, el obrero manual con la mercancía ‘trabajo’. Marx piensa en la imagen de la sociedad sin clases hacia el futuro.” (Spengler, 2012: 75).

De toda la argumentación anterior el autor que analizamos en esta oportunidad extrae la siguiente conclusión: “La dictadura del sistema capitalista, del partido malo, lo quiere sustituir, según el manifiesto, por el partido del proletariado, Marx no ve otra posibilidad.” (Spengler, 2012: 75 y 76).

En el párrafo que sigue, una vez más, Spengler reitera en que reside el socialismo prusiano: “Pero el Estado socialista prusiano está más allá del bien y del mal. Abraza a todo el pueblo y frente a su soberanía incondicional los dos son partidos minorías que sirven juntos a la generalidad. Socialismo es una manera meramente técnica, el principio funcionaría. Cada obrero se eleva, al fin y al cabo, al carácter de un funcionario y no de un negociante. De la misma manera cada empresario. Hay funcionarios de industria y funcionarios de comercio, al igual que funcionarios militares y funcionarios de tráfico.”

A renglón seguido recuerda que este tipo de organización: “... se ha realizado en sentido mayor en la cultura egipcia y también de otra manera en la china. En forma interior en la civilización política de occidente y se ha dado a conocer ya en las ciudades góticas con sus gremios y corporaciones, ya en el sistema de las catedrales góticas de manera simbólica, donde cada pequeño miembro es parte necesaria de un todo dinámico.” (Spengler, 2012: 76).

En torno a esta experiencia de organización burocrática cree Spengler que: “El marxismo es un algo sin sentido frente a las formas innatas del hombre socialista-prusiano. Puede negarlos o debilitarlos, pero se mostraran muy fuertes finalmente como todo lo vivo y natural frente a lo teórico.” (Spengler, 2012: 78).

El declive con la argumentación teórica marxista continúa: “Nosotros no somos ‘humanos en sí’. Esto pertenece a la ideología del pasado. Ciudadanía mundial es una farsa miserable. Nosotros somos humanos de un siglo, de una nación, de un círculo, de un determinado tipo. (...) Desde este punto de vista confrontamos hoy, en medio de la revolución alemana, marxismo y socialismo. El socialismo, el prusianismo, todavía no es comprendido. Es una parte de la realidad de primer rango. Marx es literatura. Una literatura envejece. Una realidad vence o muere.” (Spengler, 2012: 80).

Finalmente, con la idea de vencer o morir, Oswald Spengler llega a la conclusión siguiente: “Las ideas ganan su fuerza motriz sólo por la sangre, no se revelan por su pensar abstracto.” (Spengler, 2012: 81).

En el último capítulo titulado *Lo internacional*, comienza Spengler afirmando lo que se lee: “Ahora se van a los congresos de mentiras y firman otra vez el Tratado de Versalles en el reino de la farsa. El socialismo alemán prusiano no tiene su primer enemigo peligroso en el capitalismo alemán, que llevaba en sí fuertes rasgos socialistas que el mismo empujaba desde 1917 a formas inglesas, lo más fuerte quizás por el relajamiento de los sindicatos de manera magistral organizados y por la introducción de comités de las empresas locales y tratan de ocultar por cuyas concesiones los socialistas de la mayoría su tendencia parlamentaria liberal frente a las masas, sino que bajo el nombre de socialismo se agita en la patria el capitalismo. Lo que Engels, con su aguda mirada, entendía que existe sólo socialismo alemán, hoy han olvidado los portavoces del socialismo alemán y tratan de demostrarlo por servilismo alemán de los socialistas de la Entente.” (Spengler, 2012: 83).

Por lo tanto, concluye: “Una internacional verdadera sólo es posible por la victoria de una idea de una raza por encima de las otras y no por la disolución de todas las opiniones en una masa descolorida.” (Spengler, 2012: 84).

Una página después, nuevamente carga la tinta en contra del marxismo, del comunismo, ahora por su posición contraria a la sacrosanta propiedad privada. Leamos: “La peor de estas palabras se llama comunismo, con su crítica toca la cuestión cardinal de la

propiedad privada. Aquí no es el lugar para explicar, sólo en resumen, es una cuestión tan difícil explicar las relaciones profundas entre propiedad, matrimonio, idea política, propiedad, concepción del mundo, con toda su fuerza simbólica.” A renglón seguido vierte un par de ejemplos: “Cada una de estas grandes culturas tiene, también, aquí su propio lenguaje. La idea occidental de la propiedad privada es muy distinta de la antigua idea de India, de China, la idea de propiedad es la fuerza. Lo que no obra de manera dinámica, cada propiedad muerta, el ‘tener’ de por sí vale poco para el humano fáustico. En esto reside el secreto del significado de la propiedad productiva antes de todo, la desnudes del ‘tener’.” (Spengler, 2012: 85).

Páginas después menciona el rol positivo, perfeccionamiento del ejército civil, la burocracia, de la dinastía que gobernó el mundo alemán por varios siglos: “Los Hohenzolens han creado el primer tipo de funcionarios prusianos, el mejor del mundo. Garantiza la posibilidad de una socialización por sus facultades socialistas heredadas. Desde hace 200 años es como método, lo que el socialismo es como tarea. A esta forma de organización tiene que acostumbrarse el obrero si deja de ser marxista y con eso empieza a ser socialista. El ‘Estado del futuro’ será un Estado de funcionarios.” (Spengler: 2012: 90).

Insistiendo sobre el socialismo al cual él adhiere, escribe: “Pero el socialismo prusiano significa la integración de estos estados de economía y de las ramas de profesiones singulares en el estado completo. El objeto de disputa, entre conservadores y proletarios, no es en el fondo la necesidad de un sistema socialista-autoritario el cual se podría escapar y por aceptación del sistema mencionado (el deseo del liberalismo alemán) sino la cuestión del alto mando.” (Spengler, 2012: 91).

Con lo anunciado en la cita anterior, que no es más ni menos que la formación de un Estado corporativo al estilo medieval, lo complementa con lo que a continuación leemos: “República significa hoy, si apartamos todas las ilusiones, la violencia de la fuerza ejecutiva por medio del capital privado. Un Príncipe es un árbitro y si en un Estado pensado socialista los consejos de profesión, hasta el consejo de Estado supremo, son una selección según facultades prácticas, se puede

encontrar una selección más estrecha según facultades éticas.” (Spengler, 2012: 91).

En la misma página expone su idea sobre el rol de ese “irresistible caballero” en la sociedad, el dinero, sus palabras: “En una democracia moderna no se hallan enfrentados los líderes de masas con los líderes del capital, sino el dinero mismo como una fuerza anónima.” (Spengler, 2012: 91).

En los últimos párrafos el autor insiste, una vez más, en que: “La clase obrera tiene que liberarse de las ilusiones del marxismo. Marx está muerto. El socialismo como forma de ser está en su principio, pero el socialismo como movimiento especial del proletariado se acabó. Para el obrero existe sólo el socialismo prusiano o nada.” A renglón seguido afirma: “El sentido del socialismo es que no es el contraste entre pobres y ricos sino el rango, el rendimiento, que dan y que domina la vida. Esta es nuestra libertad. Libertad de la arbitrariedad económica del individuo.” (Spengler, 2012: 98).

Oswaldo Spengler, cerca al final del escrito, hace una llamado a la juventud en estos términos: “Yo me dirijo a la juventud. Llamó a todos los que tienen agallas en los huesos y sangre en las venas: ¡Educaís vosotros mismos! ¡Convertíos en hombres! Ya no necesitamos ideólogos, ninguna habladuría de formación, de cosmopolitismo, de misión de los alemanes. Necesitamos dureza, necesitamos optimismo, necesitamos una clase de hombres dominadores socialista por naturaleza. Nuevamente el socialismo significa poder, poder, poder y otra vez poder. Los proyectos y los pensamientos no son nada sin el poder.”

Termina, *Prusianismo y socialismo*, mencionando la importancia que tienen los obreros en la estructuración del Estado: “El aspecto valioso de los obreros alemanes, su contribución como los mejores portadores del sentimiento del Estado prusiano, los resueltos para la fundación de un Estado rigurosamente socialista, para una democratización en sentido prusiano, los dos sellados por la unidad de un sentido del deber, por la conciencia, por una tarea grande, para morir, para nacer, por la fuerza de hacer sacrificios inmensos, realizar para lo

que hemos nacido. Lo que somos. Lo que sin nosotros no existiría.” (Spengler, 2012: 99).

\*

De todo lo escrito, en los párrafos anteriores, se puede resumir diciendo que para Oswald Spengler el socialismo auténtico, es el socialismo prusiano. Este socialismo autoritario, para otros “socialismo de cuartel”. El descansa en la pureza de la sangre, en la fuerza de la raza, en la tradición de la cultura germana. Dicho socialismo tiene una proyección mundial. Este socialismo lo abarca todo en la medida que está ubicado más allá del bien y del mal. Lo humano en el socialismo prusiano reside en la nación. Su concretización pasa necesariamente por el control del poder. Sin poder no hay idea que valga.

El socialismo prusiano, o “socialismo de cuartel”, no está en contra del capitalismo como sistema económico. Este sistema está en contra del capitalismo al estilo inglés. Es decir el capitalismo de libre competencia. Según él, el capitalismo, debe estar al servicio de la comunidad y no sólo al servicio de un grupo privilegiado.

Este socialismo prusiano es anti-marxista, es anti liberal y es anti-democrático. El centro y eje de su poder descansan en el aparato del Estado. Es un Estado de funcionarios disciplinados. Es un Estado de técnicos eficaces. En otras palabras. Es un Estado corporativo. Ese socialismo nacional, esa “revolución”, tiene su centro y eje en Alemania por razones de sangre, de raza, de tradición.

No perdamos de vista que estas ideas fueron hechas públicas en el año de 1919. La mención a las consecuencias de la guerra que acababa de fenecer, a la revolución comunista, espartaquista, de noviembre del año anterior y la creación de la República, llamada de Weimar, prácticamente son ignoradas.

Muchas de las ideas aquí vertidas por Oswald Spengler se entrelazan en un nivel y se complementan en otro con las ideas plasmadas en el libro de Henry Ford que a continuación analizamos. Y en su conjunto con las ideas de Adolfo Hitler, como se demostrará posteriormente.

## EL JUDIO INTERNACIONAL

HENRY FORD.

El autor, que en esta parte de la presente investigación abordamos, es conocido, en gran parte del mundo, por lo siguiente. 1.- Como un famoso ingeniero que ensambló un modelo de automóvil que lleva, hasta la actualidad, su apellido como marca. 2.- Por el estilo de producción industrial en serie, invento que no se limita a la fabricación de automóviles, sino que se aplica para la producción de todo tipo de mercancías, por lo que se le ha denominado fordismo. 3.- Por sus posiciones ideológico-políticas de conceptualizar judaísmo como sinónimo de comunismo y viceversa. 4.- Por su anti-comunismo y su anti-judaísmo confeso.

El trabajo que nos ocupa, particularmente los cinco capítulos elegidos para nuestro estudio, se basa principalmente en tres libros, de dos autores, que fueron seleccionados por Henry Ford para convalidar sus tesis ideológico-políticas. Estos son: *Los protocolos de los sabios del Sion* de autor anónimo. El folleto publicado por la organización judía llamada *El ideal de la filosofía (B'nai B'rith)*, según Ford, fue escrito por León Stuart Levi. Finalmente el tratado *Un Estado judío* escrito por el fundador del movimiento Sionista Teodoro Herzl (1860-1904).

A la par de los capítulos que nosotros abordaremos, los que son de carácter histórico, económico, político e ideológico, Ford describe la presencia de los judíos en todas las esferas de la vida de la sociedad. Particularmente en el nivel de la educación, en todos los planos, el periodismo, el arte (teatro, música, cine), en las editoriales y en el mundo intelectual en su conjunto.

Recordemos que el libro, *El judío internacional. El primer problema del mundo*, fue escrito en cuanto terminó la Primera Guerra Mundial. Llamada frecuentemente por muchos como la Gran Guerra. El mismo fue publicado en el año 1920. Tengamos presente el momento



que apareció en la medida que sólo cuatro años después se hará conocido el libro, centro de nuestra investigación, *Mi lucha*.

El capítulo que abre la investigación pretende ser una especie de cimiento sobre el cual descansan las demás tesis que cruzan el texto de principio a fin. En este capítulo se evidencian las supuestas causas históricas, económicas e ideológicas, que explican la aparición primero, y la enorme importancia después, de los judíos a nivel internacional. (5).

\*

En el sub-título *Los judíos. Carácter individual y la actividad productiva de los mismos*, Henry Ford abre con esta afirmación que linda con la preocupación: “Vivimos nuevamente en una época en que el judaísmo atrae la atención crítica del mundo entero. Su ingreso durante la Gran Guerra en lo más escogido de las esferas financieras, políticas y sociales fue tan general y evidente, que su posición, su poderío y sus fines fueron recibidos con acerba crítica, y en la mayoría de los casos causaron repulsión. No constituyen las persecuciones una novedad para el judío. En cambio, para su ética racial, es nueva esta exaltación.” (Ford, 1961: 11).

Después de planteada la premisa de por qué el judío vuelve a ser noticia en la escena económica, política, social, internacional; además de reactivar el pasado de persecución de las cuales han sido víctimas los así llamados “hijos de Israel”, el autor pasa a informar la actuación de los judíos en la actividad social de cuatro países importantes del mundo occidental.

Ford comienza afirmando: “En Rusia se le responsabiliza del bolcheviquismo, acusación que, según de donde provenga, podrá considerarse fundada o infundada. Los norteamericanos, que fuimos testigos de la fanática elocuencia de los jóvenes judíos, apóstoles de una revolución social y económica, estamos en excelente posición para poder formar un claro juicio de lo que existiera real y verdadero en tales acusaciones. En Alemania se achaca al judío la derrota experimentada, y una amplísima literatura con innumerables pruebas detalladas impele, en verdad, a muy serias cavilaciones. En Gran Bretaña, se dice que el

judío es el amo verdadero del mundo, que la raza hebrea constituye una supranacionalidad que vive entre y sobre los pueblos, los domina por el poder del oro, y acicatea fríamente un pueblo contra otro, en tanto se oculta cautelosamente entre bastidores.”

A renglón seguido vuelve sobre los EE.UU. de Norteamérica para decir: “Por último, en Estados Unidos llama la atención la insistencia con que los judíos -los viejos por apego al dinero, por ambición los jóvenes- se infiltran en todas las organizaciones militares, y particularmente en los rubros dedicados a los negocios industriales y mercantiles derivados de la guerra, criticándose en especial el cinismo con que dichos judíos explotan en provecho propio los innúmeros conocimientos que lograron en su calidad de funcionarios del Estado.” (Ford, 1961: 11 y 12).

Por la información vertida en las dos citas, de ser verdad las afirmaciones en cuestión, podría deducirse que los judíos son una fuerza descomunal. Disponen de un espíritu inquebrantable. Hacen gala de una ambición insaciable. Cuentan con un arma milagrosa llamada usura. Toda esta capacidad va desde el control del oro, las finanzas, la especulación. Pasando por ser causantes del triunfo en unos, de la derrota de otros, en la Primera Guerra Mundial. Hasta ser mentores, financiadores, actores, de la revolución bolchevique.

Suma summarum. Los judíos están en todo lugar, a toda hora y haciendo todo; controlando todo. Contra ellos no se puede. O te encantan con el virus del áureo metal o te barren con la fuerza de la revolución.

Después de la argumentación económica el autor se traslada al plano ideológico. Las ideas de Ford rayan con la mistificación de los grupos seguidores de la *Tora* y el *Talmud*. Los términos que blande son más que elocuentes. Leamos: “El judío constituye un enigma mundial. No obstante ser su masa pobre en absoluto, domina, empero, el mercado económico y financiero del mundo entero. Viviendo sin patria, ni gobierno, es decir, en la dispersión, demuestra, empero, una unidad nacional y una tenacidad no alcanzada por pueblo alguno. En la mayoría de los países, salvo restricciones, supo convertirse en el soberano efectivo, al amparo a veces de los patronos. Dicen antiguas profecías,

que los judíos retornarán a su vieja patria, desde cuyo centro geográfico dominarán a la totalidad de los pueblos, no sin antes haber resistido el combinado al mundo de las naciones del mundo entero.” (Ford, 1961: 13).

Obviemos las “profecías”, por ser absurdas en una investigación seria, analicemos eso que Ford califica como “enigma mundial”. El enigma es descifrado por este con dos claves simples y hasta prosaicas. 1.- La diferencia entre judíos menesterosos y los judíos pudientes. 2.- La oculta solidaridad entre los descendientes de Moisés.

En el párrafo que a continuación transcribimos el autor amplió lo que nosotros, en el párrafo anterior, hemos enumerado. Con un razonamiento mucho más objetivo Ford pasa a problematizar el tema. De la generalidad de los judíos, se adentra en la diferencia entre judíos ricos y judíos pobres. De igual manera sobre la real o supuesta solidaridad entre ellos. Leamos lo que escribe: “Antes de formular otra respuesta mejor hay que fijar dos puntos concretos. El primero de ellos es que no todos los judíos se hicieron ricos. Existe también gran número de hebreos pobres, aunque la mayor parte de ellos continúa en posición independiente. Si bien es cierto que son judíos los principales amos financieros del país, no es verdad que cada judío sea uno de los amos. El que estas dos categorías de judíos deban distinguirse claramente se impone desde el momento en que se analizan críticamente los métodos que, por una parte, los judíos ricos y, por otra, los pobres, utilizan para alcanzar el poderío. En segundo término, la solidaridad judía torna muy difícil la tarea de medir los éxitos judíos y los no judíos por el mismo rasero.” (Ford, 1961: 15).

Esta diferencia entre judíos pobres y judíos ricos, más la oculta solidaridad entre ellos, tiene una explicación, para Ford, en el pasado histórico, en gran medida, igualmente mistificado. La información que nos brinda el autor es como sigue: “Comencemos por el origen. Vivían los judíos durante el desarrollo de su carácter nacional bajo el imperio de una ley que tornaba imposibles tanto una riqueza como una pobreza excesivas. Los modernos reformadores organizan sobre el papel sistemas sociales inmejorables, harían bien echando una ojeada sobre el sistema social bajo el cual vivían los primitivos judíos.”

Tomando como base el *Antiguo testamento* para unos o la *Tora* para otros, continúa: “La ley mosaica al prohibir la usura, tornó imposible una aristocracia capitalista, que grandes financistas judíos la representan hoy justamente con la fácil y duradera fuente de ingresos que representan los intereses que imponen a sus deudores. Ni la usura, ni la especulación fueron favorecidas por la antigua ley. No se practicaba usura con el suelo, pues la tierra se repartía entre el pueblo, y si bien un propietario podría perderla por su culpa, o por contratiempos, volvía la parcela, sin embargo, a la propiedad de la familia al cabo de 50 años. Empezaba cada vez una nueva época social, con el llamado año de gracia. Resultaba imposible bajo tal legislación, la formación de grandes feudos o de una casta de magnates financieros. El período de 50 años facilitaba la suficiente libertad para que la actividad personal pudiera manifestarse en la lucha por la vida.” (Ford, 1961: 16).

Esta legislación mosaica, de tiempos de la descomposición de la comunidad primitiva e inicios del esclavismo, devenida en costumbres, posiblemente, también en cultura, fue la razón que explica, según el autor, por qué: “Jamás se enriqueció un judío a costa de otro judío, como tampoco hoy los judíos llegan a ser ricos en mutua competencia entre sí, sino a costa de los pueblos no judíos, entre los que moran. La ley mosaica permitía al judío traficar con los extraños, de acuerdo con determinados principios morales, mas no con su ‘prójimo’ de raza judía. Su ley, llamada de extranjeros, especificaba: ‘prestarás al extranjero con usura; con tu prójimo no debes hacerlo’.” (Ford, 1961: 17).

Los motivos arriba mencionados son los que condicionaron a que estos seres humanos se dedicasen al comercio, donde les era posible y como les era dable. Advirtamos, el comercio, no es una actividad económica social exclusiva de los denominados judíos. En cada etapa del desarrollo de la sociedad hubo pueblos, ciudades, que motivados por la ubicación geográfica, la necesidad, el momento histórico, despuntaron en este tipo de actividad económica. Los fenicios en los tiempos esclavistas. Los venecianos en el Renacimiento, son algunos casos ilustrativos.

Por su parte Ford, continuando con los “hijos de Israel”, afirma: “Si el judío hubiese sido trabajador, cooperando en común con el resto de la humanidad, su dispersión seguramente no hubiese alcanzado tales proporciones. Pero como optó por hacerse mercader improductivo, su errante instinto le convirtió en aventurero a través de todas las tierras habitadas.” (Ford, 1961: 19).

Estos supuestos “errantes”, “mercaderes”, “aventureros” llegan a lo más alto de las finanzas gracias a que disponían de la piedra filosofal que su genio les había permitido descubrir-inventar: *La usura*. De esa abstracta acción se deriva todos los demás inventos. Por mencionar: la especulación. La que de la mano con la usura redundan, nuevamente, en una mayor acumulación. La usura sería la clave que da origen a la acumulación originaria de capital, según Ford.

El autor agrega otros inventos que potencializaron, a gran medida, el poder económico de los “usureros por antonomasia”, sus palabras: “Su ascenso a la posición de señores de las finanzas mundiales, tuvo como causa primordial otra predisposición: su habilidad para inventar constantemente nuevos métodos usurarios. En tanto, el judío no apareció en la lucha de competidores, solía desarrollarse el comercio en formas relativamente simples. Si buscáramos hoy en los orígenes de muchos de los métodos comerciales que facilitan y simplifican nuestro intercambio, indudablemente tropezaríamos con algún nombre judío. Muchos de los indispensables instrumentos de giro y crédito, fueron inventados por negociantes judíos, no solo para el tráfico entre sí, sino, más bien, para alucinar a los no judíos, con que comerciaban. La letra de cambio más antigua, fue librada por un judío, Simón Rubens. La letra a la vista es un invento hebreo, así como el cheque ‘al portador’.” (Ford, 1961: 20).

Con estos instrumentos comerciales en la mano, desconocidos en la edad media, inventados, manejados por este grupo, son las razones para que Ford sea concluyente en su juicio: “Es el judío el único y verdadero capitalista internacional.” A renglón seguido menciona algunas de sus principales características y con nombre propio donde actúan: “Pero en general no es su costumbre gritarlo a los cuatro vientos; prefiere utilizar a los Bancos y trust no-judíos en calidad de

agentes e instrumentos. La llamativa indicación de una 'fachada' no-judía aparece con frecuencia unida con esa sugestiva manipulación. Igualmente el invento de la Bolsa de valores es un producto del talento financiero judío. En Berlín, París, Londres, Fráncfort y Hamburgo los judíos ejercían una influencia total sobre las primeras bolsas, y Venecia y Génova en las viejas crónicas aparecen con el nombre de 'ciudades judías', donde lograron efectuar las mayores transacciones comerciales y bancarias. El banco de Inglaterra se fundó por consejo y ayuda de judíos holandeses inmigrados. Los bancos de Ámsterdam y Hamburgo deben su origen a la influencia hebrea en dichos centros." (Ford, 1961: 21).

Hay que advertirlo, una vez más, todas las características que el autor menciona y se los atribuye en exclusividad a los judíos en general, indicando nuevamente que de ser verdad, obedecen a las condiciones histórico-económicas que necesitaba el sistema capitalista para desarrollarse, que las engendró, dándoles las formas e institucionalizándolos. Que en algunas zonas, en ciertas circunstancias, hayan coincidido con esta gente que se reclamaba o era catalogada como judía no es argumento válido para atribuirles en exclusividad a ellos.

Es bastante sabido que al capitalismo, como sistema, no le interesa, para establecerse, la ubicación geográfica, el origen social, el color de la piel, la morfología, la religión, el idioma. Para poder desarrollarse e imponer sus leyes tiene la necesidad de romper las fronteras, hacer o deshacer nacionalidades, unir y desunir pueblos, enfrentar y hermanar países, ligar y dispersar continentes.

El interés central del capitalismo, como sistema económico, es la ganancia acompañado con la seguridad y viceversa. La piedra de toque es la producción de mercancías, su desarrollo, su realización, en el mercado íntimamente vinculado a la plusvalía. El comercio, a gran escala, es una consecuencia de ello. Todo este proceso va acompañado por una actividad político-social y un manto ideológico-cultural que proyecta su influencia hasta los rincones más alejados del planeta Tierra. La actual globalización, teniendo al neo-liberalismo como forma

de acumulación acelerada, es una buena muestra del accionar del sistema del cual estamos hablando.

A la par de lo descrito, Ford relaciona el concepto de “raza” con el capital financiero. Primero intenta desvincularlos y luego argumenta en la dirección contraria. Leamos lo que escribe: “La crítica que con razón se dirige contra los financistas judíos no es pues originada únicamente por motivos raciales. Desgraciadamente esta aversión de raza, que como prejuicio conduce tan fácilmente a errores, deriva del hecho cierto de que en la cadena financiera internacional, que rodea al mundo entero, cada eslabón siempre corresponde a una cierta familia financiera judía, a un capitalista judío, o a un sistema bancario judío. Muchos pretenden ver en tal circunstancia una premeditada organización del poderío judaico para dominar a todos los otros pueblos del mundo, en tanto que hay quien lo explica tan sólo como el resultado de naturaleza y mutuas simpatías judías, o por el desarrollo natural del sistema familiar del comercio hebreo, que propende cada vez a abarcar más ramas en su actividad.” (Ford, 1961: 24).

Para él es muy claro, como para muchísima gente, el judío es una raza. Insistamos nuevamente. Desde el punto de vista bio-genético ya quedó demostrado, desde comienzos del siglo XX, que la raza no existe. Ella es propia de los animales más no de los seres humanos. La raza es una creación de los racistas en cualquier tiempo y parte del mundo. No obstante ser una construcción mental, una ideología, el racismo es una actitud muy difundida en el mundo que tiene una enorme influencia, un sin número de acciones, por no hablar de las consecuencias que son brutales cotidianamente.

Henry Ford insiste en el tema de la raza, lo expresa en estos términos: “Sin embargo, una de las cargas que soportan los judíos como raza, radica en la antipatía colectiva de los otros pueblos. Existe esta antipatía en nuestra era moderna, en países civilizados y en condiciones que, al parecer, tornan imposible toda persecución. El judío, en cambio, parece preocuparse muy poco de la amistad o enemistad de los demás pueblos, acaso por los fracasos de épocas pretéritas, o también, y con mayor verosimilitud, por suponerse hijos de una raza superior a todas las otras.” (Ford, 1961: 25).

Evidentemente hay un sector de los denominados judíos o auto denominados como tales, los llamados ortodoxos, de igual manera los fundamentalistas-sionistas, que no son inmunes al racismo. Por el contrario son racistas a diestra y siniestra. Ellos se consideran ser “El pueblo elegido por Dios.” De allí su irracionalismo sin límites. (6). El Estado de Israel, sus gobernantes, desde su fundación como Estado colonial en 1948, son los principales implementadores de estas prácticas racistas-colonialistas, particularmente en contra de los palestinos.

Mientras que otros sectores que se consideran como tales, que nada tienen que ver con la ideología sionista y la práctica política de Israel como Estado-gobierno, entienden el judaísmo como un fenómeno histórico cultural, por ser tal, son flexibles a cambios, transformaciones e influencias. Para ellos el judaísmo es un sentimiento de pertenencia psicológica, de cierto apoyo cultural. Resultado de la influencia familiar-cultural, histórico-social. Cuando estos factores van desapareciendo, por falta de práctica, ese sentimiento de ser tal sigue la misma lógica como en todos los pueblos o comunidades en el mundo.

Sobre el tema del judío como raza, en Ford, volveremos al final del análisis que hacemos de su libro, tomando en cuenta que en sus páginas se encuentran los antecedentes teóricos inmediatos sobre el concepto judío-raza que fueron expuestas por Adolfo Hitler, en su libro *Mi lucha*, con todas sus consecuencias bastante conocidas.

\*

El segundo capítulo del libro de Ford, *Introducción a los protocolos judíos de los sabios del Sion* es el que da título a esta parte de nuestro trabajo. *Los protocolos de los sabios de Sion*, por ser de autor anónimo, inició en torno a su origen una polémica que hasta hoy persiste. Una primera posición considera que es el plan político de los judíos en general para controlar el mundo, Ford es el caso emblemático. Una segunda posición sostiene que es el plan político de un sector, los judíos nacionalistas, y que se habría escrito en 1897 en el Primer Congreso Sionista celebrado en Basilea-Suiza. Una tercera posición considera que es un plan ideológico-político escrito por los enemigos



de los judíos con el cual intentaban justificar la represión contra los judíos, también denominados semitas.

La argumentación de la tercera posición sostiene que el libro fue escrito por los servicios de inteligencia del zarismo ruso. La primera edición que se conoce data del año 1902. Apareció, precisamente, en idioma ruso. Sergey Nilus (1862-1929) fue su primer editor. Él era ruso, seguidor de la Iglesia Católica Ortodoxa. El libro vio la luz en los tiempos que tomó mucha fuerza esa vieja práctica colectiva de linchamiento a las minorías, los llamados pogromos, cuando acontecía en Rusia contra de los leídos como judíos.

El libro consta de 24 protocolos, o actas, de la supuesta o real reunión mencionada. El contenido tiene algunos antecedentes en Europa, particularmente en Francia, desde hacía muchas décadas atrás. Su rápida difusión fue consecuencia del momento histórico y la coyuntura política vivida en este continente. El libro fue difundido a gran escala en los años de la Primera Guerra Mundial y en los inmediatamente posteriores.

Ford no tiene ninguna duda que *Los protocolos de los sabios del Sion* fueron escritos por judíos en general. Su duda radica sobre qué sector, en concreto, habría tenido la autoría del libro. Para Ford podrían ser, en un primer momento, los anarquistas o de lo contrario los comunistas judíos. Leamos su argumentación: “El objetivo último descubierto en los *Protocolos* consiste en zapar todo orden humano, toda Constitución de Estados para entronizar un nuevo poderío mundial en forma de despotismo ilimitado. Tal plan es improbable que saliera de una clase reinante, investida ya de plena autoridad y en el poder, sino más bien de anarquistas. Más éstos no desean la monarquía como forma de gobierno de un Estado por ellos ansiado. Es posible imaginar más bien a los autores de la obra como una organización de revolucionarios parecida a la de aquellos franceses que reconocían al famoso duque de Orleans por jefe. Estos revolucionarios desaparecieron, más el programa recopilado en los *Protocolos* se realiza constantemente, no solamente en Francia, sino también en toda Europa, y muy particularmente en Estados Unidos de América.” (Ford, 1961: 32).

Si bien es cierto que la duda se mantiene en Ford en torno a los autores particulares del libro, en lo que no tiene la menor sospecha es en contra de quién se ha escrito el mismo. El blanco central son los infieles. Sus palabras suenan así: “En cambio, la obra en su totalidad no deja la mínima duda con respecto al pueblo, contra el cual va dirigido el diabólico plan. No niega el concepto de aristocracia, ni el de capital, ni tampoco el de gobierno en su esencia, sino que hay muy detalladas disposiciones previstas para utilizar la aristocracia, el capital y la autoridad gubernativa en la definitiva realización. El plan todo va dirigido contra el pueblo del mundo, llamado generalmente ‘infel’. Esta repetida denominación de los ‘infieles’ elimina cualquier duda con respecto al objeto de los documentos.” (Ford, 1961: 33).

Consecuentemente con esta argumentación, los anarquistas, los comunistas, infieles por concepción filosófica del mundo, irreverentes a mantener los Estados en pie, no tendrían ninguna vinculación con la edición del libro y menos con las intenciones ideológico-políticas que en el se expresan.

Luego, Henry Ford, citando y comentando el primer *Protocolo* escribe: “Así, por ejemplo, dice en este sentido la primera tesis: ‘Las cualidades valiosas del pueblo constituyen en política también vicios, porque con seguridad mayor y certeza que el enemigo conducen a la ruina. Estas cualidades son las características de la política de los infieles. Nosotros no debemos guiarnos por ellas’; ‘sobre las ruinas de la hereditaria nobleza de los infieles, erigimos la aristocracia de nuestras clases intelectuales, en especial la aristocracia del dinero. Hemos basado los fundamentos de esta nueva aristocracia sobre los de la riqueza que dominamos, y sobre las ciencias guiadas por nuestros sabios’. Dicen también: ‘Obtendremos mediante la violencia aumentos de salarios y jornales, que no serán de provecho alguno para los obreros, pues provocaremos al mismo tiempo un mayor aumento de precios en todo lo necesario a la vida, afirmando, empero, que esto es la consecuencia de una crisis de la agricultura y la ganadería. Zaparemos también, artificial y hondamente las raíces de la producción industrial, inculcando al obrero ideas ácratas y seduciéndole mediante el abuso del alcohol. Simultáneamente adoptaremos medidas para desterrar a los

infieles'. (Un falsario con tendencias antisemitas hubiese podido, tal vez, escribir estas cosas en estos últimos cinco años. Más las palabras citadas fueron impresas hace ya 17 años, tal como lo demuestra la copia que se halla desde el año 1906 en el Museo Británico de Londres, habiendo circulado estos Protocolos en Rusia desde largos años antes.)” (Ford, 1961: 34 y 35).

Después del texto antes citado, continuando con los incrédulos, los *Protocolos* dicen: “‘Para que no sea comprendida prematuramente por los infieles, la situación real y verdadera, la ocultaremos bajo el manto de aparentes esfuerzos en favor de las clases trabajadoras, propagando vastas ideas sociales, cuyas teorías se discutirán apasionadamente’.”.

Líneas después insiste sobre los infieles: “‘En esta disparidad del modo de sentir y de juzgar entre los infieles y nosotros, queda nítidamente visible el sello de nuestra elección como pueblo privilegiado, como a seres humanos más perfectos ante los infieles, que solo tienen un espíritu instintivo, animal. Ellos observan, mas carecen de reflexión; si algo inventan, son siempre objetos materiales. Surge de todo ello inequívocamente, que la Naturaleza nos destinó a dominar y conducir al mundo’. Esto fue desde los más remotos tiempos y para definir claramente los dos grandes sectores que forman la humanidad, afirmaremos que todo no-judío debe ser considerado infiel.” (Ford, 1961: 35).

El escrito es muy claro. El enfrentamiento ya no es sólo del creyente en contra del infiel. También del judío en contra del no judío. Los judíos son únicos. Ellos son “el pueblo elegido por Dios”. Ellos son “los salvadores del mundo”. Además agregan otro elemento más tangible: la naturaleza. Ellos “son destinados por la naturaleza para orientar y salvar a los demás”.

Ford termina sus comentarios respecto al libro transcribiendo estas ideas del autor que parecen muy cercanas a un epitafio, leamos: “Nada importa que se conceda a dichos *Protocolos* fuerza probativa, en lo referente a la cuestión judía o no. Lo evidente es que son un insuperable libro de texto para aprender la forma y modo como se manejan las masas populares, cual un rebaño de ovejas, merced a

influencias que ellas no conciben. Puede sostenerse casi con absoluta certeza que una vez que sean conocidas las ideas fundamentales de los *Protocolos* entre las clases populares, y entendidas por los pueblos, la crítica que hasta hoy se ejerce en la mentalidad no-judía, perderá su valor.” (Ford, 1961: 40).

\*

En el tercer protocolo, *Apreciación judía sobre la naturaleza humana del no-judío*, centra el autor, entre otros temas, sobre la denominada naturaleza humana. Ford comenta primero y cita después, sus palabras: “Rebuscando aquellos párrafos, en los que esta apreciación se refleja, se halla una motivación filosófica casi completa del raciocinio y de las cualidades humanas. Dice la primera tesis, por ejemplo: ‘Es preciso saber que existen muchas más personas con instintos malos que buenos. Por lo tanto los mejores resultados para dominarlas no se obtienen por argumentaciones académicas, sino mediante el terror y la violencia’.”. (Ford, 1971: 41 y 42).

No olvidemos cuatro conceptos: “naturaleza humana, instintos, terror y violencia”, porque estos fueron los argumentos que permitieron la práctica, precisamente de aquellos que se reclamaban enemigos de las ideas vertidas en los *Protocolos*. Nos estamos refiriendo al movimiento nacionalsocialista desde los años previos a la Segunda Guerra Mundial.

El autor continúa citando el mencionado tratado. Ahora centrando en el poder y sus características. De igual modo insistiendo en el rol de la naturaleza humana; en torno a las masas, afirma: “Cada cual ansia el poder, cada cual desearía, de ser ello posible, declararse dictador, y muy pocos que sólo para conseguir sus propósitos no sacrificarían sin titubear los bienes de los demás. El hombre en su masa, vale decir, las masas populares, se dejan guiar por pasiones harto frívolas; por opiniones, costumbres, tradiciones e instintivos impulsos, y se inclina a disidencias de partido, detalle este que es la absoluta negación de todo sentido social, aun cuando aquéllos se basen en fundamentos completamente racionales. Depende toda decisión de las masas de una mayoría casuística o dirigida, que debido a su ignorancia de las energías más profundas y ocultas de la vida política no la conducen sino a

determinaciones estúpidas y que tienen a su vez por resultado la anarquía y el caos. Cuando se desee proyectar un plan de acción racional, es preciso tener en cuenta la vileza, versatilidad y volubilidad de las masas... Es necesario tener presente que la fuerza de las masas es ciega, irracional y perversa, mas siempre dispuesta a escuchar a derechas o a izquierdas...’.”

Líneas después el ingeniero Ford insiste: “`Se nos facilitó nuestro triunfo porque en nuestras relaciones con las para nosotros indispensables masas rozamos siempre las cuerdas más sensibles del alma humana, es decir, haciendo vibrar el egoísmo, la codicia y las pasiones insaciables siempre de los hombres. Cada una de estas debilidades humanas en si basta para paralizar cualquier móvil de nobleza, y para poner la voluntad del pueblo a la disposición de aquellos que sepan mejor captar sus energías’.” (Ford, 1961: 42 y 43).

Sean pro-judíos o sean anti-judíos quienes hayan escrito este párrafo, en gran medida, tienen razón sobre el comportamiento de las masas amorfas en términos generales. Pero ello no es consecuencia de la “naturaleza humana” como Ford afirma. No lo es porque tal “naturaleza humana”, sencillamente, no existe. Todas las características mencionadas es producto de la socialización histórica, de la influencia cultural. En ella el poder ideológico, transformado en cultura y costumbre, es clave para poder comprender la actitud o conducta de las masas. Que luego esta cultura, costumbre, se naturalizada es verdad. Y aún no se queda solamente allí. También se espiritualiza. Se oficializa. Se estandariza. Todo ello es producto del rol del poder.

Las características mencionadas son algunas que presentan las masas populares, en general las que han sido plasmadas en los *Protocolos*; de ellas Ford saca las siguientes conclusiones: “Estos son unos pocos párrafos en los que se permite conocer la apreciación del carácter humano, o sea, del no-judío, mas aunque no se hubiese pronunciado tan directamente, podría fácilmente deducirse de varios ejemplos contenidos en el programa, con cuya ayuda se pretende quebrar la unidad y energía de los no-judíos.” (Ford, 1961: 44).

Según el autor, todo lo mencionado llevaría a un nivel mucho más superior en la lucha por el control, por el poder. Sus palabras son como

siguen: “Cuando se haya quebrado así la solidaridad de la sociedad no-judía (esta denominación es perfectamente admisible, puesto que la sociedad humana es en su mayoría no-judía), puede avanzarse la firme cuña de otra idea, no alcanzable por la perturbación general, hasta la sede del poder. Es sabido que un disciplinado grupo de veinte policías o soldados se impone fácilmente a una muchedumbre desordenada de miles de personas. Del mismo modo la minoría indicada en este plan puede fácilmente dominar a cualquier nación, a un mundo entero descompuesto en mil partículas contrarias, siendo mucho más fuerte esta minoría que cualquiera de aquellas partes. ‘Divide et impera’ constituye el lema de estos Protocolos.” (Ford, 1961: 45).

Henry Ford exterioriza su comprensión de los documentos, en estos términos: “Se deduce de cada línea de los Protocolos, el hecho de que al leerse estos documentos, la descomposición de la sociedad no-judía estaba haciendo evidentes progresos. Es preciso recordar que los Protocolos no pretendían aplauso ni ayuda a un plan propuesto a discusión, sino que fríamente anotan y hacen constar los progresos logrados a raíz de un programa que se estuvo ya realizando ‘siglos ha’ y ‘desde hace largo tiempo’. Contienen así una larga serie de éxitos ya conseguidos, como también muchas otras perspectivas sobre éxitos a alcanzar. La destrucción de la sociedad humana, más o menos el año 1896 o cuando se hayan leído estos documentos, estuvo verdaderamente en un estado de satisfactoria realización.” (Ford, 1961: 53).

En seguida el autor insiste: “Es preciso tener presente que en modo alguno presentase como objetivo primordial el de aniquilar a los no-judíos, sino solo el de sojuzgarles, primero al invisible súper gobierno citado en los Protocolos, y después a la suprema voluntad de aquel a quien designarían como presidente mundial o autócrata universal los poderes invisibles. Para ello es necesario dominar a los no-judíos, primero espiritualmente y luego económicamente. En parte alguna indica que la humanidad no-judía sería despojada de la vida por aquellos que se denominan judíos, sino solamente de su independencia.” (Ford, 1961: 53).

En las páginas siguientes, poniendo como caso concreto la construcción de la sociedad soviética en Rusia, afirma: “Hasta se intenta conseguir otra descomposición más irreparable, y existen indicios de que tal plan está en pleno desarrollo. Los soviets nos ofrecen un ejemplo de como una baja capa social no-judía es guiada por sus portavoces judíos contra otra más elevada capa social no-judía. En el primer protocolo, donde se describen los efectos de un sistema económico basado en la especulación, se dice al respecto que `tal forma de demencia económica... creo una sociedad y seguirá creándola, que se presenta carente de ideales, fría y sin corazón. Una sociedad así, completamente desviada de toda verdadera política y religión, será impelida exclusivamente por la sed de oro... Entonces y no justamente por amor al bien, ni tampoco por avaricia, sino solamente por odio contra las `clases privilegiadas`, las clases bajas de los infieles nos seguirán en la lucha contra nuestros rivales, o sea, contra los infieles de las clases elevadas... Los infieles de las clases bajas nos seguirán contra los infieles de las capas intelectuales”’. (Ford, 1961: 54 y 55).

Finalmente, después de toda esta información, Ford vierte su opinión: “Suponiendo que tal lucha estallara hoy, los jefes de los revolucionarios no-judíos contra el orden social no-judío serian, sin duda, judíos. Hoy mismo estos judíos ocupan las jefaturas principales, y no solamente en Rusia, sino también en los Estados Unidos y en los demás países.” (Ford, 1961: 55).

\*

En el capítulo precedente, Ford puso a la Rusia Soviética, en forma de caso concreto, de ser la mejor manifestación de la actividad de los judíos para controlar una sociedad a través de la revolución. En el capítulo que continúa, *Los viveros del bolchevismo en los Estados Unidos*, centra su acción en el maridaje “judío-bolchevique” en los EE.UU de Norteamérica. Leamos lo que afirma: “El comunismo en América trabaja exactamente con los mismos métodos y en parte con los mismos agentes que en Rusia. (...) El norteamericano genuino no puede imaginarse que las alteraciones del orden, de las que lee detalles en su diario, lo sean al azar, sino que son premeditados indicios de personas que saben perfectamente lo que desean y lo que hacen. La

ultima revolución (tal como la del 48 en Alemania, la francesa en 1789, y la rusa bolchevique), fueron obra de hombres de los cuales cada uno conocía de antemano y perfectamente el puesto a ocupar y hasta la fecha no se aflojo la garra de estos revolucionarios clavada en la garganta de los pueblos que eligieron ser sus víctimas, sino que Francia se halla exactamente tan sojuzgada al dominio judío como la misma Rusia. Y en cuanto a Alemania, no obstante su violento antisemitismo, intenta en vano librarse de la mano férrea que la ahoga.” (Ford, 1961: 214 y 215).

La respuesta al supuesto sojuzgamiento de los judíos en Alemania vino algunos años después y de qué manera. Siempre con el argumento de que la “raza judía” ha generado el marxismo, de allí que terminar con los unos significaba hacerlo también con los otros. Los que se reclamaban judío-comunistas, que los hubo muchos, no tenían escapatoria de ninguna clase.

Según Ford, el judío en EE.UU para poderse dedicar a las actividades subversivas, ha elegido el tipo de trabajo a destajo. Leamos como lo expone: “A fin de ganar todo el tiempo posible, prefiere el judío el trabajo a destajo y la industria casera. De ahí le resulta el suficiente ocio para participar en asambleas revolucionarias, consejos, mítines y redacción o lectura de artículos de tendencia izquierdista en los diarios.” (Ford, 1961: 217).

Luego retoma el tema, bolchevismo-judaísmo, en los gremios sindicatos, las asociaciones, las federaciones de trabajadores, lo expone en los siguientes términos: “Siendo este gremio como lo es, totalmente judío, también deben serlo sus derivaciones. Algunos afirman que el bolcheviquismo ruso fue la venganza de ‘pobres rusos’ por los males que deben sufrir en Norteamérica. Por lo pronto, estos ‘rusos’ no son rusos, sino judíos, y luego, el bolcheviquismo tampoco es ruso, sino judío. Finalmente, los patrones de los pobres sastres hebreos neoyorquinos son judíos, y el propietario de la casa, que les impone alquileres prohibitivos, es también judío. Resulta aquella defensa, entonces, una ofensiva contra los Estados Unidos, con el único objeto de encubrir el bolcheviquismo judío latente en Norteamérica.” (Ford, 1961: 217).



Los bolcheviques, según Ford, tienen una presencia muy importante en USA. Él lo formula de esta manera: “Existen, en realidad más bolcheviques en los Estados Unidos que en Rusia misma. Su finalidad y su carácter de raza son iguales aquí y allá. Si no consiguieron aquí tanto como en Rusia, es porque en Norteamérica ya se halla algo más divulgado el conocimiento de esa raza, y, además, por el promedio más elevado de cultura popular, y la sólida autoridad del gobierno.”.

Para Henry Ford el bolchevismo, como se viene repitiendo, es sinónimo de judaísmo. Por lo tanto los primeros no son un partido político, que en idioma ruso significa la mayoría, no se orientan por una ideología: el marxismo. Él los ha racificado. Simple y llanamente los bolcheviques son una raza.

A renglón seguido, nuevamente, reitera el rol de las organizaciones obreras en la difusión del bolchevismo en su país de nacimiento, sus palabras: “Constituyen baluarte de la influencia y actividad de los bolcheviques en los Estados Unidos, las asociaciones obreras hebreas. Profesan estas, casi sin excepción, un programa plenamente bolchevique, y no tanto esto frente a las industrias, como frente al país entero. El que se haya conocido este detalle, resulta en extremo molesto a los prohombres hebreos. Les fastidia que se haya demostrado el carácter judío del bolcheviquismo ruso, pero que se llegue a comprender que existe otro tanto en los Estados Unidos resulta para ellos una terrible acusación que, muy difícilmente, podrían desvirtuar.” (Ford, 1961: 219).

El tratadista brinda algunos datos, mucho más concretos, de la relación bolcheviques-judíos: “El bolcheviquismo ruso se desarrolló en los barrios del Este neoyorquino, animado y propulsado religiosa, moral y financieramente por altos personajes judíos. Procedía León Trotsky del este neoyorquino, teniendo las energías que apoyaron su centro en la Kehilla. Esta y el Comité judeo-norteamericano estuvieron interesados en la obra de destrucción de un Estado que durante aquella misma guerra fue amigo y aliado de los Estados Unidos. El bolcheviquismo ruso fue apoyado por el oro hebreo procedente de Norteamérica.” (Ford, 1961: 219 y 220).

La afirmación de que “El bolchevismo ruso fue apoyado por el oro hebreo...” puede ser convincente como propaganda para matar dos pájaros de un solo tiro. El problema es que Ford no da ninguna prueba tangible que de sustento su afirmación. De no haber estas, lo dicho se limita a una suposición y de allí a la propaganda sólo hay un corto trecho.

El autor continúa informando que cuando un judío-bolchevique es detenido o tiene problemas legales, muy prestos inician la protesta algunos personajes. Él da un nombre: “Entre los que más protestan se cuenta Benjamín Schlensinger, presidente de la Unión Internacional de obreros de la confección, con 150.000 miembros, y que constituye una entidad revolucionaria tendiente a destruir la economía y el Estado actuales. Se queja este de que últimamente los jueces hebreos fallaron condenando algunas huelgas judías. ‘Dícese que actúan así para salvaguardar el buen nombre judío, y para que no se diga que todos los hebreos son bolcheviques’.”.

Más aún insiste: “Otra gran organización obrera perteneciente a la Kehilla, es la Unión de Confeccionistas de Norteamérica, que agrupa a muchos y con toda desfachatez propagan ideas bolcheviques. Es su presidente Sidney Jillmann, comunista reconocido oriundo de Rusia. Sus secretarios, Schlossberg y Abraham Schiplakoff, anuncian como objetivo de su propaganda la violenta expulsión de los fabricantes, según los precedentes de Rusia y Turín, donde, como se sabe, penetraron los obreros con música y banderas desplegadas en las fábricas como dueños. Solo omiten decir que, poco después, aquellas fábricas quedaron paradas.” (Ford, 1961: 221).

Hay algo más: “Las entidades obreras dependen directamente del ‘kahal’ ruso, cuyos miembros luego de fracasada la revolución rusa de 1905, inundaron a Norteamérica, dando a las sociedades obreras judías un carácter bolchevique. Su idioma es una corrupción del alemán, y forman la vanguardia de la revolución mundial propagada desde Moscú. Si los jefes del bolcheviquismo hebreo en Rusia hubiesen invertido únicamente una décima parte de lo que gastaron en propaganda bolchevique en todos los países del mundo, en administrar y alimentar como se debe a Rusia, se hallaría ciertamente hoy día este

país en una situación menos deplorable de lo que realmente se encuentra. Es la propaganda disolvente, el único arte en el que los bolcheviques hebreos alcanzaron maestría suma.” (Ford: 1961: 222).

Henry Ford termina este capítulo con una reflexión sobre el supuesto maridaje bolchevismo-judaísmo: “Estos hebreos son muy conservadores; pero apoyan financieramente la acción izquierdista. Constituyen la respuesta viva a la pregunta, de ¿qué ventaja podrían estos esperar del bolcheviquismo? Judíos, además, que en los correspondientes departamentos oficiales logran que traidores y revolucionarios manifiestos se zafan del código, del castigo y que siempre, de nuevo, saben colmar los bolsillos vacíos de individuos dudosos.” (Ford, 1961: 224).

Lo único que se puede decir, al respecto de la supuesta relación bolcheviques-judíos que afirma el autor, es que no da señales concretas que prueben esa relación, todas son suposiciones, las que de no confirmarse terminan siendo rumores, luego calumnias; y nada más que ello. Con una gran ventaja, como no se pueden ni confirmar ni desmentir estos rumores, sirven convenientemente para la propaganda anti-judía, anti-bolchevique.

\*

En el último capítulo del libro, *Planes financieros de los hebreos*, que nosotros abordamos en nuestra investigación, leamos lo que escribe el autor en cuestión: “Los financistas judíos ‘hicieron’ la guerra mundial, así como hicieron todas las guerras de importancia. Ningún hebreo iniciado lo negará, y aun muchos de ellos se jactan de tal hazaña, como una señal inequívoca del poderío mundial judío. Reinaba por encima de los Estados beligerantes una junta financiera internacional puramente judía, inalcanzable o inhallable.” (Ford, 1961: 273).

No ahondamos en comentarios sobre estas afirmaciones, suposiciones, en la medida que lo dicho es muy claro; pero con un problema frecuentemente repetido, no se exponen pruebas tangibles al respecto, las consecuencias es que terminan sólo en propaganda.

El autor retoma el libro de autor anónimo, *Los protocolos de los sabios del Sion*, allí afirma: “Llama la atención del lector de los

‘Protocolos’ el gran número de párrafos que hablan de asuntos monetarios y financieros. La réplica hebrea de que dichos Protocolos solo pudieron ser redactados por un criminal o un loco, está calculada para aquellos que, o bien no los leyeron, o que pasaron por alto los planes financieros contenidos en ellos. Los criminales o los locos no suelen hacer tan fría y científicamente la autopsia de un sistema financiero vigente, proclamando frente a aquel, otro nuevo y para ellos mejor. Es preciso, pues, que nos ocupemos de nuevo detenidamente de algunos de esos puntos a que hacen referencia los Protocolos.”

A renglón seguido citando, una vez más, el libro cree evidenciar la doble táctica de los judíos, leamos: “‘Allí donde nos vaya mal, nos transformaremos en proletariado revolucionario, convirtiéndonos en suboficiales de los partidos subversivos. Cuando surjamos, con nosotros también surgirá el siniestro poder de la Bolsa’, como decía el jefe sionista Teodoro Herzl en su obra titulada: ‘*Un Estado judío*’. Ante esa unión entre la anarquía y la preponderancia bursátil, se halla el mundo actualmente. Véase lo que ocurre en Rusia, y véase también lo que hizo esa caterva de agentes que acudió a Versalles para restablecer la ‘Paz’. Esta fue hecha por financistas, siendo aquel Tratado el recibo presentado no solo a un enemigo vencido, sino al mundo entero. Recogen ahora los banqueros judíos los intereses de todas las partes del mundo.” (Ford, 1961: 274).

La idea de Ford es que los judíos lo organizan todo, lo calculan todo. Es por ello que nunca pierden. Inclusive cuando pierden sólo es en la forma, en el fondo, siempre ganan. El mejor ejemplo de lo afirmado es el triunfo de la Revolución judío-bolchevique en Rusia, él lo formula así: “Ningún banquero judío de Rusia fue molestado, en tanto que a los no-judíos se les pasó por las armas, quitándose sus bienes. El bolcheviquismo no suprimió el capitalismo; solo traspasó los capitales de propietarios no-judíos a manos judías, y este es en realidad el único y exclusivo objeto, tanto del socialismo, como del anarquismo y del bolcheviquismo. Allí donde se publique la caricatura de un capitalista cubierto de oro y brillantes, llevará, inevitablemente las facciones de un tipo no-judío. Los ‘capitalistas’ denunciados en el periodismo rojo, no son nunca judíos. Cualquier huelga de importancia,

en los ferrocarriles, en la industria del acero o en la minera, va siempre contra empresas no-judías: radica ahí toda la finalidad del movimiento obrero rojo. Es de una raza extraña, es semita y es anticristiano.” (Ford, 1961: 277 y 278).

Terminamos con el análisis del último capítulo, con este párrafo, allí se expone una vez más la combinación de raza con religión. Ellos son judíos. Nosotros cristianos. Dice Henry Ford. Por lo tanto hay que defender la raza aria. Preservar la religión cristiana. Más concretamente en su versión puritana-protestante. Pero a la par se dice que los bolcheviques son hechura de los judíos.

Como es bastante conocido estos últimos son ateos, infieles. Lo que entraría en contradicción con el judaísmo como religión, por lo menos con el sector ortodoxo, que se consideran ser “el pueblo elegido por Dios” y que tienen en los “infieles sus peores enemigos”. En este punto, al ingeniero Ford, le traiciona la lógica. *Los protocolos...* no tendrían nada de anarquista, libertario, comunista como lo catalogó en el párrafo anterior.

\*

Para terminar con Henry Ford y su libro *El judío internacional...*, hemos dejado para el final algunas ideas vertidas en diferentes capítulos del mismo. Normalmente se cataloga al autor, en el plano ideo-político, como un anti-comunista. Como un racista anti-judío. Lo mencionado es verdad. Además en el libro aparecen ideas claramente racistas y culturalistas. La razón central es que él se considera ser de la “raza pura”, de “sangre aria” y de la religión cristiana-puritana.

Como todo buen fascista Ford es anti-comunista, también anti-judío, consecuentemente, de igual modo, antiliberal. Leamos el siguiente párrafo, es bastante ilustrativo, respecto a la supuesta influencia judía, a través de ese caballo de Troya, que se llama liberalismo: “El conjunto se denomina ‘liberalismo’, que tan insistentemente recomiendan los voceros judíos. En las entidades obreras, en la Iglesia y en las Universidades, ya despuntó ese liberalismo sobre los apreciativos fundamentos del trabajo, de la fe, y de la vida social. El capitalismo huérfano, es solo el capitalismo

productor no-judío; la ortodoxia atacada no es otra que la religión de Cristo; la forma societaria expuesta a acérrima crítica, es la genuinamente aria. La destrucción de todo eso redundaría en exclusivo beneficio de Judá.” (Ford, 1961: 268).

Como se lee, además de la alianza del judaísmo con el bolchevismo, ahora la raza aria y el cristianismo intentan ser destruidos por el judaísmo recurriendo al liberalismo. Esta actitud en contra de la democracia liberal burguesa es común a todos fascistas. La razón es que esta forma de gobierno es utilizado por los “judío-comunistas” para controlar el gobierno y luego influenciar en el Estado.

En otro párrafo es mucho más directo. Él toma una posición, definitivamente clara, en esta contienda, sus palabras: “Fue Judá la que rompió las hostilidades. A nadie arredra la lucha, cuando esta se lleva francamente. A tal objeto, deben saber nuestros estudiantes y maestros, que en esa lucha se juega la existencia de los bienes espirituales de nuestra raza, que creó toda la cultura de que disfrutamos y que se siente con bríos suficientes para ir edificando todavía la cultura de tiempos venideros. Y deben saber, por otro lado, que el que nos ataca es el judío.” (Ford 1961:270).

La “raza aria” es la piedra angular de la cultura que proyecta sus rayos luminosos hacia el futuro. Lo que no aclara el autor es cuál es esa cultura. Nosotros deducimos que se refiere a la de habla germana. Pero con rigor él ya no sería alemán. Ford no habla ese idioma. Su idioma materno es el inglés. No nació en territorio considerado germano. Tampoco se socializó en el mundo alemán. Esta identificación sólo sería de carácter bilógico. Por la raza que hereda. Por la sangre aria que circula por sus venas.

Terminemos con Henry Ford transcribiendo estas ideas: “Esto es todo cuanto hace falta. Y justamente contra esto protestan los hebreos, llamándolo ‘odio de razas’. ¿Por qué? Porque la ideología hebrea debe lamentablemente fracasar desde el instante en que no pueda ocultarse bajo una bandera falsa, desde que no pueda ya atacar revestida de falsos e ingeniosos disfraces. No teme la ideología aria la luz del día. ¡Permitid que cada idea enarbole su propio lábaro, y ya veremos!” (Ford, 1961: 270).

Además de predecir el fracaso del intento judío por terminar con los arios, se observa que para él “la raza aria”, “la sangre aria”, no se limita a la biología. Ella es elevada a una ideología. Finalmente en la última parte de la cita Ford es contundente cuando anuncia “¡Permitid que cada idea enarbole su propio lábaro, y ya veremos!”

Algunos años después de lo anunciado se comenzó a ver qué pasó. Particularmente en el país considerado como cuna de la raza aria. De la sangre aria. De la tradición cultural germana. A partir del año 1933 los hechos fueron mucho más evidentes aún. Henry Ford no sólo fue testigo de todo lo ocurrido, sino que aprobó los hechos, más aún, hasta financió el proyecto de la defensa de la sangre aria de los ataques provenientes, de los supuestos, judíos-comunistas.

El empresario de autos levantó el estandarte de la raza, la religión, de la cultura y la tradición. Sus visitas a la Alemania, controlada por el régimen del nacionalsocialismo, fueron muy frecuentes. Terminada la guerra, con parte de su capital, se financió la construcción de la Universidad Libre de Berlín. El pabellón central lleva, hasta la actualidad, su nombre.

\*

Los tres personajes-intelectuales estudiados: Tomas Mann, Oswal Spengler, Henry Ford y sus ideas vertidas en sus tres respectivos libros: *Consideraciones de un apolítico*, *Prusianismo y socialismo*, *El judío internacional. Primer problema del mundo*, son los antecedentes más cercanos que han tenido, sin lugar a dudas, directa influencia en las ideas vertidas en el tratado *Mi lucha* de Adolfo Hitler.

Sin embargo, en el libro mencionado no hay ninguna referencia directa ni citas textuales de ninguno de los tres libros aquí trabajados. Tampoco aparece mención alguna de los autores y sus obras. Lo afirmado no son argumentos válidos para pensar que Hitler no haya leído esas tres obras. De lo contrario, solo sería una feliz casualidad que gran parte de las ideas de esos tres libros aparezcan, sin ser citadas textualmente, plasmadas en las páginas del libro *Mi lucha*.

Lo que podría ser catalogado como fortuita casualidad, en este mundo ideológico-político, es bastante discutible. La verdad es que, si

se hurga con algún detenimiento en su trama de origen y desarrollo, nos encontramos con el accionar interrelacionado de las causalidades.

Comencemos afirmando que no hay indicios que Tomás Mann se haya conocido, personalmente, con Adolfo Hitler. De igual manera no se encuentran señales de acercamiento, menos de militancia, en el partido nacionalsocialista. Una de las razones podría ser que Mann se consideraba un apolítico. Un sibarita de la belleza. Él no podía contaminar su alma bella; de lo contrario, ensuciaría sus limpias manos en contacto con lo sucio y lo grotesco.

Recordemos que el novelista, sencillamente, despreciaba a los nazis por ser vulgares, por ser primitivos. Tomás Mann abogaba, como quedó evidenciado en la parte correspondiente, por una revolución espiritual. Por un renacimiento cultural. Lo mencionado está encarnado en una aristocracia del espíritu nacional. Está preservado en la tradición milenaria germana.

Más aún recordemos que, desde 1933 hasta el fin de la guerra en el 1945, Tomás Mann, autor también de *La montaña mágica*, no obstante coincidir en muchos aspectos ideológicos-filosóficos, fue un cerrado opositor al plan político-organizativo del nacionalsocialismo. Desde el exilio combatió sin corta pisas, hasta el fin, a dicho proyecto.

El caso de Oswald Spengler es distinto. Él tuvo vinculaciones con Die National Sozialistische Deutsche Arbeiter Partei (NSDAP) en su larga estadía de Múnich. Más aún tuvo algunos encuentros con el Führer. El distanciamiento de Hitler, para entonces ya canciller alemán, a la par de su organización, fue consecuencia del arreglo de cuentas ocurrido al interior del grupo paramilitar conocido como Sturm abteilung (Sección de asalto), sus siglas son S.A. Esa acción fue organizada por la dirección del partido el 30 de junio de 1934.

En la también denominada “noche de los cuchillos largos” feneció, por error, un amigo personal de Spengler, Gregor Strasser (1893-1934). Este personaje era un activista político. Veterano de guerra. Organizador de grupos paramilitares. Splenger se distanció del nacionalsocialismo, por la razón arriba mencionada, más no del



fascismo. Él siguió siendo un apasionado admirador de Benito Mussolini (1883-1945) hasta 1936 que falleció.

Por su lado Henry Ford fue un mentor primero, un decidido adherente al proyecto del nacionalsocialismo, después. Fue a través de él que llegó el apoyo político y financiero Norteamericano para llevar adelante el plan anticomunista en Europa. Ford visitó en muchas oportunidades la Alemania gobernada por el régimen en mención. Él sí tuvo contacto directo con Hitler. El empresario de autos fue uno de los pocos extranjeros condecorados con la insignia más significativa de este país. Ocurrió el 30 de julio de 1938. El distintivo se conoce con el nombre das Großkruz des Deutschen Adlerordens (la Gran Cruz de la Orden del Águila Alemana).

Con toda esta información previa, nos referimos a las tres publicaciones analizadas; información que cumple el papel de una especie de larga introducción, nos adentramos a desarrollar las principales ideas plasmadas en el libro que aquí nos ocupa.

## MI LUCHA

ADOLFO HITLER

La obra apareció en 1924. Es el documento manifiesto de los intereses de un sector de las clases dominantes (feudal-burguesía) alemanas. A la par es la guía de orientación ideológica, política, organizativa, del nacionalsocialismo. A partir de ese momento la popularidad del libro fue en aumento. En los tiempos de dominio del régimen fue casi obligatorio, si no su lectura; pero si su posesión. Particularmente en el mundo oficial. Todas las parejas en el momento de matrimoniarse recibían un ejemplar gratis.

En la actualidad la obra está aún prohibido en Alemania. En una parte de la población ilustrada hay curiosidad por el libro. Posiblemente el aura de lo prohibido le da un determinado encanto a la publicación. La gran mayoría de los curiosos desean tenerlo, ello no implica que necesariamente desean leerlo. Una lectura atenta causará decepción a

muchos admiradores. Posiblemente la mayoría de los potenciales lectores no desean pasar ese desagradable trance. Desean seguir cautivados por la atracción de lo desconocido, por el aura de lo prohibido.

El libro fue dividido metodológicamente, por su autor, en dos secciones claramente diferenciadas. Lo que Hitler denomina **La primera parte** contiene los acápites siguientes. *Mi infancia, Mis estudios y lucha en Viena, Consideraciones políticas resultante de mi estancia en Viena, Múnich, La guerra mundial, Propaganda de guerra, El comienzo de mi vida política, El partido obrero alemán, Los síntomas presagiosos del derrumbe del antiguo imperio, Nación y raza,* Y termina con el subtítulo *El primer periodo del desarrollo del partido nacional socialista alemán.*

Como se puede observar, lo evidenciaremos a continuación en el desarrollo del trabajo, los primeros subtítulos tienen un carácter autobiográfico. Luego la experiencia directa del autor se entrelaza con reflexiones ideológicas, con cavilaciones político-sociales, que trasciende lo personal, se proyecta hacia un interés nacional y hasta mundial.

En esta primera parte están expuestas las bases ideológicas y políticas, en general, del movimiento que tomó el nombre, desde la reunión en Múnich, mes de enero del año 1920, de Partido Nacional Socialista Obrero Alemán.

La denominada **Segunda parte** comienza con el sub-título *Ideología y partido, El Estado, Ciudadanos y súbditos del Estado, La personalidad y el concepto de Estado nacional, Ideología y organización, Nuestra lucha en los primeros tiempos. La importancia de la oratoria, La lucha contra el frente rojo, El fuerte es más fuerte cuando está sólo, Ideas básicas sobre el objetivo y la organización de la SA, La farsa del federalismo, Propaganda y organización, La cuestión de los sindicatos obreros, La política aliancista de Alemania después de la guerra, Orientación política hacia el este,* y termina con *El derecho a la legítima defensa.*

Como se podrá observar en esta segunda sección, con excepción de los tres primeros acápites que tienen un carácter teórico, las demás partes inciden en el aspecto funcional del movimiento. En otras palabras, contiene todo lo concerniente a la organización del partido, hasta terminar con lo que podría llamarse planes de acción inmediata. Es decir tácticas, tareas. Los pasos concretos a darse en el momento.

Como hemos hecho con los libros de los tres autores que han antecedido a *Mi lucha*, en este también abordaremos el orden de exposición siguiendo el índice elaborado por el autor. No necesariamente analizaremos todos los puntos desarrollados en el mismo. Sólo nos limitaremos a los aspectos que tienen relación, importancia, con los objetivos de la presente investigación, que ha sido señalada en el *Prólogo* del presente trabajo.

*Mi lucha* se abre con un *Prefacio* del autor. En este acápite Adolfo Hitler advierte con diáfana claridad que: “Este libro no está escrito para los extraños sino para los adherentes al movimiento que pertenecen a el de corazón y desean ilustrarse a su respecto. Yo sé que los partidarios conquistados por medio de la palabra escrita son menos que los conquistados merced a la palabra hablada y que el triunfo de todos los grandes movimientos habidos en el mundo ha sido obra de grandes oradores y no de grandes escritores.” (Hitler, 2003: 9).

Dos ideas es menester destacar de la cita transcrita. Uno. El libro está dirigido para los confesos. Ellos no lo discuten. Ellos no lo analizan. Por lo tanto tampoco hay lugar para el cuestionamiento. Los seguidores primero aceptan, luego repiten, finalmente actúan. El método escolástico de leer y aprender es su antecedente más cercano. Dos. Destaca la importancia de la retórica. Sobretudo el don del arte de la oratoria. El contacto directo con las masas a ser influenciadas. Los demagogos primero, los sofistas después, fueron sus lejanos mentores. Los dos enunciados fueron aplicados rigurosamente, por sus seguidores, en los años posteriores hasta 1945.

Los demagogos, los sofistas, saben perfectamente, por psicología de masas, que recurriendo a la oratoria se exacerban los sentimientos. Utilizando la palabra oral se agitan los corazones. Recurriendo a las mismas no se llega al cerebro, menos se penetra en la razón. A los que

escuchan no se les da tiempo para cavilar sobre la perorata, para discernir sobre el fondo de la palabrería. Ellos, entre el calor de la multitud, en medio de la pasión colectiva, sólo tienen capacidad para embargarse de emoción con las frases pre-hechas, con los movimientos desaforados, con los gestos histriónicos, de los demagogos, de los sofistas.

Friedrich Nietzsche (1844-1900), recordando la actitud de los arriba nombrados, escribía: “Pero las grandes actitudes de esos espíritus enfermos, de esos epilépticos de las ideas, influye sobre las masas. Los fanáticos son pintorescos y las multitudes son más aficionadas a ver las actitudes, que a escuchar razonamientos.” (Nietzsche, 2012: 104).

Continuando con La primera parte del libro de Hitler, una de las ideas fundamentales del movimiento se evidencia en el sub-título *Mein Kampf*. Allí se afirma: “Pueblos de la misma sangre corresponden a una patria común. Mientras el pueblo alemán no pueda reunir a sus hijos bajo un mismo Estado, carecerá de un derecho, moralmente justificado, para aspirar a una acción de política colonial. Sólo cuando el Reich abarcando la vida del último alemán no tenga ya la posibilidad de asegurar a éste la subsistencia, surgirá de la necesidad del propio pueblo, la justificación moral de adquirir posesión sobre tierras en el extranjero.” (Hitler, 2003: 10).

Como se puede deducir fácilmente de lo transcrito, el autor reclama como primera condición, la unidad interna. El concepto de la sangre, léase raza aria, es la base sobre la cual se debe construir la unidad de Alemania. Sólo después de haber amalgamado esta unidad, se puede pensar en hacer una política colonialista-imperialista, antes sería un absurdo.

A la par, menciona Hitler, que fue por esos tiempos, los años que asistía a la escuela, cuando descubrió otro concepto que será piedra angular en la prédica del nacionalismo alemán posteriormente. Su declaración de parte es como sigue: “Claro está que yo entonces no me contaba entre los indiferentes y pronto debí convertirme en un fanático nacionalista alemán. Esta evolución en mi modo de sentir hizo muy rápidos progresos, de tal manera que ya a la edad de quince años puede comprender la diferencia entre el ‘patriotismo’ dinástico y el

‘nacionalismo’ popular y desde aquel momento sólo el segundo existió para mí.” (Hitler, 2003: 11).

Con la idea de la unidad de la raza, más el nacionalismo, Hitler se convierte en un nacionalista alemán en la medida que él se consideraba de la raza aria, de cultura alemana, nacido en Austria. Sólo en Alemania, según él, la sangre de la raza aria se mantenía pura. Él no se identificaba con el país de nacimiento. La razón es que el imperio austro-húngaro se había mezclado racial y culturalmente.

Según el autor la mezcla había degenerado a la raza. La mezcla había ensuciado la sangre. Lo ario puro y limpio ya no existía en esta parte de Europa. En este imperio, además de húngaros, había eslavos, en su versión checo, servo, croata. De igual manera idiomas diversos que nada tenían que ver con la pureza del léxico alemán. A esta mezcolanza de razas y culturas en Austria se agregaban, los “indeseables judíos”.

Luego, en la última parte de lo transcrito, dice Hitler que se identificó con el “nacionalismo popular” más no con el “patriotismo dinástico”. La razón es muy simple. Hitler procedía del pueblo llano. Era uno más de entre ellos. Los patriotas aristocráticos nunca lo iban a aceptar. Nunca lo aceptaron. Los años posteriores así lo demostraron. No obstante ser el canciller alemán, este sector le tenía recelos, mantenía distancia de él. Hitler nunca fue integrado a ese círculo socio-cultural en Austria tampoco en Alemania. Fue por la mayoría de este sector respetado, temido; pero nunca bienvenido.

Esta identificación con el “nacionalismo popular”, a la par con lo alemán, es la razón de fondo por qué, páginas después, llega a sostener lo siguiente: “Basta con decir aquí que desde mí más temprana juventud estuve convencido de que la destrucción de Austria era una condición indispensable para la seguridad de la raza alemana y, por lo demás, que el sentir nacional no se identificaba en modo alguno con el patriotismo dinástico y, también, que la Casa de Habsburgo se halla entregada a la tarea de perjudicar a la germana estirpe.” (Hitler: 2003: 12).

El autor no fue totalmente consecuente con su prédica. Cuando llegó a ser la máxima autoridad del Imperio no destruyó Austria como

lo había anunciado; pero lo anexó a lo que ellos llamaban Das Dritte Reich y así creían conservar "... a la germana estirpe". De esa manera facilitó los métodos para construir la nación germana. La patria alemana. Todo en base a la limpieza de la sangre, a la unidad de raza aria, a la tradición germana.

Otro hecho de mucha importancia para su doctrina, predica, práctica, posterior, es lo que nuevamente él, en primera persona, informa: "En aquella época abrí los ojos ante dos peligros que antes apenas si conocía de nombre, y que nunca pude pensar que llegasen a tener tan espeluznante trascendencia para la vida del pueblo alemán: el marxismo y el judaísmo." (Hitler, 2003: 12).

La relación marxismo-judaísmo se convirtió en otro de los pilares teóricos, de acción práctica, del nacionalsocialismo. Según él la "raza judía" había creado la ideología marxista. Terminar con unos y otros, si es posible con los dos al mismo tiempo mejor, fue una de las mayores tareas autoimpuestas. Lo intentaron y de qué manera; pero no obstante los que se reclaman culturalmente del judaísmo están allí, los que se consideran ideológicamente del marxismo de igual manera.

Por lo demás es un absurdo vincular, como si fueran sinónimos, el judaísmo con el marxismo o viceversa. En otros capítulos de esta investigación hemos desmontado esta falacia que se venía conjeturando, en determinados sectores sociales, desde mucho antes de la aparición del libro que ahora nos ocupa.

Por el mismo tiempo, en el acápite *Mis estudios y lucha en Viena*, el autor comprueba algo que era evidente a ojos vistos. Nos referimos a la situación calamitosa de la clase obrera en el Imperio de la dinastía de los Habsburg. Esto no era elucubración fantasiosa como la mayoría de las ideas expuestas anteriormente. Por el contrario era una dura realidad sufriente cada día por amplios sectores de la sociedad.

Sobre el punto en mención sus palabras son como siguen: "A esto hay que añadir que para muchos es agrio el recuerdo de la miseria cultural de la clase proletaria y del trato grosero de esas gentes entre sí, lo cual, por insignificante que sea su nueva posición social, llega a hacerles insoportable todo contacto con gente de un nivel cultural ya

superado por ellos.” Un párrafo después insiste: “No sabría decir lo que más me horrorizó en aquel tiempo: si la miseria económica de mis compañeros de entonces, su rudeza moral o su ínfimo nivel cultural.” (Hitler, 2003: 14).

Luego de denunciar la situación social en términos generales, el autor insiste en las diferencias sociales al interior de la aristocrática urbe. Leamos lo que escribe: “Al finalizar el siglo XIX, Viena se contaba ya entre las ciudades de condiciones sociales más desfavorables. Riqueza fastuosa y repugnante miseria caracterizaban el cuadro de la vida en Viena.” (Hitler, 2003: 15).

Tomado en cuenta esta situación social en la más importante ciudad del Imperio, Hitler dice haber sentido cierta atracción por las ideas políticas marxistas. De igual modo por las reivindicaciones sociales que agitaba la socialdemocracia en un determinado nivel. Pero había otros pensamientos de los mencionados que sencillamente lo irritaban. Especialmente las que tenían que ver con el anti germanismo y pro-internacionalismo. Leamos lo que escribió al respecto: “Era poco y muy erróneo lo que yo sabía en mi juventud acerca de la socialdemocracia. Me entusiasmaba que proclamase el derecho de sufragio universal secreto; además, mi ingenua concepción de entonces, me hacía creer también que era mérito suyo empeñarse en mejorar las condiciones de vida del obrero. Pero lo que me repugnaba era su actitud hostil en la lucha por la conservación del germanismo.” (Hitler, 2003: 16).

Finalmente discierne en torno a los términos marxismo y socialismo. Rechaza el primero por argumentar la teoría de la lucha de clases y no el de las razas como el segundo. Por ser internacionalista más no nacionalista. La teoría de la raza y el concepto de nación, serán dos componentes claves del nacionalsocialismo alemán. Estas dos ideas lo caracterizarán y diferenciarán del movimiento fascista en general.

El antecedente directo de este socialismo es el denominado “socialismo de cuartel”. En otras palabras, el socialismo prusiano. Leamos lo que escribe al respecto: “Hasta la edad de los 17 años la palabra ‘marxismo’ no me era familiar, y los términos ‘socialdemocracia’ y ‘socialismo’ me parecían ser idénticos. Fue

necesario que el destino obrase también sobre este concepto aquí abriéndome los ojos ante un engaño tan inaudito para la humanidad.” (Hitler, 2003: 17).

Hitler buscaba la razones de por qué los obreros se acercan con mucha facilidad a las ideas marxistas. De igual manera por qué se integraban a las organizaciones dirigidas por la socialdemocracia. Él encuentra la explicación en lo siguiente: “La miseria, que tarde o temprano hizo presa de los trabajadores, impulsó a estos hacia el campo de la socialdemocracia.” (Hitler, 2003: 17).

La miseria de los obreros, su consecuente simpatía por los marxistas, tenía culpables. Para nuestro personaje, no es otra más que la burguesía. Hitler lo argumenta en estos términos: “Desde que la burguesía, demostrando con ello no sólo la mayor estupidez, sino también la más grande inmoralidad, se unió en incontables ocasiones para resistir las aspiraciones humanas más legítimas, y a menudo sin lograr ni esperar con ello beneficio ni provecho alguno, los obreros, aún los más disciplinados, fueron abandonando las organizaciones sindicales para intervenir cada vez con mayor claridad en la política.” (Hitler, 2003: 17).

De toda esta experiencia, Hitler dice: “A la edad de veinte años había aprendido ya a distinguir el sindicato como instrumento social destinado a defender los derechos del empleado y luchar por el mejoramiento de sus condiciones de vida, del sindicato como instrumento del partido en la guerra política de clases.” (Hitler, 2003: 17).

Conociendo la actitud de los obreros, su cercanía hacia la socialdemocracia, el rol del sindicato no sólo como una organización meramente reivindicativa sino como un instrumento político, fueron las razones que le impulsaron a conocer lo que era la doctrina que orientaba todo ello. En esta dirección informa: “Al comprender mejor la exterioridad de la socialdemocracia, se apoderó de mí un anhelo vehemente de conocer también la médula de su doctrina.” (Hitler, 2003: 19).



Toda esta confusión de ideas se aclara en el futuro jefe cuando descubre el enjambre judaísmo-marxismo. Su declaración de parte es elocuente: “Finalmente, advertí la vinculación existente entre esta doctrina destructora y los rasgos característicos de una raza que había sido hasta entonces casi desconocida para mí. La comprensión de los judíos constituye la única clave para interceptar los propósitos interiores, y por lo tanto reales, de la socialdemocracia. Comprender a esta raza equivale a levantar el velo de las falsas concepciones acerca de los fines y designios de este partido, para que los desatinos del marxismo surjan gesticulando de en medio de las nubes y la niebla en que los ocultaban las frases socialistas.” (Hitler, 2003: 20).

Las ideas vertidas en el párrafo anterior son diáfanas, es por ello que no merecen mayores comentarios. Luego, dos páginas después, continúa informando sobre su interés por Alemania, lo hace así: “En Viena continúe, como antes, siguiendo de cerca y con ardiente entusiasmo todos los sucesos de Alemania, sea que se refieran a cuestiones políticas o culturales. Henchido de orgullosa admiración comprobaba yo el impetuoso surgir del Imperio con la inevitable decadencia del Estado austriaco. Pero, si bien es verdad que los lances de la política exterior me causaban vivo placer, por lo general, sentía angustia al pensar en la vida política nacional, que no era ni con mucho igualmente satisfactoria.” (Hitler, 2003: 22).

A esas alturas parece que se hace la luz en los ojos del personaje: “Y, por fin, cuando comprendí que eran los judíos quienes estaban al frente de la socialdemocracia, la venda cayó de mis ojos. Mi larga lucha mental había concluido.” Un párrafo después continúa: “Venciendo mi repugnancia, procuré leer ese linaje de fruslerías marxistas publicadas por la prensa, pero la aversión que me inspiraban crecía a medida que los devoraba; traté después de conocer a los que componían aquel montón de bellaquerías; desde el director hasta el más bajo cargo eran judíos.” (Hitler, 2003: 26).

En esa misma página llega a una real o supuesta comprobación. El judío no era alemán, sus palabras: “Una cosa comprendí entonces con claridad: la dirección del partido, con cuyos defensores secundarios había yo disputado agriamente por espacio de meses, se hallaba casi por

entero en manos de una raza extranjera, pues, para mí satisfacción íntima, conocí finalmente que el judío no era alemán.” (Hitler, 2003: 26).

Luego de afirmar que “... del débil ciudadano del mundo, que era, me convertí en un fanático antisemita”. Teoriza sobre el tema, lo expone en estos términos: “La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático presente en la naturaleza, y en el lugar del eterno privilegio de la fuerza y la energía, coloca la masa numérica y su peso muerto. De suerte, niega el valor del mérito individual y combate la importancia de la nacionalidad y la raza, privando así a la humanidad de todo lo que significa su existencia y su cultura. Esta doctrina, tomando como principio del universo, provocaría el fin de todo orden concebible para la humanidad. Y como nada, fuera del caos, podría resultar de la aplicación de semejante ley, el único resultado para los habitantes de esta tierra consistiría en la ruina.” (Hitler, 2003: 28).

Adolfo Hitler está convencido que con el teórico triunfar del judaísmo, que es la otra cara de la medalla del marxismo, llegará el fin del mundo. Esta imaginada tragedia universal lo anuncia de la siguiente manera: “Si el judío conquista, con ayuda del credo marxista, las naciones de este mundo, su corona sería la guirnalda fúnebre de la raza humana y el planeta volvería a girar en el espacio, despoblado, como lo hacía millones de años atrás.” (Hitler, 2003: 28).

Finalmente el autor se auto proclama como un nuevo redentor. Él está designado por la naturaleza por un lado, y por la voluntad de Dios por otro lado, para salvar al mundo. Leamos lo que sin medias tintas escribe: “La naturaleza eterna sabe vengar de forma inexorable cualquier trasgresión de sus principios. De aquí que me crea en el deber de obrar en el sentido que marca el todopoderoso Creador: Al combatir a los judíos, cumplo la tarea del Señor.” (Hitler, 2003: 28).

En el sub-título *Consideraciones políticas resultantes de mi estancia en Viena*, expone la alternativa, en el plano político, al proyecto de los “judíos-marxistas”. Plantea como una gran misión construir el Estado alemán, más no el austriaco, de esa manera tener “una patria común” en base a la raza, la sangre, la tradición, el idioma. Sus palabras: “En Alemania, la nación, aunque compuesta de pequeños

e inconexos átomos, contenía individuos de una sola raza. En Austria las condiciones eran diferentes. Si exceptuamos Hungría, en ninguno de los diversos países se guardaba memoria de un pasado glorioso.” (Hitler, 2003: 30 y 31).

Hay que advertir que él nació, en buena medida se socializó, en el territorio controlado políticamente y orientado culturalmente por una de las dinastías germanas: los Habsburg. Posteriormente, haciendo uso de la voluntad, se identificó, se “integró”, a la otra de las ramas de las dinastías germanas: los Hohenzollern.

Finalmente para el buen funcionamiento de este aparato sostiene que se necesita de una fuerte centralización. Ella tendrá que ser galvanizada por la cultura. Allí es cuando entra a tallar la lengua alemana. Leamos: “Para tomar en serio la lucha por la conservación de este Estado y para llevarlo hasta el fin, había sido indispensable una despiadada y persistente centralización. Pero la homogeneidad de la forma ha de expresarse estableciendo en principio una lengua unificada de Estado.” (Hitler, 2003: 31).

Algunas páginas después relacionado democracia y marxismo, cargando la tinta en contra de la primera, escribe: “La democracia occidental de hoy es precursora del marxismo que sería inconcebible sin aquella. Es el terreno propicio para que germine esta universal pestilencia. En su forma externa de expresión -el sistema parlamentario- atraía como una monstruosidad de cieno y fuego (eine Sporttgeburt aus Dreck und Feuer), en la cual, muy a pesar mío, el fuego parecía haberse consumido con excesiva rapidez.” (Hitler, 2003: 34).

Páginas después insiste sobre el estilo de gobierno democrático-liberal burgués y dice: “De aquí que este género de democracia se haya convertido en el instrumento de una raza que, para llevar adelante sus propios designios, necesitará huir de la claridad del sol, hoy y en cualquier tiempo futuro. Nadie que no sea judío puede apreciar debidamente el valor de una institución falsa y repúgnate como él mismo.”

Para Hitler existe otro estilo de democracia alternativa a la democracia liberal burguesa. Esta es presentada de la siguiente manera:

“En contraste con lo anteriormente descrito está la verdadera democracia germánica, que comprende la libre elección de su caudillo, imbuido de su deber de asumir toda la responsabilidad de lo que hace y manda hacer.” (Hitler, 2003: 39).

Luego de hacer la diferencia, muy tajante, entre el sistema de Estado y el sistema de Gobierno, algunas páginas después, escribe: “Por primera vez en la historia reciente de Alemania, surge la distinción entre el patriotismo dinástico corriente y el cariño nacional hacia la patria y el pueblo. Por principio no debe olvidarse que el propósito más elevado de la existencia humana no estriba tanto en defender un Estado o un gobierno, como preservar su carácter nacional.” (Hitler, 2003: 41).

A la raza, a la sangre, a la tradición, a la nación, al socialismo, al idioma alemán, Hitler agrega otro elemento, este es una vertiente de la religión cristiana. Leamos lo que afirma: “El protestantismo apoyará siempre todo aquello que sea esencialmente alemán, toda vez que se trata de un asunto de pureza interna, de afianzar el sentimiento nacional o de defender la vida, la lengua y hasta la libertad alemanas, puesto que todas estas cosas constituyen, en esencia parte de él; no obstante, se mostrará hostil a toda tentativa tendiente a salvar a la nación de su más peligroso enemigo, pues esta actitud hacia el judaísmo se ha convertido casi en un dogma.” (Hitler, 2003: 47 y 48).

Una vez más retoma el tema de las razas, recordando sus años en la ciudad de Viena, afirma: “Yo detestaba las mezcla de razas que se exhibía en la capital, odiaba aquella abigarrada colección de checos, polacos, húngaros, rutenos, servos, croatas, etc., y, por encima de todo odiaba a los judíos, ese fangoso producto presente en todas parte: judíos y siempre judíos.” A continuación manifiesta su admiración por el Imperio alemán: “Comprendiendo que mi corazón no podía encariñarse jamás con la monarquía austriaca, sino que latiría invariablemente por el Imperio Alemán, hube forzosamente de contemplar el derrumbe de aquel Estado como el comienzo de la salvación de la nación alemana.” (Hitler, 2003: 51).

Ese recordar primero, suponer después, lo lleva a decir: “No sé cuál sería ahora mi modo de pensar respecto al judaísmo, a la socialdemocracia, al significado del marxismo, a la cuestión social, etc.,

si la voluntad de los hados y mi experiencia personal no me hubiesen proporcionado en aquel temprano periodo de mi vida una sólida base ideológica.” (Hitler, 2003. 52).

El acápite que continúa se titula *Múnich*. En el menciona que en 1912 se marchó de Viena hacia la capital de Babaria. Comenzando por la ubicación geográfica, continuando con el dialecto de cómo se pronuncia el alemán allí, esta ciudad sencillamente lo cautivó. Hitler exterioriza lo dicho en estos términos: “Pertenezco a esta ciudad más que a cualquier otro lugar de la tierra, y esto se debe a que está inseparablemente ligado a mi evolución.” (Hitler, 2003: 52).

Después de su experiencia personal en Múnich, se adentra en otro aspecto que tiene que ver con la geopolítica alemana. Su opinión es conquistar las tierras vecinas antes que las de allende las fronteras. Leamos sus argumentos: “Por esta razón, la única esperanza que tenía Alemania de llevar a cabo una política territorial acertada consistía en adquirir nuevas tierras en Europa. Las colonias no sirven para este objeto cuando son inadecuadas para el establecimiento de europeos en gran número. En el siglo XIX ya no era posible adquirir por medios pacíficos territorios apropiados para esta clase de colonización. Semejante política sólo podía emprenderse mediante violentas luchas; en consecuencia, luchar por luchar, mejor habría sido hacerlo con el propósito de conquistar tierras situadas a las puertas de casa y no comarcas situadas fuera de Europa.” (Hitler, 2003: 54).

Ligado a la geopolítica plantea la conveniencia o inconveniencia de la política de alianzas en Europa de esos momentos: “Queda siempre una posibilidad: el desarrollo industrial y la expansión del comercio exterior, la fuerza naval y las colonias. Si la política de adquisición territorial en Europa podía emprenderse sólo mediante una alianza con Gran Bretaña en contra de Rusia, la política colonial y de expansión comercial sólo se concebía merced a una alianza con Rusia en contra de Inglaterra.” (Hitler, 2003: 55 y 56).

En esta tarea es capital el rol del “... monstruo de las mejillas rosadas” para Nietzsche o el “Leviatán” para Hobbes, el Estado, leamos: “El Estado no constituye un conjunto de comerciantes allegados durante un periodo determinado de tiempo con el exclusivo

fin de llevar un propósito económico; es la organización de una comunidad homogénea en naturaleza; y para cumplir el destino que le hubiera sido asignado por la providencia, éste y sólo éste es el objeto y significado del Estado.” (Hitler, 2003: 60).

Como se ve el Estado es un ente producto de la voluntad divina sobre la tierra. Con lo afirmado ha quedado atrás la idea del Estado como resultado del acuerdo entre los seres humanos. Llamado también contrato social y sustentado por los demócrata-liberales. La idea del Estado como aparato burocrático y militar al servicio de una clase o alianza de clases según la concepción marxista. Por el contrario son las ideas aristotélicas-tomistas sobre la conceptualización del Estado las que vuelven a ser actualizadas por obra y gracia de los fascistas.

En medio de estas cavilaciones había la necesidad de generar algo alternativo a la ideología y la organización marxista, en esa perspectiva Hitler afirma: “Por primera vez comencé a meditar sobre estos asuntos, contemplándolos a través del cristal de mi posición con respecto a la política aliancista de Alemania entre 1912 y 1924, y descubrí que la clave del enigma residía con certidumbre cada vez mayor en la fuerza con la que yo había trabado ya conocimiento en Viena, aunque desde un punto totalmente diferente: en la doctrina y en los principios universales del marxismo y su influencia organizadora. Por primera vez me puse a considerar cómo se podía realizar un intento para dominar aquella pestilencia mundial. (...) Empecé también un profundo estudio de la relación entre el marxismo y el judaísmo.” (Hitler, 2003: 61).

En el subtítulo *La guerra mundial*, sostiene que en muchos países europeos se trabajaba en función de intereses sólo comerciales y foráneos. De esa manera se comenzaba “... a remodelar el mundo de un solo golpe, transformándolo en un vasto almacén de mercancías gobernado por amos judíos...” (Hitler, 2003: 63).

En medio de estas condiciones es cuando se inició la Primera Guerra Mundial. Crítica al Imperio austro-húngaro, en la figura del archiduque Francisco Fernando (1863-1914). Personaje que fue ultimado en el atentado de Sarajevo. Sobre esta trágica figura dice: “El

mejor amigo de los eslavos había caído víctima del plomo, de unos fanáticos eslavos.” (Hitler, 2003: 63).

En torno a la guerra propiamente dicha, su real o supuesta inevitabilidad, el futuro canciller es tajante: “Sí, es verdaderamente injusto acusar a los círculos gubernamentales de Viena, responsabilizándolos de haber provocado una guerra que, de otro modo, se habría podido, quizás, evitar. La guerra era inevitable: acaso se habría podido aplazar un año más o dos a lo sumo.” (Hitler, 2003: 64).

Una página después Adolfo Hitler narra lo que para él fue un hecho realmente extraordinario. Una aspiración de muchos años se hacía realidad. Sus palabras son elocuentes: “El 8 de agosto dirigí a Su Majestad el Rey Luis III una petición para que se me consintiera servir en un régimen bávaro. El gabinete ministerial tenía en aquella época hartos asuntos de que ocuparse, de manera que mi júbilo, fue tanto mayor en la medida que la solicitud se despachó favorablemente en el mismo día. Comenzó entonces para mí, lo mismo que para todo alemán el periodo más grande e inolvidable de mi existencia terrenal. Comparado con aquella magna lucha, todo el pasado quedó sumido en el vacío y en el olvido. Con orgullo y dolor evoco los primeros días y semanas de la heroica contienda de nuestra nación, en la cual el destino bondadoso me permite participar.” (Hitler, 2003: 65).

Ahora siendo un alemán no sólo de sangre, raza, tradición, cultura, idioma, sino que también legalmente, arremete, una vez más, contra el marxismo para exteriorizar su alegría al saber que sus seguidores se iban quedando solos: “Me irritaba que se considerase razonable observar que el marxismo, cuyo supremo y constante fin consistía en la destrucción de todos los Estados nacionales no judíos, viera con disgusto en aquellos días de julio de 1914 cómo la clase obrera alemana, a la que había estado embaucando con asiduidad, despertaba acudiendo con mayor entusiasmo a medida que pasaban las horas, en defensa de la patria. En pocos días se disiparon la niebla y las imposturas de aquella infame seducción nacional, sintiéndose la gavilla de caudillos judíos repentinamente sola y abandonada, cual si no hubiese quedado ni rastro de las necedades y locuras inoculadas por espacio de más de sesenta

años en el espíritu del pueblo. Fue aquel un pésimo trance para los traidores al trabajo germano.” (Hitler, 2003: 66).

No obstante estos “judíos-marxistas” siguieron actuando. Ellos habían sido derrotados pero no aniquilados. La razón es que faltaba una alternativa teórica de carácter universal. Una nueva concepción del mundo (*eine neue Weltanschauung*), sus palabras son elocuentes: “A esto se debió que fracasase hasta entonces la lucha contra el marxismo. Y por este mismo motivo fracasó al fin y hubo de fracasar a pesar de toda la legislación de Bismarck acerca del socialismo. Le faltaba el apoyo de una nueva teoría del mundo, porque sólo con la proverbial sabiduría de los altos funcionarios de gobierno se puede creer que existe alguien capaz de figurarse que la charla en torno a las llamadas ‘autoridades del Estado’ y ‘orden y tranquilidad’ constituyen estímulos suficientes para emprender una lucha a muerte.” (Hitler, 2003: 68).

En ese lapso de tiempo ocurrieron algunos hechos de importancia. A la par de los enfrentamientos en la guerra propiamente dichos, además de la acción de los obreros, sucedieron levantamientos de soldados y marineros en Kiel, Berlín, Múnich y la consiguiente formación de Repúblicas Soviéticas.

De igual manera el fin de la dinastía de los Hohenzollern. La última acción de estos fue cuando el Emperador Guillermo II (1859-1941) trató de conciliar con las otras fuerzas políticas y de esa manera evitar el colapso total. A la par la declaración de la república, democrática liberal, bajo la orientación de la constitución celebrada en la ciudad de Weimar 1919.

En este momento es cuando Hitler anuncia una nueva etapa en su existencia. El acápite titulado *El comienzo de mi vida política* es ilustrativo. Él seguía siendo miembro de las fuerzas armadas. Del servicio de inteligencia. La hora de actuar, hacer política-pública, ha llegado. La meta inmediata es dar origen a una organización política. Este se conocerá, después, con el nombre de Partido Nacional Socialista Obrero Alemán. Esto se concretiza en enero del año 1920 en la ciudad de Múnich. Dotarle de una ideología política, organizarlo como un aparato eficaz, prepararlo para la toma del poder, fueron sus tareas del momento. Probaron la vía armada, en el año 1923, fracasaron.



Intentaron la vía electoral, a través de componendas electorales, triunfaron en el año 1933.

Uno de los temas que aquí se desarrolla es el rol del Estado respecto al capital nacional: “De esa manera, los deberes del Estado para con el capital eran relativamente sencillos y claros. Tendría que limitarse a procurar que el capital continuase siendo un servidor del Estado y no abrigara el intento de dominar la nación. Al adoptar esta actitud el Estado pudo haberse circunscrito a dos objetos: por una parte, el mantenimiento de una dosis suficiente de administración nacional eficaz e independiente y, por la otra, la defensa de los derechos sociales de los trabajadores.” (Hitler, 2003: 83).

Mientras que en torno al capital internacional, el especulativo, dice: “Yo tenía presente el progreso de mi patria con claridad suficiente como para comprender que la brega más dura no era la que habría de emprenderse contra las naciones enemigas, sino la que debía llevarse a cabo en contra del capital internacional.” Luego: “Los propósitos por los cuales debemos combatir se basan en la segura existencia y el progreso de nuestra raza y nación, en el pan de sus hijos y la pureza de su sangre, en la libertad e independencia de la patria, procurando que está se halle en condiciones de cumplir la misión que le fuera señalada por el creador del universo.” (Hitler, 2003: 84).

Finalmente, una vez más, sobre el marxismo su declaración de parte es de la siguiente manera: “Comencé a estudiar de nuevo las enseñanzas e intenciones del judío Karl Marx y acabé por entenderlas totalmente. Sólo entonces interpreté cabalmente su *Capital*, lo mismo que el significado de la lucha que la socialdemocracia sostenía contra la economía del país, llegando a la conclusión de que sus fines reales consistían en preparar el terreno para la hegemonía del capitalismo internacional de los financieros y la Bolsa de comercio.” (Hitler, 2003: 84).

En el punto titulado *Los síntomas prejuiciosos del derrumbe del antiguo imperio*, resalta los aspectos siguientes. Nuevamente el rol de la sangre y la raza. La miseria del pueblo alemán y el papel nefasto de la prensa en manos, de igual manera, de los “marxistas-judíos”. En torno al primer tema apunta: “Hasta que no se comprenda que la

economía política sólo podrá desempeñar en el asunto un papel secundario, y aún de tercer orden, y comprender que primero están los factores éticos y raciales, no llegaremos a comprender las razones de la presente angustia ni habrá posibilidades de descubrir los medios y los métodos de remediarlo.” (Hitler, 2003: 89).

Sobre las diferencias sociales sostiene: “El profundo abismo entre pobres y ricos llegó al colmo. La opulencia y la miseria convivían en contacto tan estrecho, que las consecuencias no podían ser sino deplorables. La pobreza y la desocupación a gran escala comenzaron a causar estragos entre la población, dejando tras de sí el descontento y la acritud.” (Hitler, 2003: 93).

Nuevamente, en relación a los medios de comunicación, insiste: “Lo que la llamada ‘prensa libre’ hizo antes de la guerra fue cavar la fosa de la nación y del Estado alemanes. Nada decimos acerca de los embusteros periódicos marxistas; para la vida de éstos, la impostura es tan necesario como el maullido para el gato. Su gran objetivo estriba en quebrantar la resistencia nacional y popular, a fin de preparar al pueblo para la esclavitud del capital internacional y de sus amos, los judíos.” (Hitler, 2003: 96).

A esta situación de caos, de decadencia, la alternativa para Alemania es, según él: “La organización del Estado y al ejército había que añadir el incomparable cuerpo de antiguos funcionarios. Alemania era la nación mejor organizada y mejor administrada del mundo.” (Hitler, 2003: 104).

Sobre el denominado, también, ejército civil o burocracia reitera: “El cuerpo de funcionarios alemanes y el mecanismo administrativo se distinguían especialmente por su independencia de los gobiernos individuales; cuya transitorias ideas en materia de política no podía afectar la situación de los funcionarios alemanes del Estado.” (Hitler, 2003: 105).

Finalmente, con algo de nostalgia, recuerda: “Sobre estos tres pilares, la organización del Estado, el ejército y el cuerpo de funcionarios, descansaba la maravillosa fuerza y la efectividad del antiguo Imperio.” (Hitler, 2003: 105).

Con el acápite que sigue arribamos a un punto capital de la ideología que sustentó al movimiento nacionalsocialista. Hitler la denomina *Nación y raza*. Leamos lo que escribe respecto al segundo concepto: “Existen en la historia innumerables ejemplos que prueban con alarmante claridad cómo cada vez que la sangre aria se mezcló con la de otros pueblos inferiores la consecuencia fue la destrucción de la raza portaestandarte de la cultura.” (Hitler, 2003: 105).

El autor especula con esta antojadiza clasificación “racial”: “Si dividiésemos a la raza humana en tres categorías -fundadores, conservadores y destructores de la cultura- solo la estirpe aria podría ser considerada como representante de la primera categoría. Las razas arias atacaron -a menudo en número irrisoriamente pequeño- a pueblos extranjeros y, favorecidos por la cantidad de individuos de inferior categoría que tenían a su disposición para que los ayudasen, comenzaron a desarrollar con arreglo a las condiciones especiales para la vida imperantes en los territorios conquistados -fertilidad, clima, etc.,- las cualidades de inteligencia y organización latentes en ellos.” (Hitler, 2003: 107).

Continúa con el concepto de nación, siempre fundido al concepto de raza, afirma: “Desde tiempos inmemoriales, las naciones creadas han sido tales por todo y en todo, aunque los observadores superficiales no lo hayan advertido. Nada, fuera de las proezas mundiales, contribuye a que se reconozca el valor de tales naciones, porque la mayoría de los individuos de este mundo son incapaces de percibir el genio como no sea mediante los signos exteriores del mismo en forma de invenciones, descubrimientos, arquitectura, pintura, etc. Y, aun así, se requiere mucho tiempo para que se le comprenda. (...) Así en la vida de las naciones la verdadera aplicación de las fuerzas creadoras que existen en ellas no se produce sino conforme a la exigencia de ciertas y definidas circunstancias. Esto lo advertimos con mayor claridad en la raza que fue y es portaestandarte del progreso y la cultura: la aria.” (Hitler, 2003: 107).

A continuación menciona la trayectoria, supuestamente, recorrida por la raza aria en concreto, leamos: “Más la senda que el ario debió pisar estaba trazada con nitidez. Como conquistador destronó a los

hombres inferiores, quienes trabajaron desde entonces bajo su dirección, con arreglo a su voluntad y para la satisfacción de sus propósitos.” (Hitler, 2003: 108).

Cuando en algunos casos ocurrió lo contrario, las consecuencias fueron que: “El ario renuncia a la pureza de su sangre y con ello al derecho a permanecer en el edén que había creado para sí mismo. Anegóse en la mezcla de razas y fue perdiendo paulatinamente su capacidad civilizadora hasta que acabó pereciéndose, tanto en la mente como en el cuerpo, mucho más que sus antepasados a la raza aborigen subyugada.” (Hitler, 2003: 108).

En esa medida: “La mezcla de sangre y el menoscabo del nivel racial que le es inherente constituye la única y exclusiva razón del hundimiento de antiguas civilizaciones. Nos es la pérdida de una guerra lo que arruina a la humanidad, sino la pérdida de la capacidad de resistencia, que pertenece solamente a la pureza de la sangre.” (Hitler, 2003: 109).

Si la raza aria es la más excelsa en la evolución humana, en el otro extremo está la más ruin, la más despreciable, la raza judía. Sus palabras son como siguen: “El antípoda del ario es el judío. Es difícil que exista en el mundo nación alguna en la que el instinto de la propia conservación se halle tan desarrollada como es el caso del ‘pueblo escogido’. La mejor prueba de ello la constituye el hecho de que esta raza continúa existiendo.” (Hitler, 2003: 109).

Insistiendo sobre los judíos afirma: “Las cualidades intelectuales del judío se desarrollan en el transcurso de los siglos. Hoy los creemos ‘ladinos’; sin embargo lo mismo aconteció en cierto sentido en todas las épocas. Pero su capacidad intelectual no es resultado de una evolución interior, sino de la educación recibida de los extranjeros. El judío no poseyó jamás una cultura propia, las bases de su actividad intelectual fueron suministradas siempre por otros. En todos los periodos su intelecto se ha desarrollado merced al contacto con civilizaciones que lo rodeaban. Jamás ha ocurrido de modo contrario.” (Hitler, 2003: 110).

Después de todo Hitler dice una verdad meridiana, que no sólo ocurre con los denominados o autollamados judíos. Por el contrario es una constante en todos los pueblos, culturas y civilizaciones. Lo referente a las influencias directas o indirectas en todos los planos y niveles de la vida. Sencillamente nadie es puro, nadie vive en aislamiento. Los incontaminados, los originarios, los primeros, los indígenas, son una quimera. Todos son mezclas y remezclas a lo largo y ancho del espacio y naturalmente en el devenir del tiempo.

Hitler aborda las diferencias en cuanto a la proyección hacia el futuro, tanto individual como colectivo. Él lo denomina el idealismo. La comparación entre el ario y el judío está en el primer plano. En esa dirección afirma: "... le falta completamente la condición esencial inherente al pueblo culto: el sentimiento idealista. El espíritu de sacrificio del pueblo judío no va más allá del simple instinto de conservación del individuo. Su aparente gran sentido de solidaridad no tiene otra base que la de un instinto gregario muy primitivo, similar al que puede observarse en otros seres de la naturaleza." (Hitler, 2003: 110).

Continúa con la actitud del judío en la sociedad. A su vez relacionando, una vez más, judaísmo con marxismo, escribe lo que a continuación leemos: "El judío procede de la siguiente manera: se dirige a los trabajadores fingiendo compadecerse de la suerte de los mismos o indignarse ante su pobreza y miseria, con el objeto de conquistar su confianza. Se toma la molestia de estudiar la dureza real o imaginaria de la existencia del obrero y logra despertar el anhelo de un cambio de existencia. Emplea indecible sagacidad, intensifica la demanda de justicia social, latente en el individuo de raza aria, e imprime a la lucha por la extirpación de los males sociales un carácter bien definido de importancia universal. Funda la doctrina del marxismo." (Hitler, 2003: 113).

Lo mencionado, en la última parte de la cita precedente, merece esta crítica del mismo autor: "Porque so capa de un ideal puramente social, se ocultan intenciones verdaderamente diabólicas, expuestas con desvergonzada claridad y franqueza. Al negar de este forma categórica la importancia de la personalidad, y de esta manera la de la nación y de

su significado racial, la doctrina marxista destruye los principios elementales de toda cultura humana, que depende de aquellos factores.” (Hitler, 2003: 113).

Hitler termina la *Primera parte* del libro con el acápite *El primer periodo del desarrollo del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán*. En él menciona, entre otras consideraciones, la diferencia entre el rol de un sector de la burguesía en ascenso y el papel de la nobleza en decadencia. El autor lo expone en los términos siguientes: “No obstante, la clase a quién se confió la misión de provocar este proceso no debería ser jamás la que hubiese llegado al pináculo de la opulencia, sino la que lucha por los derechos de la igualdad. La burguesía de hoy no se incorpora al Estado mediante la ayuda de la nobleza, sino, por el contrario, en virtud de sus propios esfuerzos y bajo su propia dirección.” (Hitler, 2003: 120).

Hitler subraya que el ideal político del nacionalsocialismo no es un sistema de gobierno tipo burgués republicano. Tampoco es el monárquico clásico. Según él es otro sistema totalmente distinto, leamos: “Finalmente, el movimiento no se considera obligado a conservar o restaurar ninguna forma particular de Estado en oposición a cualquiera de las otras; cree, en cambio, que su obligación consiste, más bien, en engendrar los principios fundamentales con los que no podrían existir de manera permanente ni la república ni la monarquía. La misión del movimiento no es la de fundar una monarquía o establecer una república, sino la crear el Estado germánico.” (Hitler, 2003: 122).

El “Estado germánico” será gobernado por personas no del común, por el contrario será por individuos especiales: “A este fin podían sólo prestarse hombres que, mental y físicamente, hubiesen adquirido determinadas virtudes militares que podríamos condensar en estos términos: la agilidad del galgo, la resistencia del cuero y la dureza del acero de Krupp.” (Hitler: 125).

Una página después, nuevamente carga la tinta en contra de los marxistas: “Los seductores marxistas de la nación debieron aborrecer sobre todas las cosas a un movimiento cuyo propósito confesados consistían en granjearse las simpatías de la multitud, que se hallaba,

hasta aquel instante a la entera disposición de la Bolsa comercial internacional de partidos marxistas judíos. El sólo título 'Partido Obrero Alemán' era por sí mismo irritante." (Hitler, 2003: 126).

Antes de terminar recuerda una reunión de los militantes del nacionalsocialismo en Múnich, lo hace en estos términos: "Media hora después, las interrupciones y abucheos eran ahogados por salva de aplausos y, finalmente, cuando hube explicado los veinticinco puntos que me propuse exponer, una sala rebosante concordó en una nueva convicción, en una nueva fe, en una nueva voluntad. Habíase encendido una lumbre de cuyo resplandor surgiría la espada destinada a devolver la libertad del Sigfrido germánico y restaurar la vida de la nación alemana." Finalmente remata: "Y junto al resurgimiento que venía venir, se levantaba inexorablemente contra el perjurio del 9 de noviembre de 1918 la diosa de la venganza." (Hitler, 2003: 128).

Según él ha llegado al mundo germano el vengador del gran Sigfrido, el mítico personaje de *El cantar de los Nibelungos*. ¿Su nombre? comienza con A. ¿Su apellido? con H. Claro que no podía ser otro más que Adolfo Hitler. El pasado glorioso de la raza aria, el mito del superhombre ario, la tradición de la cultura germana, reaparece encarnado en el auto designado vengador. El futuro Canciller Der Dritte Reich lo personifica. Lo demás es historia bastante conocida y sufrida.

De la denominada *Segunda parte* del libro nos limitaremos a tratar solamente tres puntos. Primero. La ideología del partido en contraposición al marxismo. Segundo. El concepto de Estado germánico. Tercero. El rol de los individuos.

En el primer punto, *Ideología y partido*, comienza deslindando campos respecto al, muchas veces tratado, tema de las razas, leamos: "La suposición de que todas las razas son, por sus características, iguales puede ser seguida de una manera parecida a considerar a las naciones llegándose en escala descendente a afirmar idéntica cosa hasta de los mismos hombres. En esta forma, el mismo marxismo internacional no pasa de ser un punto de vista general del mundo - sostenido en verdad por espacio de muy largo tiempo- y llevado a cabo por el judío Karl Marx a modo de credo político. De faltarle el apoyo

de un proceso de envenenamiento semejante, el extraordinario éxito político de estas doctrinas había sido imposible.” (Hitler, 2003: 132).

No obstante su anti-marxismo visceral, en el párrafo que sigue reconoce algunos méritos del teórico mayor de esa corriente de pensamiento, sus palabras son así: “Karl Marx fue sencillamente, y en realidad el único individuo entre millones que en el lodazal de un mundo corrompido describió, con ojo seguro del profeta, la ponzoña indispensable, extractándola como arte de magia en una solución concentrada a fin de acelerar la destrucción de la existencia independiente de las naciones libres de esta Tierra.” Líneas después concluye: “En ese sentido puede decirse que la doctrina marxista constituye el epítome intelectual de las teorías del mundo que prevalecen hoy en día.” (Hitler, 2003: 132).

Deducimos que refiriéndose a Europa, retoma el tema de la raza aria, ahora presentándola como la raza elegida por el creador del universo: “En esta parte del mundo la cultura y la civilización están indisolublemente vinculadas a la presencia del elemento ario. Si este elemento desapareciese o fuera vencido, el negro velo de un periodo de barbarie volvería a descender sobre el mundo. Para todo aquel que contemple a este último con ojos de nacionalista, cualquier brecha abierta en la existencia de la civilización humana merced a la destrucción de la raza que la protege, será siempre el más condenable de los crímenes. Quién ose poner la mano en la más noble imagen de Dios, pecará contra el bondadoso Creador de esta maravilla y contribuirá a su propia expulsión del paraíso.” (Hitler, 2003: 132).

Con loas, sin par, a esta raza continúa el autor su perorata: “Todos sabemos que en un porvenir lejano, la humanidad debería afrontar problemas cuya solución exigirá que una raza excelsa en grado superlativo, apoyada por las fuerzas de todo el planeta, asuma la dirección del mundo. La organización de una política mundial sólo podrá efectuarse, en todos los tiempos, mediante su enunciación definida y exacta; los principios de un partido en formación son para éste lo que el dogma es para la religión. Por consiguiente, así como la organización del partido marxista traza actualmente el camino hacia el internacionalismo, así debe contar la política nacionalista con un



instrumento que nos ofrezca una posibilidad de defenderla por la fuerza. Éste es el objetivo que persigue el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán.” (Hitler, 2003: 132).

Finalmente una confesión de parte: “Advertí, pues, que me estaba reservando la particular misión de extraer las ideas centrales de la masa informe de esta teoría general del mundo, para remodelarlas y darles una forma más o menos dogmática, de modo que por su franqueza y claridad fuera capaz de unir sólidamente a cuantos la aprobasen. En otras palabras: el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán se propone adoptar los principios esenciales de una teoría racista del mundo y las posibilidades prácticas que ofrecen los tiempos y el material humano actuales, para lograr el triunfo de aquella teoría del mundo, triunfo que tendrá lugar cuando tales métodos hayan tornado posible la rígida organización de grandes masas.” (Hitler, 2003: 132).

Mientras que en el subtítulo que responde al nombre *El Estado*, se dice: “Desde el momento en que la nacionalidad, o mejor dicho la raza, no es una cuestión de idioma sino de sangre, sólo será posible hablar de germanización si el proceso pudiese alterar la naturaleza de la sangre de la persona a él sometida. Esto no obstante es imposible. Por consiguiente, para que tuviese lugar la germanización, sería indispensable la mezcla de la sangre, lo cual equivaldría a rebajar el nivel de la raza superior.” (Hitler, 2003: 134).

En la misma página insiste en su idea, ya expuesta muchas veces, de relacionar sangre y nación: “Cada vez que se ha introducido sangre extraña en el cuerpo de nuestra nación, hemos sufrido sus desdichos efectos, consistentes en quebrantar nuestro carácter nacional.” (Hitler, 2003: 134).

Una página después, el autor, vuelve sobre el recurrente tema de la raza: “De aquí que la condición indispensable para engendrar una humanidad superior no sea el Estado sino la raza que posee las cualidades necesarias para ello.” (Hitler, 2003: 135).

Luego Hitler menciona el rol del Estado en la reproducción de la raza aria, de la nacionalidad germana, leamos: “El primer deber del Estado estriba en impedir que el matrimonio continúe siendo un azote

perpetuo para la raza, consagrándolo en cambio como una institución llamada a reproducir la imagen del Señor y no seres monstruosos, medio hombres y medio monos.” (Hitler, 2003: 138).

Está muy claro que, recurriendo a la teoría de la creación, sostiene Hitler que Dios no permitirá que se siga reengendrando seres no humanos. En buen romance seres monstruosos que se encuentran a mitad de camino, ahora recurriendo a la teoría de la evolución, entre el mono y el ser humano. En una frase estos infelices, estos desgraciados, miserables, no son otros que los mestizos.

De igual manera aborda el rol que debe cumplir el Estado. Ahora en una dirección muy concretamente, se refiere a las mujeres: “El caso de la educación femenina, se dará la máxima importancia al adiestramiento corporal; después de esto al desarrollo del carácter, viniendo en último término el cultivo de la inteligencia. La educación de la mujer debe tener ante todo y sobre todo un propósito absoluto: formar futuras madres de familia.” (Hitler, 2003: 144).

En el acápite *La personalidad y el concepto de Estado nacional*, en otras palabras sobre los ya mencionados superhombres, sostiene que: “Una ideología que, rechaza el principio democrático de masa, aspira a consagrar este mundo en favor de los mejores pueblos, es decir en favor del Hombre Superior, está lógicamente obligado a reconocer también el precepto aristocrático de la selección dentro de cada nación, garantizando así el gobierno y la máxima influencia de los más capacitados en sus respectivos pueblos.” (Hitler, 2003: 155 y 156).

Continúa, una vez más, con la recurrente polémica entre el nacionalsocialismo con el marxismo. La discusión se concretiza en torno a la raza y a la personalidad. Hitler afirma: “La ideología nacionalsocialista se diferencia fundamentalmente de las tesis del marxismo en el hecho de reconocer no solo el valor de la raza, sino también la significación de la personalidad, constituyendo ambas las columnas básicas de toda su estructura.” (Hitler, 2003: 159).

En la misma página expone la relación intrínseca, según él, entre la personalidad, la nación y la raza: “Este principio de conexión irrestricta entre la noción de absoluta responsabilidad, por una parte, y

la noción de autoridad absoluta, por la otra, dará lugar a la selección paulatina del elemento Führer, algo que hoy, en la época del parlamentarismo irresponsable, es sencillamente inconcebible.” (Hitler, 2003: 159).

Finalmente termina siendo concluyente en sus juicios sobre el tema de los dirigentes políticos o simplemente la jefatura: “Jamás se quiso comprender que la potencialidad de un partido político no reside en la inteligencia ni en la independencia espiritual de cada uno de sus miembros, sino más bien en la obediencia disciplinada con que ellos se subordinan a sus dirigentes. Lo decisivo es la capacidad personificada en la jefatura misma.” (Hitler, 2003: 163).

Como el lector podrá percibir fácilmente, algunas citas aquí transcritas, no han sido comentadas, en su defecto otras, han sido hechas muy brevemente. La razón es que las ideas vertidas en ellas son muy claras, evidentes y directas. Reiterar algo sobre el contenido de las mencionadas implicaría caer en una innecesaria redundancia que no contribuye en nada al objetivo de esta investigación.

Uno de los méritos del autor es ser diáfano en la exposición de sus ideas. En un estilo simple y con frases cortas. En lo escrito por Hitler no hay mucho espacio para la especulación. De igual modo hay poco lugar para la divagación. En lo vertido no da pie para que las deducciones sean equívocas o mal entendidas. El lenguaje Esopo está reñido con su estilo.

\*

Teniendo como telón de fondo los estragos de la guerra, más la quiebra de la bolsa de 1929, que se expresaba en una crisis económica profunda, en la inestabilidad del gobierno republicano (encabezado por el SPD) orientado por la constitución de Weimar, la falta de visión de los comunistas en torno a la coyuntura política y la represión brutal, el miedo generalizado al interior de la población, la búsqueda de amparo emocional de las mismas, el deseo de cambio en muchos sectores, la fuerte herencia de la aún mentalidad prusiana, la confusión ideológica, el apoyo económico nacional-internacional de los sectores más

reaccionarios, fueron algunas de las razones del ascenso primero y triunfo del nacionalsocialismo después.

El nacionalsocialismo aprovechándose de los problemas reales y potencializando los supuestos problemas existentes, agitando en contra del severo Tratado de Versalles, a la vez ofertaba un cambio radical a la situación precaria de las masas populares. Ellos lo sintetizaban en la idea de “la revolución nacionalsocialista”. La que descansa en la fuerza de la raza aria. En la pureza de la sangre. En la herencia de la tradición germana. Estas ideas rápidamente tomaron cuerpo en la vida político-social de amplios sectores en este país.

Posteriormente ocurrió el hecho que se consumó en enero de 1933. Es decir la asunción de Adolfo Hitler al cargo de Canciller de la República. Él reemplazó al anciano Mariscal Paul von Hindenburg (1847-1934). A partir de este momento se comenzó a estructurar el plan desde las alturas del poder. Este se encontró con la acción de las bases populares, las que habían comenzado su camino “revolucionario” algo más a una década atrás.

Los nacionalsocialistas van copando, legal-pacíficamente en unos casos y violentamente en otros, todas las instituciones fundamentales de la sociedad alemana. De esa manera llevan a la práctica la revolución nacionalsocialista que venían predicando desde 1920. Lo hacían en coordinación con sus pares europeos. Más aún sus proyecciones tenían un carácter mundial. El sin número de movimientos fascistas en los cuatro continentes así lo atestiguan.

Desde esta fecha, una persona de segundo nivel en la vida política nacional, se convirtió en algo parecido al niño mimado de un significativo sector de las clases, no sólo dominantes, alemanas. Esta aceptación no quedó allí. Muchos gobernantes europeos vieron en Hitler el personaje que salvaría al continente del avance del bolchevismo ateo. El ya citado historiador Joachim Fest escribe sobre el tópico lo siguiente: “¿Y qué impelía a las potencias europeas a aquella carrera a establecer pactos y acuerdos con Hitler, algo que jamás habían concedido a los políticos de la República de Weimar, aun sabiendo desde hacía tiempo lo brutalmente que desprecio Hitler todo tipo de justicia y de respecto al derecho internacional? ¿No sería que

deseaban comer del mismo plato y con la misma cuchara?” (Fest, 2005: 10).

Dos páginas después, ahora centrando en el rol del futuro canciller, el citado afirma: “Hitler, un demagogo seguro de su instinto, había captado como auténtica necesidad del pueblo la nostalgia de aquel momento por conseguir un cambio en profundidad, proclamado ya por el marxismo radical por todas partes. Hitler, sin embargo, le dio la vuelta a esa necesidad y de ese modo logró hacer suya la fuerza de su rival. Fue a partir de ese momento cuando conjuró incansablemente el peligro bolchevique, o como prefería decir durante sus cada vez más frecuentes desvaríos racistas, era la amenaza judío-comunista la que hacía que la multitud lo siguiera.” (Fest, 2005: 11 y 12).

Lo que viene después de 1933 es historia conocida, vivida, sufrida. Nosotros abordaremos algunos temas, ocurridos en estos primeros años, a través de algunas figuras, de determinados personajes, de ciertos símbolos, acciones y movimientos, que fueron recreadas en la novela que a continuación comentamos-analizamos. Esta parte la podríamos denominar como el colofón de la investigación titulada *Mi lucha. Antecedentes ideológicos de un controvertido libro*.

## MEFISTO

KLAUS MANN

El haber finalizado con el libro *Mi lucha*, el que fue publicado en 1924, un trabajo, como quedo dicho y demostrado, de carácter eminentemente ideológico-político, nos abre el camino para continuar en un nivel, concluir en otro, con la novela titulada *Mefisto*. Lo que vendría a ser un equivalente, como queda dicho, a un colofón de toda la investigación.

Mefisto es una obra de contenido histórico-político; pero recreada literariamente. Ella fue publicada en 1936. Su autor es el escritor alemán Klaus Mann (1906-1949). En la novela se reconstruye el ambiente social, las manifestaciones ideológicas, las diversas

expresiones psicológicas, de algunos sectores de la población. Todas ellas estampadas en personajes símbolos que actuaron en el proceso de aparición, ascensión e institucionalización, político-social, del nacionalsocialismo.

El personaje central es, llamado en la novela, Hendrik Höfgen o Mefisto. En la vida real fue Gustaf Gründgens (1899-1962). Este fue un comediante de teatro primero, actor de cine después, relativamente conocido en este país en los años de ascenso y triunfo del movimiento antes mencionado.

Gründgens, en la década del 20 del siglo pasado, fue amigo personal del autor de la novela. De igual modo fue esposo de su hermana Erika Mann (1905-1969), entre los años 1926 y 1929. En aquellos tiempos se consideraba de tendencia política izquierdista. Más aún comunista. El gran proyecto de Gründgens fue instaurar el Teatro Revolucionario en Alemania de esos tiempos.

En 1932 Gustaf Gründgens representó a Mefistófeles. Uno de los personajes centrales en la famosa tragedia titulada *Fausto* escrita por J.W. Goethe. Es posible que de allí, más su actitud posterior de bufón al servicio del poder, provenga el título de la novela que aquí nos ocupa. Un año después, este actor, se integró a trabajar para el nacionalsocialismo en el campo de su dominio. Incluso, tiempo después, en 1943 se alistó en el frente de guerra, formó parte de la campaña denominada “Guerra total”.

La novela Mefisto fue publicada el año 1936 en Ámsterdam. En 1956 se editó, por primera vez, en Alemania. Los descendientes, amigos y más la influencia político-intelectual de Gründgens lograron que la novela sea prohibida en la República Federal Alemana. Después de sortear problemas legales, se pudo reeditar recién en el año 1980.

\*

La narrativa comienza a labrar su camino el año 1926. Se prolonga hasta el año 1936. Son los tiempos de ascenso, oficialización, del movimiento que aquí nos ocupa. Sobre el desenlace no se dice nada. Naturalmente no se podía prever, a corto plazo, lo que iba a suceder con el movimiento. En cambio el futuro del personaje Mefisto está

claramente delineado en la obra. Este no es otro que el reservado a todos los arribistas en busca de fama, a los oportunistas ansiosos de dinero, a los traidores con ínfulas de poder.

El país donde se desarrolla, principalmente, la histórica es Alemania. Secundariamente es Francia y finalmente España. En el primer país nombrado son, particularmente, las ciudades de Colonia, Frankfurt, Hamburgo, Berlín. En estos centros es donde se mueven los hilos de los hechos, la trama de los acontecimientos, los encuentros de famosos, los desencuentros de insignificantes, los sueños de unos, las pesadillas de otros.

Los principales personajes que desfilan en la narración, comenzando con las femeninas, son Angélica, Juliette, Nicoletta, Bárbara, Dora Martin y Lotte Lindenthal. Los masculinos, además de Mefisto, el profesor Bruckner, el escritor Teofilo Marder, el actor comunista Otto Ulrichs, los militantes del nacionalsocialismo, el actor Hans Miklas y el poeta Benjamin Pelz; el Gordo y el Cojo. En la vida real estos dos últimos serían, el General de Aviación, Presidente del Gobierno, Hermann Göring (1893-1946) y el Ministro de Propaganda, el doctor Joseph Goebbels (1897-1945).

Hendrik Höfgen nace en Colonia. Comienza su vida artística en la ciudad de Frankfurt. Son los tiempos cuando con mucha convicción propugnaba la idea del Teatro Revolucionario. Pensaba que con ello contribuiría al triunfo de la revolución comunista mundial. Años después se le conocerá, en los círculos artísticos, con el apelativo de “el bolchevique de la cultura”. Esta actitud de crítica al sistema lo mantendrá en su primera estadía teatral en Hamburgo. Incluso, se prolongará, hasta su primera residencia en Berlín.

Un pasaje de su vida, sus ajetreos políticos en la ciudad portuaria, es descrito en los términos siguientes por el narrador, leamos: “Hendrik, Nicoletta y Bárbara se encontraban a diario. En ocasiones Hendrik y Bárbara salían sin Nicoletta. Iban a pasear, remaban en el Alster, se sentaban en las terrazas, visitaban galerías, hablaban. Bárbara supo de lo que él le dejó saber: declamaba patéticamente sus ideas, expresa sus esperanzas en la revolución mundial y la proyección del Teatro Revolucionario.” (Mann, 1995: 101 y 102).

Tiempo después, en una reunión en su primera estadía en Berlín, se platicaba sobre los logros de la revolución triunfante en Rusia. A ella asistió, entre otros, el profesor Bruckner (posiblemente Tomas Mann en la vida real) padre de la futura esposa de Mefisto, Barbará (presumiblemente Erika Mann). El personaje central de la historia participa, una vez más, en la tertulia. El autor nos informa el tenor de su intervención en los términos siguientes: “Hendrik estaba encantado de tomar nuevamente la palabra. Parecía que los detalles de la vida soviética no le interesaba gran cosa y empezó a hablar del teatro revolucionario, poniendo en ello todo su temperamento, y de las persecuciones que él había sufrido en Hamburgo por parte de los reaccionarios. Se acaloró; calificó a los fascistas alternativamente de ‘bestias’, e ‘idiotas’ y explayándose con furibundas palabras sobre aquellos intelectuales que, por vulgar oportunismo, simpatizaban con el nacionalsocialismo militante.” (Mann, 1995: 112).

Además de sus problemas ideológicos y políticos, plenamente justificados, en contra los fascistas, Mefisto cargaba con algunos otros de carácter personal. Uno de ellos, devenido en complejo, era su procedencia social. Esta era diferente a la de su ahora esposa Bárbara Bruckner. La extracción pequeñoburguesa tenía un sello que le causaba desazón. Leamos este pasaje: “Se enteró también que Bárbara tenía contactos a los más altos niveles, con consejeros y directores de bancos, pero él, dijo Hendrik, no recibía invitaciones, o si le llegaban no le daban más valor que el ‘acompañante’. Bárbara visitaba lugares que a él le resultaban extraños y poco amables: aulas y salones. También su correspondencia le molestaba.” En una oportunidad dijo: “Seguro que en las cartas se burlan de mí.” (Mann, 1995: 147).

Por esos tiempos, entre otros desagradables momentos, tenía que soportar la perorata del comediante Hans Miklas. Para este joven actor el nacionalsocialismo es lo mejor que podía haber surgido en el mundo germano. Cuando se refería al futuro canciller decía: “Nuestro Führer devolverá su honor al pueblo -su voz sonó ronca; sacudió la cabeza, seguro de la victoria-. No aguantaremos mucho tiempo la vergüenza de esta República, despreciada por el extranjero. Queremos recuperar el honor. Todo alemán decente lo exige, y alemanes decentes hay en todas



partes, incluso aquí, en este teatro bolchevique. Debería oír como habla Knurr cuando no tiene miedo de que lo oigan. Perdió tres hijos en la guerra, pero dice que eso no fue lo peor, mucho peor fue que Alemania perdiera su honor. ¡Y nos lo puede devolver el Führer.” (Mann, 1995: 159).

En la página siguiente, el mencionado Miklas, insiste en el tema y el rol del jefe: “-Cuando llegue el día y nuestro Führer asume el poder, todo el poder, se acabará el capitalismo y su hueste de enchufados, se romperá el yugo de las deudas de guerra y los grandes bancos que asfixian nuestra economía quebrarán, y nadie llorar por ellos.” (Mann, 1995: 157).

Finalmente el actor, como no podía ser de otra manera en un auténtico nacionalsocialista, desata sus iras santas en contra de los judío-comunistas, leamos: “-Porque los comunistas no tienen sentimientos patrióticos, sino que son internacionalistas y dependen de los judíos y de los rusos. Tampoco saben nada del idealismo; todos los marxistas creen que lo único importante en la vida es el dinero. Nosotros queremos nuestra propia revolución alemana, idealista, no una revolución dirigida por los masones y los sabios del Sion.” (Mann, 1995: 157).

De la misma opinión, del arriba citado, era el poeta Benjamín Pelz. Personaje que frecuentaba las reuniones de los que aún propugnaban el Teatro Revolucionario. Leamos lo que al respecto afirmó este último: “-La vida en la democracia había dejado de ser peligrosa -censuró el poeta Pelz-. Nuestra esencia perdía cada vez más la pasión heroica. El espectáculo que presenciemos es el nacimiento de un nuevo tipo humano, en realidad, el renacer de uno muy viejo, arcaico, mágico, guerrero.” (Mann, 1995: 171).

Líneas después el rimador continúa: “La vida tiene de nuevo ritmo y atractivo, despierte de su inamovilidad, pronto será otras vez como en tiempos antiguos, ya olvidados, marcados por la fuerte movilidad de la danza. (...) Nuestro amado Führer nos arrastra a la oscuridad y al abismo. ¿Cómo podríamos dejar de amarle nosotros, los poetas, que tenemos una relación especial con la oscuridad y con el abismo? No es exagerado llamar divino a nuestro Führer. Es la divinidad del infierno,

que fue lo más sagrado para los pueblos abiertos a lo mágico. Yo le admiro ilimitadamente, porque odio sin límites la yerma tiranía de la razón y el concepto-ídolo burgués de progreso. Todos los poetas que merecen llamarse así son enemigos de ese progreso. La poesía es una vuelta al estado primitivo-sagrado, pre civilizado, de la humanidad. Hacer poesía y matar, sangre y canción, muerte e himno: lo uno va con lo otro.” (Mann, 1995: 271 y 272).

En contraposición a los mencionado Miklas y Pelz, el futuro Mefisto tenía amistad, habían trabajado juntos, con el actor comunista Otto Ulrichs. Hace algún tiempo atrás el mencionado había sido detenido, torturado, y llevado a un campo de concentración por su actividad subversiva en contra del régimen nacionalsocialista. Gracias a la intervención de Hendrik, que ya había escalado algunos peldaños en el poder, fue liberado Otto Ulrichs. Klaus Mann nos brinda una escueta información respecto al último personaje: “... este actor que conocía los horrores de la cámara de tortura y del campo de concentración osaba continuar con su tarea de minar y desmembrar el poder”.

Luego se extiende algo más sobre Otto: “El encuentro con el horror había paralizado sus fuerzas por una temporada. Durante las primeras semanas a su liberación de aquel infierno permaneció inactivo. Sus ojos habían visto lo que ningún ojo humano puede ver sin queda ciego de dolor: humillación desnuda, sin trabas, organizada con terrible pedantería; total y absoluta maldad que, martirizando indefensos, se alababa así misma, se toma en serio, se glorifica como acto patriótico, como fuerza para la educación moral de los `elementos destructivos y extraños al pueblo`, como servicio ético y necesario a la patria que despierta.”

Párrafos después continúa el narrador: “-Uno desearía no saber nada, no oír nada del género humano cuando se le ha conocido en tal estado- decía. Pero amaba a los seres humanos, sus ideas se apoyaban en la irrefutable creencia de que un día podrían surgir de los hombres algo sensato. Por eso supero su afligida apatía.

-Cuando se ha sido testigo de lo peor, sólo queda una opción: suicidarse o seguir trabajando con más pasión que antes.”

Otto Ulrichs optó por la última opción. Parte de su personalidad es presentado de esta forma: “Era un hombre sencillo y valiente. Sus nervios eran fuertes y se recuperaban del choque. Continúo trabajando.”

Tiempos después, ya como miembro del Teatro Nacional a donde había sido llevado por Hendrik, prosiguió su doble vida: “No le costó mucho reanudar el contacto con la oposición ilegal. Entre los trabajadores e intelectuales cuyo odio al fascismo era reflexivo y a la vez apasionado, que se probaba bajo las más peligrosas y casi desesperadas condiciones del momento, tenía muchos amigos. El actor de Teatro Nacional Prusiano participaba en acciones subterráneas contra el régimen. Ya organizando reuniones secretas, ya preparando y repartiendo octavillas, periódicos o informaciones prohibidas, o realizando actos de sabotaje en las fábricas, en las fiestas públicas de la dictadura, en emisiones de radio, en sesiones de cine, el actor Otto Ulrichs era de los que influían decisivamente en los preparativos y arriesgaba su vida en la acción.” (Mann, 1995: 319).

Finalmente: “Otto Ulrichs había llegado demasiado lejos. Sus compañeros políticos le encargaban las tareas más difíciles y peligrosas. Pensaban que su posición en el Teatro Nacional le protegía hasta cierto grado, o más bien, esperaban que así fuera. De todos modos, su situación era más favorable que la de algunos de sus camaradas, que vivían en escondites y con nombres falsos, siempre huyendo de los agentes de la Gestapo, perseguidos por la policía como criminales; perseguido como ladrones o como asesinos en un país que estaba en poder de asesinos y ladrones. Otto Ulrichs podía atreverse a cosa que hubiera supuesto la ruina segura para sus amigos. Pero se arriesgó demasiado. Una mañana lo apresaron.” (Mann, 1995: 334).

Lo torturaron, hasta el extremo, en esas sesiones. Lo mejor para él fue que las torturas le causaron la muerte. La muerte terminó siendo el bálsamo salvador para esa desgraciada vida. La Gestapo entregó su cadáver a su madre. Ella no podía pagar una considerable suma de dinero para que Otto sea enterrado. Viviendo ese drama la anciana recibió en Berlín un envío de dinero. El sobre no tenía remitente. El dinero procedía de la misma ciudad. ¿Quién lo envió? Se sabrá tiempo después que fue Mefisto.

No obstante esta acción de buen samaritano o de mala conciencia, el fantasma de Otto Ulrichs, y todo lo que propugnó hasta hacía no mucho tiempo atrás, como veremos al final, lo seguirá acosando hasta los últimos días de su vida.

Después de 1933, además de ser endiosado por sus adherentes, como lo evidenciaron el actor Miklas y el poeta Pielz, Hitler expandió significativamente su radio de influencia. Su aura había crecido, su culto había aumentado, hasta niveles y sectores insospechados, leamos lo que se informa al respecto: “Los lores y los periodistas encontraron maravillosa la energía del Führer: era un hombre suave, amante de los animales, no tocaba la carne, pero podía ver matar a sus más fieles camaradas sin inmutarse. Parecía que después de la orgía de sangre el pueblo amaba más al enviado de Dios.” (Mann, 1995: 332).

Pero Mefisto, en conversaciones privadas, sostenía que hay que trabajar dentro del vientre del monstruo. Hay que destruirlo por dentro. Afirmaba que su participación dentro del aparato del régimen nacionalsocialista era una cuestión táctica. Lo que interesa son los fines estratégicos. Que no se había olvidado del proyecto del Teatro Revolucionario. El problema es que conforme los hechos ocurrían, el monstruo lo devoraba a él. El monstruo lo cubría por fuera. El monstruo lo trituraba sus huesos. El monstruo lo hizo polvo, ideológica y políticamente.

Esta argumentación es muy conocida en el movimiento de izquierda mundial. Con rarísimas y dignas excepciones, este ha sido el mejor camino para el arribismo, para la práctica del oportunismo y finalmente la traición a los ideales. En los miles de izquierdistas, otro tanto de comunistas, el espíritu de Mefistó está presente tentando con la miel en los labios y el oro en las manos.

Hendrik Höfgen, entre sus muchas habilidades para escalar posiciones en la vida social, política y profesional, disponía de una particular simpatía personal. A la par su gran don para cortejar mujeres. Ellas le sirvan como resorte en el proceso de ascensión hacia la fama, el dinero y el poder. En esta dirección se casó con la burguesa Bárbara, luego tuvo amoríos con su futura protectora Lotte Lindenthal. Finalmente se matrimonio con la ex esposa del famoso escritor Teófilo

Marder. La ex-izquierdista Nicoletta. Para ese entonces él era un personaje con fama, con dinero y con poder.

La nueva pareja, rodeado de solícitos sirvientes, algunos familiares, al mejor estilo de la vieja aristocracia, vivían en el oeste de Berlín. En la elegante villa ubicada en el exclusivo barrio de Grunewald. Allí disponían de todo lo que era posible disponer cuando se tiene el poder. Las visitas de los más importantes miembros del nacionalsocialismo eran frecuentes.

La mencionada señora Lindenthal era una actriz de mediana calidad. Cuando los dos trabaron amistad ella era poco conocida para el gran público. Pero luego de su matrimonio con el Gordo Ministro de Gobierno, comenzó a ser muy popular. Además, gracias al poder, una buena actriz para los críticos de teatro que pululaban en los periódicos y revistas del espectáculo. Ella fue quien aconsejó, orientó, a su admirado Mefisto, en su proceso de evolución y traición.

Lotte Lindenthal le presentó al Ministro. Abogó por él en contra de la opinión de los otros jefes del poder. Especialmente cruzó espadas con el Cojo, el Ministro de Propaganda. Este no perdonaba a Hendrik su pasado comunista. Gracias a la señora Lindenthal, en buen romance al Gordo, Mefisto llegó a ser director del Teatro Nacional y Senador de la cultura.

En una de las tantas reuniones con el Gordo, en torno a la representación de Mefisto, el Ministro Presidente le dice a Hendrik: “-Usted me lo ha hecho comprender de verdad, querido amigo -dijo el general-, ¡Es un tipo estupendo! ¿No tenemos todos nosotros algo de él? Quiero decir, ¿no hay en todo auténtico alemán un trazo de Mefistófeles, una pisca de pícaro y de malvado? Si no tuviéramos más que alma de Fausto, ¿dónde iríamos a parar? ¡Eso les gustaría a nuestros enemigos! Mefisto es también un héroe nacional. Sólo que no se puede decir eso a la gente -concluyó el ministro de los aviones, gruñendo amablemente.” (Mann, 1995: 252).

El personaje, cuando llegó a la cumbre de su poder (Director del Teatro Nacional, Senador de la cultura), es descrito por Klaus Mann de la siguiente manera: “... era un hombre de unos cincuenta años, cuando

en realidad sólo tenía treinta y nueve, prodigiosa juventud para un cargo tan importante como el suyo. Su faz pálida tras las gafas de concha mostraba la calma pétrea en la que se puede refugiar los hombres nerviosos y altivos cuando se siente observados por mucha gente. Su cráneo calvo tenía una noble forma. En el rostro poroso y grisáceo se marcaba un rasgo de cansancio, sensible y sufrido, que iba de las rubias cejas a las hundidas sienas; la forma acusada de la fuerte mandíbula se alzaba orgullosa de manera que la elegante, bella línea entre la oreja y la barbilla resaltaba audaz y señorial. Sus anchos y pálidos labios dibujaban una sonrisa gélida, ambigua y al mismo tiempo burlona, que buscaba compasión. Tras los grandes cristales reflectantes de las gafas se escondían sus ojos, que sólo a veces podía uno ver y que causaban efecto: entonces se comprobaba, no sin miedo, que eran fríos en su suavidad, crueles en su melancolía.” (Mann, 1995: 24 y 25).

En este nivel, a la altura de los nuevos tiempos, el narrador reflexiona sobre su personaje principal, lo hace en estos términos: “!Qué magistralmente disimulaba el director! Esa creación fue hecha digna de la mejor función de teatro. Verdaderamente se hubiera podido creer que a Hendrik Höfgen solo le interesaba el dinero, el poder y la fama, y no la destrucción del régimen nacionalsocialista.” (Mann, 1995: 321).

Siguiendo esta vía, Mefisto tuvo la oportunidad de visitar al gran redentor del pueblo germano. Al portaestandarte de la raza aria. Al depositario de la tradición alemana. Leamos que ocurrió en la cita cumbre: “La media hora que el director pasó en audiencia con el Mesías de todos los germanos le pareció agotadora y torturante. La conversación fue un tanto envarada: el Führer no se interesaba por el teatro, prefería las óperas de Wagner y las películas de la Universum. Höfgen no se atrevía a hablar de sus escenificaciones de ópera, que antaño había causado tanto furor, por miedo a que el Führer recordara los destructivos calificativos con los que Cäsar von Muck había definido aquellos experimentos de influencia semita y corrosiva. Hendrik no sabía de qué hablar. La presencia física del Poder le confundía y amedrentaba. La terrible fama del hombre que estaba

sentado frente a él intimidaba al ávido de fama.” (Mann, 1995: 324 y 325).

Hendrik se casó en últimas nupcias, como queda dicho, con Nicoletta. Ella era una actriz relativamente conocida. Además una vieja compañera de arte y de convicciones políticas comunistas. Ahora, como Hermes y Afrodita, simbolizaban el arribismo y la traición. El narrador los presenta en los términos siguientes: “Quizá no veía el rostro de una persona determinada, sino, en un vago y agobiante esbozo, la imagen de su propia juventud, la suma de todo lo que hubieran podido ser y habían perdido en su ambición desaforada, la larga, ignominiosa historia de su traición; no sólo habría traicionado a los demás sino también así mismo, a la parte más noble y pura de su propio ser, la crónica amarga, infame y turbia de su degeneración, de su caída, que se presentaba como elevación en un mundo de rubios puros. Su elevación, así pensaba el estúpido mundo, los había llevado juntos hasta esta hora victoriosa de su matrimonio; en realidad era la hora que sellaba su derrota conjunta. Ahora se pertenecían para siempre el uno para el otro, dos brillantes, fulgurantes y sonrientes personajes, como dos traidores, como dos criminales condenados a estar siempre juntos. La atadura que liga a un culpable con otro no es el amor sino el odio.” (Mann, 1995: 330 y 331).

El personaje que nos ocupa tuvo tres etapas muy bien marcadas en su evolución hacia el poder, la fama, el dinero y la traición: “Así fue la tercera ascensión de Hendrik Höfgen. La primera fue la más sólida y merecida, pues en Hamburgo hizo un buen trabajo, el público le tenía que agradecer algunas hermosas veladas. En la segunda ascensión, en Berlín, su carrera había tenido una velocidad febril, exagerada, y muchos signos de torpe apresuramiento. Esta tercera ascensión llegó repentinamente, como todas las acciones procedentes del régimen nacionalsocialista. Hasta hacía poco Hendrik era un emigrante; ayer aún, una figura media sospechosa con la que nadie quería ser visto en público. Literalmente, había avanzado durante la noche hasta llegar a ser un gran hombre: un gesto del Gordo ministro lo había encumbrado.” (Mann, 1995: 246).

Viviendo en medio de la gloria que le había brindado el poder del régimen nacionalsocialista, había algo que perturbaba su vida. Muchas veces se presentaba como muy cercano a una pesadilla. En una de esas noches, descansando en la gran villa de Grunewald, ocurrió algo inesperado. Este hecho es narrado en los términos siguientes: “Estaba sentado, con los ojos cerrados, cuando una voz áspera la interpeló:

-¡Hola, señor director!

Hendrik dio un respingo.

Desde el jardín, un hombre había escalado hasta su ventana: una acrobacia, pues no había espaldar. Su figura apareció enmarcada hasta el pecho en la ventana. Hendrik se sintió muy asustado. Dudó unos segundos si se trataba de un espejismo, producto de sus excitados nervios. Pero no, el hombre no tenía aspecto de alucinación. Decididamente, era un ser vivo. Llevaba una sucia gorra con visera y una sucia camisa azul. La parte superior de su rostro permanecía en la sombra. La inferior estaba cubierta por una espesa barba rojiza.

-¿Qué quiere usted? -preguntó Hölgen, tanteando para encontrar el timbre que había encima de la mesa.

-¡No grites así! -dijo el hombre con cierta bondad áspera-. No te voy a hacer nada.

-¿Qué quiere usted de mí? -repitió Hendrik en voz más baja.

-Sólo vengo a traerle saludos. Saludos de Otto.

El rostro de Hendrik palideció como el pañuelo de seda que llevaba en el cuello.” (Mann, 1995: 345 y 346).

Al final, Mann pone en boca del actor que había ganado fama, poder, dinero, lo siguiente: “Los he perdido a todos’, se lamentó. A Bárbara, mi ángel bueno, a la princesa Tebab, la oscura fuente de mi fuerza, y a la señora Von Herzfeld, la fiel amiga, e incluso a la pequeña Angélika. A todos los he sacrificado. En su tristeza le pareció que Otto Ulrichs era digno de envidia: ya no tenía que sufrir más, había sido redimido de la soledad en esta vida amarga. Sus últimos pensamientos fueron dictados por su fe y su seguridad orgullosa. ¿No era Miklas también un envidiable? Miklas, el pequeño enemigo obstinado. Todos



los que podían creer en algo merecían ser envidiados, y doblemente envidiables eran aquellos que habían dado la vida por sus convicciones.” (Mann, 1995: 349).

Los lamentos, la mala conciencia, el remordimiento, todos estos sentimientos juntos o por separado, como acciones psico-espirituales, son reacciones que aflige a unos seres humanos más que a otros. La pregunta es ¿Cuál será el nivel o grado de mala conciencia en los traidores anti-comunistas? ¿Tendrán remordimientos? ¿Sé lamentarán de algo? En el caso analizado, en Mefisto, no se había olvidado, su envidia le hacía tener siempre presente a los consecuentes.

Esas preguntas las hacemos extensivas a todos los antiguos izquierdistas. A los comunistas de antaño. A todos aquellos que terminaron siendo enemigos jurados de sus antiguas convicciones. A aquellos cientos, miles, que devinieron en enemigos convictos y confesos de lo que predicaban en el pasado.

Es posible que la gran mayoría, de los catalogados de traidores, haya perdido ese sentimiento humano. Sólo así se explica que se hayan convertido en anti-izquierda. En anti-comunismo. No les vasta haber abandonado las ideas de izquierda, el ideal del comunismo. Sino que tienen que mostrar como santo y seña el anti-comunismo. Parece que el sistema es cruel y despiadado, para ser nuevamente aceptados en él, tienen la obligación de exhibir el sello en la frente, mejor la palabra en la lengua: ¡anti-comunista! Al otrora comunista, devenido en anti-comunista, con la disculpa que merece el animal, sigue siendo actual lo que Jean-Paul Sartre ((1905-1980)), dijo: “Un anti-comunista es un perro.”

No obstante que los mefistos, la lista de traidores es larga en el mundo, no hay que olvidar a los perseverantes. A los que siguieron en la brega, hasta dar lo mejor que tenían y amaban, la vida, por el ideal más grande que mueve al ser humano en el mundo. La lucha por un mundo mejor. Por una sociedad que descansa en la justicia y se mueva en la libertad. Otto Ulrichs, en la novela, es el mejor ejemplo de los mencionados.

Así como la gran mayoría de la gente en Alemania se siente con mala conciencia, con complejo de culpa, que dicho sea de paso, ha sido muy bien trabajada por el orden, eficazmente instrumentalizada por las clases dominantes, respecto a los hechos de la Segunda Guerra Mundial, en contraparte también deberían de sentirse orgullosos del rol de la resistencia. De la acción de miles, y miles, de alemanes que lucharon hasta las últimas consecuencias en contra del nacionalsocialismo. En la resistencia hubo de todo. Particularmente, comunistas, anarquistas, socialistas, liberales, algunos católicos, protestantes y judíos.

Que la gran mayoría de alemanes, activa o pasivamente, hayan apoyado al nacionalsocialismo no debe ser óbice para soslayar la acción de la resistencia. Claro que como la resistencia se vincula más con los comunistas e izquierdistas, en un país anti-comunista, anti-izquierdista, se intenta borrar de la historia la acción de estos. Generando una mala conciencia, un complejo de culpa, colectiva, propagando la idea que todos los alemanes son responsables del holocausto.

Sacar de la historia a la resistencia. Excomulgar de la política a la resistencia, especialmente izquierdista-comunista, es un trabajo ideológico de las clases dominantes alemanas. Siempre con el argumento que todos somos responsables. Una vez más la resistencia no se debe obviar. Ellos dieron todo a cambio de nada material. Nuestra obligación es sacarlos del olvido y aprender de su vida. Es por ello importante que repitamos a Klaus Mann cuando escribe: “Todos los que podían creer en algo merecían ser envidiados, y doblemente envidiables eran aquellos que habían dado la vida por sus convicciones.” En primera fila estuvieron los integrantes de la resistencia izquierdista-comunista que dieron su vida por sus convicciones.

\*

A estas alturas de nuestra investigación, retomemos a Tomas Mann, repetimos, no obstante haber preparado el terreno ideológico-cultural y haber influenciado ostensiblemente, en este mismo nivel, en las ideas vertidas en *Mí lucha*, publicó, después de la experiencia del nacionalsocialismo, el fin de la guerra, la novela *El doctor Fausto* en el año 1947. Es una descripción literariamente hermosa de una realidad

políticamente horrible. Lo grandioso en el mundo de los mortales es que lo espantoso de la vida real puede ser transformado en maravilloso en el dominio del arte. En sus páginas están reflejadas, en buena medida, la vida y milagros de la sociedad en los tiempos que gobernó en Alemania el movimiento aquí mencionado.

Algo más, a mediados del año 1938, cuando las llamas del fuego cruzado aún no habían incendiado la vieja Europa, el común de los habitantes de la sociedad alemana iniciaba la amnesia que no le permitió saber nada de lo que iba a ocurrir. El sueño que no le permitió ver nada de lo que pasará ante sus ojos. Mann dio a conocer un pequeño ensayo, de suma importancia, con el sugerente título de *Hermano Hitler*.

Con algunas ideas vertidas en esta última publicación deseamos terminar esta parte de nuestra investigación titulada *Mi lucha. Antecedentes ideológicos de un controvertido libro*. El ensayo, *Hermano Hitler*, expresa lo que hoy la inmensa mayoría, por lo menos públicamente, no desea reconocer. Los adjetivos en contra de Hitler son los más denigrantes que ser humano haya merecido en los últimos siglos.

Calígula (12-41), “el monstruo depravado” y Atila (395-453), “el azote de Dios” aparecen magnánimos en comparación al extinto canciller. Los calificativos van desde lo religioso-moral, pasando por lo político-social, terminado en lo ideo-psicológico. Es por ello que frecuentemente se escucha el calificativo de “oscura bestia del mal”. “Animal de los infiernos”. Pasando por “déspota, carnicero, genocida”. Terminado con “enfermo, psicópata”.

Más allá de la acción del nacionalsocialismo, propiamente dicho, se acumulan todos los males, el activo y el pasivo, sobre esta persona. En gran medida es el chivo expiatorio que necesitan zutanos para convivir en paz con Dios. Es el cabeza de turco que requieren menganos para lavar sus malas conciencias. Que Hitler es responsable de lo mucho que sobre él se dice, más aún, que son merecidos la mayoría de los adjetivos que a él se le endosan, no hay mayor discusión.

El gran tema es que desde el ángulo de la razón, desde la perspectiva de la objetividad, no se le puede reducir sólo a ello. Él es

algo más y mucho más. Los sentimientos inherentes a la vida, las valoraciones consustanciales al ser humano, sin ser soslayadas, tienen que hacer lugar a un mínimo de lógica, a un mínimo de racionalidad.

En relación con lo último, caben las siguientes preguntas: ¿En qué lugar del mundo se gestó el movimiento, consecuentemente, socializó su jefe? ¿Cuáles fueron las causas reales para su aparición, desarrollo, actuación? Hay dos respuestas posibles a las interrogantes aquí planteadas. 1.- Acentuando los adjetivos. El movimiento, Hitler, apareció por generación espontánea. Ellos cayeron del cielo como cae la fruta madura. Los dos fueron fenómenos que se gestaron de la nada. 2.- Subrayando los sustantivos. El nacionalsocialismo fue un fenómeno, Hitler un ser humano, que tiene raíces histórico-sociales, causas político-ideológicas, motivaciones filosóficas-culturales.

Más aún, los dos fenómenos mencionados, son producto de un espacio plenamente delimitado. Europa-Alemania. De un tiempo estipulado. Las cuatro primeras décadas del siglo XX. De un sistema en crisis. El capitalismo. De una cultura en decadencia. La modernidad. De una concepción filosófica. El pragmatismo-neo-tomismo. Hitler, más sus encantos y desencantos, es una síntesis de todo ello.

Tomas Mann reafirmando en su espíritu aristocrático. Sin renunciar a su desdén al populacho expresado en el nacionalsocialismo. Sin ahorrar adjetivos contra Hitler. Plantea algo que es capital para comprender al personaje en cuestión, leamos: “Pues es verdad, el muchacho es una catástrofe; pero eso no es razón para no encontrarle interesante como carácter y como destino. La manera en que las circunstancias han permitido que el insondable resentimiento, el profundo y lacerante afán de venganza del inútil, del imposible, del diez veces fracasado, del extremadamente vago, del asilado a perpetuidad, del incapaz de trabajo alguno y del artista rechazado de medio pelo, en definitiva, del total y absolutamente malogrado.” (Mann, 2006: 122).

El novelista utiliza una frase, en la cita, que es crucial para comprender racionalmente toda la problemática en cuestión. Ella es: “La manera en que las circunstancias han permitido...”, a esto agreguemos todas las verdades o todas las mentiras que conocemos sobre el movimiento y el personaje. Más aún, intentando un esfuerzo de

síntesis, recurramos sólo a la palabra: “... las circunstancias...”. No hay fenómeno en el mundo. No hay hecho en la historia. No hay acción en la política sin sus circunstancias. O si se quiere fuera de las circunstancias. Lo contrario se reduciría, simplemente, a un absurdo. Con ello se hace mitología y no ciencia. Se parte de la nada. A través de la nada. Hacia la nada.

Si deseamos profundizar, recurrir a la filosofía, sobre el concepto “circunstancia”, recordemos lo que José Ortega y Gasset (1883-1955), en su libro *Meditaciones del Quijote*, afirmaba con meridana claridad sobre el tópico: “Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo.” (Ortega y Gasset, 1981: 29).

La idea del ser humano y su circunstancia, con otro concepto, es complementado por Jean-Paul Sartre. Él lo hizo publicó en su libro *El hombre y las cosas*. Leamos como el filósofo argumenta su punto de vista: “El verdadero drama está detrás, detrás del tedio, detrás de los gestos, detrás de las conciencias.” (Sartre, 9: 1960).

Hagamos, nuevamente, un ejercicio de suma sumarum. Vinculemos los dos conceptos y tenemos que “detrás” de todo hecho, “detrás” de todo fenómeno, “detrás” de toda acción, está la “circunstancia”. Ella tiene un carácter histórico, social, político, cultural, filosófico. No hay otra manera de entender la vida en toda su compleja dimensión sin hurgar en lo que hay “detrás” de lo fenoménico. La regla es que “detrás” encontraremos siempre las circunstancias reales, las circunstancias objetivas, que alimentan el fenómeno en su conjunto.

De lo contrario, como hace la inmensa mayoría, nos deslizamos inexorablemente por la pendiente de la mistificación. Por el abismo del irracionalismo. Cubriéndolo todo con un manto moral. Ocultando lo sustantivo con un rosario de adjetivos. Por ese sendero escabroso se agotan todas las posibilidades de entender lo estudiado-analizado. Por esa vía, con Georg Büchner (1813-1837), diríamos: “No te esfuerces. Por más que estires la lengua no te vas a poder lamer el sudor de muerte que corre por tú frente.” (Büchner, 2008: 146).

No obstante lo descrito, una vez más con Tomas Mann, él no pierde el arma de la razón para, con mucho esfuerzo personal, valor político y objetividad histórica, dar un paso adelante y reconoce, aunque duela y se vierta lágrimas de sangre, a Adolfo Hitler lo siguiente. Él es: “Un hermano... Un hermano un poco desagradable y bochornoso. Lo saca a uno de quicio. Sin duda, un pariente bastante embarazoso. Aun así, no quiero cerrar los ojos ante la realidad de su existencia, pues, lo repito, mejor, más honesto, más alegre y más productivo que el odio es el reconocerse a sí mismo, la predisposición a fundirse con lo aborrecible, por mucho que eso pueda llevar el riesgo moral de olvidar el no.” (Mann, 2006: 126).

Este pasaje ya lo hemos reproducido en otro capítulo de este libro. Por su importancia lo reiteramos aquí. Ahora deseamos agregar lo siguiente. Más allá de colores y buenos deseos, el común del alemán tiene algo o tiene mucho de Hitler. La razón es simple. Este ser humano fue producto de esta historia. Fue resultado de esta sociedad. Fue moldeado por esta cultura-idioma. Fue impregnado por esta mentalidad-psicología.

Insistamos. Esa mentalidad, que hasta la actualidad aún tiene cierta influencia en determinados sectores de la sociedad, fue impregnada, desde el Estado, a lo largo de varios siglos en el cuerpo-mente del común. Consecuentemente no se puede deshacer como quien se cambia una prenda de vestir. La metáfora utilizada por el novelista Heinrich Böll (1917-1985), entre la camisa y la piel, es ilustrativa para la ocasión: “... traté de quitarme la camisa, pero camisa y piel estaban desgarradas por igual, compenetradas: cuando tiraba del cuello o de las mangas, eran como si intentara sacarme la piel por la cabeza.” (Böll, 1986: 65).

Con adjetivar a diestra y a siniestra no esclarecemos absolutamente nada. Calificar ayuda muy poco a dilucidar el fenómeno real. Motejar sólo sirve para amainar los demonios que torturan aún el alma de muchos adjetivadores. Particularmente de aquellos que mientras más intentan alejarse del ser humano Hitler más se acercan al fantasma Hitler. A nosotros nos interesan las bondades y miserias del ser humano antes que los dulces cantos del mito.

Si debemos apoyarnos, nuevamente, en Sigmund Freud habría que decir que los que más radicalmente condenan el nacionalsocialismo, a los que más les repulsa la figura de Hitler, son los que más tienen de nacionalsocialismo en su vida. Son los que más propensos a la personalidad de Hitler se encuentran. En la medida que: “... como siempre en los modernos tiempos lo uno influye en lo otro, y hasta las cosas contrapuestas se influyen también por contraste.” (Goethe, 1986: 108).

No se trata, expeditivamente, de descalificar moralmente los procesos histórico-sociales. Descalificar moralmente a las personas por más desagradables y ruines que sean o parezca. En el fondo, en los primeros, se cruzan de arriba hacia abajo, de izquierda a derecha, una serie de contradicciones que solo entendiendo las mismas podemos explicar su pasado, su presente y su futuro.

Con algunas variantes, en grado y nivel, las mismas contradicciones se repiten en el corazón de todos los mortales. Ellas anidan en el alma humana. Sean estas de famosas o sean estas de insignificantes. Sean de felices o sean de desgraciados. Esta condición humana lo comprendió a cabalidad el poeta filósofo Friedrich von Schiller. En *Der Verbrecher aus verlorener Ehre (El delincuente por culpa del honor perdido)*, tomando como centro una de las partes de la condición humana de la cual venimos hablando, escribió: “Es algo tan simple y, por otro lado, tan complicado, el corazón humano... Una y precisamente la misma volubilidad o el mismo deseo pueden manifestarse en miles de formas y direcciones, pueden dar lugar a miles de fenómenos contradictorios, pueden aparecer entremezclados con otra forma en mil caracteres, y miles de caracteres y hechos desiguales pueden, a su vez, haber surgido de una sola inclinación, aun cuando al hombre, del que se hablará aquí, se le presuponga nada menos que un parentesco tal.” (Von Schiller, 1992: 6).

Con lo expuesto por el autor de *Intriga y amor*, deseamos terminar con el acápite Adolfo Hitler. Visto como sustantivo más allá de los adjetivos. Entendido como sujeto que respondió a las necesidades de su tiempo. Comprendido como actor central del último proyecto político de un sector de las clases dominantes europeas. Ya que “... aun cuando

al hombre, del que se hablará aquí, se le presuponga nada menos que un parentesco... ” con todos los de su historia común, con los de su sociedad compartida, con los de su cultura vivida, con todos los de su mentalidad repetida.

Bajo estas orientaciones debemos entender racionalmente, valorar emocionalmente, al movimiento y al personaje Adolf Hitler, más allá de odios-amores.



## SEGUNDO CAPÍTULO

### SCHILLER-WILDE DE LA REBLEDÍA AL SOCIALISMO



Esta primera parte de la investigación tiene como objetivo acercarnos, racionalmente, a dos conceptos: a la rebeldía y al socialismo. Ellos son, al mismo tiempo, divergentes-concomitantes. Se mueven entre la inmanencia y la trascendencia. Como no podía ser de otra manera, en un nivel, son intrínsecos, en otro nivel, son condicionantes. Los mencionados tienen como forma de expresión un abanico de símbolos. Como fondo, las diversas expresiones de la condición humana.

Conceptos estos que, de igual manera, marcan en el nivel individual, tiñen en el plano colectivo, el sinnúmero de formas y expresiones de la existencia humana, de las relaciones sociales, de las recreaciones simbólicas culturales.

Fenómenos que, en otra etapa de su desarrollo, se caracterizan por su matriz psicológico-social, en otro, por su marcado componente ideológico-político. Todo ello se puede comprender a cabalidad cuando se los estudia como lo que son: procesos. Como un todo concatenado, de idas y venidas, de vueltas y revueltas.

El primero de ellos, la rebeldía, en la acepción que aquí le atribuimos, se refiere a esa actitud mental, emocional, individual, espontánea, que, pasando por una acción político-social, podría culminar en un movimiento de trascendencia histórico-cultural. La rebeldía rema contra la corriente. Transgrede las reglas del orden. Quebranta las normas establecidas. Mientras que el segundo, el socialismo, es, por sobre todo, la propuesta que sobrepasa lo dado. La alternativa que trasciende el presente. Lo nuevo que brota de las entrañas de lo viejo y que en potencia contiene algo diferente por venir.

El primero de los conceptos aludidos no es, de ninguna forma, un acápite nuevo en el desarrollo del pensamiento. Esta acción humana hunde sus raíces en la oscuridad de los tiempos. Se remonta hasta los rincones más alejados de la existencia humana. Además de ser, normalmente, una acción individual, está determinada, sobre todo, por los sentimientos, por la espontaneidad, por la fantasía, que nutre de savia las expresiones de la existencia humana.

Mientras que el segundo, el socialismo, como proyecto, data de tiempos más recientes. Está sustentado normalmente por la razón. Orientado por la lógica. Construida sobre la acción en conjunto. Fraguado con el “El sentimiento múltiple de comunidad” como lo entendía el psiquiatra Alfred Adler (1870-1937).

En el denominado mundo occidental, son conocidos algunos mitos rebeldes que atestiguan lo que en el párrafo anterior hemos escrito. Mencionémos sólo un par de ellos a manera de ilustración. El mito, atribuido a Esquilo (525-456), llamado *Prometeo el rebelde*, para unos. Para otros, *Prometeo encadenado*. Este personaje se rebela contra los dioses. Les arrebató el arma inmortal, concretizado en el fuego inextinguible, que lo entrega a los mortales. Con esta elección, Prometeo se humaniza. Se transforma en mortal.

De igual manera el mito de *La creación*. Él aparece en el *Antiguo testamento*. En el acápite llamado *Génesis*, se lee: “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra.” De esa manera entran en escena los primeros padres: Adán y Eva. Ellos se rebelan contra “el Dios padre todopoderoso”. Del árbol de la vida, de la ciencia del bien y del mal, comen el fruto prohibido. Con esa acción rebelde, este par de divinidades se humanizan. Se vuelven mortales gracias al libre albedrío. (1).

Por su parte la idea del socialismo, como un nuevo sistema alternativo al viejo sistema establecido, tiene sus raíces en las utopías. Hay que advertir que no siempre éstas se orientan hacia el futuro. Existen algunos casos donde su mirada está focalizada hacia el pasado. “Regresar al paraíso perdido”, “Recuperar la edad de oro”, son algunas de sus más caras aspiraciones. La idea del socialismo en Platón (428-348), entre otros, que aparece en el libro *La república o el Estado*, está concebida en esta dirección. Mientras que la idea del socialismo en Tomás Moro (1478-1535), entre otros, plasmado en su folleto *Utopía*, está alimentada con el espíritu de Ariel, construida con una voluntad de heraldo.

Insistamos una vez más, la característica central de la mayoría de mitos es que su norte se orienta a recoger el sumun del pasado, sin obviar que hay algunos autores que los proyectan también hacia el

mañana. A la par, tienen un sello principalmente individual. Mientras que de las utopías, su importancia reside en ser colectivas. Su sentido es, normalmente, el futuro. Estas últimas, a la vez, están situadas al margen del tiempo, más allá del espacio.

Comprendida la concatenación interna de rebeldía-mito, de socialismo-utopía, en los últimos siglos, en el espacio geográfico europeo, en el predominio del sistema capitalista, en medio de la cultura de la modernidad, reviven algunos de los mencionados, no obstante su lejanía en el tiempo. Metamorfoseándose en el espacio, aparecen nuevamente en determinadas expresiones simbólicas. (2).

Por su parte, la utopía sigue siendo el profundo anhelo de construir un mundo mejor, en la medida que la existencia humana sin una ilusión de futuro, sin la esperanza de un mañana diferente y mejor, no tiene ningún encanto personal, menos, sentido colectivo. Sin una utopía, la vida humana sería algo parecido a la nada, que a través de la nada llega a la nada. Ello equivale a lo que Dante Alighieri, hace más de 7 siglos, escribió: “Nuestra pena consiste en vivir con un deseo sin esperanza.” (Alighieri, 1996: 107).

La utopía no se agotará mientras haya materia en movimiento. Mientras exista la humanidad. En la medida que tras de una utopía vendrá otra. Y otra más. Así, sucesivamente, hasta el infinito. Aunque sus circunstanciales actores crean que la lucha por su utopía es la última de las luchas. Que es la lucha final. (3) A juzgar por la experiencia, por la ciencia, el futuro de la humanidad es un libro abierto. En él podrán ser leídos los mejores, como los peores, poemas que la especie humana ha versado tanto en sus momentos de gloria como en sus momentos de miseria.

\*

La segunda parte de esta investigación, por lo anunciado, tiene como tarea evidenciar algunas de las características de la rebeldía-mitos que brotan de los sentimientos personales, de los movimientos colectivos, en dos obras de Friedrich von Schiller (1759-1805) y, a la par, en dos libros de Oscar Wilde (1854-1900). Al mismo tiempo veremos, cómo esta sensibilidad humana termina poniendo las bases,

en unos casos, confraternizando en otros, con la utopía, con el socialismo.

Las obras elegidas para evidenciar lo anunciado en el párrafo anterior son: el drama *Los bandidos* (Die Räuber) y la colección de cuentos titulada *Wilhelm Tell* (Guillermo Tell) de Friedrich von Schiller. *Los bandidos* fue el primer libro que publicó cuando tenía sólo 21 años de edad. El otro trabajo fue el último que publicó el dramaturgo en el penúltimo año de su existencia, es decir, con 45 años.

Por el lado de Oscar Wilde, serán analizados el libro de cuentos publicado bajo el título de *El Ruiseñor y la rosa*, que apareció en el año 1888, y el ensayo conocido con el nombre de *El alma del hombre bajo el socialismo*, que fue publicado en el año 1881, cuando el escritor tenía 27 años de edad.

Entre Friedrich von Schiller y Oscar Wilde se puede observar con alguna claridad algunos significativos encuentros-desencuentros en sus vidas. Ello se da en el tiempo, en el espacio, en la cultura, en el idioma, en la producción, en el compromiso, en la actitud ante la vida-muerte, en la personalidad, en el carácter, de cada uno de ellos.

Anotemos algunos rasgos recurrentes de lo anunciado. Comencemos con los desencuentros. Entre la muerte de von Schiller y el nacimiento de Wilde hay 50 años de diferencia. El ámbito socio-cultural es diverso. La vida del primero está marcado por un dialecto del idioma alemán al interior de un mundo germano aún no unificado. Mientras que en el otro, por el habla inglesa, de Irlanda. Von Schiller nació en un pequeño pueblo (Narbach). Wilde, en una ciudad capital, Dublín.

Los dos artistas fueron de personalidades dispares. Schiller, introvertido, reservado. Se le considera como un poeta filósofo. Wilde, extrovertido, degustador de los placeres de la vida. En los dominios de la individualidad, particularmente en la vida privada, el alemán fue conservador, mientras que el irlandés fue un liberal-transgresor. Mucho de lo mencionado se evidencia en el estilo de vestir. Schiller fue atildado, pasó siempre desapercibido. Wilde fue irreverente, fue un dandi que llamó la atención por donde pasaba.

No obstante algunas cortas visitas más allá del mundo cultura de habla germana, Schiller fue un provinciano. Por su lado Wilde fue un cosmopolita. Además de visitar varias veces Italia, viajó algunos meses por los EE UU de América del Norte, vivió, murió, en Francia.

Las aristas en las cuales se acometen, hasta se cruzan, estos dos personajes son las siguientes: Proviene de familias que pueden ser catalogadas como de clase media, cultivadas, acomodadas; los dos formaron familia, tuvieron hijos; murieron relativamente jóvenes, a la edad de 46 años.

Su producción intelectual abarca casi todos los campos de la creación literaria. Drama, poesía, cuento, novela, ensayo, etc. Ante los vaivenes del mundo real, los dos estuvieron totalmente comprometidos. Estos espíritus pulcros no tuvieron remilgo en ensuciar sus manos limpias en la miasma humana. Estas almas bellas no tuvieron inconveniente en beber aguas turbias que brotan de la oscura existencia mundana.

Su compromiso social en el diario acontecer, el contenido de sus escritos, que trataremos enseguida, así lo atestiguan. Además, no soslayemos, ellos nacieron, se socializaron, en la periferia de los dos grandes centros de poder: Berlín, la vieja capital del Imperio Prusiano, y Londres, la aún capital de la Gran Bretaña.

Su actitud ante el momento contingente, ante la proyección trascendente, fue muy parecida. Ella está marcada por el espíritu de rebeldía en contra de lo dado. Por la crítica hacia lo establecido. Para los dos, la justicia y la libertad fueron sus pendones izados en los mástiles más altos. Además, no hay que olvidar, los dos fueron eximios estetas. Ellos politizaron el arte y estetizaron la política. Magistralmente lograron recorrer la doble vía que sólo los auténticos artistas consiguen: “Sensibilizar la razón y razonar la sensibilidad.” Ello sostenía precisamente Friedrich von Schiller en su correspondencia con Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832).

Lo mencionado no sólo se limita a sus escritos sino que se hace extensivo a sus caracteres, a sus personalidades, a sus actitudes concretas ante la existencia contingente. Ambos fueron rebeldes por

causas justas. Rebeldes por motivos dignos. Von Schiller fue obligado a estudiar medicina en una academia militar. Posteriormente se rebeló contra el ejercicio de esa profesión en el interior de las Fuerzas Armadas en Württemberg. Luego de ser detenido, fue expulsado de la institución. Se le consideró como desertor. En esta condición se alejó definitivamente de Stuttgart. Algún tiempo después, él rememora esa experiencia y lo hace en estos términos: “Escribo como ciudadano del mundo que no sirve a ningún príncipe. Tempranamente perdí mi patria para cambiarla por el gran mundo, que sólo conocía de lejos.” (Von Schiller, 2006: 17).

Por su lado, Oscar Wilde fue calumniado, procesado, encarcelado, expatriado, por su declarada actitud en contra de lo establecido. Su nunca ocultado homosexualismo. Su abierta adhesión a los ideales comunistas. Esta decisión y adhesión fueron sus pecados mortales que el orden nunca le perdonó.

Los dos fueron adherentes a la Francia convulsionada. Los ideales y las conquistas de la Revolución fueron su modelo a seguir. En 1792, von Schiller fue nombrado “Ciudadano Honorario de la República Francesa” en mérito a su drama *Los ladrones*. Murió en el exilio de Weimar y sus restos fueron enterrados en una fosa común en esta ciudad. De igual manera, Wilde vivió en París. En esta ciudad culminó sus días en condición de exiliado. Su tumba, siempre adornada con flores frescas, rojas-amarillas, está ubicada en el Cementerio de *Père-Lachaise* en la capital francesa.

Del mismo modo los une el fondo de sus escritos. En cada uno de ellos brota, palpita, trasciende, un espíritu cristalinamente humano. En sus páginas aparece la naturaleza humanizada. Humanizados se muestran los animales. Las figuras se mueven humanizadas. Humanizados actúan los personajes. Lo humano respira en la sima más profunda, como también punza en la cima más elevada. Las penas, las alegrías, de lo humano es el principio, el fin, de todo por ellos recreado. El más allá, el más acá, de los mortales, copa todo. Su estetismo se estetiza respirando la condición humana. Su arte se eleva a lo artístico y se dignifica punzando la condición humana. Particularmente de los sectores populares.



Finalmente, a quienes siguen estas líneas, les sugerimos que sería mejor que lean, previamente, las cuatro obras de los autores aquí tratados, de esa manera, la comprensión de lo que a continuación analizamos será mucho más cercana a la realidad.

## LOS BANDIDOS

### FRIEDRICH VON SCHILLER

Algunos rasgos generales de la vida de Friedrich von Schiller han sido expuestos en los párrafos anteriores. Ahora, antes de adentrarnos en el contenido del drama *Los bandidos*, propiamente dicho, es oportuno mencionar que la obra fue escrita en los años que fluyen entre 1776-1780. En ese lapso, el autor vivió internado en La Academia Superior Militar de Wüttemberg-Stuttgart. Finalmente, ella no fue escrita para la representación teatral. Ello vino después, para lo cual, él tuvo que modificar algunas escenas en función del montaje.

La contradicción entre la vocación y la profesión, como en la mayoría de artistas de su nivel y condición, copó las dos primeras décadas de la existencia de Friedrich von Schiller. Él deseaba, por sobre todo, ser poeta. La autoridad le obligó, de todos modos, ser médico militar. Esta declaración de parte, hecha algún tiempo después por el aludido, es ilustrativa al respecto: “Un extraño mal entendido de la naturaleza me condenó a ser poeta en mi lugar de nacimiento. La inclinación a la poesía violaba las leyes de la institución en la que fui educado y contradecía el plan de su fundador. A lo largo de ocho años, mi entusiasmo luchó contra las reglas militares; pero la pasión por la poesía es fogosa y fuerte como el primer amor; lo que debería ahogarla, la atizó.” (Von Schiller, 2006: 17).

Una vez más, con el personaje aquí analizado se vuelve a repetir ese viejo y debatido tema de la vocación del artista. Ella se forja a la luz de la oscuridad. Ella crece en el submundo de la bajeza. Ella se alimenta de la inmundicia humana. El caso de muchos conocidos artistas así lo confirmarían. En ellos el dolor, el sufrimiento, la frustración, los

traumas, los “golpes”, los “demonios”, los “fantasmas”, parecen ser el demiurgo original que genera la posterior creación.

Se puede decir, en el tránsito a lo hermoso deseado, partiendo desde lo terrible dado, juega un rol fundamental, siempre bajo ciertas condiciones, la voluntad del individuo que se sobrepone a lo objetivamente dado. En otras palabras, del oscuro subsuelo, regado por la desgracia, puede, además de crecer, florecer la savia que ennoblece la condición humana. Aquí se puede comprobar que el principio de la compensación tiene su juego, no en todos los casos naturalmente, ni tampoco en la misma proporción.

El motivo fundamental para que la vocación se forje, en las condiciones arriba descritas, podría descansar en la estructura de la sociedad clasista. La que, a la misma vez, se da la mano con la presión familiar, del grupo y de la sociedad en su conjunto sobre el individuo. Estas influencias alientan la profesión en desmedro de la vocación. En la medida que, la primera, significa bienestar material, implica *disfrute* del tener. La profesión está directamente relacionada con el utilitarismo. Con el interés pecuniario. Con el prestigio que deriva de la crematística. En otros términos, los grandes ideales de la mayoría de las personas al interior de las sociedades clasistas, individualistas, se coronan con los “laureles” de la profesión. Ello, esporádicamente, comulga con las “espinas” de la vocación.

Su contraparte es algo diferente. Cultivar conscientemente la vocación. Desarrollarla espontáneamente, como consecuencia de la alegría de vivir, del disfrute de la felicidad humana, del gozo espiritual, del libre albedrío en función de la sublimación individual-colectiva, viene a ser, en este tipo de sociedades, la excepción de la regla.

Las sociedades del futuro, que trasciendan los linderos de los sistemas clasistas, acortará la distancia entre la vocación y la profesión. Entre una y otra, el matrimonio será por atracción espontánea, por amor libre, ya no por conveniencia. Sin confundir la vocación con la profesión, sus fronteras tenderán a la invisibilidad. Será una señal de que los puentes sobre el abismo existente entre la libertad y la necesidad se han tendido.

\*

En cuanto a la ubicación de *Los bandidos* al interior de las corrientes literarias predominantes en esos tiempos, hay que afirmar que el drama no se ciñe a ningún estilo en particular. Se podría decir que es una obra de transición. Significa que con ella se cierra una etapa y se inaugura otra. Esta primera apreciación se desprende de la información que a continuación transcribimos.

Ella dice: “En el momento de aparecer *Los bandidos*, el ‘Sturm und Drang’ había pasado ya su cenit. Esta corriente literaria, también llamada ‘movimiento del genio’ (Geniebewegung), suele considerarse típico y exclusivo de la cultura alemana, (...) La traducción literal de esta expresión sería ‘tempestad e impulso’, y procede del título de una obra de Friedrich Maximilian Klingler aparecida en 1776. (...) Como acaba de indicarse, en 1781, el ‘Sturm und Drang’ estaba ya en su fase descendente, pues se desarrolló a lo largo de los años 70 del Siglo XVIII, y normalmente se considera el tercer drama de Schiller ‘Kabale und Lieber’ (Intriga y amor, 1784) como su manifestación más tardía.” (Raposo, 2006: 12)

El Sturm und Drang es considerado como un estilo literario emparentado con el Movimiento Romántico. Este último tuvo una influencia mucho más amplia. Trascendió Alemania. Su presencia, antes de aparecer en esta zona, ya se había propagado por toda Europa. Dicho movimiento no sólo influyó en la literatura. Tuvo connotaciones políticas y proyecciones culturales. Los románticos contraponían la religión a la filosofía. El sentimiento a la razón. El pasado al presente, estos dos juntos, al futuro. Creían en los genios predestinados. Oponían la seguridad a la libertad. La aldea al mundo. El campo a la ciudad. Rendían culto a la naturaleza. Sus seguidores, particularmente en el denominado Tercer Mundo, tienen aún presencia.

Si examinamos con algún detenimiento el contenido de *Los bandidos*, se podría decir que el hábitat de la banda (los bosques de Bohemia) y en algunos otros pasajes, como el amor de Amalia hacia Karl y su muerte a manos de él, hay indicios que lo vincularían con el Sturm und Drang-Movimiento Romántico. Mientras que en la mayoría de las otras acciones, la lucha por la justicia, por la libertad, por el poder,

por la república, transita por otras vertientes. El título original, *Die Räuber*, es sinónimo de transgresión, de ruptura, de desavenencia, de rebeldía. Hechos que lo emparentan mucho más con los principios filosóficos de la Ilustración, como la razón, la justicia, la libertad, el internacionalismo, el republicanismo, la gran ciudad, etc.

Prueba de lo último es que los revolucionarios franceses, en el año 1792, concedieron la ciudadanía francesa a Friedrich von Schiller y precisamente en reconocimiento a las ideas vertidas, principalmente, en *Los Bandidos*. En el documento oficial se escribe: "... por haber servido con sus escritos y con su valentía a la causa de la libertad y haber preparado la liberación de los pueblos." (Von Schiller, 2006: 25 y 26)

El drama que comentamos-analizamos, *Los bandidos*, se desarrolló geográficamente en el Sureste de la actual Alemania, entre la región del hoy Baden-Württemberg (Stuttgart), la región de Sajonia (Leipzig) y Franconia (Nürnberg). El período histórico fue la segunda mitad del Siglo XVIII, época que estuvo marcada, en esta parte de Europa, por el dominio político del viejo Sacro Imperio Romano Germano (Siglo IX-1806).

Para conocer el argumento de *Los bandidos*, cedemos la palabra al mismo autor, von Schiller nos ilustra al respecto, sus palabras son como siguen: "... un conde de Franconia, Maximiliano von Moor, es padre de dos hijos, Karl y Franz, que son de carácter muy diferente. Karl, el mayor, un joven lleno de talento y nobleza, cae en Leipzig en un círculo de compañeros licenciosos, se entrega a los excesos y se endeuda, y al final tiene que huir con un grupo de sus compinches. Mientras tanto, Franz, el más joven, ha estado viviendo en casa con su padre; y como tenía un carácter traicionero y envidioso, supo exagerar las noticias sobre el libertinaje de su hermano, intercepta las emotivas cartas donde éste manifestaba su arrepentimiento, y además sustituirlas por otras de contenido desfavorable, enconando de tal manera al padre en contra del hijo, que al final lo maldice y lo deshereda." (Von Schiller, 2006: 221)

El anciano conde Maximiliano Moor es el patriarca de la familia. Patriarca poco autoritario, más bien, paternalista. La madre no aparece, en ningún momento, a lo largo de la narración. La única mujer que tiene

un rol protagónico en el drama es Amalia, que es pariente de los Moor. Amalia vive en el castillo. La joven ama a Karl y Karl ama a Amalia. Franz dice amar a Amalia. Como se puede ver, hay muchos sentimientos que se cruzan, por un lado, e intereses que se sobreponen, por otro.

De todos ellos, en esta parte es pertinente subrayar que con las figuras de los hermanos Karl-Franz, más su enfrentamiento hasta la muerte de uno de ellos, cobra actualidad el mito que aparece en *Génesis*, el de los hermanos enfrentados. Caín agricultor, mata a su hermano. Después deviene vagabundo. Es el fundador de la primera ciudad. Es el hermano mayor y victimario. Abel es ganadero, es sedentario, es asesinado. Es el hermano menor y victimado.

En *Los bandidos*, Karl es el hermano mayor. Es enviado a estudiar a una ciudad lejos del castillo. Se convierte en justiciero, en rebelde, luego en vagabundo. Se integra a una banda clandestina para luchar por la justicia, por la libertad. Mata a su hermano menor Franz por las calumnias vertidas contra él ante su padre y por los infundios contados a Amalia. Franz se queda en el castillo, intriga, miente, desea toda la herencia para él y, además, poseer a Amalia.

En esta historia, von Schiller rompe con el esquema tradicional del mito de los hermanos-enemigos. Transgrede la interpretación clásica hecha por críticos literarios y psiquiatras. El hermano mayor, Karl, es el justiciero, el bondadoso, es el bueno. El hermano menor, Franz, es la otra cara de la moneda. Es un ruín, un miserable. (4).

\*

La historia comienza cuando el viejo conde Maximiliano Moor envía a su primogénito Karl a estudiar en la ciudad de Leipzig. En ella Karl, consecuencia de su espíritu justiciero que le venía de antaño, realiza algunas acciones que van contra la ley, contra el orden, contra lo establecido.

Mencionemos una de ellas, que tuvo su punto de partida en un hecho banal. Un disparo a una de las extremidades de un perro, posiblemente callejero, en la ciudad donde estudiaba.

En una conversación privada, el personaje Spigelberg le trae a la memoria a Karl aquella acción que tuvo algunas consecuencias en su vida futura. El mencionado le dice: “¿Recuerdas cuando los señores del consejo hicieron disparar en una pata a un dogo y tú, en venganza, prescribiste ayuno en toda la ciudad? Se rieron de tu decreto. Pero tú, nada perezoso, hiciste comprar toda la carne de Leipzig y en ocho horas no había en toda la comarca ni un hueso para roer y el pescado empezó a subir de precio.”

De la lectura del párrafo se desprende que con esa osadía de “... prescribir ayuno en la ciudad...”, Karl da el primer paso en el camino de la protesta. Comienza a forjarse el líder, el futuro dirigente, el individuo en la historia. En el hecho tangible se ve que se han puesto las bases para el despegue del jefe de los rebeldes, que encuentran su hábitat en los bosques de Bohemia.

Mencionando cuál fue la reacción del orden ante tal acción, el compañero de estudios continúa haciendo memoria: “El magistrado y el consejo comenzaron a tomar venganza. Pronto salimos mil setecientos estudiantes, tú a la cabeza, y cocineros y sastres y tenderos detrás, y posaderos y barberos y todos los gremios maldiciendo, dispuestos al asalto de la ciudad si tocaban a los muchachos un pelo de la cabeza. Aquello acabó como el rosario de la aurora y tuvieron que retirarse como un palmo de narices. Hiciste venir doctores, un concilio entero, y ofreciste tres ducados a quienes hicieran una receta al perro.” (Von Schiller, 2006: 91)

En esta remembranza de la acción del otrora estudiante, ahora “bandido”, está descrita, de alguna manera, la personalidad, la sensibilidad, el espíritu justiciero, del futuro rebelde Karl Moor. Todo ello se realiza en medio de las masas en acción, del pueblo movilizad y activado.

Luego vendrán otras acciones como el endeudamiento, la posterior huida a los bosques de Bohemia, la invitación a formar parte de una banda de rebeldes que comienza a hacer justicia por sus propias manos en la medida que el orden no quería, no podía, hacerlo. Ha comenzado la vida clandestina, subversiva, del “bandido” Karl Moor.

\*

No obstante todas sus peripecias, Karl escribía frecuentemente a su padre. Le informaba, en alguna medida, la mayoría de sus acciones. La comunicación, antes de llegar a su destino, era interceptada, manipulada, alterada, por su hermano Franz. Con esos métodos indisponía a su hermano ante su padre. De igual modo lo hacía ante Amalia, la prometida de Karl.

Leamos los párrafos que a continuación transcribimos. En una carta de un supuesto conocido de Franz dirigida a él, fechada en Leipzig, sobre su hermano, se lee: “Al parecer, en esta ocasión tu hermano ha colmado la medida de la deshonra; yo, al menos, no conozco nada que supere lo que ha conseguido ahora, a no ser que su genio supere al mío en esto. Ayer a medianoche tomó una gran decisión, tras cuarenta mil ducados de deudas (...) después de haber desflorado a la hija de un rico banquero y haber herido a su galán, un joven valiente y con clase, en duelo, se puso en marcha con otros siete que ha arrastrado a su vida de depravación, para escapar al brazo de la justicia.” (Von Schiller, 2006: 81).

El efecto de esta información, trucada por Franz, es desbastadora para la salud del viejo conde Moor. Su paciencia termina. Su reacción se limita a decir “... rompe la carta...”. El padre, muy aturdido, confunde el medio con el fin. El continente con el contenido. La carta en sí no era la culpable de los supuestos desavíos del mayor de sus hijos. En su dolor, en su confusión, el conde repetía la misma reacción del común de los perros que, cuando alguien les tira una piedra, muerden la piedra, mas no la mano que la lanzó.

Franz continúa, ahora con sus propias ideas. Comienza con esta afirmación: “¡Depravado y mil veces depravado Karl!” Luego, con cierta desazón, se hace esta pregunta: “¿Cómo no lo vi venir cuando él, siendo todavía un muchacho, iba tras las muchachas, se prodigaba con jóvenes de la calle y chusma de la peor ralea por prados y montes, evitaba ver una iglesia como un malhechor la cárcel y echaba al sombrero del primer mendigo que encontraba los céntimos que os sisaba, mientras que nosotros en casa nos edificábamos con piadosas oraciones y sermonarios santos? ¿Cómo no lo vi venir cuando él

prefería las aventuras de Julio César y Alejandro Magno y de otros paganos oscuros antes que la historia del penitente Tobías?”

En la información que brinda Franz se observa, a flor de piel, el ateísmo, la sensibilidad social, algunos principios de la ilustración, en el accionar juvenil de Karl. Finalmente Franz hace esta declaración de parte: “Cientos de veces os lo he vaticinado, ya que mi amor hacia él siempre se mantuvo en los límites del deber infantil...! ¡Ese muchacho nos llevará a todos a la miseria y a la deshonra!... ¡Ojalá no lleve el nombre de Moor, que mi corazón no sintiera tanta calidez por él! El amor impío que no puedo apagar aún me hará culpable en el juicio ante Dios.” (Von Schiller, 2006: 81)

Previnendo la posible vergüenza contra del padre, causada por la deshonra del hijo rebelde, algunos párrafos después, Franz sugiere al anciano Moor lo siguiente: “Tal vez, oh padre, padre, padre... buscad otro nombre, si no os señalarán con el dedo los buhoneros y los golfos que hayan visto a vuestro señor hijo en las pesquisas de la Plaza Mayor de Leipzig.” (Von Schiller, 2006: 82).

Maximiliano Moor, al ver tan conmovido a su hijo Franz, le dice: “Perdóname, hijo mío. No te enojés con un padre que ve frustrado sus planes. El Dios que me envía lágrimas con Karl las secará de mis ojos contigo, mi Franz.” El hijo responde: “Si, padre. Él las secará de tus ojos. Vuestro Franz dedicará su vida a alargar la nuestra.” (Von Schiller, 2006: 83)

Párrafos después Franz, sabiendo las preferencias que tiene el conde Moor hacia su hijo Karl, le recuerda: “Él ha sido hasta ahora la niña de vuestros ojos, sin embargo, si tu ojo te ofende, dice la Biblia, arráncatelo. Más vale entrar tuerto en el cielo que ir con los dos ojos al infierno. Es mejor ir sin hijos al cielo antes que ambos, padre e hijo, vayan al infierno. Eso es lo que dice la divinidad.” El padre, ante esta perorata, responde con esta pregunta: “¿Quieres que maldiga a mi hijo?” Franz responde: “¡Qué va, qué va! A vuestro hijo no tenéis que maldecirlo. ¿A qué llamáis vuestro hijo? ¿Al que vos habéis dado la vida, aun cuando él se esfuerza todo lo imaginable en acortar la vuestra?” (Von Schiller, 2006: 83 y 84).



No obstante estos argumentos de Franz, recurriendo a Dios, al cielo, al infierno, y a todo lo que esté a su alcance; el viejo Moor termina esta discusión con la siguiente y rotunda sentencia: “¡Un hijo poco afectuoso, sí, pero mi hijo! Es mi hijo.” (Von Schiller, 2006: 84).

En estas dos frases, que von Schiller pone en la boca del conde, está plasmada una profunda enseñanza de contenido histórico-filosófico. Simplemente la realidad es la realidad. Se tiene que aceptar al margen de los malos o buenos deseos. Con esta opinión, aun no sabiendo las intrigas de Franz, el padre es simple y llanamente una persona sensata. Acepta la realidad tal como es. Por más ruin y triste que sea o parezca, ella no puede ser cambiada a voluntad. Con todos los dolores y horrores, ¡su hijo es su hijo!

Tomemos como ejemplo concreto un hecho histórico-político de reciente factura, el caso de Adolf Hitler (1889-1945). No deseamos repetir la sarta de adjetivos que se le prodiga, especialmente en Alemania, contra él. No obstante Hitler, al margen de ellos, es resultado de la historia de esta sociedad. Él es hechura de este mundo cultural. Es un hijo del “pueblo de pensadores y poetas”. Al personaje Adolfo Hitler no se le puede sacar del tiempo. Al Führer del nacionalsocialismo no se le puede arrojar de la historia. Al gran actor, que copó cerca de 15 años la escena europea, no se le puede excluir de la política. Hitler es flor silvestre que se socializó en este campo cultural. Él se alimentó con la leche del idioma alemán.

Por más que el común de los alemanes lo condenen de la peor manera, al margen de que la mayoría lo desprecie, que lo pinta de negro, con esa acción ellos están auto-despreciándose, pintándose con el peor de los colores. Si intentamos un psicoanálisis, los que más lo desprecian, los que más lo odian, son los que más cerca están psicológicamente de él. Si debemos seguir a Sigmund Freud, hay que decir que el subconsciente los traiciona.

Tomás Mann vio muy claramente este fenómeno psicosocial en cuanto se iniciaba la Segunda Guerra Mundial y la figura mencionada tomaba vuelo continental. Ésta es la razón del por qué escribió ese pequeño, pero muy significativo, ensayo titulado *Hermano Hitler*. Antipático, despreciable, ruin, es verdad; pero hermano a fin de cuentas.

\*

En una taberna, en los límites de Sajonia, se reúnen dos estudiantes-amigos, Moor y Spigelberg. El primero lee un libro. El segundo bebe algo. Karl Moor vierte algunas ideas sobre el filósofo Plutarco (45-120). Su amigo le aconseja que debe leer al historiador Flavio Josefo (37-100). Moor se explaya hablando sobre los mitos de Prometeo y Hércules. De igual manera en torno a la vida de algunos personajes como Alejandro Magno (346-323) y Aníbal Barca (247-323). Finalmente sobre la batalla de Cannes (-216) y las victorias de Publio Cornelio Escipion (236-183). Spigelberg insiste en su recomendación, debe leer al mencionado Flavio Josefo.

En medio de algunas críticas al pasado, Karl se lamenta, que en el presente “El fulgor llameante de Prometeo se ha extinguido”. De igual manera no acepta vivir en un mundo colmado de obligaciones impuestas desde arriba. Con principios inflexibles. Con leyes verticales. Karl Moor reflexiona al respecto, dice: “No, no quiero pensar en eso. Tengo que embutir mi cuerpo en un corsé y ceñir mi voluntad con leyes. La ley ha convertido en paso de tortuga lo que podría haber sido vuelo de águila. Todavía la ley no ha hecho ningún gran hombre, sin embargo, la libertad incuba colosos y seres extraordinarios. Se atrincheran en las entrañas de un tirano, cortejan los caprichos de su estómago y se dejan atrapar por sus bridas... ¡Ah! ¡Qué el espíritu de Arminio se estuviera consumiendo todavía en las cenizas!... Ponme al frente de un ejército de hombre como yo y Alemania será una república que hará que a su lado Roma y Esparta parezcan conventos de monjas.” (Von Schiller, 2006: 90)

Las ideas vertidas en este párrafo nos dan una idea completa de la concepción revolucionaria, tomando como figura al rebelde, de Friedrich von Schiller. Repitamos tres de ellas, que han sido colocadas en la boca de Karl Moor: “Todavía la ley no ha hecho ningún gran hombre, sin embargo, la libertad incuba colosos y seres extraordinarios.” La ley es garantía del orden. Es la que conserva lo establecido. Con ella se pretende eternizar lo dado. Desde la historia y la economía hasta las costumbres y la cultura pasando por la política y la filosofía. En el mundo social, sus guardianes velan por ella, nadie

debe transgredirla. En el nivel jurídico, la ley es el alma del derecho. Ella es la plasmación de la voluntad de las clases dominantes en cualquier tiempo y en todo lugar.

En términos más generales, ningún ser humano que ha defendido, defiende, la ley, por lo tanto el orden, ha sido capaz de hacer algo digno, algo trascendente, para la humanidad. Lo máximo a que ha llegado es a repetir-fortalecer lo establecido. Su vuelo espiritual no tiene alas para batir los violentos aires de transformación. Su vida carece de savia para impulsar un cambio revolucionario. Recordemos, por el contrario, los grandes científicos naturales, los renovadores sociales, los revolucionarios políticos, los pensadores transgresores, los artistas soñadores, fueron, son, significativos porque rompieron con las leyes. Irrumpieron en contra de las normas. Quebrantaron las reglas. De esa manera abonaron la tierra para que gemine la semilla de lo nuevo. Para que madure el capullo de la flor del futuro.

La libertad, ligada al cambio, a la bizarría, a la osadía, a la rebeldía, a la revolución, es el crisol donde se fragua lo que vendrá mañana. Con ella maduran los grandes descubrimientos. Con ella se cuecen las más significativas transformaciones sociales. Todas las revoluciones humanas son consecuencia del uso de la libertad. En otras palabras, la fantasía, las emociones, los anhelos, los deseos, la osadía, no pueden ser atados a leyes. Cuando se los ata, se los domestica. El resultado es sencillamente la muerte. Su razón de existir, filosóficamente, es hacer gala de la libertad, entendida como reconocimiento de la necesidad.

Este fenómeno se repite en el lenguaje. Cuando algunos principios son plasmados en leyes, llamada gramática y lógica, el logos pierde su filo revolucionario, se marchita el lozano verbo. Domado y domesticado, el habla sólo vegeta. Marín Heidegger (1889-1976), con toda razón, pensaba que es labor de filósofos y poetas liberar el habla de esa cárcel. Leamos lo que escribió: “Efectivamente, ‘sujeto’ y ‘objeto’ son títulos inadecuados de la metafísica, la cual se adueña desde tiempos muy tempranos de la interpretación del lenguaje bajo la forma de la ‘lógica’ y la ‘gramática’ occidental. Lo que se esconde en tal suceso es algo que hoy sólo podemos adivinar. Liberar al lenguaje

de la gramática para ganar un orden esencial más originario es algo reservado al pensar y al poetizar.” (Heidegger, 1976: 12)

Finalmente, en un mundo de condes, de príncipes, de reyes, un sistema aún monárquico-feudal, Karl Moor afirma: “Ponme al frente de un ejército de hombres como yo y Alemania será una república...”. La república fue la principal reivindicación política en esa etapa social. De los tiempos cuando la burguesía era revolucionaria. Ella se coronó el año 1789 con la gran Revolución Francesa, que terminó con la monarquía e instauró la República, sistema de Gobierno que aún espera ser lograda, 250 años después de lo anunciado por von Schiller, en algunas zonas europeas donde nació. Entre ellos, España, por citar un caso.

Volvamos al texto. Al escuchar estas reflexiones sobre la ley y la libertad, Spigelberg le recuerda a Karl la movilización social que se desencadenó en la ciudad de Leipzig como consecuencia del disparo a una de las extremidades del perro dogo. De esa experiencia, el rebelde extrae esta reflexión: “A que veas cómo aumentan las fuerzas con la necesidad. Por eso no me angustia si llega lo extremo. El valor crece con el peligro; la fuerza sube en los aprietos. El destino tiene que querer de mí un gran hombre porque se me atraviesa así en el camino.” (Von Schiller, 2006: 92)

Nuevamente otro tópico de carácter filosófico está expuesto en la mesa de discusión. En el párrafo anterior se habló de la libertad. Ahora se plantea el rol de la necesidad. Todo lo que existe en la vida. La existencia humana como tal es producto de la necesidad. A ella concurre la libertad para moldearla, para conducirla, para tonificarla. En una palabra, para darle forma. La libertad le imprime ritmo a la necesidad. La dota de acordes, la corona de armonías.

La necesidad de la mano con la libertad, en ciertos momentos, en determinados espacios, muchas veces, hace valiente al cobarde, sabio al necio, progresista al conservador, revolucionario al reaccionario. De igual manera, dilata el alma, hincha el corazón, aviva la fantasía, y viceversa, naturalmente.

Retomando a Friedrich von Schiller, el “bandido” Moor, algo indispuerto, responde a su camarada en estos términos: “No sé para qué tendríamos que tener valor que no lo hayamos tenido todavía.” Luego de este intercambio de palabras, Spiegelberg interviene con estas interrogantes: “¿Sí?... ¿Y tú quieres que tus dones se pierdan en ti? ¿Enterrar tu talento? ¿Crees que tus pendencies en Leipzig suponían el límite del ingenio humano? Deja que lleguemos al gran mundo. ¡París y Londres!... donde se consiguen guantazos si se saluda a alguien con el nombre de un hombre honrado. Allí es un gozo para el alma practicar este arte a lo grande. ¡Vas a ver! ¡Vas a poner ojos como platos! Espera y verás cómo se imitan caligrafías, cómo se da la vuelta a los dados, se revientan cerraduras y se sacan las entrañas a los cofres... ¡Todo eso lo aprenderás de Spiegelberg! Habría que colgar del patíbulo más cercano a la canalla que quiere morir de hambre sin haber robado.” (Von Schiller, 2006: 93)

Como se puede colegir de la lectura del párrafo, las ideas son diáfananamente explícitas. No obstante, insistiremos en dos términos: “París y Londres”. Estas dos metrópolis, en los últimos dos siglos hay que agregar Berlín, son “el gran mundo”, resultado del sistema capitalista y su cultura de la modernidad. En Europa, son estas tres grandes metrópolis donde se hace la historia. Allí se reflejan con mayor nitidez los intereses de las clases sociales. En ellas se mezclan los idiomas, se acometen las culturas. De igual manera, las energías de lo más sórdido y de lo más limpio se enfrentan. El fruto de Europa se decidirá en estas tres grandes ciudades. Las demás son resto adocenado. Son provincias remotas. Son coro anónimo sin sombra y sin eco.

Luego la otra idea que dice: “Habría que colgar del patíbulo más cercano a la canalla que quiere morir de hambre sin haber robado”. En una sociedad intrínsecamente injusta, como el capitalismo, hay que ser un miserable para morir de inanición antes de no haber tomado todo lo que se encuentra a la mano. El robo, en estas circunstancias, es un mérito. Es un alto valor que dignifica al ser humano. Ello implica que las personas que roban no han perdido aún su sensibilidad humana. Significa que la humanidad tiene aún restos espirituales para seguir viviendo.

Si se roba para no perecer, sostiene von Schiller, no debería haber ley que lo castigue. De igual manera, en esas circunstancias, no debe haber fe que valga. La acción está plenamente justificada. Como todos los seres humanos, tarde o temprano, van a morir, es preferible que mueran con el estómago satisfecho antes que en ayunas. Al parecer, el poeta Heinrich Heine (1797-1856), inspirado en esta idea, donde está de por medio la fe y el comer, escribió el poema titulado *Iluminación*. En la parte final, aconseja a su personaje lo siguiente: “¡Michel! ¿Disminuye tu fe o aumenta acaso tu apetito? ¡Toma la copa de la vida y entona un canto pagano! ¡Michael! Nada temas y llena aquí en la tierra la barriga, que cuando estemos en la tumba harás la digestión tranquila.” (Heine, 1981: 72).

Los sectores anarquistas, los socialistas utópicos, sostenían, sostienen no sin razón, con Joseph Proudhon (1809-1865) que “La propiedad privada es un robo”. Con ello dan, de alguna forma, argumentos “éticos” para aceptar el viejo adagio que reza: “Ladrón que roba a otro ladrón tiene cien años de perdón”. Estos pensamientos, de las corrientes mencionadas, tienen en este pasaje citado de von Schiller un fresco antecedente. De igual manera, en su forma histórico-económica y lógicamente elaborada, su influencia es tangible en la teoría económica marxista. Leamos lo siguiente: “La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a tal punto que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Ésta se rompe. Le llega la hora a la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.” (Marx, 1982: 631).

Volviendo al texto de *Los bandidos*, en estas circunstancias y ante las dudas, el silencio de Karl Moor, Spiegelberg insiste con esta propuesta y da un paso mucho más lejos: “¡Entonces! Si todavía corre por vuestras venas una gota de heroica sangre alemana, ¡venid! Asentémonos en los bosques de Bohemia, fundemos una banda de forajidos y ¿qué me miráis boquiabiertos?... ¿Ya se evapora vuestro poco valor?” (Von Schiller, 2006: 96)

Luego de intercambiar algunas ideas, discutir con otros miembros de la banda como Grimm, Razmann, Swarz, Schweizer, el personaje Roller toma la palabra e insistiendo sobre la responsabilidad del

dirigente, del rol de la cabeza política, afirma: “También la libertad tiene que tener un señor. Sin líder sucumbieron Roma y Esparta.” Y líneas después, dirigiéndose exprofesamente a Karl para que asuma ese papel, sostiene: “Y todo hará aguas si él no lo hace. Sin Moor somos un cuerpo sin alma.” (Von Schiller, 2006: 99 y 100)

La discusión sobre el acápite continúa. En un determinado momento interviene Schwerz, conmina al futuro jefe a ser parte de ellos. Leamos lo que le dice: “¡Ven con nosotros a los bosques de Bohemia! Queremos reunir una banda de forajidos, y tú... (Moor lo mira perplejo)” En esos momentos interviene Schweizer para insistir en lo siguiente: “¡Tú serás nuestro capitán! ¡Tienes que ser nuestro capitán!” (Von Schiller, 2006: 101)

Después de algún tiempo de pensar, repensar, discutir y rediscutir, finalmente Karl Moor, muy seguro de sí, responde: “Bien, y por esta diestra de hombre os juro a vosotros aquí que seré vuestro leal y firme capitán hasta la muerte. Este brazo convertirá de inmediato en cadáver aquél que alguna vez titubee, dude o se eche atrás. Que cualquiera de vosotros haga lo mismo conmigo si rompo mi juramento.” (Von Schiller, 2006: 102)

En los dos párrafos anteriores se discute, una vez más, el rol de los individuos en la historia, en primer lugar. En segundo lugar, las consecuencias que tienen que asumir estos personajes por sus actos. La responsabilidad más grande es luchar hasta el final. Teniendo presente estas ideas de von Schiller, sobre el tópico, se puede comprender mejor las frases atribuídas a Ho Chi Minh (1890-1969). Se afirma que el vietnamita habría dicho: “Los dirigentes tienen la obligación de ir a la cabeza de las masas. Si ellos no cumplen, las masas tienen la obligación de ir con la cabeza de los dirigentes bajo el brazo.” Del mismo modo, la idea repetida por Ernesto Che Guevara (1928-1967), dirigida a un guerrillero, dice: “Si avanzo sígueme, si me detengo empújame, si retrocedo mátame.”

Mientras esto sucedía en los dominios de Karl y sus camaradas rebeldes, su hermano Franz, en el castillo, seducía con embustes, mentiras, a Amalia. Le dice que su hermano es un bandido. Más aún, como consecuencia de sus fechorías, que Karl ha muerto. La dama cree

en un primer momento esta información. Luego descubre que es una patraña urdida por Franz. Ante esta develación, le espeta en la cara las siguientes palabras: “¡Traidor, cómo te descubro! Precisamente en esa pérgola me hizo jurar no amar a nadie... Si él muriese... Mira tú, qué impío, qué abominable tú... ¡Fuera de mi vista!” (Von Schiller, 2006: 106).

\*

La historia continúa con el ya decrepito conde Maximiano Moor. Las causas son su avanzada edad, su salud quebrantada, la ausencia, el peligro que se cierne sobre la vida de su primogénito Karl, para entonces ya como jefe de los “bandidos”. Ellos se guarecían en los bosques de Bohemia. De vez en cuando deambulaban por los alrededores de la ciudad de Leipzig. A esto agréguese las permanentes intrigas de Franz, con la colaboración de un criado llamado Hermann. Éstos terminaron secuestrando al anciano conde con la intención de que muera por inanición.

A decir verdad, estuvieron a punto de conseguirlo. Cada día iban disminuyéndole la ración de agua y de comida. Este tipo de muerte, por falta de alimento y bebida, nos recuerda lo que el mítico Homero, se cree que vivió alrededor de 1,200 años antes de nuestra era, escribió sobre esa forma de muerte en la *Odisea*: “Todas las muertes son odiosas a los infelices mortales, pero ninguna es tan mísera como morir de hambre y cumplir de esa suerte el propio destino.” (Homero, 1995: 262).

Por el lado de los rebeldes, el “bandido” Spigelberg recuerda una acción que realizó con su grupo, hacía un tiempo atrás, en el convento Santa Cecilia. Tomaron el local. Luego comenzó el carnaval con las monjas. Al final el personaje se confiesa: “¡En pocas palabras! O nos dais la vajilla de plata, el tesoro del convento y todos los caleritos relucientes, o... (mis muchachos ya me entendieron); ya te digo le sacamos al convento cosas por más de mil taleros, y además nos lo pasamos bien, y mis muchachos les dejaron un recuerdo que tendrán que llevarse a costas sus nueve meses.” (Von Schiller, 2006: 126)



Lo informado demuestra hasta dónde pueden llegar los denominados excesos. Los llamados desbordes. Esto sucede hasta en los grupos mejor disciplinados y altamente ideologizados. Con mayor razón en los que comanda el mencionado y cuando aún Karl Moor no era el jefe de la banda. En el fragor de la acción se pierden los límites. Cuando la emoción predomina en el movimiento, flaquean los linderos de la razón. La euforia es tan excitante que las personas se desconocen. El resultado es ese tipo de acciones. La mencionada fue una violación masiva. No obstante el gozo de muchas monjas con el encuentro íntimo, con la *petti mord*, como insinúa el narrador.

En otro momento, pasando a otro tema, Razmann con alguna naturalidad habla del papel de las fuerzas naturales (rayo, trueno), de las fuerzas divinas (Dios, Diablo), de las fuerzas oscuras (brujería, magia), de cómo éstas no sólo influyen, sino que orientan la acción de los seres humanos. El nombrado le dice a Spiegelberg: “¡Bonito imán estás hecho tú! Pero ya me gustaría a mí saber por todos los verdugos qué brujerías utilizas”. El aludido reacciona con esta interrogante: “¿Brujerías? No hace falta brujería alguna.... ¡Cabeza es lo que tienes que tener! Un cierto juicio que no se mama con la cerveza... porque, mira, yo siempre digo que un hombre honesto lo saca cualquiera de un trozo de hierba cortada, pero para un pícaro se necesita la sesera...” (Von Schiller, 2006: 126)

En estos diálogos están claramente delineados el enfrentamiento entre la razón y la creencia. Es una vieja discusión que tiene miles de años de existencia. Unos se guían por la influencia de la naturaleza, en otro momento por el poder de lo sobrenatural o por la fuerza de lo mágico. Muchas veces estas fuerzas pueden funcionar porque los crédulos les dan sentido. En contraposición están los que se orientan por la razón, por la lógica, por la ciencia. La verdad es que la actividad humana debe superar conscientemente esta contradicción. Ella debe descansar en la razón y moverse en la emoción. Sólo esa dialéctica permite comprender el movimiento del todo en interrelación con el movimiento de sus partes. La diversidad como madre de la unidad.

En otro acápite, el personaje Roller, compartiendo unas bebidas con sus camaradas, cuenta una experiencia. Menciona que en una

oportunidad: "... estuvo con la soga al cuello caminando vivo hacia la tumba...". Spiegelberg se condele de él, le dice: "¡Pobrecito! Bueno, ya pasó. ¡Por el feliz renacimiento!", brindan. Lo mencionado da pie para que Roller haga la diferencia entre el miedo al dolor y el miedo a la muerte. Sus palabras: "¡No, por todos los tesoros del dios Dinero! No quisiera vivir esto por segunda vez. Morir es algo más que un salto del arlequín, y el miedo a la muerte es peor que el morir." (Von Schiller, 2006: 134).

Una vez más dos temas enfrentados que no deberían estarlo. Vida y muerte, valor y temor, son unidades inseparables. Para su valoración entra a tallar la concepción del mundo, la filosofía de la vida, los ideales que mueven al común de los seres humanos. En lo que sí coinciden muchos es, como dice von Schiller, que el miedo a la muerte es mucho más grande que la muerte, propiamente dicho. Otros agregarían con mucha razón que ante una enfermedad, dolorosa, larga, mortal, es preferible la muerte rápida. La razón es que los seres humanos, normalmente, no son masoquistas.

Una vez más volvemos al texto. En un determinado momento y lugar, cuando los "bandidos" están reunidos, aparece un cura para amenazarlos que se verán las caras en el Juicio Final. La elocución del hombre de sotana es como sigue: "Me envía la alta autoridad que decide sobre la vida y la muerte..." Luego les califica: "... ladrones...incendiarios... golfos, raza de víboras venenosas que se arrastran en la oscuridad y pican a escondidas... lepra de la humanidad... ralea infernal... manjar exquisito para cuervos y alimañas... colonia para potro y patíbulo..." (Von Schiller, 2006: 138)

Ante estas palabras, los rebeldes responden al enviado de la alta autoridad con diversos argumentos. De todos ellos, será Karl quien se extiende algo más al respecto. El narrador dice: "Así habla Moor, el capitán de los incendiarios; es cierto que he asesinado al conde imperial, incendiado y saqueado la iglesia de Santo Domingo, he arrojado tizones por vuestra ciudad mojigata y hecho saltar el polvorín por encima de las cabezas de los buenos cristianos... He hecho aún más." (Von Schiller, 2006: 140)

El jefe de los bandidos, Karl Moor, tenía muy claro cuáles eran los blancos principales de su lucha. Él dice que terminó con la cabeza política, el conde-imperial. Luego, que ataca al símbolo del poder ideológico-religioso, la iglesia de Santo Domingo. Además, ha realizado otras acciones más. Por ejemplo, recoger rubíes, diamantes, ágatas de la iglesia y de las casas de los que poseían estas joyas. Estas piedras no existen, como es entendible, en las cabañas de los pobres.

Al final, el ahora investido como jefe, Karl Moor, arenga a sus rebeldes con estas palabras, que por su claridad y precisión, no merecen mayores comentarios: “Ahora somos libres, ¡camaradas! Siento un ejército en mi puño. ¡Muerte o libertad! Por lo menos, ¡que no pillen a ninguno vivo!” (Von Schiller, 2006: 143).

\*

La banda dirigida por Karl Moor visita Franconia. Terminan con la vida de Franz Moor por las razones arriba expuestas. Ellos recuperan al conde Maximiliano Moor de los umbrales de la muerte. El jefe de los rebeldes se reencuentra con su dulcinea Amalia. Luego los bandidos piden a la dama que se integre al grupo. Le dicen que ellos cuidarán de ella. Que vivirán en sus refugios ubicados en los bosques de Bohemia.

Amalia está destruida en todos los niveles de su existencia. Ella no tiene ni fuerza, tampoco ganas para seguir viviendo. Amalia desea morir. Morir a manos de su amado Karl. La mujer le pide que desenvaine su espada. Que la mate por favor. Que lo haga por compasión. Él le responde que en estas circunstancias la compasión no existe. El favor, de igual modo, no existe.

Amalia insiste en su pedido. Lo hace pronunciando estas palabras: “¡Oh, por Dios, por toda la compasión! Ya no quiero amor, sé que nuestras estrellas arriba huyen enemistadas... la muerte es mi único ruego. ¡Abandonada, abandonada! Tómalo en su horrible plenitud, abandonada. No puedo soportarlo más. Tú ves que eso no lo puede soportar mujer alguna. ¡La muerte es mi único ruego! ¡Mira, mi mano tiembla! No tengo corazón para golpear. Me da miedo el filo centelleante... para ti es tan fácil, eres un maestro en asesinar, desenvaina tu espada y seré feliz.”

Como se puede leer, la vida ha devenido para Amalia una desgracia insoportable. Ella encuentra la felicidad en la muerte. Es por ello que le implora a su amado Karl que termine con su miserable existencia. Le ruega que ponga fin a su sufrimiento. Ante este clamor, Karl Moor desenvaina primero, levantando su espada después, dice: “¡La amada de Moor sólo puede morir a manos de Moor!” (Von Schiller, 2006: 207)

Con la muerte de Amalia, fenece uno de los encantos más preciados en la vida privada de Karl Moor. Al margen de que él sea el poderoso jefe de *Los bandidos*, esta situación lo agobia. En este último pasaje se dibuja la silueta del romanismo medieval. Los colores de las pinturas caballerescas dan tono a las acciones. Esta mentalidad impulsa a morir por falta de amor o morir por demasiado amor. Amalia era hechura espiritual de Karl. Karl era hechura espiritual de Amalia.

Los verdaderos amantes tienen mucho en común con los más refinados artistas. Los amantes creen tener la facultad de terminar con lo que ellos aman cuando ya no les es posible seguir amando más. La misma historia se repite con los artistas que creen tener la libertad de acabar con sus más valoradas creaciones. El poeta universal César Vallejo, gran amante, eximio artista, escribió sobre el tópico lo siguiente: “Pero, la felicidad sólo es posible por la libertad absoluta. Pobre el hombre que pretende buscar la dicha fuera de esta condición. Pobre de aquel que pretende invertir esta ley, erigiendo a las obras de la naturaleza y a las obras humanas, en objeto de servidumbre por parte de los hombres. Rimbaud quemó toda su obra, de lo bello que era. Porque un hombre que ha creado un poema magnífico, ha alcanzado un plano de libertad suma y puede, por consiguiente, hacer de ese poema lo que él quiera, inclusive destruirlo. Ésta es la suprema soberanía del hombre sobre todas las cosas, la atmósfera moral, propia y natural de toda dicha, creada, a su vez, por esta dicha.” (Vallejo, 1987: 258)

El drama *Los bandidos*, escrita por Friedrich von Schiller, termina con las palabras del jefe Karl Moor. Éstas suenan así: “Me estoy acordando de haber hablado con un pobre bribón cuando venía hacia aquí, que trabaja a jornal y tiene once hijos vivos... Se han ofrecido mil

luses de oro a quien entregue vivo al gran bandido... a ese hombre se le puede ayudar.” (Von Schiller, 2006: 209)

Las ideas vertidas en esta última cita, en un nivel, sigue la línea de lo afirmado en el párrafo anterior. Es decir del romanismo, del *Sturm und Drang*, con la diferencia de que ahora es para ayudar a vivir a un desconocido. El viejo proverbio nuevamente entra en escena, “Haz bien y no mires a quién”. El futuro beneficiado es un hombre pobre, tiene muchos hijos. Nuevamente el antiguo principio moral, “Dar ayuda al más necesitado”.

El romanticismo, como parte de la rebeldía, se encuentra, se acomete, se conjuga en las páginas de *Los bandidos*. Esto se puede afirmar después de leer, analizar, el drama escrito por Friedrich von Schiller. La misma tendencia se repetirá en el libro que a continuación leeremos y analizaremos.

De las muchas críticas al drama *Los bandidos*, nosotros deseamos mencionar solamente una. Ella apareció cuatro años después de haber sido publicado en libro, en *Magazin der Philosophie und schönen Literatur* (*Magazín de filosofía y hermosa literatura*) en Leipzig. El autor es anónimo. Esta persona, muy preocupada por el contenido del drama, se hace esta pregunta: “¿Qué efecto tendrán los productos de esta literatura sobre los corazones de los exaltados jóvenes y de las dulces muchachas alemanas? Que lo indague el filósofo, que el psicólogo recoja comentarios, que el hombre de gusto llore sobre las ruinas del buen gusto, de la moralidad y de las bellas letras que (sólo por hablar de una cosa) volatilizan la cabeza de los franceses y en nuestro país traen monstruos al mundo.”

Luego de escribir algunas otras ideas, el autor anónimo termina diciendo: “Un hombre de Estado expresó hace poco una opinión sobre esta obra, entre otros muchos deseos piadosos para nuestro teatro: ‘Una nación civilizada no puede tener una tragedia así’.” (Von Schiller, 2006: 37)

Esta crítica acusa a von Schiller de haber motivado, con las ideas vertidas en el libro *Los bandidos*, a la juventud alemana de formar grupos subversivos, bandas armadas, de quebrantar el orden, de

transgredir la ley. Esta misma acusación se hizo, algunos años antes, a Johann von Goethe (1749-1832) después de que publicó la novela *Die Leiden des jungen Werthers* (*Los sufrimientos del joven Werther*) en 1774. Como los amantes se suicidan en lo narrado, se creía, que ello motivaba a algunos de sus lectores a quitarse la vida también.

Para algunos, verdad o mentira, estos escritos lindaban con la literatura negra, con los escritos catalogados como diabólicos. Al margen de las subjetividades, la verdad es que en muchos casos las ideas adquieren fuerza y se materializan cuando los seres humanos las entienden, las recrean, las encarnan y luego las utilizan para transformar lo dado en dirección de lo deseado.

## GUILLERMO TELL FRIEDRICH VON SCHILLER

Ésta fue la última obra publicada, en vida, por el autor que en esta parte de la investigación nos ocupa. Ella apareció en el año 1804, en la ciudad de Weimar, un año antes de que el poeta filósofo expirara. La trama central es la figura de un individuo, mitificado, que luchó por la libertad de los cantones suizos. Él contó con la inteligencia que orienta el sentido común, el valor, el humanismo, su arco y su flecha, como armas para luchar por la justicia y la libertad.

Por aquellos tiempos, los mencionados territorios estaban bajo dominio de la Casa o dinastía de los Habsburg, imperio que tenía como centro de poder político-social a Viena, la misma que hoy es la capital de Austria.

Este personaje, Guillermo Tell, aparece por primera vez en tinta y papel a comienzos del Siglo XIV. Datos tangibles sobre su real existencia no existen. Se piensa que sus hazañas sucedieron entre los años 1307 y 1308. El lugar geográfico de las mismas está ubicado en la región central de la hoy Suiza, más concretamente en el pueblo de Bürglen, en el Cantón de Uri.

A partir de esa primera figura, mitificada, de Guillermo Tell, se ha recreado ese personaje con variantes más o variantes menos, en otros escritos hasta llegar al último *Guillermo Tell* de Friedrich von Schiller, que aquí nos ocupa. Como consecuencia del momento en el cual apareció, más la calidad literaria del autor, esta última versión, es la más famosa de todas.

Es pertinente recordar que alrededor del siglo mencionado, tiene como base la lenta descomposición de las relaciones sociales de producción del feudalismo clásico. A la par, el inicio de la centralización monárquica a nivel político. Aprovechando esas fisuras sociales, aparecen muchas figuras sobredimensionadas e idealizadas. En medio de esas condiciones cabalgan los gigantes, los valientes, los justicieros, los rebeldes, los libertarios, sobre el lomo del potro creado por el imaginario popular en el mundo cultural europeo.

Las razones específicas para su aparición y ascenso, son diversas. Se combinan hechos de carácter personal, social, amoroso, odio, honor, deshonra, etc. Sus acciones en favor de unos, en contra de otros, de igual manera, son dispares y hasta enfrentadas. Unos se desarrollan en medio del colectivo organizado, mientras que otros germinan al calor de las explosiones momentáneas. Finalmente, unos terceros, con un marcado tinte individual o personal. Todo ello como consecuencia de la opresión, de la explotación.

En esa dirección mencionemos, como casos ilustrativos, a los tres más conocidos cantares en Europa. Hechos que, aparentemente, ocurrieron algunos siglos antes; pero que fueron recogidos documentalmente en el tiempo histórico mencionado. *El cantar de Roldán* (XI) en la hoy Francia. Se sostiene que el héroe, que da nombre a la leyenda, es sobrino del Rey Carlomagno (748-814). *El cantar de los Nibelungos* (XIII) en la hoy Alemania. Aquí aparece un ser humano que por sus poderes parece no reducirse a tal. Nos referimos al cuasi inmortal Sigfrido. La misma historia se repite, en la hoy España, con *El cantar de Mío Cid* (XIV). La historia tiene como personaje central al casi invencible Rodrigo Días de Vivir. Apodado El cid campeador.

En la primera mitad del Siglo XV, en otras partes de Europa, aparecen personajes más cercanos a Guillermo Tell, por su actitud

individual, el pirata Klaus Störtebecker (-1401) en el hoy Norte de Alemania y Sur de Escandinavia. Finalmente la figura, muy difundida, del justiciero y ballestero inglés Robín Hood (no hay fecha de nacimiento o muerte) en Inglaterra. El primer escrito sobre él aparece en 1450 recordando un hecho que habría ocurrido en 1377.

Además del anonimato de los autores de los tres cantares, de igual manera de los primeros autores de los tres personajes legendarios aquí mencionados, hay que agregar la carencia de fuentes serias de carácter histórico. Por lo tanto los términos, se dice, se habla, se comenta, se menciona, típicos de las acciones o personas semi-mitificadas, es lo que marca los cantares y cubre a los personajes.

Que hayan existido realmente los mencionados, ya no tiene mayor importancia en la actualidad. La creación popular les ha dado movimiento. Les ha inyectado saludable vitalidad y, hasta hoy, lozana existencia. Aquí es cuando entra a tallar la memoria, siempre porosa y tramposa. Ella recuerda lo que desea recordar. Ella deforma, organiza, según su interés y su mirada. La memoria muchas veces trueca las realidades en fantasías. Las fantasías en realidades. En la mayoría de los casos, esta memoria siempre es escrita por un individuo, pero se hace pasar por “memoria colectiva”. De ahí a la historia sólo media un paso.

En estas condiciones, la memoria, la historia, los que la escriben, se presta a la manipulación, a la instrumentalización, a favor de algo o de alguien. Y, normalmente, es en función del orden. En defensa de lo establecido. Siempre con sus excepciones, como es el caso de los personajes centrales, Karl Moor y Guillermo Tell, en las dos narraciones escritas por von Schiller, aquí analizadas. A los dos mencionados los une su actitud de rebeldía en su vida cotidiana en contra de la opresión del sistema de entonces.

\*

De los subtítulos recogidas en el libro titulado *Guillermo Tell*, nosotros comentaremos algunos de ellos, en los que se expresa con mayor nitidez la rebeldía, que tiene como objetivo central la persecución de la justicia, la lucha por la libertad, en Friedrich von



Schiller. En unas directa, en otras indirecta, la acción del personaje central está allí presente.

Comenzamos con el cuento titulado *¡A vida y a muerte!* El escenario de la historia es la ciudad de Altdort. En uno de los pasajes se narra la actitud de Bertha de Bruneck. Ella, su familia, no hacía mucho tiempo que había llegado a la misma. Bertha era una mujer aristocrática, hermosa, arrogante. Ella pensaba que todo lo que deseaba lo podía conseguir con el oro que poseía. Que todo problema lo podía solucionar a través de los vínculos que tenía con "... la tiranía dominante".

En uno de esos días, un obrero tejador se cayó del techo en una casa en el pueblo. Pensando que se ha muerto, la señora de Bruneck grita que ella tiene oro para salvarlo. Sacó todas sus joyas, las exhibió al público. Ante esta actitud, el cartero de la ciudad le dice: "Vosotros y vuestro oro. ¡Creéis que todo puede conseguirse con oro! Arrebatáis el padre a sus hijos, el marido a su mujer, expulsáis del mundo a la tranquilidad, y después creéis que todo será reparado con vuestro oro. ¡Marchaos!" (Von Schiller; 1973: 34)

La relación entre el poder económico (oro) y el poder político (Gobernador) es evidente. Esta alianza es la base para la explotación, para la dominación aquí, en esta época y en cualquier parte del mundo y en todo tiempo donde el sistema de la propiedad privada domine la vida de la población.

No obstante lo afirmado, como los seres humanos no son dados de una vez para siempre, todos son sencillamente procesos, y como tales son susceptibles de cambio, de transformación. En la vida social siempre cabe la posibilidad de alterar lo dado, de cambiar el medio en la cual nacieron, en el cual se socializaron. Para ello juega un rol importante el libre albedrío del individuo. Lo último fue el caso de Bertha, en la historia que comentamos. Ella, después de muchos desencuentros con la población, terminó integrándose. A la par, participó, como una persona más, en sus problemas y en sus luchas.

\*

En otro pasaje del mismo cuento se describe la acción del joven Arnold Melchtal. Éste había quebrado dos dedos a uno de los sirvientes

del gobernador Landenberg. El agraviado, por mandato de la autoridad, había intentado robarle sus bueyes. Ésta fue la razón del por qué el joven tuvo que abandonar el pueblo donde vivía. Melchtal llega a la ciudad de Altdort, arriba mencionada, en condición de fugitivo. En las calles se encuentra con un conocido llamado Walter Furst. Éste advierte que está muy agitado y lo conduce a su vivienda. Le pide que se calme.

Melchtal le informa: “Sólo por causa de mi padre estoy desesperado. Se halla enfermo y tiene tanta necesidad de cuidados y precauciones... y su hijo está ahora lejos de su lado. El Gobernador lo odia porque siempre ha estado sinceramente del lado de la justicia y de la libertad. Y no perderá esta oportunidad para vejar al pobre anciano... Estoy resuelto, no importa los peligros que me aguarden, tengo que acudir en su ayuda.” (Von Schiller, 1973: 35 y 36)

En ese momento llaman a la puerta. Furst le dice, calladamente, a Melchtal: “... escondeos, allí, detrás de la escalera. En Uri no estáis bastante seguro del acecho de Landenberg; porque los tiranos se dan la mano. Eso es lo que tendríamos que hacer los hombres libres. Triste es que nuestros tiranos nos enseñen.” (Von Schiller, 1973: 36)

El que llega fue un viejo amigo de Furst. Se apellida Stauffacher. Entre ellos entablaron un diálogo sobre diversos temas del momento. En el transcurso de la conversación abordan los problemas político-sociales. El visitante le narra algunos hechos del joven justiciero rebelde Guillermo Tell. Finalmente le menciona el caso de Arnold Melchtal. Furst conoce directamente, por boca del que está escondido, la historia.

El anfitrión pregunta a la visita: “Pero, decidme, el padre de Melchtal, ¿cómo está?” El amigo prosigue con su relato. Le dice que han detenido al anciano. Lo han presionado para que diga dónde está su hijo. El padre no ha dicho absolutamente nada. Ante esa cerrada negativa: “Si el hijo se me ha escapado, por lo menos a ti te tengo, dijo rabioso el Gobernador Landenberg, y ordenó a sus verdugos que echaran por tierra al anciano y le clavarán una punta acerada en cada ojo.” (Von Schiller, 1973: 38)

En ese momento sale del escondite Melchtal. El visitante le cuenta en qué condición ha quedado su padre. Ciego, con un bastón, intenta

caminar por las calles del pueblo. El hijo, lleno de ira, jura venganza. Furst lo persuade para que no lo haga. Le dice que él solo no puede contra el Gobernador. Que éste está en su Castillo protegido por mucha gente. “Muchas horas duró aún la ciega cólera de Melchtal, y cuando los razonamientos de Furst y de Stauffacher consiguieron serenarlo, los tres se pusieron de acuerdo que no tolerarían más tiranía ni más atrocidad.” (Von Schiller, 1973: 39)

El trío acordó formar una pequeña organización. Planearon buscar refugio en la espesura del bosque que rodeaba la ciudad. Comenzaron a preparar sus planes. Los tres jóvenes hicieron esta declaración de parte. Stauffacher dijo: “¡Aquí nos hallamos tres hombres que unimos lealmente nuestras manos, sin falsedad, del mismo modo que ansiamos unir a nuestros tres países, para la libertad, para la defensa y para el ataque a vida y a muerte! ¡A vida y a muerte! Repitieron con voz estentórea Walter Furst y Melchtal.” (Von Schiller, 1973: 39)

Lo que queda claro del contenido del cuento es que el problema es político-social. Como consecuencia, el odio personal. La venganza individual, siendo justa, no lleva muy lejos. Aquí entra a tallar el rol de la colectividad, de los pueblos, de las masas, que para un buen desenlace necesitan estar organizados. La actitud de los tres jóvenes es ilustrativa. Se unen bajo la consigna de “¡A vida y a muerte!” En las historias posteriores ellos siempre estarán unidos.

Esta idea del compartir nos recuerda aquellos viejos principios que vienen desde la oscuridad de los tiempos. Ellos dicen: el dolor compartido es menos dolor, el sabor compartido es más sabor, el placer compartido es más placer. De ahí el corolario: ¡Compañeros en el dolor! ¡Amantes en el placer!

\*

Otra historia que aparece en el libro mencionado se titula *La flecha en la manzana*. En un paso de uno de los senderos, en los alrededores de la ciudad de Altdodt, el Gobernador ordenó colgar un sombrero en la rama de un árbol. Los pasantes tenían la obligación de saludar esa prenda, con una venia, en señal de respeto a la autoridad. Ella estaba encarnada en el Gobernador, primero. En el Emperador,

después. Para velar por su cumplimiento, en un lugar poco visible, colocó a dos guardianes. Ellos tenían la potestad de vigilar, tomar preso a los que no cumplían con la ordenanza.

Los custodios del orden respondían a los apellidos de Friesshardt y Altdorf. Entre ellos conversaban sobre el sin sentido que tiene poner un sombrero vacío para que la gente salude. Uno de los nombrados, muy resuelto, afirmó: “Por mí, puede pasar quien quiera ante el sombrero, que yo cerraré los ojos.” (Von Schiller, 1973: 66)

Un día no previsto, pasó por allí Guillermo Tell en compañía de su pequeño hijo Wálter. Él, por desconocimiento o rebeldía, no realizó el obligado ritual. En ese momento el custodio, contradiciendo lo que había expresado con anterioridad, dijo: “Alto -les gritó Friesshardt- en nombre del Emperador, no sigáis -y colocó su pica sobre el pecho de Guillermo Tell. -¿Y por qué no hemos de seguir? -contestó Tell- asiendo la pica con su mano izquierda. -Habéis faltado a la orden; no hicisteis la reverencia al sombrero. Tenéis que seguirmos. -Amigo -le insinuó Tell- ¡dejad marcharme! -¡Vamos, nada de eso! ¡A la cárcel! - gritó Friesshardt.” (Von Schiller, 1973: 66).

En medio de esa escena, el pequeño Wálter se asustó. A voz en cuello pidió ayuda a algunos pueblerinos que habían concurrido al lugar. Estos últimos protestaron por la acción de los custodios. Uno de los policías, afirmó sobre Tell: “Es un enemigo del Emperador, es un traidor.” (Von Schiller, 1973: 67).

Tell se encontraba en medio de los dos custodios. En ese momento llegó el ahora suegro de Guillermo y abuelo de Wálter, Wálter Furst. El niño le dice: “-¡Socorro, abuelo, atropellan a mi padre! Wálter Furst interviene en favor de su yerno, sin resultado. El lugar se llena de aldeanos, entre ellos Melchtal y Stauffacher, y varias mujeres, que tampoco lograron convencer a los guardias de que dejaran libre a Tell.” (Von Schiller, 1973: 67)

En medio del tumulto llegó el Gobernador Gessler. Él interroga: “-¿Qué hacen aquí todas estas gentes? -preguntó: ¿Quién pide socorro? A ver tú, ¿por qué has cogido a este hombre? Friesshardt le explica que Tell se había negado a inclinarse ante el sombrero, y por esta razón lo

había capturado; pero las gentes del pueblo querían arrebatárselo. Gessler se encaró con Tell, lo midió de arriba abajo y le increpó: -¿Hasta tal punto desprecias a tu Emperador, Tell, y a mí mismo, que te niegas a respetar el sombrero que hice colocar aquí para probar vuestra obediencia?” (Von Schiller, 1973: 68 y 69)

Ante las disculpas de Tell por el olvido o no conocimiento de la orden, el Gobernador, luego de un momento de duda y cavilación, le dice: “Según sé, eres un maestro en tirar la ballesta. Dicen que aceptas el desafío de cualquier tirador. -Es verdad, señor -interviene Wálter Tell. -A cien pasos, mi padre tira una manzana de un árbol. -¿Es éste tu hijo, Tell? -Sí, querido señor. ¿Tienes más hijos? -Dos varones, señor. -¿Y a cuál de los dos quieres más? -Señor a ambos los quiero igual.” (Von Schiller, 1973: 69)

Ante estas respuestas, el Gobernador maquina una prueba bastante peligrosa, fatal, para Guillermo Tell. Le ordena: “Coge la ballesta... que veo llevas al alcance de tu mano... y prepárate para tirar contra una manzana colocada sobre la cabeza de tu hijo. Fíjate bien en lo que te aconsejo: apunta bien y haz blanco en la manzana al primer disparo, porque si fallas te juegas la cabeza.” (Von Schiller, 1973: 69)

La gente protestó con murmullos la brutal orden. Tell, de igual manera, no acepta ejecutar dicha acción. El Gobernador le dice: “-Derribarás una manzana colocada en la cabeza de tu hijo... lo quiero y lo ordeno.” Tell responde con esta interrogante: “¿Yo apuntar con mi ballesta a la cabeza de mi propio hijo? Antes morir.” “-Tirarás o morirás con tu hijo.” “-¿Yo ser el asesino de mí hijo? Señor, vos no tenéis hijos, no podéis saber qué sentimientos bullen en el corazón de un padre.” La autoridad vuelve burlescamente sobre Guillermo con estas palabras: “-Pero qué de pronto os habéis vuelto sensato, Tell. Me decían que eras un soñador y que tu manera de pensar era distinta que la de los demás hombres.” (Von Schiller, 1973: 70)

Unas personas creían que lo propuesto era una broma. Otras quedaron pasmadas con la orden. Guillermo no atina a nada. Antes que la gente salga de ese espasmo, el Gobernador pregunta: “¿Por qué vacilas, Tell? Tu vida está perdida. Puedo matarte, y ya vez que en mi clemencia te doy la oportunidad de salvarla. Dar en el centro de un

blanco, cualquiera puede hacerlo tan bien como tú.” En esas circunstancias, “Wálter Furst se arrojó a los pies de Gessler y suplicó clemencia, a cambio de su fortuna.” (Von Schiller, 1973: 71)

Enseguida, el pequeño nieto de Furst toma la palabra y dice: “-Abuelo -le recriminó Wálter Tell- no te arrodilles ante ese hombre falso. Decid, ¿dónde he de colocarme? Mi padre alcanza a un pájaro en vuelo: su flecha no se desviará hasta el corazón de su hijo.” (Von Schiller, 1973: 71)

El niño se coloca delante de un árbol de tilo. No acepta ser atado al mismo. Tampoco ser vendado. Cuando le han colocado la manzana sobre su cabeza, le dice a su progenitor, muy seguro: “-Tira, padre -gritó Wálter. No tengo miedo. -Es preciso -suspiró Tell.- Y alistó la ballesta.” (Von Schiller, 1973: 72)

Muchos de los presentes protestaron de diferentes maneras. Mientras eso sucedía: “En ese momento Stauffacher, más que gritar, emitió un alarido: -¡La manzana ha caído! Cuando Bertha se interponía entre su novio y el Gobernador, Tell había disparado la flecha, que tumbó la manzana, sin tocar un solo cabello de la cabeza de Wálter. Éste, recogéndola del suelo, y en medio de jubilosos saltos, corrió al encuentro de su padre. -Padre, mira la manzana. Yo sabía que no fallarías. Tell tiró la ballesta, abrió los brazos para recibir a su hijo, y apretándolo contra su corazón, se escurrió desvanecido. Una inmensa emoción se apoderó de todos, y acudieron a socorrer a Tell.” (Von Schiller, 1973: 73)

Cuando se recuperó Tell, de la mano de su hijo, se disponía a marcharse; el Gobernador lo contuvo y le dijo: “Tomaste contigo una segunda flecha. Lo he visto bien. ¿Qué uso pensabais darle? -Señor -respondió Tell, con cierto embarazo, -tal es la costumbre de los tiradores.” El Gobernador no creyó en esa respuesta e insistió, incluso afirmando que Tell está salvado, que él garantiza su libertad. Tell se franqueó: “-Pues bien, señor, si mi vida está a salvo os diré la verdad. Esa segunda flecha era para vos, en caso que fallara la de mi hijo. Y a vos, os lo aseguro, no os habría fallado. Tell le enderezó al Gobernador una mirada terrible, al tiempo que confesaba sus intenciones.” (Von Schiller, 1973: 74)

El Gobernador, quebrantando su palabra, ante la sorpresa de todos los presentes, ordenó a sus custodios que en esas condiciones lo conduzcan a la cárcel. Gessler, antes de montar en su caballo y retirarse, se dirigió a los presentes y pronunció estas palabras: “-Vosotros sois rebeldes a la justicia del Emperador, y vuestra temeridad alienta vuestra rebeldía. Y a todos os castigaré, oídllo bien, si dais el menor motivo. ¡Quien sea prudente, que aprenda a callarse y obedecer!” (Von Schiller, 1973: 75)

Guillermo Tell es detenido. Es conducido a la orilla del lago. Lo embarcan en un bote. Lo amarran a uno de los maderos de éste. Es transportado en dirección de la otra orilla del lago, con la intención de internarlo en la cárcel del castillo, como fue la orden del Gobernador.

\*

Una vez más hay que destacar la importancia del poder. Friedrich Nietzsche, siguiendo a Arthur Schopenhauer (1788-1860), hablaba del rol que juega en la vida, especialmente en la actividad política, la voluntad de poder. El ya mencionado Mao Tse-tung sintetizaba, toda la problemática de lo que aquí venimos hablando, en esta frase “¡Salvo el poder todo es ilusión!”. Décadas después, Michel Foucault, agregaba que el poder, si aún no es la verdad, desde él se construye la verdad. Finalmente Pierre Bourdieu (1930-2002), entre otros, enseña cómo se concretiza esa voluntad de poder. Cómo se construye la verdad desde el poder. Para ello se recurre a armas que no matan; pero que adormecen, los fetiches, la simbología.

En la historia de von Schiller, comienza con el sombrero. Es un símbolo que tiene vida propia gracias al significado que le imprime el poder. Así como en otros niveles la bandera, el escudo, la escarapela, los colores, los himnos. Estos símbolos, metamorfoseados en fetiches, sólo adquieren contenido, importancia, porque son manifestaciones fenoménicas del poder. Por esa razón, el último estudioso mencionado sostiene: “La fuerza simbólica es una forma de poder que se ejerce directamente sobre los cuerpos y como por arte de magia, al margen de cualquier coacción física; pero esta magia sólo opera apoyándose en unas disposiciones registradas, a la manera de unos resortes, en lo más profundo de los cuerpos.” (Bourdieu, 2010: 54)

El poder de la simbología, dicho sea de paso, es trabajado histórica, social e ideológicamente. Una característica fundamental de la fuerza simbólica es su verticalidad. Ella, ya tamizada, emana desde las alturas del poder. Pero sólo tiene efecto cuando encuentra en su contraparte recepción. Para luego, en un segundo momento, reproducirlo como si fuera “natural”. Es por ello que el citado Bourdieu tiene toda la razón cuando afirma: “El poder simbólico no puede ejercerse sin la contribución de los que lo soportan porque lo construyen como tal.” (Bourdieu, 2010: 56)

Volvamos al fetiche del sombrero. Si su ubicación no hubiese sido ordenada por la autoridad, si no se hubiese impuesto su veneración, si no se hubiese colocado a los que velan por su cumplimiento, esa prenda, en sí, no hubiese tenido ningún significado. Pero como es resultado de todo lo anterior, el sombrero colgado de la rama del árbol encarna al poder. Es la expresión de la forma blanda de dominación. En él la violencia física está ausente. La violencia psíco-ideológica es apabullante. Esta última es normalmente aceptada con placer, en medio de loas, de aplausos. Incluso con hilaridad por las inmensas mayorías.

Otro hecho de importancia a destacar, al margen del pulso y la capacidad de Tell con la ballesta, es la actitud del niño. El hijo de Guillermo, Walter. Él acepta la imposición sin actitudes cobardes. Brinda fuerza, da confianza a su padre para que cumpla con la orden a riesgo de perder su propia vida. Lo que se debe resaltar y sobresalir, en este pasaje, es que el adultismo está puesto en tela de juicio. Los padres creen tener siempre la razón. Los niños tienen que obedecer lo que los adultos dicen. La historia que contamos nos enseña que los niños deben ser escuchados. Sus ideas, respetadas. La razón es que muchas veces sus ideas son correctas.

Por último, Guillermo Tell guardó una flecha como reserva. En ello estriba su acierto. Ahí cabe ese viejo refrán que dice: “Hombre precavido vale por dos”. Pero, como ocurre en la vida, no todo se puede prever. Tell pecó de ingenuo al contarle su verdadera intención a su enemigo, el Gobernador. La ingenuidad en política es sinónimo de estupidez. El enemigo nunca olvida. El enemigo nunca perdona. Incluso después de muerto no se cansa de volver a matarlo.



\*

El cuento titulado *La rebelión* está directamente vinculado con la detención, luego la fuga, de Guillermo Tell. La preocupación de los pueblerinos. La agonía y muerte del barón consejero. El anuncio hecho sobre la cabeza del niño Walter Tell. La proclama de Melchtal, que continuada con la de Rudenz, este último llamando a la rebelión, son los tópicos sobresalientes de esta historia.

La narración comienza con la siguiente información: “En la orilla oriental del lago de los cuatro cantones, Kunz de Gersau y dos pescadores comentaban los últimos acontecimientos. El lago estaba agitado, sus olas mugían y en el cielo relámpagos y truenos se dejaban sentir con mayor intensidad. La naturaleza preparaba una tempestad, y los hombres libres preparaban otra contra sus tiranos.” (Von Schiller, 1973: 77)

En el trayecto, de un extremo a otro del lago, se acentuó la tormenta. Las olas crecían, los guardias que custodiaban a Tell, más los que conducían el bote, fueron presa de un gran pánico. La posible zozobra era cuestión de tiempo. El Gobernador, que viajaba en la embarcación, no era inmune al terror generado por la tempestad. Como Guillermo tenía la fama de conocer muy bien las fuerzas de la naturaleza, la autoridad le pidió que conduzca el transporte para que todos lleguen a buen puerto. Guillermo Tell aceptó. Pidió que lo desaten. Tomó el timón y comenzó a orientar la barca en dirección de su objetivo.

En un momento oportuno, en el lugar preciso, el preso: “... gritó a los criados que continuaran maniobrando para llegar a la saliente de la roca, donde habrían pasado ya la parte más difícil. Los criados remaron vigorosamente y pronto la alcanzaron. Tell abandonó el timón, imploró la gracia de Dios, cogió su ballesta, y en un salto se lanzó sobre la saliente. Cayó a tierra sano y salvo y escapó de la violencia del huracán y de la más temible aún, la de los hombres.” (Von Schiller, 1973: 79)

Ya libre, Tell buscó ayuda en unos pescadores que se encontraban cerca de unas rocas. Ellos lo reconocieron. Él les pregunto cuál era la

vía más rápida para ir a las ciudades de Arth y Kussnacht. Luego pidió a uno de ellos que vaya al pueblo de Bürglen y comunique a su mujer que él está bien. Además, que informe a su suegro que él está libre.

Mientras que el niño Walter, en el hogar, contaba a su madre, llamada Hedwig, la historia del sombrero. La manzana en su cabeza. El flechazo y todo lo demás. La esposa de Tell, los hijos, el abuelo, los amigos más cercanos, se lamentaban de la situación del detenido. Todos ellos creían que Guillermo estaba ya en la cárcel. En esas circunstancias, uno de los amigos de Tell, afirma: “-Sosegaos -le dice Stauffacher.-Todos queremos hacer algo para abrir su prisión. -¿Y qué podéis hacer vosotros sin él? Mientras Tell estaba libre, había esperanza. La inocencia tenía entonces un amigo, y el perseguido un defensor. Tell os salvaba a todos. Y todos vosotros juntos no podéis soltar las ligaduras.” (Von Schiller, 1973: 84)

Días después, todos los familiares y conocidos de Guillermo Tell estaban cerca del lecho de muerte del barón de Attunghause al interior del castillo. Este anciano era amigo, consejero, de ellos. Él estaba al tanto de la historia del sombrero, de la manzana en la cabeza, del flechazo de Tell. De pronto el barón despierta. Recobra algo de fuerzas, dice: “-El dolor es vida, y el dolor me ha dejado. El sufrimiento y la esperanza se han acabado para mí.”

Enseguida el anciano, haciendo un supremo esfuerzo: “... se levantó penosamente, pero sin aceptar la ayuda que le ofrecieron Walter Furst y Melchtal. Caminó por la espaciosa sala, se detuvo delante de Wálter Tell, y dijo: -De esta cabeza, sobre la cual estaba colocada la manzana, florecerá para vos una nueva y mejor libertad: lo viejo cae, los tiempos cambian, y una nueva vida surgirá de las ruinas del pasado.” (Von Schiller, 1973: 86)

El barón se dirige a los presentes. Los incitó a luchar por la libertad. Con esas palabras en la boca, desfallece. Deja de existir. En medio de la congoja, uno de sus sobrinos llamado Rudenz se hace presente. Muy pocas personas lo aceptaban. La razón es su conocida arrogancia. Su pasado de solidaridad con los tiranos. Este personaje denuncia que han detenido a su mujer. Pide ayuda para liberarla. La mayoría se niega. La liberación de una persona no es la solución a la

servidumbre del pueblo, argumentan a viva voz. No obstante es aceptado, como uno más de ellos, en el pueblo.

En contra de ello o en favor de ello: “Un entusiasmo ardiente y contagiador se apoderó de Melchtal”. En voz alta, dice: “-¡Venid! - proclamó- Dirigidnos, os seguiremos. ¿Por qué esperar a mañana, cuando podemos actuar hoy? Tell era libre cuando prestamos juramento en el Rutli; ese crimen horrible no se había consumado. Las circunstancias hacen cambiar los planes. ¿Quién es tan cobarde para dudar aún? Quedó acordado que *la rebelión* se desencadenaría sin dilación.”

El sobrino del barón, muy decidido ante esta situación, toma la palabra y anuncia: “-Pronto -dijo Rudenz- veréis aparecer las señales de las hogueras sobre las montañas; cuando veáis brillar las anheladas llamas, caed entonces sobre el enemigo como el rayo de la tormenta y destruid el edificio de la tiranía.” (Von Schiller, 1973: 90).

La última frase que dice el barón al borde de la muerte, de que: “... lo viejo cae, los tiempos cambian, y una nueva vida surgirá de las ruinas del pasado”, simple y llanamente es una verdad. Y todo por causa del auto-dinamismo de los fenómenos y las cosas, por el movimiento que genera el cambio, la transformación, la revolución. Lo único eterno es la materia en movimiento, ocupando un lugar en el espacio, en algún momento del tiempo.

Además de que los cambios, las rebeliones, las revoluciones, se realizan siempre cuando los seres humanos actúen, posiblemente no todos y de una sola vez, sino que se necesita un mínimo de personas ideológicamente claras y decididas, además de un mínimo de organización.

\*

Guillermo Tell, después de escaparse del bote, de las manos del poder, como conocía bien el terreno que pisaba, se dirige a una zona por donde, necesariamente, tendrá que pasar el Gobernador. Allí, en medio de los matorrales, se preparaba para lanzar *La flecha en el corazón* de la autoridad.

Mientras espera la llegada, pronuncia estas palabras de reproche dirigidas al Gobernador: “Yo vivía tranquilo; mi arma se dirigía solo contra animales del bosque, y mis pensamientos estaban limpios de toda idea de asesinato. Tú me has obligado a salir con terror de la paz en que vivía. El que ha tenido como blanco la cabeza de su propio hijo, puede igualmente disparar contra el corazón de su enemigo.” (Von Schiller, 1973: 92)

A cierta distancia de donde estaba escondido Tell, una mujer con sus pequeños hijos, también esperaba, con rabia, el paso del Gobernador. Ella se llamaba Armgarda. En esos momentos: “-Se oyeron de pronto gritos. El guardia Friesshardt descendía a toda prisa por el camino. -¡Que se aparten todos del camino! Mi digno señor, el Gobernador, viene inmediatamente detrás de mí.” (Von Schiller, 1973: 95)

Instantes después: “Gessler asomó a caballo, en el punto más alto del camino, seguido de Rodolfo el Herras. -Digáis lo que queráis -decía Gessler a Rodolfo, mientras descendían por el camino- yo soy un servidor del Emperador y trato de complacerle. No me envió a este país para halagar al pueblo y tratarlo con blandura. Él espera que se le obedezca. Se trata de saber si quien manda aquí es el aldeano o el Emperador.” (Von Schiller, 1973: 95)

En esos momentos: “Armgarda se cruzó delante del caballo de Gessler y se arrojó al piso gritando: -¡Misericordia, señor! ¡Compasión, compasión!” El Gobernador, sorprendido, le pregunta: “¿Por qué os atravesáis a mi paso en pleno camino? -rugió Gessler. -Atrás. -Mi marido está preso -dijo Armgarda. -Los pobres huérfanos piden pan a gritos... Piedad, noble señor; compadeced nuestra gran miseria. (Von Schiller, 1973: 95)

El Gobernador preguntó quién es ella. Quién es su marido. Ella le informó que ellos son una familia de simples trabajadores. Que ellos se ganaban la vida recogiendo y transportando heno de, y por, lugares agrestes. El ayudante del Gobernador le ordena que vaya a presentar su queja en el castillo. Ella no aceptó. Deseaba que la respuesta fuese allí mismo. Dijo que no se movería del camino mientras no le hicieran justicia.

Ante ese impase: “-¿Queréis emplear la violencia contra mí? -bramó Gessler. -Marchaos de aquí mujer o haré que mi caballo pase sobre tu cuerpo. Armgarda se agarró de las riendas del caballo del Gobernador y le dijo: -Yo no tengo nada que perder. No te marcharás de aquí, Gobernador, hasta que me hayas hecho justicia-. Soltando las riendas, se tendió con sus hijos en el suelo. -Anda, pisotea a estos pobres huérfanos -lo retó.-No será la peor de tus acciones.” (Von Schiller, 1973)

Rodolfo increpó a la mujer, le dijo que estaba loca. Que no había razón para hacer lo que estaba haciendo. Ella respondió que hacía tiempo que se cometían muchos abusos. Que lamentablemente ella era mujer, y que si fuera hombre, sabría hacer otras acciones antes que reclamar tirándose al suelo. El Gobernador, indagando, preguntó por sus sirvientes para que aparten a la mujer y sus hijos de su camino. Sostuvo que no deseaba hacer algo que después tenga que arrepentirse. Rodolfo le informó que los mencionados no llegarán porque “la torrentera está obstruida por una boda”.

La autoridad, muy ofuscada, dijo: “-Soy un amo demasiado suave para este pueblo -maldijo Gessler. Las lenguas están todavía desatadas; no está domado aún como conviene; pero esto cambiará, te lo prometo. Voy a quebrantarle esa terquedad. Haré que se doblegue ese temerario espíritu de libertad... Voy a dictar una nueva ley en el país... quiero... ¡Ah!... El Gobernador no alcanzó a explicar en qué consistía la nueva ley que pensaba dictar. Una flecha le atravesó el corazón y Gessler se derrumbó del caballo, sin que Rodolfo el Herras pudiera auxiliarlo. Armgarda observó atónita la escena, y cuando vio al Gobernador en el suelo, y la sangre que le brotaba del pecho, levantó a uno de sus hijos y le dijo: -¡Mirad, hijos míos, mirad cómo muere un tirano!” (Von Schiller, 1973: 97)

El origen del problema particular entre Tell y Gasler es conocido. El desenlace final de la historia, contada por Freidrich von Schiller, es lo suficientemente diáfana que nos esculpa de hacer mayores comentarios. De hacerlo significaría redundar en lo mismo o de lo contrario alterar el contenido de la narración.

\*

Posteriormente, viene el cuento titulado *Los hombres libres*. En él se narra la noticia de que Tell ha clavado la flecha en el corazón del Gobernador Gessler. La toma y el incendio del castillo de Sarnen. La captura del tirano Landenberg, quien ordenó terminar con los ojos del padre de Melchtal. El mismo que fue perdonado por el anciano ciego y con la promesa de que nunca más vuelva por esas tierras. De igual manera, la muerte del Rey a manos de su sobrino, el Duque Juan.

El libro *Guillermo Tell* se cierra con la historia titulada *El fraile y la boda*. En ésta se narra la visita de un hombre con hábito de fraile a la vivienda de Tell, luego se descubre que éste es el Duque Juan. Allí se encuentra con Tell, que regresa al hogar sin ballesta. Cuando le pregunta su hijo Guillermo dónde está su arma, él dice: “Y ya no la verás nunca. Se halla depositada en un lugar sagrado y ya no servirá para la caza.” (Von Schiller, 1973: 108)

Se reúnen los pueblerinos, los conocidos, los amigos y familiares de Tell para celebrar la liberación de los siervos, la acción contra el poder que tuvo en Guillermo Tell su principal personaje. La gente gritaba: “¡Viva Tell, el tirador y el libertador!”

Luego el narrador, en este párrafo, hace una remembranza de capital importancia. Lo transcribimos, no hacemos ningún comentario, en la medida que éstos estarían de más. Leamos: “Hace muchísimos años sucedió esta historia, y todavía se recuerda, como si fuera reciente, el día en que Guillermo Tell tumbó con un tiro de ballesta una manzana de la cabeza de su hijo, sin dañar uno solo de sus cabellos.”

Termina con esta advertencia: “Y nadie olvide, desde entonces, que siempre, en todo tiempo y lugar, habrá un Guillermo Tell, un hombre libre, dispuesto y resuelto a partir con una flecha infalible el corazón de los tiranos.” (Von Schiller, 1973: 111).

\*

Nosotros terminamos con Friedrich von Schiller recordando que su primera obra, *Los bandidos*, fue publicada cuando sólo tenía 21 años de edad y la flor de la rebeldía era fresca y lozana. En su última obra,

*Guillermo Tell*, que fue publicada cuando tenía 45 años, el jardín de la rebeldía se mantiene fresco y lozano. Esto demuestra que así como siempre habrá un Tell dispuesto a partir con su flecha el corazón de los tiranos, siempre habrá un von Schiller dispuesto a abrir conciencias con la flecha de su arte.

De igual manera, la tarea de destacar, en un mundo cosificado, mercantilizado, enajenado, alienado, el compromiso consecuente del artista, del esteta, del intelectual, con la justicia y la libertad, solo se consigue, como queda expuesto en el contenido de las dos obras aquí tratadas, a través del cambio, de la rebelión, de la revolución.

Mientras exista el mundo como un mundo injusto, cruel y criminal, siempre habrá seres humanos como algunos de *Los bandidos* y los de *Guillermo Tell* en la fantasía, y como Friedrich Von Schiller en la realidad, que bregaran por un mundo de justicia y de libertad.

## EL RUISEÑOR Y LA ROSA

OSCAR WILDE

Los escritos del autor que aquí nos ocupa están ambientados en distintos países del continente europeo: Inglaterra, Francia y España. Mientras que la historia que narra se desarrolla en los denominados tiempos modernos. Es decir, a partir del Siglo XV. En otras palabras, la etapa marcada por el modo capitalista de producción. Sistema que tiene a la burguesía como clase dominante. Ligado a ello, el predominio de la cultura de la modernidad. Finalmente, el reino de la razón, con su engendro extremo, el racionalismo, en el plano filosófico.

Comencemos con la historia titulada *El ruiseñor y la rosa*. Esta narra las tribulaciones de un joven estudiante. Él pretende bailar con la hija de un profesor. Aprovechar la ocasión para confesarle su amor. Ella acepta. Pero con una condición. Que él se presente al siguiente día, fecha de la fiesta, llevando una rosa roja para ella. La joven sabe que el estudiante sólo tiene rosas blancas en su rosal. Ella cree que le será imposible conseguir, para la reunión indicada, una rosa roja.

El estudiante sabe que es casi imposible conseguir lo que la joven pretende. Él se debate en medio de su impotencia. Al escuchar los lamentos del joven, de no poder complacer el pedido de la pretendida, un ruiseñor, que frecuentaba la ventana del estudiante, se conmueve de él. Promete ayudarlo para conseguir una rosa roja para el momento indicado.

El ruiseñor dialoga con el rosal para ver cómo se puede conseguir una rosa color carmesí. El rosal le sugiere una idea. El ave tendrá que incrustar su cuerpo en una de las espinas en una rama de la planta. La sangre del ruiseñor irá regando, así tiñendo, de a pocos, a una de las rosas blancas hasta transformarla en roja.

Él ave acepta. Hace lo sugerido. Tiempo después, al ver que la sangre no fluye con la rapidez requerida: "... el rosal le dijo al ruiseñor que apoyase con más fuerza su pecho contra la espina.

-¡Oprime más tu pecho contra la espina, ruiseñor -decía el rosal-, o llegará el día antes de que la rosa esté terminada!

Entonces el ruiseñor uniendo su pecho con más fuerza a la espina, entonó una melodía cada vez más vibrante; ahora cantaba a la pasión naciente en el seno de un joven y una doncella. Y un delicado rubor iba cubriendo los pétalos de la rosa, igual al rubor que sube a la cara del novio cuando besa los labios de su desposada. Pero la espina aún no había llegado a su corazón, así que la corola de la rosa permanecía blanca, porque solamente la sangre del corazón de un ruiseñor puede encender el corazón de una rosa.

Y el rosal decía al ruiseñor: -¡Oprime más, pequeño ruiseñor; o llegará el día antes de que la rosa esté terminada!

Entonces el ruiseñor, uniendo con todas sus fuerzas su pequeño pecho contra la espina, hizo que ésta hiriese su corazón, y el cruel espasmo del dolor lo atravesó. Terrible, terrible era el dolor mientras el canto crecía alocado, más cantal a sonoro, porque ahora cantaba del amor perfeccionado por la muerte; del amor que no termina en la tumba. Y la rosa magnífica se tornó roja, como las rosas de Oriente. Rojos eran los pétalos que la circundaban, y rojo como el rubí era su corazón. Pero la voz del ruiseñor iba apagándose, y sus alas comenzaron a vibrar, y



un velo le cubrió los ojos. Su canto era cada vez más débil, algo estrangulaba su garganta.

Entonces lanzó un último trino musical. La pálida Luna, al oírlo, olvidándose de la aurora, estuvo vagando por los cielos. La rosa roja, al escucharlo, se estremeció en éxtasis, desplegando sus pétalos al aire fresco del amanecer. El eco lo fue llevando hasta la caverna oscura de las colinas, y despertó de sus sueños a los pastores. Fue flotando entre los cañaverales del río, y ellos hicieron llegar su mensaje al mar.

¡Mira, mira! -gritó el rosal-, ya está terminada la rosa.

Pero el ruiseñor ya no podía contestar. Estaba muerto sobre la crecida hierba, con una espina clavada en el corazón. Y al mediodía el estudiante, abriendo su ventana, miró afuera.

-¡Cómo... qué suerte maravillosa! -exclamó-. ¡Hay una rosa roja! Nunca había visto rosa como ésta en toda mi vida...

E inclinándose, la cortó. Enseguida, poniéndose el sombrero, fue corriendo a casa del profesor con la rosa en la mano. La hija del profesor estaba sentada en el umbral de su casa devanando seda azul en la rueca y su perro descansaba a sus pies.

-Me dijiste que bailarías conmigo, si te obsequiaba una rosa roja -dijo el estudiante- Aquí tienes la rosa más roja de todo el mundo. La lucirás esta noche junto a tu corazón, y mientras bailamos juntos, ella te dirá lo mucho que te amo.

Pero la muchacha hizo un gesto desdeñoso.

-Temo que no va a hacer juego con mi vestido, y además el sobrino del chambelán me ha obsequiado unas joyas finísimas, y todo el mundo sabe que las joyas cuestan más que las flores.” (Wilde, 1985: 23 y 24).

\*

Como el contenido de la historia es diáfana, nosotros deseamos transcribir algunas frases, de profunda reflexión humana, de honda cavilación espiritual, que el autor entreteje al interior de la historia narrada.

Sobre el tema del amor, el empedernido amante Wilde, escribe: “Ciertamente el amor es algo maravilloso. Es más valioso que las esmeraldas, y más precioso que los finos ópalos. Ni las perlas ni los granates pueden comprarlo, porque no está en venta en los mercados. No puede adquirirse con los traficantes, ni pesarse en una balanza como el oro.” (Wilde, 1985: 18).

Algunas páginas después, nuevamente, sobre el amor. Ahora pone en la boca del joven decepcionado, la otra cara del arte de Eros: “¡Qué cosa más tonta es el amor! -dijo el estudiante alejándose-. No tiene la mitad de utilidad que tiene la Lógica; porque no demuestra nada, y siempre nos habla de lo irrealizable, y nos hace creer en cosas que no existen. Verdaderamente es un sentimiento impráctico; y como en estos tiempos el ser práctico lo es todo, volveré a la Filosofía, y estudiaré Metafísica.” (Wilde, 1985: 24).

En este par de citas están expuestas las dos concepciones extremas sobre el amor. La primera evidencia que el amor es hijo del sentimiento. Que el amor es nieto de la ilusión. El amor tiñe todos los colores, expresa todas las formas, concentra todas las medidas. En él, son las palpitations del corazón quienes mandan. Es la savia incontrolada que recorre la piel sin prisa y sin pausa. Mientras que la lógica, la filosofía, etc., tiene como dínamo la razón, como base el pensamiento, como fuente el cerebro. Los puntos donde convergen, estas dos fuerzas tensionadas, es algo parecido a oro en polvo cuando sopla el viento. No obstante están allí, en contradictoria-armonía. En una frase, son los encantos-desencantos del alma.

Sobre el acápito del arte, los artistas, en este caso sobre el ruiseñor que en un momento canta, canta, y canta, por cantar, el esteta escribe: “En realidad, es igual a la mayoría de los artistas; todo en él es estilo y forma, sin sinceridad. No se sacrificaría por otros. No piensa más que en la música, y todo mundo sabe que las artes se caracterizan por su egoísmo. No obstante, hay que reconocer que emite algunas notas preciosas en su canto. Qué lástima que no signifiquen nada, o se conviertan en algo bueno y práctico.” (Wilde, 1985: 21).

La vieja polémica entre el arte por el arte, en este caso el canto por el canto, en contraposición al arte comprometido con el claroscuro de

la condición humana, con los vaivenes de la vida concreta, está puesta en cuestión por un esteta de la talla de Wilde. Como se puede inferir del párrafo escrito, él toma partido por el arte comprometido con la vida contingente-trascendente.

Es menester decir que el primer cuento, que da título a la colección de historias cortas que analizamos, se puede sintetizar diciendo que, en gran medida, es sinónimo de desengaño. En principio, sólo amoroso, luego, decepción general. En la narración, la limpieza, encarnada en la bondad de los animales, hasta de las plantas, es manchada por el sucio egoísmo humano-personal.

Hay que entender que se vivían los tiempos donde “el tener” ha ganado la batalla a “el ser”. La mugre del precio ha bastardeado la limpieza del valor. Los tiempos caballerescos han sido tramontados. Lo realmente humano aún no se podía avizorar. Estos tiempos presentes están medidos por el dinero, pesados por el egoísmo, marcados por el individualismo.

\*

El cuento titulado *El cohete famoso* trata de la boda de un Príncipe inglés con una Princesa rusa. Con este motivo hay una serie de actividades, dignas de su alcurnia. Entre ellas, la magia de los juegos artificiales no podía estar ausente. Wilde destaca, entre estos últimos, a ciertos personajes dignos de mención. El buscapiés chino, la candela romana, la luz de bengala, el globo de fuego, la estrella, la rueda catalina, las antorchas encendidas. Algo distanciado de la primera escena, otros personajes como las azucenas blancas, las amapolas rojas. Finalmente la libélula, el pato blanco y los gansos.

En esa constelación de figuras aparece el centro de los centros. El excelente de las excelencias, el pavo real de los pavos reales. Su nombre, *El cohete famoso*. Todos los anteriormente nombrados cumplen modestamente su función. Con excepción del personaje de los personajes. Antes de entrar en acción, ante la expectativa general, *El cohete famoso* hace público sus abolengos: “Mi padre fue famoso como yo, y de origen francés. Voló tan alto, que temieron no volviera a bajar. Bajó, sin embargo, pues era de un carácter muy bondadoso, e hizo un

descenso brillantísimo, en medio de una lluvia de oro.” (Wilde, 1985: 45).

En otro momento, el mejor de los mejores, expone una de sus grandes virtudes: “A mí me gusta oírme mucho. Es uno de mis mayores placeres. A menudo sostengo largas conversaciones conmigo mismo, y tal es mi talento, que, a veces, no entiendo ni una palabra de lo que digo.” (Wilde, 1985: 52)

Al sentir las manifestaciones de reticencia que viene de sus humildes parientes y conocidos, *El cohete famoso* sostiene: “De todos modos me tiene sin cuidado. Un genio como el mío, tarde o temprano seguro que será apreciado.” (Wilde, 1985: 53).

Al fin y al cabo llega el momento estelar para que la familia pirotécnica muestre sus habilidades. Todos, con excepción del más grande de los grandes, realizan cumplidamente su función. El narrador informa sobre el famoso personaje, sobre los demás, lo siguiente: “Lo mejor que había en él era la pólvora, y ésta se hallaba tan mojada debido a las lágrimas que no servía para nada. En cambio, todos sus parientes pobres, a los que nunca hablaba sino con una sonrisa despectiva, germinaron en el cielo como maravillosas flores doradas con pétalos de fuego.” (Wilde, 1985: 50).

Naturalmente que *El cohete famoso* intentó salir al aire. Lo consigue. Pero enseguida se precipitó lentamente y termina “... hundiéndose un poco más en el fango, empezaba a reflexionar en la belleza del genio, cuando de repente dos chiquillos con blusas blancas llegaron al borde de la cuneta con un caldero y unos leños.

-Ésta debe ser la comisión -dijo el cohete. Y adoptó una digna compostura.

-¡Oh! -gritó uno de ellos-. Mira este palo viejo. ¡Qué raro es que haya venido a parar aquí! Y sacó el cohete de la cuneta.

-¡Palo viejo! -refunfuñó el cohete-. ¡Imposible! Habrá querido decir palo precioso. Palo precioso es un cumplido. Me toma por un personaje de la corte.

-¡Echémosle al fuego! -dijo el otro muchacho-. Así ayudará a que hierva la caldera. Amontonaron los leños, colocaron el cohete sobre ellos y prendieron fuego.

-¡Magnífico! -gritó el cohete-. Me colocan a plena luz. Así todos me verán.

-¡Ahora vamos a dormir! -dijeron los niños-, y cuando nos despertemos estará ya hirviendo la caldera. Y acostándose sobre la hierba cerraron los ojos. El cohete estaba muy húmedo. Pasó un buen rato antes de que ardiese. Sin embargo, al fin, prendió el fuego en él.

-¡Ahora voy a partir! -gritaba. Y se erguía y se estiraba. -Sé que voy a subir más alto que las estrellas, más alto que la luna, más alto que el sol. Subiré tan arriba que... ¡Fisss! ¡Fisss! ¡Fisss! y se elevó en el aire.

-¡Delicioso! -gritaba-. Seguiré subiendo así siempre. ¡Qué éxito tengo! Pero nadie lo veía. Entonces comenzó a sentir una extraña impresión de hormigqueo.

-¡Voy a estallar! -gritaba. Incendiaré el mundo entero y haré tanto ruido, que no se hablará de otra cosa en un año. Y, en efecto, estalló. - ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! -hizo la pólvora. La pólvora no podía hacer otra cosa. Pero nadie oyó, ni siquiera los dos muchachos que dormían profundamente. No quedó del cohete más que el palo que cayó sobre la espalda de un ganso que daba su paseo alrededor de la zanja. ¡Cielos! - exclamó-. ¡Ahora llueven palos! Y se tiró al agua. -¡Me parece que he causado una gran sensación! -musitó el cohete. Y expiró.” (Wilde, 1985: 56).

\*

De igual manera, como en las historias anteriores, deseamos subrayar algunas enseñanzas que el autor vierte en la trama de la narración. Sobre los viajes, de cualquier naturaleza, dice: “¡Cuánto me alegro de haber viajado! Los viajes educan el espíritu, y acaban con todos los prejuicios.” (Wilde, 1985: 43)

Al común de los viajeros, el horizonte se les amplía. El corazón se les sensibiliza. El alma se les dilata. El mundo se les hace más grande.

El tiempo se prolonga en las tres dimensiones. Normalmente, los viajeros logran tener un sentido más humano de la vida. El riesgo dulce-amargo del aventurero gana la partida al amargo-dulce del sedentario.

Nuevamente sobre el amor. Ahora sobre la banalización del “... hijo de la libertad”, refiriéndose al rol de los poetas, Wilde escribe: “Todo lugar que nosotros amamos es el mundo (...); pero el amor no está ya de moda; los poetas lo han matado. Escribieron tanto sobre él, que nadie ya les creyó; y no me extraña. El verdadero amor sufre y calla.” (Wilde, 1985: 43).

Finalmente. Una frase muy común en el control ideológico de la población, común a políticos, sofistas y demagogos; trabajada, especialmente en los tiempos actuales, por psicólogos de masas, Wilde lo formula así: “Era como una de esas personas que creen que, a fuerza de repetir la misma cosa muchas veces, acaba por ser verdad.” (Wilde 1985: 44).

\*

Con diferencias más o diferencias menos, la misma tónica narrada en *El cohete famoso* es la que domina el cuento *El cumpleaños de la Infanta*. Cuenta que la niña no podía salir a pasear libremente por donde ella deseaba. En recompensa le estaba permitido reunir a niños en unos de los ambientes del palacio para que la diviertan. Entre estos últimos, en una ocasión, llegó un enanito deforme que se convirtió, rápidamente, en el hazmerreír favorito de la Infanta española.

Como recompensa por sus malabarismos en el baile, la gracia que despedía su rostro, ella le regala una flor blanca. Él se ilusionó. Piensa que ella está interesada en él. Conserva la flor como el tesoro máspreciado. Estaba equivocado de extremo a extremo. Sólo era una acción, como muchas, de la Infanta.

Para la hija de la nobleza, los demás niños no eran seres humanos con alma, con sentimientos, con corazón. Eran sólo juguetes para su diversión. Eran figuras para su gozo. Objetos para su entretenimiento. Con esos “juguetes” evitaba el aburrimiento. Lo último se evidencia cuando el chambelán le informa que el enanito ya no puede bailar como lo hacía hasta entonces para ella. La razón es “Porque su corazón se ha

roto...”. La Infanta termina la historia con esta orden a su subordinado: “-De aquí en adelante, que los que vengan a jugar conmigo no tengan corazón.” (Wilde, 1985: 81).

La cosificación humana está claramente evidenciada. En la mayoría de los casos, ha degenerado el alma. Los humanos han perdido todos sus valores trascendentales. Han perdido todas sus capacidades espirituales. Han sido transformados en objetos de diversión. En figurines de gozo. Cuando no, en potaje exquisito, para el banquete de la morbosidad.

En estos últimos tiempos, los artistas de cine, los cantantes, los deportistas, los literatos, cumplen puntualmente el rol del “enanito deforme” en la historia comentada por Wilde. Cuando ya no sirven, directamente, al basurero. La fábrica de banalización humana tiene cientos de figurines prestos a entrar en escena.

\*

En esa misma dirección se desarrolla el cuento titulado *El niño estrella*. Éste era el chico más hermoso, físicamente, de toda la aldea y sus alrededores. Fue encontrado por un leñador en un bosque envuelto en un paño de oro. Por su belleza y resplandor, el infante creía ser hijo de una estrella. Con ese derecho, que creía tener, humillaba a los pobres. Despreciaba a los humildes. Inclusive maltrató terriblemente a su madre por ser pobre, estar sucia y andar mendigando por las calles de la ciudad.

Consecuencia de su vanidad, de su perversidad, por esas cosas raras de la vida, se transforma físicamente en algo parecido a un sapo o muy cercano a una víbora. En esa condición vagabundea por bosques, aldeas, pueblos y ciudades. Nadie deseaba jugar o tratar con él.

Como no puede ser de otra manera, en un mundo moldeado bajo determinadas normas “éticas”, orientado por reglas estéticas, todos lo despreciaban. Su tormento es muy grande. Además de ser maltratado por su condición, despreciado por su aspecto, su mal se acentúa cuando es comprado, en calidad de esclavo, por un mago.

En esas condiciones es cuando siente que los tormentos de la vida lo azotan en cuerpo desnudo. Ella le enseña que nunca se debe perder la sonrisa de la bondad. Le mostraba que la mano debe estar siempre abierta para todos. Es por ello que en las puertas de una ciudad socorre a un leproso mendigo. Le obsequia monedas de oro que eran de su amo. Acción que implicaba seguir manteniendo su condición de esclavo. En medio de esta nueva experiencia de vida aprendió y repitió este principio: “Tu miseria es mayor que la mía.” (Wilde, 1985: 100)

Después de muchos sinsabores, uno de esos días, en la puerta del palacio de la ciudad, de regreso a informar a su dueño de la tarea encomendada, todos los soldados lo saludan con elevado respeto. Él cree que se están burlando. Uno de los oficiales le dice que no. Ante esta respuesta: “... el niño estrella se miró, y he aquí que su rostro era como había sido, y su belleza había vuelto a él, y veía en sus ojos lo que no había visto antes.” (Wilde, 1985: 101).

En esa nueva situación, con el corazón blando, el espíritu humilde, buscó con prisa, sin pausa, a su madre entre bosques, paramos y ciudades. Alguien le indica que en un lugar de la ciudad está la vieja mendiga acompañada del leproso que él había socorrido días antes. Cuando la encontró, se arrodilló a sus pies y le dice: “-¡Madre, yo te renegué en los días de mi soberbia! ¡Acógeme en los días de mi humildad! ¡Madre, yo te di odio! ¡Dame, tú, amor! ¡Madre, yo te rechace! ¡Recibe a tu hijo ahora!

Pero la mendiga no contestó palabra. Y él tendió las manos, abrazó los blancos pies del leproso, y le dijo: -¡Tres veces te di mi compasión! ¡Ruega a mi madre que me hable una vez siquiera! Pero el leproso no contestó palabra. Y él sollozó de nuevo, y dijo: -¡Madre, mi dolor es superior a mis fuerzas! Dame tu perdón, y déjame volver al bosque.

Entonces la mendiga le puso la mano sobre la cabeza, y le dijo: ¡Levántate!, y el leproso, con igual gesto le dijo también: ¡Levántate! Él se puso de pie, y los miró. Y he aquí que los dos eran semejantes a un rey y una reina. Y la reina le dijo: -Éste es tu padre, al que socorríste. Y el rey le dijo: -Ésta es tu madre, cuyos pies lavaste con tus lágrimas.” (Wilde, 1985: 102)



Como corolario de los últimos tres cuentos aquí comentados, debemos decir, una vez más, que la arrogancia es mala consejera en la vida. Que los espíritus altaneros casi siempre terminan en la antípoda de lo que pretenden ser. Sin duda la ley de la compensación, con sus altos y sus bajos, está allí cumplidamente presente.

\*

Finalizamos esta parte del trabajo dedicado a las historias cortas de Oscar Wilde, recogidos en el título *El ruiseñor y la rosa*, con el cuento *La esfinge sin enigma*. Es menester puntualizar tres hechos antes de adentrarnos en esta historia, propiamente dicho. 1.- Wilde exterioriza algunos datos para evidenciar que lo narrado fue escrito en una de sus estancias en París. La utilización de varios galicismos es uno de ellos. 2.- La historia tiene marcados ribetes autobiográficos. La mención al amigo de Oxford donde vivió y *El café Paix* que frecuentó, así lo evidencian. 3.- El contenido de la historia es un rosario de suposiciones que entrelazadas dan origen a oscuras obsesiones. Al final de cuentas, estos juegos mentales no pasan de ser soliloquios. Es decir, esa actitud confusa, de tomar las ideas por hechos y los hechos por ideas muy común en los fantasiosos.

Los personajes estelares son dos. Gerald Murchison y lady Alroy. El magma es la obsesión de parte de él y la “intriga” por parte de ella. El narrador se encuentra con una de las principales figuras de la historia de manera casual. En *El café Paix*. Allí, el primero, escucha la historia de boca de su viejo amigo Gerald. Él percibe que Murchison está bastante afligido. El narrador sospecha que el motivo es una mujer. Pide que confirme o deseche la suposición.

Gerald toma todas las providencias del caso antes de proceder a relatar su preocupación. Cuando los dos están a cierta distancia del lugar del encuentro original, Murchison “... sacó un breve estuche forrado de tafilete, con cierres de plata, y me tendió. Como es natural, lo abrí. Dentro había una fotografía de una mujer. Una mujer alta y esbelta, y extrañamente pintoresca, con sus ojos anchos y vagarosos y el cabello suelto. Su aspecto era el de una clarividente y ricas pieles la cubrían por entero.” (Wilde, 1975: 204)

Ante la pregunta de Murchison: “¿Qué te parece ese rostro?” El narrador responde: “Me parecía el rostro de una persona que tuviese un secreto que ocultar; pero si este secreto era bueno o maligno, es cosa que no me era posible adivinar. Su belleza era una belleza fraguada de misterios diversos (belleza, en realidad, más bien psicológica que plástica), y la tenue sonrisa que animaba en aquel momento sus labios era demasiado sutil para ser realmente dulce.” (Wilde, 1985: 205)

Gerald informa que la conoció en la calle. En un momento de congestión vehicular. Ella estaba viajando en un coche. Desde la primera mirada su rostro le fascinó. La impresión fue de tal magnitud que se quedó, la figura de la dama, estampada en su memoria. Consecuentemente, comenzó a buscarla. Con la obsesión dueña de su cuerpo regresa, nuevamente, a la calle donde la había visto por primera vez. Al no encontrarla, comienza a dudar. En un momento dado creyó que no había sido realidad. Pensó que sólo había sido un sueño. (5)

Una semana después, Gerald Murchison fue invitado a cenar en la residencia de una antigua amiga, Madame Rastail. De pronto llegó una visita más. Es una elegante, atractiva, dama. Para la sorpresa del caballero, ella era lady Alroy.

Después de la bienvenida de ley. Propia de los círculos sociales medios que imitan a la aristocracia, le toca sentarse a la diestra de la recién llegada. Algunos minutos después, él le dice: “Me parece que la vi a usted la otra noche en Bond Street, lady Alroy’. Pero ella se puso muy pálida, y me dijo en voz queda: ¡`Por favor! No hable usted tan alto; pueden oírle’” (Wilde, 1985: 206)

Ella es muy recatada en el hablar. Su voz es apagada. En compensación es muy armoniosa. Él le preguntó si podría ir a visitarla a su casa. Ella, con mucho disimulo, en voz tenue, le contestó afirmativamente. Mañana. Un cuarto para las cinco de la tarde, fue el día, la hora, acordada. Un momento después, la dama se marchó.

Preguntó, después Gerald, a madame Rastail sobre la recién ausente. Lo único que le informa es que lady Alroy era una viuda adinerada. Que vivía en el barrio de Park Lane, uno de los más elegantes de la ciudad.

Al día siguiente, a la hora convenida, él fue a la casa indicada. Cuando llegó, le comunicaron que ella acaba de salir. Confundido, sobre todo obsesionado, él escribe una carta pidiendo nuevamente una cita. Ella responde después de unos días, diciendo que sí. Señala día y hora. En la reunión, ella le pide que no le vuelva a escribir a esa dirección. Le da otra adonde puede hacerlo.

La pareja se vio algunas veces más. El misterio, la intriga, la obsesión, no sólo se mantenía sino que se acrecentaba en la vida de Gerald. Él se imaginaba muchas cosas respecto a ella. De mosquitos hacía elefantes. De elefantes hacía mariposas. Es por ello que Murchison, refiriéndose a lady Alroy, dice: "... era como uno de esos cristales que vemos en los museos, tan pronto transparentes, tan pronto turbios." (Wilde, 1985: 208)

Al final de cuentas, como no puede más con el misterio, con la intriga, con la obsesión, decide pedirle que se case con él. Ella acepta. Él confiesa: "La verdad es que estaba locamente enamorado de ella, pese a todo aquel misterio..., o a causa de él, mejor dicho; ahora lo veo con claridad. Pero, no; era ella misma a quien yo quería. El misterio no hacía sino turbarme, enloquecerme." (Wilde, 1985: 208)

Unos días después, caminando por otro barrio desconocido, de calles muy estrechas, Gerald recuerda: "... veo delante de mí a lady Alroy, el rostro cubierto por una velillo muy tupido y caminando todo lo de prisa que le era posible. Al llegar a la última casa del callejón, subió las escaleras que conducían a la puerta y, sacando una llave, la abrió, y cerró tras sí. '¡He aquí el misterio!', pensé, examinando exactamente la casa. Parecía una especie de pensión o, mejor dicho, de casa que alquilan habitaciones. Sobre el umbral de la puerta, yacía el pañuelo de ella, que sin duda había dejado caer inadvertidamente. Lo recogí y me lo guardé en el bolsillo." (Wilde, 1985: 208 y 209)

La brasa de la obsesión aumentaba la crepitación de su cuerpo. El peso de la intriga lo aplastaba. El frío del miedo lo congelaba. Todo por el desenfrenado amor que le tenía. Él cree que ella ha tomado esa habitación para sus libertinos encuentros amorosos. ¡Ése era el gran misterio de lady Alroy!

En un encuentro, en la elegante residencia, él le entrega el pañuelo que se le había caído en la calle Cumnor, a la entrada de la vivienda “clandestina”. Para ella, eso era señal de que él la perseguía, que él la espiaba, que él la controlaba. Acción que molestó sobremanera a la dama.

Con la obsesión de la vivienda que lo consumía, en otro encuentro, él le dice: “‘Había venido a pedirle que fuera mi esposa’. Ella escondió el rostro entre las manos y rompió a llorar. ‘Es preciso que usted me explique’, añadí. Pero ella se puso de pie y, mirando cara a cara, dijo: ‘No tengo nada que explicar lord Murchison’ ‘¿Usted ha ido a encontrarse allí con alguien! -exclamé- ¡Ése es todo el misterio!’ Ella se puso muy pálida y dijo ‘No he ido a encontrarme con nadie’ ‘¿Entonces, no me quiere decir usted la verdad?’, exclamé. ‘Ya se lo he dicho a usted, insistió ella. Yo me sentí como loco desesperado; no sé bien lo que dije; pero si sé que le dije cosas terribles.” (Wilde, 1985: 209)

Después de algunos días, ella le envió una carta. Él, lleno de furia, devolvió la misiva sin abrirla. Luego se marchó de viaje a Noruega. Después de un mes regresa y encuentra una noticia, en el *Norning Post*, se informaba que lady Alroy había muerto.

Él se dirigió a la vivienda donde la dama, según él, se encontraba con sus amantes. Preguntó a la dueña por una vivienda libre. La mujer respondió que la única que quedaba era de una dama que hacía tres meses que no venía. Ella respondía al nombre de lady Alroy. Gerald le informó que lady Alroy había muerto. La mujer, de la especie de pensión, se lamentó mucho.

Murchison indagó qué hacía la mujer allí. Ella le informó que no recibía visitas. Que siempre estaba sola. Él, algo exaltado, insiste: “‘¿Y qué demonios entonces venía hacer aquí?’, exclamé. ‘Pues nada; a sentarse en el gabinete, a leer un rato y, alguna que otra vez, tomar una taza de café, insistió la mujer. Sin saber qué más decir, le di una buena propina y me fui.” (Wilde, 1985: 210)

Gerald Murchison, luego de terminar de contar la historia al narrador, le pregunta qué cree él. ¿Será verdad o será mentira, lo que la

mujer de la pensión le dijo? El narrador responde: “-Mi querido Gerald -contesté-, lady Alroy tenía, simplemente, la manía del misterio. Tomó aquella habitación por el gusto de ir allí a hurtadillas, imaginándose la heroína de una novela. Tenía la pasión de la clandestinidad; pero en realidad no era sino una esfinge... sin enigma.” (Wilde, 1985: 211)

\*

Subrayemos algunas señales que se pueden deducir de la historia en cuestión. Comencemos con esta generalización del narrador respecto al género femenino. Ella reza: “... las mujeres han sido hechas para quererlas, no para comprenderlas.” (Wilde, 1985: 204)

Claro, como figura literaria, tomando en cuenta el tiempo y el contexto, se puede explicar. Pero si deseamos ser rigurosos con lo anunciado, la dicotomía es una manifestación evidente del machismo del narrador. El amor pasa por el corazón. El comprender, por el cerebro. Que una de ellas predomine no implica que sean acciones antitéticas.

Luego vemos la acción del personaje central en la pluma del narrado. Él se da la libertad de seguirla, de controlarla, de espiarla. Finalmente cree que casándose con la dama, la mujer será algo parecido a su propiedad privada. La razón para todo ello es su “gran amor” hacia ella. Una vez más recordemos: “El amor es el hijo de la libertad.” Lo demás es obsesión, es enfermedad.

Ante la mirada del narrador, del narrado, lady Alroy hace un juego oscuro con el malabarismo de la intriga. La dama se desplaza sigilosamente por los recovecos del misterio. Se insinúa que, posiblemente, así eleva su importancia. Que su aura se agiganta. Pero no necesariamente es así. Cabe la posibilidad de que sus movimientos los hacía sin pensar. Sus desplazamientos, sin premeditarlos. Era su modo natural de vivir.

El problema es que el narrado y el narrador lo interpretan en esa dirección. Lo dicho se corona cuando, uno de ellos, termina diciendo “La esfinge no tenía enigma”. La verdad de las verdades es que son los otros quienes leen. Son los otros quienes nombran. Son los otros quienes califican. Ellos son los que construyen la verdad en la medida

que ellos tienen el poder del logos. Nos ha llegado su verdad, que no necesariamente es la verdad.

En este nivel de la para-semiólogía, en el plano de las representaciones, en el mundo de la simbología, en el mar de las figuras, no se puede ser tan contundente como en otras esferas del conocimiento humano. Pensamos en las ciencias naturales. Es posible, sin proponerse, que la dama, para la mirada del narrado es un enigma que no tiene clave. Mientras que para la mirada del autor sólo tenía "... la pasión de la clandestinidad".

## EL ALMA DEL HOMBRE BAJO EL SOCIALISMO

OSCAR WILDE

Para comenzar esta última parte del segundo capítulo de nuestra investigación, es pertinente subrayar algunas características centrales del trabajo de Oscar Wilde que aquí nos ocupa. En primer lugar, su contenido tiene un acento eminentemente filosófico-político. Los tópicos abordados tienen una profundidad digna de los más lúcidos tratados sobre las dos materias mencionadas. Es una exposición donde las ideas, los pensamientos, las afirmaciones, están concatenadas unas con otras, es por ello que no es menester recurrir a menciones extras, a aclaraciones posteriores, a referencias marginales. El texto lo explica y lo sintetiza todo.

En segundo lugar, el cambio. Oscar Wilde es contundente al afirmar: "Lo único que uno realmente sabe acerca de la naturaleza humana es que ésta cambia. El cambio es la única cualidad que podemos afirmar en ella. Los sistemas que fallan son aquellos que se basan en la inmutabilidad de la naturaleza humana en lugar de hacerlo en su crecimiento y desarrollo." (Wilde, 1975: 60)

En tercer lugar, partiendo de una realidad muy concreta-cambiante, la idea central es una propuesta hacia el futuro en el plano espiritual. En sus páginas encontramos la rebeldía social, hermanada con la utopía colectiva, que sustantivadas terminan poniendo las bases

para el socialismo. Sistema que tendrá un componente clave en el colectivismo. Idea que no anula, de ninguna manera, la importancia de la individualidad. En esta conjunción lo dado se da la mano con lo deseado. La justicia camina, hombro a hombro, con la libertad.

En cuarto lugar, la pulcritud literaria, en la exposición de los temas, es sencillamente brillante. La palabra justa da colorido al texto. El adjetivo adecuado da esplendor a la descripción.

No soslayemos, el folleto comentado fue escrito por un esteta, por un artista comprometido con la belleza de la palabra, comprometido con los más altos anhelos sociales, comprometido con las más hondas aspiraciones humanas. Como él lo dice, comprometido con lo más grande: "... con la alegría de vivir."

\*

El tema con el cual comienza Oscar Wilde su exposición es uno de los más discutidos al interior de los especialistas en el transcurso de la sociedad humana, desde que ésta se dividió en clases sociales. Nos referimos a la propiedad privada. Como es conocido, este concepto, siendo evidente su origen, diáfano su desarrollo, es la fuente central que ha generado, genera, enfrentamientos, en todos los niveles de la existencia humana, a lo largo de la historia que conocemos. Por sus consecuencias es el tema que mayor preocupación ha causado al quehacer reflexivo de humanistas y científicos sociales.

Para evitar malos entendidos, vinculaciones con el pasadismo, el romanticismo, el milenarismo, hay que puntualizar lo siguiente: La propiedad privada apareció, lugares-tiempos no precisados, por necesidad, primero, por voluntad, después, del desarrollo de la historia humana. Ella ha desempeñado un rol capital en la evolución de la misma. Como lógica consecuencia, nuevamente por necesidad-libre albedrío, tendrá que desaparecer en algún momento de la evolución social.

En los últimos siglos, con la proliferación de la propiedad privada, ha demostrado que su razón de existir ha dejado de tener importancia en el desarrollo de la humanidad. Más, por el contrario, es una rémora muy pesada que entraba la libre evolución de la misma. En esa situación

se convierte en fuente de un sinnúmero de males, no sólo económicos, también sociales y naturalmente espirituales.

Hecha esta aclaración, apuntemos que a fines del Siglo XIX, Wilde comprendió cabalmente el carácter del tema aquí tratado. En plena concordancia con la idea expuesta en el párrafo anterior, afirma: “En realidad, la propiedad privada es una calamidad.” Algunas líneas después, insiste: “La propiedad privada tiene obligaciones y tiene tantas, que poseer propiedades resulta una carga. Genera constantes reclamaciones, interminable atención a los negocios, perpetuos malestares. Si la propiedad privada sólo ofreciera placeres, la podríamos soportar; pero sus obligaciones la hacen insoportable. En el propio interés de los ricos, debemos desembarazarnos de ella. Las virtudes de los pobres pueden reconocerse fácilmente, y mucho deben lamentarse.” (Wilde, 1975: 10)

Luego vuelve a los desventurados, en contraposición a los que han logrado “elegir la esfera de la actividad que realmente se aviene a su personalidad”, como él lo llama, escribe: “Hay en cambio mucha gente que, sin propiedad privada y estando siempre al borde del hambre, se ve obligada a hacer el trabajo de bestias de carga, tareas que nada tienen que ver con ellos y a las cuales se ven forzados por la perentoria, irracional, degradante tiranía de la necesidad. Éstos son los pobres; no hay gracia en sus maneras ni en sus palabras, ni educación, cultura o refinamiento en sus placeres, ni gozo por la vida. La humanidad se beneficia en prosperidad material, con el aporte de su fuerza colectiva. Pero solamente el aspecto material es el que se beneficia; y el hombre que es pobre, en sí mismo no tiene absolutamente ninguna importancia. Es meramente el átomo infinitesimal de una fuerza que, en lugar de tomarlo en cuenta, lo destroza; en realidad, lo prefiere destrozado, ya que de esta forma es mucho más obediente.” (Wilde, 1975: 11)

De lo expuesto, deseamos comentar que la abolición de la propiedad privada en el futuro, no sólo será en favor de las clases explotadas como algunos personajes muy a la ligera piensan. Por el contrario será, también, en favor de las clases explotadoras, como Wilde, en coincidencia con otros estudiosos, lo argumenta. La fórmula es simple. Los explotadores no pueden existir sin los explotados. Ellos



son las dos caras de una misma moneda. La abolición de la propiedad privada, razón de las diferencias, redundará en beneficio de la humanidad en su conjunto.

Las clases sociales, sus luchas, donde y cuando han aparecido, son el resultado de la propiedad privada. En el proceso de producción-reproducción se da esa relación entre estos dos aspectos de esta unidad contradictoria. Unos en calidad de explotados. Los otros en calidad de explotadores. En ese proceso, la enajenación es mutua. Con la diferencia de que unos se enajenan hasta la estupidez por carencia de medios, de tiempo y energía para disfrutar de los placeres de la vida. Los otros se enajenan hasta el paroxismo por abundancia de medios, de tiempo y sobrecarga de energía en el disfrute del placer que el poder les otorga.

En las páginas siguientes, vuelve el autor sobre el concepto de propiedad privada. Anotemos algunas otras manifestaciones de sus consecuencias, ahora, en el nivel de la interiorización ideológica, él dice: “Puedo comprender a aquel hombre que acepta las leyes que protegen la propiedad privada, admitiendo que ésta se acumule, en tanto él mismo, bajo estas circunstancias, esté en condiciones de realizar alguna forma de vida hermosa e intelectual. Pero no puedo comprender que aquel a quien esas leyes destrozan y hacen horrible la vida, pueda estar de acuerdo con que las mismas continúen.” (Wilde, 1975: 14)

La existencia de algo que trasciende la individualidad es denominada con los verbos posesivos: lo mío-lo tuyo. En el nivel psico-filosófico, entran a tallar los conceptos de: ser-tener. Leamos cómo Wilde conceptúa estos dos últimos: “Pues el reconocimiento de la propiedad privada ha dañado realmente a la individualidad, y lo ha oscurecido, confundiendo al hombre con lo que él posee. Ha desviado totalmente a la individualidad. Ha hecho su finalidad de las ganancias, y no del desarrollo. De manera que el hombre creyó que lo importante es tener, y no supo que lo importante es ser. La verdadera perfección del hombre reside, no en lo que el hombre tiene sino en lo que el hombre es.” (Wilde, 1975: 18)

La necesidad de poseer cosas, la angustia de adquirir productos, el sentido de acumular mercancías, implica simple y llanamente la

cosificación humana. La mercantilización espiritual. El consumismo se ha entronizado como la nueva deidad. Como la locura generalizada de la cual nadie es inmune. Hasta llegar al sueño de creer que el tener hace la vida feliz. Que el poseer es sinónimo de la alegría de vivir. Lo contrario, dar más importancia al Ser, implica ser un desgraciado, un infeliz. (6)

Sobre el tema del ser y del tener, Wilde termina con estas palabras: “Lo que se posee realmente, lo único que se posee, es lo que lleva uno en sí. Cuanto está fuera del hombre, no debe tener ninguna importancia.” (Wilde, 1975: 19)

\*

Relacionado con lo anterior, el tratadista aborda otro tema capital en el desarrollo de la sociedad humana. Es el concepto de trabajo. Es sabido que la humanidad es producto del trabajo. Sin esta actividad no puede haber evolución posible. No puede haber cambio de ninguna clase. Serían imposible las revoluciones, en cualquier nivel de la actividad humana. Desde los movimientos más elementales, comer, beber, hasta las más exigentes, trabajar conceptos sobre conceptos, tienen en la acción del trabajo su fuente de vida y desarrollo.

Nuestro autor da un paso más allá en la comprensión de este concepto general. Él hace la diferencia entre los dos tipos clásicos de trabajo. El físico y el mental. En la realidad, como totalidad, el uno depende intrínsecamente del otro y viceversa. Lo que se ha hecho, especialmente en las sociedades de clases, es desligarlos totalmente. De esa manera han alejado al trabajo de su sumus, que no es otra que la vida. Se ha sobrevalorado el trabajo mental en desmedro del trabajo manual.

Hecha la aclaración, continuemos. En torno al primer tipo de trabajo, que en sociedades clasistas se hace obligadamente y por lo tanto degrada al ser humano, Wilde sostiene: “Y como he mencionado la palabra trabajo, no puedo dejar de decir que se escriben y se dicen actualmente muchas tonterías sobre la dignidad del trabajo manual. No hay nada necesariamente significativo en la tarea manual, y la mayor parte de la misma es absolutamente degradante.” (Wilde, 1975: 31)

Luego, a renglón seguido, amplía su punto de vista al respecto: “Es mental y moralmente ofensivo para el hombre hacer algo en lo que no encuentra placer, y muchas formas de actividad no brindan absolutamente ningún placer. Barrer una plazoleta enfangada durante 8 horas al día cuando sopla el viento, ésta es una actividad repulsiva.” (Wilde, 1975: 32)

Wilde culmina su idea, comprobando el hecho por un lado y dando una alternativa, a tal situación, por otro, él afirma: “Barrerla con dignidad mental, moral o física me parece algo imposible. Barrerla con alegría me parecería sobrecogedor. El hombre se hizo para algo mejor que para remover la suciedad. Todo trabajo de ese tipo debiera efectuarse con máquinas.” (Wilde, 1975: 32)

El autor, siguiendo a otros, que hace cerca de 150 años atrás veían lo mismo, ve en la ayuda de las máquinas una solución, por lo menos parcial, a los trabajos desagradables que sólo acentúan la enajenación humana. La verdad es que el desarrollo de la ciencia, con su descendiente la técnica, desde aquel tiempo hasta ahora, ha logrado confirmar plenamente lo que Wilde anunció en su momento. El desarrollo de la técnica, la mecanización, la robotización, es tan grande que hasta parece, incluso, incontrolable, por tanto, ofensivo a la condición humana.

El problema central es: ¿En función de quién, de quiénes, se desarrolla y luego se utiliza la ciencia y la técnica? Centrando en el producto mayor de la técnica, la máquina, otro esteta, hace algunas décadas atrás, Georg Orwell (1903-1950), nos da la respuesta: “Si las máquinas se hubiesen utilizado conscientemente con ese propósito, el hambre, el exceso de trabajo, la suciedad, el analfabetismo y las enfermedades habrían podido eliminarse en unas cuantas generaciones.” (Orwell, 204: 2013)

La solución de los problemas sociales, por lo tanto, no fluye solamente por los senderos de la ciencia y técnica. Sin negar la importancia de este binomio, los problemas sociales tienen su salida a través de los caminos de la ciencia política. En ella la concepción del mundo, de la vida, del Estado, la perspectiva de la sociedad como totalidad, tiene un rol capital.

La reproducción, el encanto, la belleza, de la vida material-espiritual, descansa sobre el “milagro” del trabajo. Es por ello que muchos teóricos plantean que en una futura sociedad sin clases sociales predominará “La ética del trabajo liberado”, “La moral de productores emancipados”. Para ello hay que liberar a la humanidad de la enajenación que está obligado hacer a través del trabajo en cualquiera de sus formas. Emancipar a la humanidad de la alienación que está obligado a hacer a través del trabajo manual-mental. Para que en ese nivel se vuelvan a reencontrar la mano con el cerebro, la ciencia con la fantasía.

\*

Más aún, según Wilde, teniendo como base la propiedad privada, se han organizado, en el mundo social, esas dos instituciones que, hasta cierto punto, han sido naturalizadas biológicamente, esencializadas socialmente, espiritualizadas ideológicamente, al interior de la sociedad en su conjunto. Nos referimos a la familia, primero. Al matrimonio, después.

La familia, como la mayoría la conceptúa, no siempre existió. Esta institución tiene un origen y una larga evolución. Consecuentemente, hay un sinnúmero de formas de familia, que obedecen a las necesidades de la evolución y, principalmente, a las formas de la propiedad privada. Las más conocidas, en el mundo occidental, en los últimos siglos, son la familia patriarcal, la familia nuclear, la familia binaria.

En las últimas décadas, en las sociedades altamente industrializadas, la familia patriarcal está en proceso de extinción. La familia nuclear se debate en una insalvable crisis. La última forma de familia, la binaria, va ganando adeptos al interior de la organización social. La alta tecnología, la gran industria, el capitalismo global, necesita más productores de mercancías, más reproductores de técnica, de poder y control, antes que descendientes con alma y corazón. Por lo menos momentáneamente.

El matrimonio clasista, como la mayoría lo conceptúa, igual que la familia, tiene su origen con la propiedad privada. En su origen, en el ritmo de desarrollo, sus caminos tienen una evolución, más o menos,

paralela. Por las mismas razones que genera la crisis de los determinados tipo de familia clasistas, arriba mencionados, el clásico matrimonio, religioso-civil, predominante en los últimos siglos, se mece en la misma encrucijada.

La tendencia a vivir juntos, con hijos o sin ellos, compartir sólo una etapa de la vida, va ganado muchos adeptos. Todo ello sin papel timbrado-firmado, de por medio, como fue hasta hace unas décadas atrás. Sin contrato bendecido por nadie. Esa práctica matrimonial que fue tipificada, con mucha razón, como sinónimo de “prostitución legalizada” está en decadencia. En la actualidad, en este nivel, los matrimonios con bienes separados, en unos casos, o abiertamente por conveniencia pecuniaria, son las que predominan. (7).

Para Wilde, la familia y el matrimonio, viéndolos en perspectiva, terminará en lo siguiente: “Otra de las innegables ventajas del socialismo es que acabará con la vida de la familia. Al desaparecer la propiedad privada, el matrimonio desaparecerá también, por lo menos en su forma actual.”

No obstante esta afirmación, para él, no implicará que el amor que trasciende al matrimonio-familia desaparezca. Por el contrario: “La individualidad, lejos de rechazar esa tesis, se adhiere a ella y lo ennoblece. Sustituye la imposición legal, abolida, por una forma de libertad que favorecerá el desarrollo pleno de la personalidad, haciendo así el amor del hombre y de la mujer más bello, más noble, más admirable.” (Wilde, 1975: 26 y 27).

\*

Del tema propiedad privada, pasando por el concepto de trabajo, la idea de familia-matrimonio, el autor se traslada al plano político, propiamente dicho. En este nivel, aparte de mencionar el rol del Estado como expresión y garante del poder político, centra su atención en explicar las causas de la rebelión, de la desobediencia. Acciones que no son más que otras consecuencias de la propiedad privada. Sus palabras son como siguen: “La propiedad privada es el motivo para el descontento humano, para el malestar social, para la rebelión. ¿Por qué sentir agradecimiento por las migajas que caen de la mesa del rico?

Debieran estar sentados compartiendo la mesa, y lo están empezando a saber. Y en cuanto a estar descontentos, un hombre que no lo estuviera en ese medio y llevando tan baja forma de vida, sería un perfecto bruto. La desobediencia, a los ojos de cualquiera que haya leído historia, es la virtud original del hombre. A través de la desobediencia es que se ha progresado, a través de la desobediencia y a través de la rebelión.” (Wilde, 1975: 13)

Oscar Wilde, la falsa consciencia de los pueblos, la carencia de concepciones claras de las masas, lo explica por las siguientes causas: “No es difícil, sin embargo, encontrar la explicación a esto. Es simplemente que la miseria y la pobreza son tan absolutamente degradantes, y ejercen un efecto tan paralizante sobre la naturaleza humana, que ninguna clase tiene realmente consciencia de su propio sufrimiento.”

Es por ello que, para él, la toma de consciencia del rol político de las masas les viene de fuera. De no ser así, su situación se mantendría casi a perpetuidad, leamos: “Debe decírsele otra gente, y con frecuencia son absolutamente incrédulos. Lo que dicen los patrones acerca de los agitadores es incuestionablemente cierto.”

Sobre el papel de los propagandistas del cambio, el rol de los agitadores que buscan la transformación y viene de afuera, sostiene: “Los agitadores son un conjunto de personas que interfiere, que perturba, que llega a una clase perfectamente contenta de la comunidad y siembra en ella la semilla del descontento. Es por esta razón que los agitadores son tan absolutamente necesarios. Sin ellos, en el estado incompleto en que nos hallamos, no se produciría adelanto alguno hacia la civilización.” (Wilde, 1975: 14)

El autor pone dos casos concretos en la historia política, en los últimos dos siglos, donde este tema de la consciencia política, que viene de afuera a través de los agitadores, de los políticos conscientes, de los revolucionarios, está puesto sobre el tapete. Sus palabras: “La esclavitud se abolió en EEUU, pero no como consecuencia de la acción de los propios esclavos, o por algún expreso deseo de su parte para que se los libere. El sistema fue abolido como resultado de la acción abiertamente ilegal de algunos agitadores, en Boston y en otras partes,

que no eran esclavos, ni propietarios ellos mismos de esclavos, ni tenían realmente nada que ver con la cuestión. Fueron, indudablemente, los abolicionistas los que encendieron la llama de la antorcha, los que comenzaron todo. Y es curioso notar que, de los mismos esclavos, no recibieron solamente muy poca colaboración sino ni siquiera alguna comprensión; y cuando, al terminar la guerra, los esclavos se vieron libres, se encontraron tan absolutamente libres que estaban libres para morir de hambre y muchos de ellos amargamente lamentaron el nuevo estado de cosas.”

A renglón seguido pone la otra experiencia histórica: “Para el pensador, el hecho más trágico de toda la Revolución Francesa no es que María Antonieta muriera en el cadalso como reina, sino que el campesino hambriento de la Vendée voluntariamente saliera a morir por la horrible causa del feudalismo.” (Wilde, 1975: 14 y 15)

Los esclavos luchando para remachar sus cadenas, en América del Norte, en los tiempos de la lucha por la abolición de la esclavitud. Sus enemigos no eran los esclavizadores que los esclavizaban. Por el contrario, eran los abolicionistas que deseaban terminar con la esclavitud. Su alma de esclavo los fundía con sus esclavizadores en EEUU. Su espíritu de siervo les obligaba a defender a sus señores feudales en la región de la Vendée en Francia. Lo hacían en contra de la revolución triunfante que venía desde París a darles la condición de ciudadanos. Su espíritu de siervo en unos, su alma de esclavos en otros, dominaba totalmente su vida. (8)

La regla, en cualquier parte del mundo y tiempo, es que los pueblos, como tales, son conservadores, son reaccionarios, y hasta contrarrevolucionarios. No hay ninguna razón valedera para rendir culto a las masas en sí. Aquí entra a tallar un elemento capital, es decir, el rol que juega la ideología dominante. Las costumbres del sistema predominante. La cultura de la clase que detenta el Poder. Las masas absorben, e implícitamente reproducen, como si fuera suya propia, esa ideología, esa simbología. Su capacidad de cuestionamiento, normalmente, es nulo. La mejor arma del dominante es la mente del dominado, como se repite muchas veces, es verdad.

En ese nivel concreto es cuando se observa el efectivo trabajo ideológico que han realizado los que controlan el orden dominante, a través de un sinnúmero de canales, para lograr naturalizar su concepción del mundo. Para lograr espiritualizar sus ideas. Para lograr esencializar sus costumbres. Para lograr legitimar su cultura en la vida y el pensamiento de la población.

Con toda esta carga ideológica, las masas, los pueblos, se mueven por inercia. Se consideran libres siendo esclavos. Se sienten felices en su miseria. Sólo necesitan dormir para reproducir las ideas del orden. Les basta sólo respirar para apuntalar la cultura dominante. En esa trampa reside el gran mérito de las clases dominantes, de los sistemas establecidos, en todo tiempo y lugar.

Si Platón (428-348) decía que “La cárcel del alma es el cuerpo”, después de miles de experiencias hay que discrepar con él, por el contrario, dar la razón a Michael Foucault cuando sostenía: “La cárcel del cuerpo es el alma.” Entendida esta última como ideología dominante, como concepción del orden establecido. En dos palabras, como poder espiritual, como poder en general. A lo afirmado, el ya mencionado Orwell hacía este agregado: “Lo primero que debes comprender es que el poder es colectivo. El individuo sólo tiene poder cuando cesa de ser un individuo. (...) Lo segundo que debes entender es que el poder se ejerce sobre las personas. Sobre el cuerpo, pero, ante todo, sobre el espíritu.” (Orwell, 2013: 279).

Por lo tanto, en función de la desobediencia, como preámbulo de la rebelión, esta a su vez como antesala de la revolución, el tema capital en debate es la ideología que orienta al movimiento social. En otras palabras, la conciencia que tienen los actores, los pueblos, las masas, los rebeldes, de sus posibilidades, de sus límites. Del significado de su acción en perspectiva. Aquí entra a tallar el tema de la relación entre la acción espontánea y la acción consciente. El novelista, arriba citado, sintetiza el drama en el cual se debaten, normalmente, las masas en estas dos frases: “Hasta que no tomen conciencia no se rebelarán, y sin rebelarse no podrán tomar conciencia.” (Orwell, 2013: 80).

Muchas páginas después, el autor de la novela *1984*, es resueltamente enfático cuando afirma: “Las masas nunca se rebelan por



decisión propia ni sólo porque estén oprimidas. De hecho, si no se les permite tener nada con lo que compararse, ni siquiera llegan a saber que lo están.” (Orwell, 221: 2013)

A estas alturas del debate ideológico-político, volvemos, una vez más, al viejo tema de la representación. Esta está directamente ligada al rol de la ideología, a la acción política consciente. Ella nace del seno mismo de las masas, especialmente en los momentos de lucha. Por lo tanto, ellas no necesitan representación. Las masas se representan solas. De esa manera no son manipuladas y menos instrumentalizadas, sostienen algunos teóricos. Mientras que otros, coincidiendo con Oscar Wilde y Georg Orwell, que siendo conocidos más como estetas, argumentan lo contrario. (9).

Los agitadores, los propagandistas, la ideología, la política, para los marxistas el Partido, que vienen de afuera, tienen un rol capital en los movimientos de cambio y transformación histórica político-social. Como prueba de lo último están las revoluciones políticas más importantes de los tiempos modernos. La Revolución francesa generó y necesitó de los jacobinos. La Revolución Rusa generó y necesitó de los bolcheviques. En el caso de la Revolución China, la historia se repite.

Si bien es cierto que lo argumentado por los dos artistas es la regla general, como todo fenómeno en la vida, existen las excepciones para que la primera se cumpla. Lo último se concretizan en los momentos de tormenta social, en determinadas coyunturas de ruptura política, en situaciones de sacudón espiritual. Esas fisuras son la que permiten las revueltas, las que facilitan las rebeliones, las que preparan hasta las revoluciones.

En medio de esas circunstancias extras, especiales, reiteremos, es cuando aparecen algunos dirigentes en el seno mismo de las masas venidos de fuera o politizados al margen de la comunidad. Anotemos un par de ejemplos. El caso de Espartaco (113-71), en los tiempos del esclavismo romano. Él no fue romano. Espartaco nace en Tracia. Viene a luchar por los esclavos romanos desde Macedonia-Grecia. El de Thomas Müntzer (1498-1525), en los tiempos de la agonía del

feudalismo en el centro de Europa, de igual manera. Él fue un teólogo e impresor, luego revolucionario.

\*

Como se ha venido evidenciando a lo largo de la obra de Wilde, en buena medida sintetizada en el título del libro, el autor es un espíritu que juega todas sus cartas, estético-filosóficas, en aras del futuro. Ese futuro anhelado por él tiene un nombre, coincidiendo con lo que hemos escrito en la primera parte de esta exposición, lo denomina utopía. Leamos lo que escribe al respecto. “Pero un mapamundi en que no figure la utopía no valdría la pena de ser mirado, pues faltaría en él el único país en que la humanidad aterrice a diario. Y apenas en él, mira más allá, y divisando una tierra más bella, vuelve a poner proa hacia ella. El progreso no es más que la realización de la utopía.” (Wilde, 1975: 34).

Esa fuerza espiritual que rema en función de la justicia, ese anhelo supremo que lucha en función de la libertad, tendrá algún nivel de concretización en el futuro. Wilde coincide con aquellos seres humanos que piensan que sólo el futuro da sentido a la existencia. Por lo tanto, que todo presente es siempre mejor que todo pasado. Y que todo futuro será siempre mejor que todo presente. El párrafo que a continuación transcribimos así lo evidencia: “Pero el pasado no tiene importancia. El presente no tiene importancia. Es en el futuro en lo que tenemos que pensar. Pues el pasado es lo que el hombre no debió haber sido. El presente es lo que el hombre no debiera ser.” (Wilde, 1975: 59).

Esa utopía, en la realidad, tiene un nombre menos etéreo, mucho más al alcance de la mano. Para él, ese futuro, se llama socialismo. Wilde, contraponiendo la situación concreta de lo que él entendía por lo que será el socialismo, con los sistemas donde predomina la propiedad privada, escribía: “Bajo el socialismo todo esto, naturalmente, se modificará. No habrá gente viviendo en fétidas pocilgas, vestida con hediondos andrajos, criando niños débiles, acosados por el hambre, en medio de circunstancias absolutamente imposibles y repulsivas. La seguridad de la sociedad no dependerá, como sucede ahora, del estado del tiempo. Si llega una helada, no tendremos a cien mil hombres sin trabajo, deambulando por las calles

miserablemente, o pidiendo limosna a sus vecinos, o apiñándose ante las puertas de detestables albergues para tratar de asegurarse un pedazo de pan y un sucio lugar donde pasar la noche. Cada miembro de la sociedad compartirá la prosperidad y felicidad general, y si cae una helada, prácticamente nadie estará peor.” (Wilde, 1975: 10).

Un párrafo después, sobre algunas características del futuro sistema, reitera: “El socialismo, el comunismo, o como uno quiera llamarlo, al convertir la propiedad privada en riqueza pública, y al reemplazar la competencia por la cooperación, restituirá a la sociedad su condición de organismo sano, y asegurará el bienestar material de cada miembro de la comunidad. Dará a la vida una base y un medio adecuados.”

Wilde, cuando analiza ese nuevo sistema, no se limita sólo al bienestar material colectivo. Por el contrario, él va mucho más allá, hasta llegar a la realización de la individualidad. Sus palabras al respecto no se prestan a confusión: “Pero algo más se necesita para que la vida en su desarrollo completo, logre su más alta forma de perfección. Se necesita la individualidad. Si el socialismo es autoritario; si hay Gobiernos armados de poder económico, como lo están ahora de poder político; si, en una palabra, llegamos a tiranías industriales, entonces la condición del hombre sería peor que la actual. Mucha gente, en el presente, a raíz de la existencia de propiedad privada, puede desarrollar una muy limitada individualidad.”

Subrayando la importancia de las personalidades destacadas, de las individualidades, continúa: “Son los que no necesitan trabajar para vivir, o pueden elegir la esfera de actividad que realmente se aviene a su personalidad y les brinda placer. Son los poetas, los filósofos, los hombres de ciencia; en una palabra, los hombres auténticos, los hombres que se han realizado, y con los que la humanidad entera logra una parcial realización.” (Wilde, 1975: 10).

Luego vuelve a los perdedores de las sociedades clasistas y los contrapone a los que sí han logrado “... elegir la esfera de la actividad que realmente se aviene a su personalidad...”. Leamos lo que escribe: “Hay en cambio mucha gente que, sin propiedad privada y estando siempre al borde del hambre, se ve obligada a hacer el trabajo de bestias

de carga, tareas que nada tienen que ver con ellos y a las cuales se ven forzados por la perentoria, irracional, degradante tiranía de la necesidad. Éstos son los pobres; no hay gracia en sus maneras ni en sus palabras, ni educación, cultura o refinamiento en sus placeres, ni gozo por la vida. La humanidad se beneficia en prosperidad material, con el aporte de su fuerza colectiva. Pero solamente el aspecto material es el que se beneficia; y el hombre que es pobre, en sí mismo no tiene absolutamente ninguna importancia. Es meramente el átomo infinitesimal de una fuerza que, en lugar de tomarlo en cuenta, lo destroza; en realidad, lo prefiere destrozado, ya que de esta forma es mucho más obediente.” (Wilde, 1975: 11).

\*

A fines del Siglo XIX, dos temas complejos, con mucha actualidad en los tiempos que Wilde publicó *El alma del hombre bajo el socialismo*, estaban sobre la mesa de discusión al interior de las corrientes políticas progresistas en Europa. Pensamos en los libertarios, los anarquistas, los socialistas, los comunistas. Estos tópicos fueron la relación del centralismo con la democracia, primero. La correspondencia del colectivo con el individuo, después. En dos palabras, la justicia y la libertad.

Algunas de estas corrientes tendían a dar más importancia al centralismo, al colectivo. Argumentación que terminó alimentando a lo que el tratadista denomina como “... socialismo autoritario”. Ideas, que para muchos estudiosos, tomaron cuerpo en la práctica diaria en las dos revoluciones triunfantes más importantes del Siglo XX. Revoluciones que fueron orientadas por la concepción marxista. La mejor expresión del “... socialismo autoritario” se habría dado en la etapa de la construcción del socialismo en la Unión Soviética y en China.

Wilde disienta de esta manera de conceptualizar el socialismo. Sus razones las expone en el párrafo que a continuación transcribimos: “Queda claro, entonces, que ningún sistema de socialismo autoritario servirá. Pues mientras bajo el actual sistema bastante gente puede vivir con una cierta cantidad de libertad y expresión y felicidad, bajo un sistema industrial cuartelario, o bajo un sistema de tiranía económica, nadie tendría esa libertad. Debe lamentarse que una parte de nuestra

comunidad viva prácticamente en la esclavitud, pero es infantil proponer que se resuelva el problema con la esclavitud de toda la comunidad. Cada hombre debiera ser libre para escoger el propio trabajo. No debiera ejercerse sobre él ninguna compulsión. Existiendo compulsión, el trabajo no será bueno para él, no será bueno en sí mismo, y no será bueno para los demás y por trabajo me refiero simplemente a cualquier tipo de actividad.” (Wilde, 1975: 15 y 16).

Párrafos después insiste en lo que podría ser el *modus vivendi* al interior de lo que él denomina “... socialismo autoritario”. Su pronóstico no es nada alentador y menos grato: “Me cuesta pensar que, hoy, un socialista proponga seriamente que un inspector visite todas las mañanas cada casa para controlar que cada ciudadano se levante y haga un trabajo manual por espacio de 8 horas. La humanidad ha ido más allá de esa etapa y reserva tal forma de vida para la gente a quienes, en una forma muy arbitraria, elige llamar criminales. Pero confieso que muchos de los puntos de vista socialistas con los que me he encontrado, parecen estar manchados por ideas de autoritarismo, cuando no de cruel compulsión. Por supuesto, autoridad y compulsión, quedan fuera de toda cuestión. Toda asociación debe ser voluntaria. Es únicamente en asociaciones voluntarias que el hombre puede sentirse realmente bien.” (Wilde, 1975: 16).

El escritor retoma el antiguo tópico de la propiedad privada, relacionando con lo que para él significa la individualidad, en la sociedad capitalista de la cual él es producto, escribe: “Podrá preguntárseme cómo es que la individualidad, que prácticamente depende de la existencia de la propiedad privada para su desenvolvimiento, pudiera beneficiarse con la abolición de la misma. La respuesta es muy simple. Es verdad que, en las condiciones actuales, algunos hombres con medios privados propios, tales como Byron, Shelley, Browning, Víctor Hugo, Baudelaire y otros, han podido, en forma más o menos completa, realizar sus personalidades.”

Es lógico, es normal, que dentro del sistema de clases los personajes arriba nombrados, como casos concretos, son individuos provenientes de los sectores dominantes. Ellos tienen todas las posibilidades, reales-espirituales, para desarrollarse y sobresalir en el campo elegido. Los

mencionados fueron individualidades desarrolladas al interior de una élite especial. Wilde es consciente de ello. Es por eso que hace la aclaración pertinente: “Ninguno de estos hombres dio un solo día de su trabajo por un salario. Pudieron librarse de la pobreza. Tenían con ello una enorme ventaja. La cuestión es decidir si la individualidad se beneficiaría con la supresión de dicha ventaja. Supongamos que no existe esa ventaja. ¿Qué le sucede entonces a la individualidad? ¿Cómo se beneficiará?” (Wilde, 1975: 16).

La respuesta a las dos interrogantes planteadas en las últimas líneas del párrafo transcrito la encontramos en estas líneas que a continuación transcribimos, leamos: “El beneficio será este. Bajo las nuevas condiciones, la individualidad será mucho más libre, más bello y más intenso que ahora. No estoy hablando de la gran individualidad imaginativamente realizado por poetas tales como los que he mencionado, sino de la gran individualidad real, latente y potencial del género humano en general.” (Wilde, 1975: 17).

Hecha la aclaración del tipo de individualidad generada por la sociedad donde predomina la propiedad privada y la futura individualidad donde el rol de ésta será mínima, Óscar Wilde vuelve a la realidad concreta en la cual vivía, y agrega: “También es muy desmoralizadora la industria necesaria para hacer dinero. En una comunidad como la nuestra, donde la propiedad confiere inmensa distinción, posición social, honor, respeto, títulos y otras agradables cosas semejantes, el hombre que es naturalmente ambicioso hace suya la meta de acumular esta propiedad, y sigue tediosamente acumulándola largo tiempo después de haber conseguido mucho más de lo que desea, o puede usar, o gozar, o quizás aún conocer. El hombre se matará trabajando a fin de asegurarse propiedades y, verdaderamente, considerando las enormes ventajas que trae la propiedad, uno no puede sorprenderse. Lo que uno puede lamentar es que la sociedad esté construida sobre bases tales que el hombre se vea encasillado sin poder desarrollar libremente todo lo maravilloso, fascinante y exquisito que hay dentro suyo; con lo cual, en verdad, pierde el verdadero placer y alegría de vivir.” (Wilde, 1975: 18 y 19).

El placer de la existencia humana. La alegría de vivir de la especie. Son dos principios que dan contenido sustancial a lo que Wilde se imagina como la condición central del ser humano. Leamos lo que escribió al respecto: “Pues lo que el hombre ha buscado no es en realidad ni el dolor ni el placer, sino simplemente la vida. El hombre ha buscado vivir en forma intensa, completa, perfecta. Cuando pueda hacerlo sin limitar a los demás, y sus actividades le brinden placer, tampoco sufrirá, será más cuerdo, más sano, más civilizado, más él mismo. El placer es la prueba de la naturaleza, su señal de aprobación. Cuando un hombre es feliz, está en armonía con él mismo y con su medio. La nueva individualidad, a cuyo servicio está el socialismo trabajando, quiéralo o no, será una perfecta armonía.” (Wilde, 1975: 69).

Esa “... perfecta armonía” de la cual habla el esteta, lo entendemos como una metáfora que viene de un artista de la talla del autor de *El Retrato de Dorian Gray*, en la medida que la armonía, como el justo medio, el equilibrio, sólo son placenteros deseos. Son sólo referencias, figuras que nos permiten acercarnos a lo anhelado, a lo imaginado. La vida real es desarmonía, es desequilibrio, donde el punto medio no existe, en ello descansa precisamente la razón del cambio, la fuerza del desarrollo, es la dínamo de la transformación.

Retomando la experiencia concreta de los movimientos revolucionarios conocidos, en particular de Rusia y China, no soslayemos que en estas experiencias, los problemas planteados, algunos resueltos y otros no, mencionados, sólo han sido los primeros pasos en el prolongado proceso histórico-político, de construcción de una nueva sociedad. Las revoluciones nacidas de las entrañas de las sociedades de clases heredan, por largo tiempo, un sinnúmero de características que les fueron impregnadas por las sociedades en proceso de superación.

Es ya conocido que en todo fenómeno nuevo se encuentran características del pasado en decadencia y también características del futuro en potencia. La negación nunca es total. Es conservación-superación al mismo tiempo. Esto es válido para la naturaleza, para la

sociedad, para el pensamiento, para el sentimiento. De otra manera sería imposible poder entender el desarrollo y la transformación.

\*

Oscar Wilde fue un esteta de lo más exquisito de su especie. Un artista que entendió el rol de la comunidad dándose la mano con el papel de la individualidad. Fue un fino espíritu comprometido con la vida en el plano contingente, un comprometido con la existencia en el nivel trascendente. De ahí su romanticismo a flor de piel. Su rebeldía por causas dignas. Su humanismo, humano, que humaniza. Todo este cúmulo de realidades y ambiciones terminó orientándolo en una especie de socialista libertario. Loable y entendible. Las generaciones futuras, interesadas en el tema, tienen en las ideas vertidas en *El alma del hombre bajo el socialismo* un excelente antecedente.

Wilde fue un ser humano que amó, en medio del *gozo-sufrimiento*, la vida. En esta valoración de la vida, entendida como resultado de la unidad-lucha entre la vida y la muerte, él no estuvo, y no está, sólo. La lista de los que piensan como él es larga. Para la ocasión mencionemos, brevemente, a dos personajes, artistas comprometidos como él, que de igual manera amaron, por sobre todo, la vida.

Años antes de lo escrito por el artista aquí tratado, el extraordinario Fiodor Dostoievski, afirmaba: “¡Lo importante es la vida, sólo la vida!” Luego se preguntaba: “¿Qué vale un descubrimiento cualquiera en comparación al descubrimiento eterno y siempre renovado de la vida?” (Dostoievski, 1971: 101)

Por su parte, Heinrich Mann (1871-1950), algunos años después del anuncio hecho por Oscar Wilde, sostenía: “En el mundo ésta nunca buscará otra cosa sino un mínimo de posibilidad de vida. Libertad no, sólo poder vivir. Justicia no, sólo poder vivir. Dignidad humana no, sólo poder vivir.” (Mann, 1996: 46)

¿Por qué todo esto? Porque todo lo dicho sólo tiene validez en la medida de que la vida lo abarca todo. En el sentido de que la vida lo llena todo. La vida lo mide todo. La vida lo pesa todo. La vida es el comienzo y es el fin de la humanidad.



Friedrich Von Schiller y Oscar Wilde, dos grandes estetas que elevaron el arte hasta sus últimas consecuencias, dos seres humanos comprometidos con la vida, con la rebeldía, el último con el socialismo. Ellos hicieron de su arte un arma para la rebeldía, para luchar por una vida mejor en las alturas sociales como en las profundidades individuales.



## TERCER CAPÍTULO

### GRANDEZAS Y MISERIAS DE LA EMIGRACIÓN EUROPEA



En el presente estudio, tomando como sustento el intercambio socio-cultural, se demuestra que Europa, por extensión Alemania, desde sus orígenes es un continente mestizo. Por lo tanto el racismo y el culturalismo no tienen ningún sustento real, sólo se reducen a mitos. La inmigración ha sido una constante en esta parte del mundo. Lo que ocurre en las últimas tres décadas es un eslabón más del movimiento socio-cultural mencionado.

Como todo fenómeno que es considerado manifestación de vida, la vida en sí, como núcleo de todo lo existente, pervive en un permanente estado de hacerse-rehacerse. En perpetuo construirse-reconstruirse. Lo dado es modo. Lo existente es proceso. Por lógica deducción, este trajín histórico-social, político-cultural, denominado inmigración, que los seres humanos han heredado de sus antepasados inmediatos (los primates y ellos de los suyos) no es nada nuevo desde cualquier perspectiva que se la analice. Por el contrario, tiene larga data. Fue un comenzar sin fondo preciso en el espacio. Un comenzar sin dato exacto en el tiempo. Será una proyección sin fin, de antemano desconocido, hacia el futuro.

El movimiento de bandas, fatrias, tribus, clanes, familias, pueblos, a lugares desconocidos, a nuevas regiones, a distintos continentes (en el futuro hacia otros planetas), tiene dos causas centralmente determinantes. 1. La necesidad de supervivencia, y 2. El deseo-fantasía. Causas que se acometen, que se condicionan, que se influyen mutuamente.

Lo afirmado podría ser juzgado como una mera abstracción, además de lejana, algo nebulosa. Para evitar dicho mal entendido es menester anotar algunos hechos, de carácter histórico, ocurridos en el continente europeo en torno al tópico en cuestión. Comencemos mencionando la presencia de los hunos en el Siglo V. A ellos les sucedieron los mongoles en el Siglo XIII. Estos dos primeros grandes actores se asentaron, especialmente, en la parte nororiental del denominado Viejo Mundo. Mientras que los árabes, en la zona sur del mismo continente, tuvieron una presencia directa que duró 8 siglos.

La herencia de las grandezas y las miserias, de los tres grupos aquí mencionados, se puede percibir con alguna facilidad hasta la actualidad. A ellos hay que añadir los pueblos denominados judíos (que proceden del Medio Oriente) y Sinti-Roma (que proceden del Lejano Oriente), con arribo impreciso a esta parte del mundo, a los que dicho sea de paso se les intentó exterminar, especialmente, en los años de la Segunda Guerra Mundial.

Esta tendencia migratoria se acentuó con el transcurso de los siglos. Para una mejor comprensión, tomemos como hito central los llamados tiempos modernos. Los que están concretizados por el Renacimiento, la reforma, la razón y la revolución. Fenómenos que tienen como sustento-base la aparición del modo de producción capitalista. El capitalismo es el primer sistema universal que conocemos. Sus grandes logros, en el nivel de la conciencia, han sido profundizar la espiritualización y estandarizar la naturalización de la propiedad privada en el quehacer cotidiano del poblador común y corriente.

En otro nivel, el sistema capitalista, teniendo como punta de lanza la mercancía y su realización en el mercado, rompe todas las fronteras, allana todos los caminos, remece todas las montañas, en función de su desarrollo. La misma que es coronada con la maldita o bendita nueva deidad de deidades, ¡el dinero! El mismo que fue calificado, en su versión oro, por William Shakespeare (1582-1616) como la nueva “... ramera de todos los hombres. Causa de odio y guerra entre los pueblos.” (Shakespeare, 1993: 95).

Es sobreentendido que el capitalismo no se reduce solamente al dinero. Es un sistema mucho más amplio, profundo y vasto que desborda, que trasciende, a este “elegante caballero”. No obstante, en determinadas circunstancias, el nuevo Dios es la piedra angular sobre la cual se mueve la actividad humana en su conjunto. Así lo evidenció Honoré de Balzac (1799-1850), cuando en 1839 escribió: “Una voz gritóle en su interior a Lucien: ‘La inteligencia es la palanca con que se mueve el mundo. Pero otra voz gritóle que el punto de apoyo de la inteligencia es el dinero.’” (Honoré de Balzac, 1976: 26 y 27).

El modo de producción mencionado, con el posterior desarrollo y racionalización de la producción, ha sido el resorte principal del por qué

el Viejo Mundo se convirtió, a partir de los últimos 5 siglos, en el centro del planeta. De ahí el conocido eurocentrismo, del cual se derivan el imperialismo, el neocolonialismo y el postcolonialismo.

Acicateado por el mencionado sistema, el continente ha sido cruzado, recruzado, incesantemente por un sinnúmero de grupos, sectores, clases sociales, desde la fría Escandinavia, a través de los bosques teutónicos, hasta la tórrida Península Ibérica. Desde las míticas islas griegas, pasando por los macizos balcánicos, hasta las llanuras irlandesas, y viceversa.

\*

Si este fenómeno de la inmigración ha sido una constante, como queda dicho, lo nuevo de la actual inmigración hacia Europa, hablamos de las últimas tres décadas, se puede sintetizar en cinco características principalmente: 1. Es masiva. 2. Es rápida. 3. Tiene como arma el cuerpo del emigrante. 4. La presencia de mujeres-infantes es notoria. 5. Es externa a las fronteras de Europa.

La inmigración actual se enmarca en los tiempos de la globalización neoliberal y la caída del “Campo socialista”. Las catástrofes naturales, las guerras, sobre todo la mala distribución de la riqueza, son los resortes que básicamente la impulsan. La misma procede, como queda dicho, de allende las fronteras de lo que se considera, tradicionalmente, el Viejo Mundo. Ella tiene su fuente, principalmente, en el continente africano y en el denominado mundo árabe.

A lo anotado hay que añadir que la inmensa mayoría de inmigrantes provienen de los sectores sociales pauperizados. Son los denominados *Condenados de la Tierra*, si debemos parafrasear el título de un libro de Frantz Fanón (1925-1961). Más aún agréguese que tienen otra pigmentación en la piel. Diferente morfología al europeo común. Ellos hablan idiomas con raíces distintas a las de los indoeuropeos. No obstante estas diferencias, las mayorías, adoran al mismo creador (Eli, Jave, Alá, Jehová). Sólo que lo hacen leyendo “libros sagrados” distintos al Antiguo y al Nuevo Testamento. Finalmente, sus intermediarios ya no son rabinos, curas o pastores.

En toda inmigración, los “autóctonos”, al entrar en contacto con los “forasteros”, “nosotros” con “ellos”, los de aquí con los de allá, mutuamente se acometen. Pacífica o violentamente se condicionan. En este proceso, los supuestos indígenas, los así llamados nativos, los autodenominados originarios, pierden parte de su imaginario, de su simbología, de sus costumbres, que habían sido la base de su *modus vivendi*. Sin obviar que a los “recién” llegados, por acción dialéctica, les sucede lo mismo y en proporciones similares.

Para compensar estas reales o supuestas “miserias”, aparecen las supuestas o reales “grandezas”. Las que se evidencian en las nuevas combinaciones morfológicas. En las diferentes formas de organización social. En las nuevas y variadas expresiones culturales. Ellas, más inconsciente que consciente, son aceptadas, asumidas e interiorizadas por el conjunto a un nivel superior. Al pasar el tiempo, las pérdidas o las ganancias, son valoradas unas como “miserias” otras como “grandezas”. Esta simbiosis ha sido, es y será la dinámica de la vida en cualquier parte del mundo, hasta hoy conocido.

A este nuevo mundo sociocultural que se levanta, resultado del mutuo acometerse de las variadas fuerzas en pugna, los nostálgicos, los pasadistas, le anteponen estos conocidos versos escritos por el poeta medieval Jorge Manrique (1440-1479), leamos: “Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte contemplando cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte tan callando, cuán presto se va el placer, cómo, después de acordado, da dolor; cómo, a nuestro parecer, cualquier tiempo pasado fue mejor.” (Manrique, 1999: 18)

En contraposición a las coplas mencionadas, los optimistas, los futuristas, les responden diciendo: “Todo presente es siempre mejor que todo pasado. Todo futuro será siempre mejor que todo presente.” Friedrich Nietzsche (1844-1900) entendió a plenitud este trajinar humano por los senderos de la vida, de ahí que, dando la razón a los últimos, afirmó: “¡Qué importa el país de los padres! ¡Nuestro timón quiere dirigirse hacia donde está el país de nuestros hijos! ¡Hacia allá lanzarse tempestuosamente, más tempestuoso que el mismo mar, es nuestro gran anhelo!” (Nietzsche, 1995: 294).



Este momentáneo encuentro, consecuencia de los múltiples desencuentros, en perceptiva, siempre será mejor, no obstante los grandes y los pequeños riesgos con los cuales está matizada la existencia humana. Hay que comprender una simple verdad. El pasado, así sea de oro, ya pasó. Por ser pasado, así sea el mismo paraíso, ya no es. Nunca más volverá a ser lo que fue. Su tiempo se esfumó.

El futuro, en cambio, con la mítica Pandora como guía, es la vida que se abre como una flor en primavera. Si no es una puerta, por lo menos es una ventana, franqueada de por vida. Ha sido así. Es así. Será así. En esta encrucijada, las grandezas y las miserias de la condición humana están en constante enfrentamiento entre lo que fue y lo que será. El presente-presente sólo es una ilusión pasajera. No obstante ello, la inmensa mayoría de la humanidad cree vivirla como si fuera una eterna realidad.

## ALEMANIA MESTIZA

La misma lógica, mencionada en los párrafos anteriores, experimentada en el continente europeo, con diferencias más, con diferencias menos, se repite en el país llamado, en el último siglo, Alemania. A despecho de los puristas, de los románticos, de los indígenas, de los in-contaminados que pretenden lo contrario levantando como argumentos las raíces, la tierra, la sangre, el espíritu, la cultura, el idioma, la identidad, la nación, ellos han sido mezclados y re-mezclados desde sus orígenes. Ellos son mestizos por antonomasia, como todos los pueblos que hasta hoy conocemos sobre el planeta.

El primer historiador del mundo germano, Cornelio Tácito (55-120), en la Vida de Julio Agrícola, hace cerca de 2,000 años atrás, sobre los pueblos germanos, para él “países bárbaros”, escribió: “Por lo demás, como suele ocurrir con los países bárbaros, no se conoce con exactitud quiénes habitaron Bretaña en un principio, si eran indígenas o inmigrados. Su aspecto físico varía, y de ahí las diversas hipótesis.” (Tácito, 1988: 63).

A lo afirmado por el citado, si bien es cierto que para él no se sabe “... con exactitud si fueron indígenas o migrados...”, nosotros estamos seguros que fueron migrados. Todo nativo fue migrado en algún momento. Todo indígena fue forastero en algún momento. Todo originario fue allegado en algún momento. El movimiento es una ley de la vida. Tanto en el plano individual, con mayor razón, en el nivel colectivo. Ente que no se mueve, muere. Sujeto que no se mueve, sucumbe. Individuo que no se mueve, desaparece. Población que no se cruza se esfuma. Cultura que no se mezcla, fenece.

Las causas del mestizaje en Alemania son varias. Anotemos algunas de las más evidentes. Desde el punto de vista geográfico, este país está ubicado en el centro del continente europeo. Por lo tanto, en el plano histórico social, ha sido paso, parada y sendero de todas las tribus, clanes y pueblos existentes en el continente desde tiempos remotos.

A la par, en el nivel político-militar, ha sido escenario de luchas grandes. La invasión, colonización, romana es menester recordarla. También de luchas pequeñas entre los pueblos germanos entre sí. La historia recreada en la mítica *Canción de los Nibelungos* sólo es un caso. Pasando por los enfrentamientos al interior del Primer Sacro Imperio Romano Germánico (900-1806) y sus dos dinastías. Los Habsburg y los Hohenzollern vivieron en unidad y pugna permanente.

Después de las invasiones romanas, los pueblos germanos, como producto de la necesidad, comienzan a trascender sus fronteras. De esa manera serán sujetos activos en el proceso de mestizaje en el mundo europeo. J.G.F. Hegel, sobre este movimiento poblacional, escribió: “Los germanos, a la inversa, empezaron por desbordarse, inundaron el mundo y subyugar los carcomidos y huecos Estados de los pueblos cultos. Sólo después de esto comenzó su desarrollo, cuya primera chispa tuvo lugar en el seno de una cultura, de una religión, una estructura política y una legislación extraña a ellos.” (Hegel, 1989: 357).

Lo que el filósofo menciona como “... extraña a ellos” son los logros producto del intercambio socio-cultural con otros pueblos y culturas. Los germanos, después de la caída del Imperio Romano, recorren e invaden gran parte del Continente. En España y Portugal, los suevos y los vándalos llegaron tempranamente. Después fueron

desplazados por los visigodos. El centro de Europa será ocupado por los francos. Los ostrogodos tomarán posición en Italia. Finalmente los anglos y los sajones se harán de la hoy Inglaterra.

Estos encuentros político-militares, muchas veces devastadores y brutales, van acompañados de encuentros sociales, de intercambio cultural. Las influencias mutuas entre invadidos-invasores pueden tener distintas proporciones; pero deseando o no, están allí. De esa manera van fraguando las combinaciones humanas que comúnmente se denomina mestizaje.

En el plano cultural, el idioma que se habla es de raíz indoeuropea. Un componente fundamental proviene del Lejano Oriente (La India). Las investigaciones, entre otros, del filólogo Wilhelm von Humboldt (1767-1835) son demostrativas al respecto. Luego, la influencia del griego antiguo y del latín es notoria. La religión predominante en esta sociedad tiene como tronco central las denominadas creencias abrahámicas. La misma viene del Medio Oriente (Iraq). Finalmente las ciencias, las humanidades y las artes tienen como base los grandes logros de la cultura greco-latina primero, y arábica después.

El Segundo Imperio Alemán (1871-1918) es resultado de tres guerras sucesivas, en un pequeño lapso de 6 años. 1864 contra Dinamarca. 1866 contra Austria. 1870 contra Francia. Para terminar con las dos guerras, denominadas mundiales, ocurridas en el Siglo XX, encabezadas por el Segundo y Tercer Reich, respectivamente.

Más aún, dando un salto en la historia, este mestizaje, en todos los niveles, se acentúa con el fin de la Segunda Guerra Mundial. Ello tiene que ver con la presencia de los llamados “trabajadores visitantes”, portugueses, españoles, italianos, griegos, yugoslavos, tunecinos, marrocanos y turcos quienes, dentro del Plan Marshall, que con la fuerza de su trabajo contribuyeron a la reconstrucción del país y generaron el denominado “milagro económico alemán”.

Por lo tanto, la pregunta que se desprende de todo lo anotado es: ¿Qué hay realmente de original, de puro, de nativo, de autóctono, en el mundo alemán actual? La verdad de las verdades es: nada. Palabras y más palabras. Viejos y nuevos mitos. Pura construcción mental. Abundante demagogia, ya conocida y repetida.

Después de todo, lo más preocupante de esta ideología son sus consecuencias. Hay abundante experiencia al respecto en este país. Ellas se expresan a través del racismo, del nacionalismo, del patriarcalismo, del machismo, del culturalismo. Ismos que han sido fuente de derramamiento de sangre en lo ancho de su territorio y a lo largo de su historia.

En los últimos años, estos ismos comienzan a salir a flote con alguna facilidad. Ello se evidencia en la actitud de una cantidad considerable de pobladores, particularmente los más humildes, que se consideran alemanes. No obstante el mestizaje mencionado, el desprestigio consecuencia de los hechos de la Segunda Guerra Mundial, estos ismos parecen encontrar terreno fértil para echar raíces y luego florecer.

## UNA CIUDAD COMO MUESTRA

Para ilustrar el mestizaje del cual venimos hablando, en Alemania, tomemos como caso paradigmático la ciudad capital, Berlín. En el libro *Weimar...*, hemos escrito lo siguiente: “El espacio donde originariamente se levantó fue óptimo. Ella ocupó el centro del mundo de habla alemana. El tiempo, de igual manera. Muchos acontecimientos importantes cruzaron y marcaron su diario vivir. Finalmente, en el plano humano, desde hacía cerca de 300 años, la ciudad abrió sus puertas a un sinnúmero de individuos de lejana procedencia, de credos diferentes. Una multitud de perseguidos, de forasteros, de trotamundos, tomaron posesión de la gran urbe.” (Roldán, 2014: 42)

A la par hay que agregar que culturas diferentes, idiomas variados, religiones diversas, múltiples morfologías, se asentaron en la Capital. El filósofo Abram Deborin (1881-1963) nos brinda algunos datos más precisos al respecto. Leamos: “En 1685, Luis XIV expulsó de Francia a los hugonotes; 20,000 personas -artesanos, mercaderes, etc.- se trasladaron a Brandenburgo, principalmente a Berlín, donde llegaron a integrar la cuarta parte de la población. Pero su peso en la vida económica y cultural de la ciudad, y por consiguiente del país, estaba determinado no sólo por su número, sino por el papel que habrían de

desempeñar en la vida de aquel Estado. Berlín fue obra de los hugonotes. Además de los franceses, a Brandenburgo acudieron otras minorías perseguidas, como, por ejemplo, los judíos de Austria, los valones del Palatinado, los menonitas de Suiza, etc. Entre los inmigrantes predominaban los campesinos y los artesanos.” (Deborin, 1968: 121)

En el libro antes citado hemos añadido: “En lo mencionado reside la razón del por qué Berlín fue desde aquellos tiempos una ciudad cosmopolita. Una metrópoli abierta a la inmigración mundial. Una urbe donde se encontraron grupos, convivieron etnias y cohabitaron clases sociales diferentes. Consecuencia de esta experiencia, la mentalidad de la gente, fraguada en la vida diaria desde aquellos tiempos, fue mucho más abierta, más tolerante en comparación a de otras ciudades del imperio. La práctica de convivir con lo desconocido les fue conocida. La tolerancia de tolerar al intolerante les fue familiar. Característica que ha mantenido a través de las décadas. Que conserva, hasta lo han potencializado, en la actualidad.” (Roldán, 2015: 43).

El escritor Hermann Hesse (1887-1962), a principios del Siglo XX, con cierta preocupación, sostenía: “La vida humana se convierte en verdadero dolor, en verdadero infierno sólo allí donde dos épocas, dos culturas o religiones se entrecruzan.” (Hesse, 1998: 27 y 28).

Lo afirmado por el Premio Nobel de Literatura del año 1946 podría ser verdad en las pequeñas, hasta en las medianas ciudades, en otros tiempos, mas no en las grandes metrópolis y donde predomina el sistema capitalista y toda su cultura. En ellas ocurre todo lo contrario. En esos entrecruces de todo y de todos reside su grandeza. Radica su escondido encanto. Emerge su siempre lozana energía.

Berlín se mueve en otra dimensión en comparación a la mayoría de ciudades del territorio alemán. El mundo convive en Berlín. Su condición de gran metrópoli, de ciudad mundo, lo comparte en Europa con París y Londres. Es por ello que un sinnúmero de artistas, intelectuales, exiliados, librepensadores, trotamundos, si no han recalado, por lo menos han visitado la más importante ciudad alemana en los últimos tres siglos.

Lo que sucedió con el novelista Franz Kafka (1883-1924) sólo es un caso. Después de su experiencia vital en dos ciudades provincianas

(Praga y Viena), a comienzos del Siglo XX, se sintió cautivado por el ambiente espiritual que marcaba la vida en la vieja capital de Prusia. Uno de sus biógrafos da testimonio de lo aquí afirmado cuando apunta: “Solamente Berlín le atrae y conforta: lo seduce el frívolo cosmopolitismo berlinés, su prusianismo afrancesado quizás o su dicción de vocales claras e inflexiones ligeramente bruñidas tal vez.” (Vidal, 1993: 11).

De igual modo, la importancia de la ciudad capital fue evidenciada en un juicio expuesto por el escritor Heinrich Mann (1871-1950). Esta idea fue vertida, de igual manera a comienzos del siglo recientemente tramontado. Ella dice: “Todo lo que quedaba de importante en las provincias ha acabado por reconcentrarse en Berlín. Además, esta capital constituye, por su misma situación geográfica, un centro internacional o, al menos, europeo.” (cit. Vallejo, 1980: 37 y 38)

A su turno, el común de los berlineses en la actualidad, en un tono de cierta autosuficiencia, sabiendo que su ciudad fue la vieja e histórica capital del Imperio Prusiano hasta la Segunda Guerra Mundial, condición que ha vuelto a recuperar en las últimas décadas de la Alemania reunificada, repiten con frecuencia: “Berlin ist immer die Hauptstadt Deutschlands. (Berlín es siempre la capital de Alemania.)” (Roldán, 2014: 199).

## MITOS QUE RENACEN

El ya citado Cornelio Tácito, en su trabajo *Germanía*, fue quien comenzó a propagar algunos mitos sobre los denominados alemanes. En gran medida, con algunos cambios, ellos perduran hasta la actualidad. Leamos lo que afirmó: “Me adhiero a la opinión de que los pueblos de Germanía, al no estar degenerados por matrimonios con ninguna de las otras naciones, ha logrado mantener una raza peculiar, pura y semejante sólo a sí misma. De ahí que su constitución física, en lo que es posible en un grupo tan numeroso, sea la misma para todos: ojos fieros y azules, cabellos rubios, cuerpos grandes y capaces sólo para el esfuerzo momentáneo...” (Tácito, 1988: 116)

Subrayemos tres términos de los muchos que utiliza, el otrora funcionario romano, en el párrafo transcrito. Raza. Pura. Degenerado. Las personas, grupos o pueblos, de “razas puras”, que tienen descendientes con gente de morfología distinta, de pigmentación cutánea diferente, se “degeneran”. Simplemente la raza ha perdido su esencia, ha diluido su pureza.

El paso del tiempo y las investigaciones han demostrado que esa teoría es una falacia. Simple y llanamente porque parte de una premisa falsa. La raza, o las razas, no existen. Salvo en los animales. En el plano humano, ella es creación de los racistas. Lo puro de igual manera. Nada, absolutamente nada de lo que existe, se encuentra en estado de pureza. Desde el punto de vista biogenético, la diferencia entre los considerados como “caucásicos” es mucho más acentuada que entre éstos y su antípoda en el color de la piel, los leídos como “negros”. No obstante ello, la idea de la raza, de la pureza, de la degeneración, producto del mestizaje, pervive campante en la mente y actitud del común de los mortales no sólo en esta parte del mundo.

En descargo del historiador mencionado, tendríamos que decir: Por aquellos tiempos fue común y corriente creer en la raza. En la pureza de ella. En la degeneración de la misma, producto del mestizaje. Las investigaciones en torno a estos acápite estaban a fojas cero. Lo criticable es que 2,000 años después, con un sinnúmero de demostraciones en contra de la validez de estos conceptos, se sigan aceptando como verdades tamañas falsedades.

\*

Entre la antigua y la nueva era, data el primer personaje mitificado en la historia de esta parte del mundo. El mismo está encarnado en un ciudadano germano de nacimiento y romano por adopción. Conocido en una primera etapa como Armín de Querusco (17 a.n.e.-21 d.n.e.). En los últimos 500 años, también llamado Hermann (guerrero). Él, a los 20 años de edad, se enroló en el ejército romano. Luchó en muchas provincias del imperio. A su regreso a la tierra germana, con el ejército imperial al mando de Publio Quintillo (47-9), Armín desertó. Luego se rebeló en contra de su antiguo jefe. La razón: los maltratos de los que eran víctimas los pueblos germanos a manos de los romanos.

Armín formó un grupo de combatientes en base a las tribus dispersas de la región. Eligió un lugar de bosques tupidos y montañas empinadas en el páramo llamado Teutoburg (hoy cerca de Osnabrück) para enfrentarse, luego derrotar, al ejército romano. Este era considerado el más poderoso del mundo de entonces. La razón del éxito (al estilo David-Goliat) para los fantaseadores, para los fabuladores, para los mistificadores, estriba en el secreto que guardan los bosques, en la sabiduría que emana de las montañas, en la energía que despide la tierra. Sólo los hijos de ella la conocen, la comprenden, la utilizan.

Esa energía oculta, esa fuerza no percibida, habría sido el arma invencible de Armín para lograr su inmensa hazaña. Después El mito Armín, hijo de la tierra, hijo del bosque, hijo de la montaña, comenzó a flotar en el ambiente. El aire se encargó de dispersarlo por aldeas, villorrios, pueblos. La memoria se encarga de conservarlo hasta hoy. El panteísmo encontraba un magnífico símbolo en El mito Armín, hijo de la tierra, del bosque, de la montaña, para expresarse.

La energía que emana de la tierra bronca, la savia que despide la selva virgen, el espíritu que irradia la montaña inescalada, ha sido base de muchos mitos, de infinidad de leyendas, de un sin número de fábulas en la vida de los seres humanos. La tierra, el bosque, la montaña, como aposento natural de duendes, hadas, carbuncos, fantasmas, diablos, almas, dioses, a la par del racismo, del sexismo, del machismo, del clasismo, cruzan de arriba abajo las narraciones que han sido recogidas por los hermanos Jacob Grimm (1785-1863) y Wilhelm Grimm (1786-1859) en tierras germanas, cuyos moradores eran llamados por los romanos, “bárbaros”.

Más aún, la tierra, el bosque, la montaña, el río, ha sido la razón para dar cuerpo a muchos mitos que perduran hasta la actualidad. El mito de lo propio, nativo, originario, de la sangre, de las raíces, de la identidad, en todas partes del mundo. En el caso de la sociedad que analizamos, el Movimiento romántico, que tomó cuerpo a fines del Siglo XVIII y comienzos del XIX, en el cual terminaron muchos librepensadores de entonces, es una manifestación elocuente de ello.

Karl Marx (1818-1883), conocedor de los alcances del panteísmo, entre broma-burla, dirigiéndose a ciertos liberales de su tiempo que aún no se habían liberado de la tierra, del bosque, de la montaña, les decía:



“En cambio, una serie de benditos y exaltados, teutómanos de sangre y liberales de frase, buscan la historia de nuestra libertad más allá de nuestra historia en los primitivos bosques teutónicos. ¿En qué se diferencia entonces la historia de nuestra libertad de la historia de la libertad del jabalí, si hay que ir a buscarla a la selva teutónica? Y luego ya lo dice el refrán: el bosque devuelve lo que se le grita. O sea que ¡paz a las selvas teutónicas!” (Marx, 2010: 6)

\*

Alrededor de 1,000 años después de lo escrito por el intelectual latino sobre El mito de la raza pura no degenerada germana y más El mito Armín, hijo de la tierra, en pleno desarrollo del sistema feudal, en el Cantar de los Nibelungos, aparece otro importante personaje. Él fue una mezcla de divino con humano. Su deporte fue casar dragones en los páramos del reino de los Burgundios. Además, como si fuera poco, ganó todos los combates, ganó todas las guerras, a las cuales se vio enfrentado. Su nombre, Sigfrido. El que se cubría con una capa mágica. Él fue una perfecta combinación de los míticos Aquiles y Odiseo en la fantasía de Homero.

Este caballero, como todos de su especie, era invencible. Su esposa, Crimilda, informa por qué: “Mi marido es valeroso y, además, de una fuerza terrible. Cuando mató al dragón al pie de la montaña, bañándose en su sangre el arrogante caballero. Por eso desde entonces ningún arma ha podido herirlo en una batalla.” (Autor anónimo, 1998: 171)

A estas alturas, además de El mito de la raza pura no degenerada y El mito Armín, el hijo de la tierra, mencionados, aparece otro mito en el imaginario mundo alemán. La figura del Superhombre. Del héroe invencible. Del salvador de hombres y pueblos. El eco de este personaje fue imaginado por el filósofo Friedrich Nietzsche, en el Siglo XIX, en estos términos: “¡Bien! ¡Adelante! ¡Vosotros, hombres superiores! Ahora es cuando la montaña del futuro humano está de parto. Dios ha muerto: ahora nosotros queremos - que viva el superhombre.” Un párrafo después hace una declaración de parte: “El superhombre es lo que yo amo, él es para mí lo primero y lo único, y no el hombre: no el prójimo, no el más pobre, no el que más sufre, no el mejor.” (Nietzsche, 1995: 383)

Por esos mismos años, el tema de los Nibelungos fue llevado a la música clásica. Richard Wagner (1813-1883), después de abandonar las ideas democrático-liberales que había profesado hasta 1849 y de vuelta al romanticismo, compuso las óperas épicas tituladas *Der Ring des Nibelungen* (El anillo del Nibelungo). El tercer cantar se llama Sigfrid. *Götterdämmerung* (Sigfrido. El ocaso de los dioses). El actor central es un ser extraordinario. Es presentado como un Superhombre. Su nombre: Naturalmente Sigfrido. Él combina su condición de mortal con su condición de inmortal, gracias a la protección de los dioses Wotan y Thor.

Con la aparición de este último Superhombre, el panteísmo ha cedido lugar al politeísmo en el imaginario popular. Ya no es la fuerza mística de la naturaleza quien castiga o premia a los seres humanos sobrenaturales. Ésta se ha elevado de la tierra hacia el cielo. Se ha purificado en su ascensión. Ahora son los entes, mitad humano-mitad divino, de donde emana la fuerza de los héroes, la energía que encarnan los Superhombres.

Pero las elucubraciones filosóficas, en función del futuro, del autor de *Más allá del bien y del mal* y la sensibilidad épica musical de Wagner no quedan allí. Otros prominentes intelectuales alemanes lo hacen extensivo al plano político-militar. Es decir menos míticos. Menos lejanos. Más carnales. Más de este mundo. Este Superhombre está directamente emparentado con las figuras del Káiser, del Führer, del Canciller. En una palabra con *der Chef* (El primer jefe).

Thomas Mann (1875-1955), recordando a una de las personalidades más representativas en este país, el conocido con el apelativo de El canciller de hierro, en la dirección de lo que venimos analizando, en 1918, afirma: "... yo veía en Bismarck una poderosa expresión del ser alemán, un segundo Lutero, un acontecimiento enorme en la historia de la vivencia alemana de sí misma, un gigantesco hecho alemán, empecinadamente opuesto a la oposición europea." (Mann, 2011: 227)

Un par de años después de lo publicado por el autor de *La montaña mágica*, otro famoso intelectual alemán, Oswald Spengler (1880-1936), sobre el punto fue diáfano cuando afirmó: "Un gran hombre es aquel que entiende el espíritu de su tiempo, en el que este espíritu se ha

convertido en la forma de viviente. Él no viene para resolverlo, sino para llenarlo. De dónde viene el socialismo alemán, de ese espíritu, ahora se desarrollará.” (Spengler, 2012: 21)

Con lo argumentado por los arriba citados, en torno al Superhombre, el camino queda allanado para el desfile del Führer. Para la entrada del movimiento de “regeneración espiritual alemán”. La mesa está tendida para el banquete del Partido Obrero Nacional Socialista. Adolfo Hitler (1889-1945) ha entrado en la escena de la historia como la encarnación del Superhombre. Él, como síntesis de todo lo anunciado y deseado en 1924, sostenía: “Un hombre, sea cual fuera, proclama alguna verdad, exhorta a que se resuelva un problema determinado, traza un propósito y engendra un movimiento cuyo fin es realizar las intenciones de aquel hombre.” (Hitler, 2013: 228)

Luego, asumiendo su misión para la cual él cree, millones de alemanes también, haber sido elegido por Dios, sentenciaba: “De aquí que yo me crea en el deber de obrar en el sentido del todopoderoso Creador: al combatir a los judíos, cumplo la tarea del Señor.” (Hitler, 2013: 32)

Como se podrá observar, la fuerza de la tierra, la savia del bosque, la energía de la montaña, encarnadas en El mito Armín, ha cedido en la fantasía popular a la voluntad de los semidioses, como Wotan en El mito Sigfrido. Este, a su vez, ha sido superado por el soplo divino de un Dios alfa y omega encarnado en El mito Hitler. Partiendo del panteísmo, pasando por el politeísmo, terminando en el monoteísmo, estos tres mitos están internamente entrelazados.

Es menester advertir que los cambios en la mitología están en correlación indirecta o sesgada con los hechos históricos, con el proceso de la producción-reproducción, con las relaciones sociales y las recreaciones culturales a pesar que no siempre puede ser advertida, a primera vista, esta concatenación.

En principio, alimentados por el sistema, siendo un absurdo la teoría de El mito del superhombre, una mayoría de seres humanos siguen creyendo en él. El gran problema es que no sólo queda allí. Este sueño se convierte en una pesadilla cuando aparecen algunos de estos “predestinados” en la vida política real. Como es el caso del último de los nombrados y la experiencia de la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de todo ello, o por ello, en Alemania, el último Mito del Superhombre, personificado en El mito Hitler, sigue subyugando a una cantidad considerable de personas. Esa figura, sus gestos, sus movimientos, su oratoria, es cautivante para una determinada población que se mantiene pasiva. Atrayente para otra cantidad que es clandestina. La preocupación es que en determinadas condiciones podrían dejar la pasividad y abandonar la clandestinidad. Siendo improbable, se debe dormir tranquilo; pero con los ojos siempre abiertos.

Para finiquitar El mito Hitler, hay que mencionar que Thomas Mann, no obstante haber difundido ideas, algunas de ellas fueron consustanciales al credo nacionalsocialista, como se desprende de la lectura de las citas transcritas en esta investigación, en los años 30 tomó distancia de los nazis por razones estético-políticas. Más aún, a partir del autoexilio, 1933, fue uno de los conocidos intelectuales que activamente los combatió.

En 1939, el novelista publicó un ensayo titulado Hermano Hitler. Leamos lo que escribió respecto al personaje en cuestión: “Un hermano... Un hermano un poco desagradable y bochornoso. Lo saca a uno de quicio. Sin duda, un pariente bastante embarazoso. Aun así, no quiero cerrar los ojos ante la realidad de su existencia, pues, lo repito, mejor, más honesto, más alegre y más productivo que el odio es el reconocerse a sí mismo, la predisposición a confundirse con lo aborrecible, por mucho que eso pueda conllevar el riesgo moral de olvidar el no.” (Mann, 2006: 126 y 127)

Al margen de todos los horrores del nacionalsocialismo, del irracionalismo racionalizado de su jefe mitificado, Mann tiene razón con la idea del hermano. Nosotros agregaríamos que Adolf Hitler es parte consustancial de la modernidad capitalista europea. Él es un individuo nacido, crecido, socializado, en el mundo alemán capitalista. Lo histórico-lo lógico. Lo dado-lo deseado. La causalidad-casualidad. Las masas-el individuo, se dieron la mano, se entrelazaron en ese momento preciso dando como resultado este movimiento. Este personaje.

El individuo en cuestión es la síntesis de todo ello. Todo europeo tiene en Hitler un pariente desagradable. Desagradable es verdad. Pero pariente a fin de cuentas. Todo alemán tiene en Hitler un hermano

embarazoso. Embarazoso es verdad. Pero hermano a fin de cuentas. Por más duro e incómodo que resulte, el mérito es reconocerlo en función de amainar los “fantasmas” que pretenden andar sueltos por el mundo. El autor de *La muerte en Venecia* fue uno de los primeros en haber dado ese incómodo pero imprescindible paso de psicoanalizarse y “... reconocerse a sí mismo,...”, si no totalmente por lo menos parte, en la figura del Führer.

\*

Desde la primera mitad del Siglo XIX se comenzó a propagar que Alemania es el pueblo de pensadores y poetas. El conocido pensamiento viene a ser una síntesis de lo que el germanista alemán Wolfgang Menzel (1798-1873), en 1828, en su libro *Die deutsche Literatur (La literatura alemana)*, afirmó en estos términos: “Los alemanes no hacen mucho, pero escriben bastante. (...) El pueblo alemán ama reflexionar, pensar y hacer poesía, para escribir siempre tiene tiempo. Se inventó el arte de imprimir para sí mismo y ahora trabaja incansablemente con la gran máquina. (...) Sea lo que fuere que tenga en una mano, en la otra seguramente tiene un libro.” (Menzel, 1981: 123)

La verdad es que el pueblo alemán, la gran masa, ha sido y es ignorante. Su horizonte es estrecho. No tiene idea de la cultura que profesa o de la historia donde se mueve, por no hablar de otros niveles del conocimiento. De poeta, de filósofo, de músico, agregarían otros, no tiene nada. Diferente fueron las élites. Ellas fueron formadas y alimentadas en esta dirección, por el poder dominante. Ellos lo hicieron para cultivar sus intereses desde hace varios siglos atrás. Práctica que se mantiene hasta la actualidad.

Incluso en este segmento de las élites de pensadores y poetas, desde que desapareció la plana mayor de Teoría crítica-Escuela de Frankfurt, no hay ningún filósofo de reconocimiento mundial. La misma historia se repite con los poetas y los músicos desde hace buenas décadas atrás. El último gran poeta alemán, Bertolt Brecht (1898-1956) desapareció hace medio siglo. Después, no hay nada digno de nombrar.

La explicación para esta falencia podríamos encontrarla en la confluencia de dos factores. Uno general. Otro particular. El primero tiene que ver con el predominio de la razón instrumentalizada. La razón de la sinrazón razonada, devenida mito, que fue evidenciada por Max

Horkheimer (1895-1973) y Theodor Adorno (1903-1969) en sus libros *Dialéctica de la ilustración* y *La razón instrumental*, respectivamente. Esta sinrazón presentada como razón se expresa, en el diario vivir, en el pragmatismo, más sus derivados como el consumismo, que se ha convertido en el nuevo mito del joven Siglo XXI.

El segundo factor tiene que ver posiblemente, para los espíritus más sensibles, con los hechos de La Segunda Guerra Mundial, que de alguna forma paralizó al pensamiento crítico. Lo que pasmó la estética contestataria, que puso en jaque al humanismo progresista. Adorno fue consciente de ello y lo planteó en estos términos: “La crítica a la cultura se encuentra frente al último peldaño de la dialéctica de la cultura y barbarie: escribir un poema después de Auschwitz es barbarie, y esto corroe también el conocimiento que dice por qué hoy es imposible escribir poemas.” (Adorno, 2008: 23)

Hoy por hoy, lo que sí se podría decir, para estar más cerca de la verdad, es lo siguiente: Alemania fue un pueblo donde hubo algunos filósofos, donde hubo algunos poetas, donde hubo algunos músicos, de renombre mundial. Ello no autoriza para repetir el mito de que Alemania es el pueblo de pensadores y poetas. Si se ahonda en este nivel, tendríamos que concluir que la cultura de la gran mayoría del pueblo alemán hoy, es la cultura que alimenta el Bild Zeitung (sinónimo de escándalo, sangre, sexo y fútbol).

\*

De la raza pura, del hijo de la tierra, del Superhombre, Alemania es el pueblo de pensadores y poetas, se desprende otro mito. El de la misión histórica del pueblo alemán. Para no citar a Adolfo Hitler, a Alfred Rosenberg o a Joseph Goebbels, por obvias razones, recurramos a lo afirmado por una personalidad muy respetada en la intelectualidad alemana hasta la actualidad. El arriba citado Thomas Mann, en los estertores de la Primera Guerra Mundial, cuando aún no se avizoraba cuál sería el desenlace final de ella, escribió: “La paz de Europa no será internacional, sino supranacional, no sería una paz democrática, sino una paz alemana. Las paz de Europa sólo puede basarse en la victoria y el poder del pueblo supranacional, del pueblo que puede reivindicar como suyas las más elevadas tradiciones universalistas, el más opulento

talento cosmopolita, el más profundo sentimiento de responsabilidad europea.”

Luego, a renglón seguido, reitera: “La paz de Europa se basaría en el hecho de que el pueblo más ilustrado, más justo y más sinceramente amante de la paz fuese también el más poderoso, el pueblo dominante, en el hecho de un poderío del Imperio Alemán que ya no pudiese estar expuesto a maquinación alguna.” (Mann, 2011: 199)

Por ser tan clara la exposición de Mann, no da cabida para ahondar más sobre ella. Algunas preguntas ayudarían a entender mejor. Se habrá preguntado el autor de la cita, y todos los que piensan como él: ¿Qué es lo alemán? ¿Qué define el ser alemán? ¿Hay una esencia alemana? ¿Existe una diferencia cualitativa entre los llamados alemanes y sus vecinos en Europa? ¿Existe la identidad alemana? Sobre las respuestas a las preguntas planteadas, volveremos al final de este estudio.

\*

Para terminar el tema de la mitología, mencionemos cuatro adjetivos mitificados que frecuentemente son asociados positivamente a los “alemanes”. Que son endosados a lo “alemán”. Ellos son presentados como si fueran algo innato en la “naturaleza” de este pueblo. Como si fuera un componente “esencial” del modo de vida de la población de este país. Nos referimos a la puntualidad-disciplina, al orden-limpieza.

En gran medida, de ser verdad estos méritos en los sectores sociales que se cumple, no tiene un ápice de natural. Nada de lo que existe, menos en la sociedad, es natural. Todo es construcción histórica, desarrollo cultural. Nada en la vida es esencial. Las esencias, como madre y padre de las existencias, no existen. Ellos son modos, son formas, son expresiones, del ser, el que para ser tal entraña al no-ser. Esto gracias al auto-movimiento inmanente en todo lo existente. En todo lo dado.

La famosa puntualidad-disciplina, en los sectores mayoritarios que lo practican, es consecuencia del encuentro de tres elementos. A saber: La mentalidad de cuartel implementada por los prusianos desde algunos siglos atrás. Las imposiciones de la ética protestante. Las reglas que impone el capitalismo para su mejor funcionamiento. Todas estas

imposiciones son de carácter histórico-económico, político-cultural que vienen de arriba. Son imposiciones, como todas de su naturaleza, verticales.

En determinados sectores, al correr del tiempo, se ha transformado la puntualidad-disciplina en costumbre, en cultura generalizada. Ello no quita que haya sido la puntualidad-disciplina una costumbre impuesta. Acciones que en determinados momentos y actividades pueden ser valoradas como positivas; pero en otras circunstancias juega un rol inversamente proporcional a ello. El servilismo, la dependencia, la obediencia, con su contraparte el arribismo y el oportunismo impregnado en la población, consecuencia de estos métodos, fueron recreadas en el nivel literario por Heinrich Mann en su novela *Der Untertan (El súbdito)*, publicada hace más de un siglo. La actitud sumisa para con unos y altanera para con otros, de la mayoría del pueblo alemán en los tiempos del nacionalsocialismo, en el plano político-social, son las expresiones de esta puntualidad-disciplina en la vida cotidiana.

En la actualidad, el común puntual-disciplinado no desea ser puntual. No desea ser disciplinado. Pero tiene que ser puntual. Tiene que ser disciplinado. Está obligado a ser puntual. A ser disciplinado. Esta imposición tiene consecuencias nada gratas en la psicología de la población. El estrés primero, la depresión después, son las mayores consecuencias de la celebrada puntualidad-disciplina alemana.

Hasta un determinado nivel se puede afirmar, siempre en relación a otras partes del mundo, que las sociedades europeas, especialmente la alemana, son sociedades donde todo está ordenado. Todo está organizado. Todo está estructurado. De igual manera que todo está limpio. Todo está aseado. Que todo está pulcro. Los términos italianos *tutipaletti* o *píccobello* son frecuentemente utilizados para figurar el orden y la limpieza en el país motivo de esta investigación.

En primer lugar, el orden-limpieza de la sociedad alemana es una generalización, como todas las de su género, que no tiene mucho sentido. Podría tener algo de veracidad en familias conservadoras. De la pequeña burguesía hacia arriba. Ellos no son todos. Tampoco representan a la mayoría. En los demás sectores hay de todo. Limpios-



sucios, ordenados-desordenados, como en casi todas las sociedades del mundo.

Es pertinente anotar que así como la disciplina impuesta genera estrés-depresión, el orden y la limpieza exagerada generan otro tipo de perturbaciones en la personalidad humana. En la medida que el orden externo, a nivel social, genera un desorden interno, a nivel individual. Esa misma historia se repite con la limpieza exagerada. Una sociedad pulcra, muy aseada, genera suciedad, entiéndase desequilibrios psicológicos, al interior de las personas. Los tics nerviosos en el carácter de los seres humanos son algunas de sus consecuencias. Estos desequilibrios mentales, tics nerviosos, en muchos casos devienen patologías que llegan hasta liquidar, espiritualmente, a quienes lo sufren.

Con la puntualidad, la disciplina, el orden y la limpieza, la vida ha sido convertida en una terrible rutina, lo que implica sólo actuar. Ya no hay tiempo para pensar. Menos capacidad de fantasear, de imaginar algo nuevo, algo diferente, algo mejor. Un pragmatismo grosero ha triunfado con este orden. Lo mismo se repite con la limpieza. En resumidas cuentas se podría decir: Son sociedades ordenadas por fuera. Desordenadas por dentro. Sociedades limpias externamente. Turbias internamente.

Hace más de medio siglo, Max Frisch (1911-1991) tuvo la perspicacia de ver con cierta claridad este problema en sociedades donde reina la limpieza-orden. En su novela *Yo no soy Stiller*, comparaba este tipo de sociedades disciplinadas, ordenadas y limpias con las cárceles en y con Suiza. Leamos lo que escribió: “Mi celda es pequeña como todas las cosas en este país, limpia, hasta el punto que uno apenas se atreve a respirar por higiene, y opresiva precisamente por el hecho de que todo está en orden, es lo justo y suficiente. Ni más ni menos. Todo en este país tiene una suficiencia opresiva. (...) Una cárcel humanitaria, no da lugar a reclamación posible y, sin embargo, en ello consiste precisamente la perversidad.” (Frisch, 20 y 21: 1990)

La puntualidad-disciplina, el orden-limpieza, en el sistema que vivimos, para una buena cantidad de la población, se ha convertido en un malestar espiritual. Dejando de ser un problema personal para transformarse en uno de carácter social. Para mejor prueba, véase la

enorme demanda de psicólogos, de psiquiatras, particularmente en las grandes urbes.

Por otro lado, es menester decir que la puntualidad-disciplina, el orden-limpieza, como imposiciones desde arriba, no es patrimonio sólo de determinados sectores de la sociedad alemana. Es un método generalizado, de la mano con la política, para ejercer el control, dominio, obediencia, explotación. En pocas palabras: mantener, acrecentar, el Poder. El filósofo Michel Foucault (1926-1984), entre otros, ha trabajado este tema desde una perspectiva mucho más vasta y general que trasciende al sistema capitalista y, naturalmente, a la sociedad aquí analizada.

Sin obviar las consabidas excepciones, la ideología predominante, la sinrazón razonada convertida en razón oficial, sustentada en la puntualidad-disciplina, en el común de las universidades alemanas, por citar una institución conocida que debería ser, por principio, crítica, está sustentada, teñida, con estos mitos. A la vez entrelazados, matizados, con otros que vienen de la modernidad capitalista. Estamos pensando en el pragmatismo y su tarea de fabricar funcionarios, de fabricar profesionales, en serie año tras año.

Los mitos de la raza pura, del hijo de la tierra, del superhombre, de Alemania el pueblo de pensadores y poetas, de la misión histórica del pueblo alemán, de la envidiable disciplina, de la celebrada puntualidad, del orden, de la limpieza, a comienzos del tercer milenio tienen sus seguidores en determinados sectores de la sociedad alemana, los que en los últimos años, en medio de cierta confusión, se vienen activando paulatinamente. No sólo al nivel del pueblo llano, del llamado “populacho”, que podría ser explicable por su condición de ser el ente que sufre las peores consecuencias de la enajenación y de la alienación, sino incluso en las altas esferas político-sociales, académico-culturales.

El paso del tiempo y las investigaciones han demostrado que esa teoría es una falacia. Simple y llanamente porque parte de una premisa falsa. La raza, o las razas, no existen. Salvo en los animales. En el plano humano, ella es creación de los racistas. Lo problemático es que se siguen difundiendo por el mundo entero.

## ALEMANIA EN LA ENCRUCIJADA

Para evidenciar el renacimiento de algunos de estos antiguos mitos, expuestos en los párrafos anteriores, centremos en el plano político, particularmente en lo expresado por algunos representantes de los dos partidos políticos, juntos o con socios menores, que gobiernan este país en las últimas siete décadas. Nos referimos a la Unión Democrática Cristiana-Unión Social Cristiana y el Partido Socialdemócrata Alemán.

Desde que se inició la crisis financiera en octubre de 2008, uno de los sectores económicos más beneficiados con ella es el grupo de burgueses que pagan sus impuestos en Alemania. Particularmente los financistas-especuladores. De ese modo los mismos, utilizando al Estado-Gobierno alemán, son los que imponen determinadas normas, ciertas leyes, de igual manera algunas reglas, a través de sus organismos económicos, a los demás países miembros de la Unión Europea. En base a ese poder, ellos se auto-califican de: “Alemania motor de Europa”. “Alemania campeón mundial de exportaciones.”

Esta actitud arrogante-dictatorial de los financistas alemanes, a través del Estado-Gobierno alemán, ha tenido variadas reacciones en los sectores populares en los diversos países de la Unión Europea. En Grecia, frecuentemente con fotos manipuladas y caricaturas, ha sido presentada la canciller Angela Merkel como Adolf Hitler. El Ministro de finanzas, Wolfgang Schäuble (1942- ), como Joseph Goebbels. Los tanques y los cañones han sido reemplazados por los bancos y el dinero. Los gestos y la oratoria de los primeros han sido trastrocados por la oscuridad y parquedad que imponen las finanzas.

En Italia la analogía con el Drittes Reich se expresa en sus extremos. Por un lado, la revista *Espresso* denuncia que en Alemania se habría instaurado el Viertes Reich para controlar Europa. Por otro lado, el dirigente de la organización política 5 Estrellas, Giuseppe Grillo (1948-), no se sabe si en broma o en serio, pide que Alemania salve a Italia invadiéndola.

Como para demostrar que no sólo los financistas mencionados son los que dominan Europa, sino también los alemanes en su conjunto, en

2011, aparecen las declaraciones del alto dirigente de la CDU Volker Kauder (1949- ). Él, con un aire de autosuficiencia y mucho orgullo, declaró lo siguiente: “Auf einmal wird in Europa Deutsch gesprochen.” (De pronto se habla alemán en Europa.) (15-11-2011)

Lo dicho por el Parlamentario Kauder, para el consumo externo, compagina perfectamente con lo declarado por el presidente de Bavaria Horst Seehofer (1949-), para el consumo interno. Tres años después, en referencia a la gente extranjera-pobre que vive en Alemania, muy resuelto dijo: “Ausländer sollen zuhause Deutsch sprechen.” (Los extranjeros deben hablar alemán en casa) (07-12-2014)

Mencionamos extranjeros-pobres en la medida que en Alemania viven, un tiempo prudencial, alrededor de ocho millones de extranjeros-pudientes. Estos hablan cualquier otro idioma, menos alemán. El mensaje no está dirigido a éstos, obviamente. La clase social, el poder del dinero, se impone en cualquier parte del mundo.

Por su parte, el alto dirigente del SPD, Thilo Sarrazin (1945- ), en su libro *Deutschland schafft sich ab. Wie wir unser Land aufs Spiel setzen* (*Alemania se disuelve. Cómo nosotros ponemos en juego nuestro país*), se propone buscar las bases de la “identidad genética alemana”. Él cree que todos los pueblos, como los judíos, los vascos, naturalmente, los alemanes, tienen una identidad genética única. Ella sería la razón del por qué la mayoría de inmigrantes en Alemania tienen determinadas aptitudes para el trabajo. Limitarse a actividades menores o pequeños negocios por mencionar un caso. Ciertas actitudes en la vida cotidiana. Tener numerosos hijos, en comparación a los alemanes, es otro caso. Lo mencionado son un par de datos empíricos en base a lo cual teoriza el economista socialdemócrata.

Del plano de la biología, Sarrazin se eleva a las abstracciones culturales. Él sostiene que los inmigrantes, especialmente turcos y árabes, creyentes en la religión islámica, con la cantidad de hijos que procrean, con su poco sentido de integración en Europa, están poniendo las bases para “El fin de la cultura alemana”. Por extensión, también, de la cultura europea. La irresponsabilidad de los alemanes, al no accionar en contra de esta influencia, está contribuyendo para que, en un determinado momento, tengan que decir: ¡Todo está consumado!

Por su parte, el ex alcalde del populoso distrito de Neukölln (Berlín), militante también, como Sarrazin, del PSD, Heinz Buschkowsky (1948-), en su libro *Neukölln ist überall (Neukölln está en todas partes)* expone su tesis central que la podemos resumir así. Hay que diferenciar a los alemanes de origen biológico de las otras personas que viven en Alemania; pero que no tienen origen biológico alemán. En dos palabras, la teoría del Bio-Deutsche.

Para terminar con los mitos que se mueven en el imaginario de muchos habitantes de este país, volvamos a las preguntas que fueron formuladas en otra parte de esta investigación: ¿Qué es lo alemán? ¿Qué define el ser alemán? ¿Hay una esencia alemana? ¿Existe una diferencia cualitativa entre los alemanes y sus vecinos europeos? ¿Existe la identidad alemana?

Comencemos aceptando la formalidad jurídico-legal. El aparato político-militar (Estado). Un territorio delimitado. Una determinada mentalidad. Un sentimiento hacia ese ente creado. Todo unido vendría a ser Alemania como país. Sería tentativamente lo alemán. Hay que advertir que los rasgos mencionados son creaciones histórico-políticas, social-culturales. Por lo tanto, cambiantes y evolutivas. No siempre fueron todo ello. No siempre serán todo ello.

Se podría hablar de la cultura, el espíritu o la lengua, como que define el ser alemán. Wilhelm von Humboldt y Martín Heidegger (1889-1976), entre otros, defendían esta hipótesis. En primer lugar, no sólo en Alemania se habla alemán. En segundo lugar, en Alemania hay alrededor de diez millones de personas nacidas, socializadas, que no se consideran alemanes, hablando alemán. Por lo tanto, no sólo los que se consideran alemanes hablan alemán. En tercer lugar, el alemán actual es resultado de la combinación de muchos dialectos germanos con un idioma venido de la India. De allí la denominación de indo-germano o indo-europeo.

Finalmente es pertinente repetir lo que dijimos en otra parte. La influencia del griego antiguo, y particularmente del latín, a partir del Siglo XVI, por gracia o desgracia de Martín Lutero (1483-1546), es más que evidente. El idioma alemán es el resultado de mezclas, entremezclas, en permanente mutación, como todas las lenguas en el mundo. Es una lengua mestiza.

Como ya se ha demostrado ininidad de veces, por esencia no existe ningún pueblo. Por naturaleza no existe ninguna sociedad. Sencillamente porque todo es resultado de un perpetuo hacerse y rehacerse. A la par, las transformaciones son bases para otras de parecidas o de diferentes especies. Un fenómeno, el ser, el yo, el ente, es y no es al mismo tiempo. Hegelianamente hablando, siempre es algo en potencia. La negación de sí mismo. Negación como sinónimo de conservación-superación.

Aparte de lo anotado en el primer punto que da forma al país Alemania, la mentalidad que es construida, por lo tanto también es destruida. Entre un llamado alemán, y sus vecinos, no hay nada que los diferencie cualitativamente. Sólo es cuestión de tiempo, socialización y contacto. Los habitantes de las ciudades fronterizas son la mejor ilustración. Son de los dos lados en un nivel. No son de ningún lado en otro nivel.

De todo ello se desprende que la identidad alemana, o cualquier otra identidad, es un deseo, una aspiración, que no pasa de ahí. En otros casos, una construcción mental. Una ideología. Ningún grupo, familia, pueblo, comunidad, país, continente es idéntico, menos idéntico a sí mismo. De ser así implicaría que no se mueve. Que no se transforma. Que no se mezcla. Ello significaría ir en contra del movimiento, de la dinámica, que es la razón de ser de todo lo existente. La vida como tal es sinónimo de contradicción, de cambio, de transformación.

\*

Algunos de los mitos arriba expuestos (raza pura, misión histórica de los alemanes, la cultura alemana, lo alemán) renacen nuevamente a través de los cuatro voceros políticos, párrafos antes citados. Es menester insistir que el suelo, la biología, la genética, el idioma, la religión, aparecen como argumentos válidos para dominar, defenderse, ensimismarse, no contaminarse, evitar la degeneración de la raza, del espíritu, de la cultura alemana. Con esta prédica ideológica se consiguió crear las condiciones propicias para que las fuerzas nazis y neonazis, que se mantenían en las sombras, salgan a la palestra político-social con mucho más vehemencia, con mayor seguridad en sí mismas.

Levantando algunos de los viejos, agregando otros, mitos como argumentos, aparece en la ciudad de Dresden, el año 2014, la

organización comandada por grupos neonazis conocida como PEGIDA, *Patriotische Europäer gegen die Islamisierung des Abendlandes* (Patriotas europeos contra la islamización del Viejo Continente). Este movimiento logró, en su mejor momento, movilizar alrededor de 40 mil personas. La gran mayoría provenía de sectores populares, de magros ingresos económicos, con un nivel político-cultural elemental. Un número bastante considerable fue de desocupados. Su consigna central fue “Wir sind das Volk.” (Nosotros somos el pueblo).

Dresden, algunos siglos atrás, fue la ciudad donde se concentró la aristocracia del Reino de Sajonia. Allí se asentó el poder político y cultural de esta clase. Fue una población marcada por ese pasado, con mentalidad conservadora. Siempre fue el polo opuesto a la mentalidad predominante en la otra ciudad importante de esta región, Leipzig. En esta última, en los últimos 150 años, el desarrollo de la industria capitalista tuvo mucho más incidencia que en la otra.

Dresden fue la segunda ciudad en Alemania, después de Múnich, en tener el mayor número de militantes inscritos en el Partido Nacionalsocialista. En tiempos de la R.D.A. mantuvo, en muchos aspectos, su perfil conservador. Desde 1990 gobierna, con mayoría absoluta un partido confesional, la CDU. Para algunos estudiosos del tema, la mayoría de los demostrantes, bajo las banderas de PEGIDA, son nietos de los nazis de los años 20 y 30 del siglo pasado. A ese sector no les llegó la denominada “desnazificación” democrática liberal, tampoco la socialista.

Cuando en los años 90 del siglo pasado, después de la caída del Muro de Berlín, comenzaron este tipo de acciones contra los que eran vistos como extranjeros-pobres, algunos especialistas quisieron ver en ellas las consecuencias de la ausencia de sociedad civil, carencia de democracia, de libertad, en la antigua R.D.A. Sin negar estos argumentos, para estar más cerca de la verdad, hay que agregar dos hechos más: 1.- Estas acciones, en contra de extranjeros-pobres, casi en la misma proporción, ocurrieron también en la R.F.A. 2.- Muchas acciones, en la parte oriental, fueron organizadas y dirigidas por neonazis que nacieron, socializaron y vivieron en la parte occidental.

No obstante la predica anti islámica de PEGIDA, Dresden es la ciudad alemana donde menos seguidores musulmanes existen. Por lo

tanto, la lucha religiosa sólo fue un pretexto. La preocupación central de los movilizados por los neonazis en esta ciudad fueron los inmigrantes-pobres, que venían a quitarles el puesto de trabajo. A poner en peligro la ayuda social de la cual gozan. A mezclarse, tener hijos, con su población. De esa manera, piensan, que ponen en peligro la “raza pura”, la “economía social”, la “cultura” alemana.

Esta organización, después de algunos meses, antes que desaparecer, se dispersó. Sin el rótulo conocido, sus miembros aparecen frecuentemente en grupos pequeños, en distintas ciudades medianas y pequeñas del país, movilizándose en contra de los inmigrantes-pobres. Normalmente cuentan con el apoyo activo de algunos sectores de pobladores “nativos” donde actúan y con el apoyo pasivo de una cantidad mucho más considerable.

La propaganda en los medios de comunicación, las movilizaciones, las consignas, la agresión directa a personas leídas como extranjeras-pobres, la quema de viviendas de inmigrantes o de pequeños negocios de extranjeros, el asesinato de algunos de los nombrados, en los últimos tiempos, es frecuente. En no pocos lugares, por su renuencia, daría la impresión que los nazis y neonazis cuentan con la complicidad de ciertos policías y algunas autoridades.

Después de todo, estos sectores que se oponen a los inmigrantes levantando viejos y nuevos mitos, como el tema de la religión, cristianismo contra islamismo, se mueven con las mismas estructuras mentales que sus supuestos enemigos. El racismo, el culturalismo, la intolerancia es similar. Veamos un caso como muestra. La idea de conservar la familia grande, el patriarcado, el machismo, el adultismo, el sexismo, la sumisión de la mujer al rol de buena madre, de buena cocinera y buena creyente, es la misma.

Hay que advertir algo importante. El grueso de los inmigrantes, por ser tales, no implica que sean democráticos, que sean tolerantes, menos progresistas o que tenga ideas de izquierda. La inmensa mayoría son conservadores. Muchos de ellos son fascistas conscientes. Un grueso de ellos proviene de sociedades tribales unos, de sistemas medievales otros. En el fondo, la mentalidad de los “indígenas alemanes” es la misma que la de sus ocasionales enemigos, los “avecindados inmigrantes”.



La razón del enfrentamiento es porque los “indígenas alemanes”, por las razones que fueren, se sienten desplazados al interior de su propio territorio. En el seno de su cultura. En el quehacer de su sociedad, por los nuevos “forasteros-inmigrantes”. Perciben que los recién llegados son mucho más radicales en su prédica conservadora. Mucho más consecuentes en su práctica reaccionaria. Consecuentemente, podrían ser desplazados de la posición que ocupan. Ahí reside el demiurgo del enfrentamiento entre cristianos-alemanes e islamitas-inmigrantes.

El tema de la religión como coartada para todo tipo de acciones no es nueva. Sólo recordemos los cientos de genocidios cometidos por la Iglesia Católica, en Europa, en contra de personas de otros o sin credos, en las llamadas cruzadas, a lo largo del feudalismo. La máquina de quemar carne, ateos, científicos, librepensadores, brujas, llamada inquisición no puede pasar desapercibida. Las matanzas de los católicos contra los protestantes, y viceversa, son conocidas. El asesinato de 5,000 cristianos protestantes, en una noche, en el barrio de San Bartolomé a manos de los católicos, conocida como “La noche de los cuchillos largos” en 1572, está en la memoria. Todos estos hechos fueron obra de Dios. Invocando el santo nombre de Dios. Con la protección del gran Dios. Por el deseo de Dios. La pregunta que se desprende es: En todas estas matanzas, ¿de qué lado estuvo Dios?

Por los dominios del islam, la historia no es ni más ni menos aberrante que por los predios de los cristianos. Las matanzas entre Chiitas-Sunitas, los dos fieles seguidores del islam, en la actualidad es ilustrativa. Los dos sectores se envisten unos contra otros con su grito de guerra ¡Dios es grande! ¡Dios es grande! ¿De qué parte está Mahoma? ¿De qué parte está Alá? Sólo Dios lo sabe, dirían unos. De los dos lados, dirían otros. Nosotros decimos, de ningún lado. Porque Mahoma y Alá son mitos creados por los seres humanos, sólo existen en la fantasía de sus fieles y fanáticos.

No olvidemos las matanzas de millones de personas, los suplicios de millones de mortales, todas las maldades en contra de millones de seres humanos, que se ejecutan con la convicción de que lo hacen por Dios. En nombre de Dios. Por la voluntad de Dios. Al servicio de Dios. Ésta es la razón del por qué el filólogo Manuel Jabois (1978- ) escribió: “En atribuir las buenas acciones a la voluntad de Dios o hacerlas bajo

su amparo, o convertir la conducta propia en una especie de transmisión divina según la cual es la religión la que te hace buena persona, hay algo de subterfugio moral, un salvoconducto de consecuencia escandalosa: si no creyeses en Dios, ¿harías lo contrario? No, Dios no es bueno. Y sí, Dios está detrás del IS, y lo ha estado de la mayoría de horrores de la Historia, y al contrario de los biempensantes de hoy, cuando escucho religión veo violencia, desde la interpretación judeocristiana del Génesis, con un asesinato entre hermanos, hasta Alá en manos de los terroristas.” (Jabois, 2015: 32)

Párrafo seguido, el también periodista remata su pensamiento diciendo una gran verdad: “Un mundo sin Dios sería un mundo objetivamente mejor. Sería, para empezar, un mundo sin coartadas. Tanto para hacer el mal como para hacer el bien.” (Jabois, 2015: 32).

Por su parte, el filósofo Fernando Vallejo (1942- ) auscultando otra vertiente del tema Dios, en *La puta de Babilonia*, escribió: “No puede existir un Ser tan dañino que pudiendo en su omnipotencia hacer el bien haga la chambonada de este mundo con todos sus horrores: terremotos, maremotos, hambrunas, sequías, el hambre, la sed, el dolor, la angustia, la vejez, la enfermedad, la muerte, los animales comiéndose unos a otros.” (Vallejo, 2007: 242 y 243)

Después de todo, mal que nos pese, el absurdo sigue siendo argumento que cautiva a millones. La ignorancia sigue siendo razón que mueve a millones. A ello agréguese el deseo, la necesidad de creer, de muchos otros. De otra manera no se podría entender este tipo de acciones, por más descabelladas que parezcan a millones; pero para los creyentes en esos mitos tiene un sentido, una fuerza, una razón de ser en su diario vivir.

\*

A la mentalidad, a la predica, a las actividades, a las acciones de los nazis y neonazis, y a sus apoyantes, hay diferentes y distintas fuerzas político-sociales en Alemania que se oponen, que los combaten directamente o que, en su defecto, no les toleran su prédica racista, nacionalista, culturalista. Particularmente en torno al actual tema de los inmigrantes se pueden percibir estas diferencias.

De las muchas tendencias que se enfrentan, anotemos un par de ellas. En el sector dominante, gobernante, mundo oficial, hay una doble táctica hacia la cuestión de la inmigración. Por un lado, aceptan a los inmigrantes, especialmente a los calificados o ilustrados, de los países que están en guerra. Las normas legales, las declaraciones oficiales, las informaciones en los medios de comunicación estatales expresan, de alguna manera, esta tendencia.

Este sector, como dispone en gran medida del Poder, sensibiliza a la población difundiendo las ideas de que no todos los inmigrantes son delincuentes. Que no todos son perezosos. Que no todos son “terroristas”. Que no todos profesan el islam. Argumentan que hay países más pequeños y más pobres, en comparación a Alemania, que aceptan sin problemas a inmigrantes que huyen de las guerras. El caso Líbano, con un millón y medio de refugiados procedentes de Siria, es para ellos un argumento contundente.

Por otro lado, expulsan a los inmigrantes pobres que provienen de los países que no están en situación de guerra abierta; pero que lo estuvieron, como es el caso de los que provienen de la ex Yugoslavia, que viven, incluso, más de 15 años en este país. A la par, utilizan subterfugios legales para expulsar a los provenientes de África. Como la gran mayoría de ellos no tiene documentos legales, los reclutan en la embajada de Nigeria (tienen convenios de colaboración en este sentido). Allí les dan documentos de este país y en masa los expulsan. ¿Qué hace Nigeria con ellos? Eso ya no es problema de los alemanes.

Con esta doble táctica, especialmente con la primera, muestran a la opinión pública que cumplen con las leyes estipuladas en tratados internacionales sobre inmigrantes y refugiados. Con la segunda, lavan en parte su mala conciencia de las deportaciones efectuadas por el Estado alemán, en las dos guerras mundiales. A la par recuerdan que muchos de sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos fueron también refugiados en el Siglo XX. Así venden al mundo la idea de que son humanistas, que son democráticos. No obstante, Alemania es el tercer país en el mundo que vende más armas a los países en guerra actualmente.

Sin negar que muchos de estos argumentos pueden ser vertidos con las mejores intenciones, la verdad, dicho por un buen número de

voceros oficiales, tiene que ver con intereses de carácter económico y geopolítico. El pragmatismo económico, en estos dos niveles, se impone por sobre las consideraciones racistas, nacionalistas, culturalistas, religiosas.

Alemania, como todos los países, necesita un equilibrio poblacional sostenido. Las razones, partiendo de lo económico, pasando por las geopolíticas y llegando a lo cultural, son varias. Este país debería tener entre 100 y 120 millones de personas para mantener ese equilibrio mencionado. Ahora cuenta con 85 millones de habitantes. Es el país más poblado de Europa.

La tasa de natalidad de los considerados alemanes, en el país, no sólo se ha estancado sino que está reduciéndose en los últimos 20 años. De seguir esta tendencia, la población alemana, en unas dos o tres décadas, se verá afectada significativamente. Éste es el drama de Alemania. Esta situación ha colocado a este país en una encrucijada, aparentemente sin salida.

En directa relación con lo mencionado, el ritmo del desarrollo y profundización del capitalismo exige a los alemanes mayor rendimiento económico. Producción material competitiva. Buenos y eficaces resultados. Consecuentemente, presionados por esta prédica, una considerable cantidad de ciudadanos alemanes han decidido hacer carrera. Dedicarse, “realizarse”, por completo al trabajo. El tema hijos está cancelado para este sector social. Además de limitarlos en el trabajo, argumentan que los niños los privan de su libertad. Más aún, que la existencia de descendientes altera su tranquilidad.

En otros sectores relativamente considerables, tienen un descendiente o máximo dos. De esa manera pueden combinar, con mucho sacrificio, el buen rendimiento en el trabajo con el mantenimiento del hogar en buenas condiciones. Una familia de clase media, más aún los pobres, que tiene más de dos hijos en este país, es mal vista por la sociedad. Son considerados como “Anti-sociales.” Los hechos mencionados aquí tienen sus consecuencias. Una de las manifestaciones es que la clásica familiar nuclear está en crisis. En términos generales, sólo pervive en una minoría. La familia se va reduciendo a dos. Únicamente a la pareja. Una nueva concepción-

estructural de familia se va imponiendo como en todos los países capitalistas altamente desarrollados. La familia binaria.

Esta obligación de tener descendientes para que el país siga funcionando, para que la sociedad, en perceptiva, no se reduzca, se contrapone con la práctica de exigir a las personas máxima concentración, alto rendimiento en el trabajo. Las dos actividades no armonizan tan bien como desean. Las exigencias que la sociedad demanda, en los dos niveles, son muy altas. Ser buena madre y buen padre, ser buena trabajadora y buen trabajador implica un doble esfuerzo para los que lo practican. Se reduce a un buen deseo de los que lo proponen. La pregunta es: ¿Qué salida se da a esta encrucijada en la cual se encuentra Alemania? Los teóricos, los políticos, que ponen el acento en lo económico y se proyectan hacia el mediano o largo plazo, han encontrado la mejor solución a esta encrucijada. ¡Los inmigrantes! ¡Los refugiados!

La mayoría de los inmigrantes, especialmente los provenientes de África, y el mundo árabe, por muchas razones, tienen y desean tener varios hijos. Los alemanes que defienden la teoría de “los inmigrantes como solución” saben perfectamente esta predisposición de los mencionados. A la par son conscientes de que la primera generación de inmigrantes, que llegan por sobre los 30 años, es una generación perdida. La segunda generación, que llega después de los 10 años, es una generación semi-perdida. La tercera, que nació y se socializó en Alemania, es una generación, en su mayoría, “integrada.” Habla alemán estándar. Adquiere muchas costumbres nativas. Adopta en parte la mentalidad, algunos hasta se consideran alemanes. Los de esta generación son los que cargarán en los hombros la responsabilidad del futuro de este país. No hay otra solución.

Como consecuencia, para este sector pragmático, los inmigrantes, especialmente los calificados e ilustrados, deben ser bienvenidos. Por lo tanto, la antigua idea de Juan Bautista Alberdi (1810-1884), que reza: “Gobernar es poblar”, ideada para la Argentina de hace 150 años, cobra actualidad en Alemania de comienzos del tercer milenio.

Lo dicho por el otrora Presidente alemán, militante de la CDU, Christian Wulff (1959- ) en 2010, en uno de sus discursos que pronunció en torno al llevado y traído tema de la inmigración,

integración, islam, expresó el sentir de este sector pragmático. Sus palabras fueron: “Der Islam gehört inzwischen zu Deutschland (Entretanto el islam pertenece a Alemania)” (03-10-2010).

Por lo tanto, no hay problema en ese nivel. Es pertinente recordar que al capital, para su desarrollo, para su realización, no le interesa el color de la piel, ni el idioma que se hable, ni el credo que se profese. Su interés central es seguridad y ganancia para sus capitales. Para ellos, el dinero, venga de donde venga, nunca apestará. En este proceso, los inmigrantes serán parte del “ejército industrial de reserva” que el capitalismo como sistema necesita para su supervivencia.

La otra actitud en contra de la prédica nazi o neonazi y sus congéneres viene de la vertiente de la izquierda legal e ilegal (anarquista, alternativa, comunista). Ellos son los enemigos históricos de los antes nombrados. La izquierda, por tradición, tiene una prédica, o alguna práctica, en contra de la ideología, la mentalidad y la práctica de los sectores conservadores y reaccionarios donde anidan los nazis y neonazis.

A la par, se enfrentan al Estado, al Gobierno y sus instituciones, enrostrándoles su inconsecuencia. Su doble moral en la política en general y en la cuestión de los inmigrantes en particular. Como consecuencia, su solidaridad con los inmigrantes es conocida. Su consigna de que “Ningún ser humano es ilegal” es una expresión de su ideología, de su mentalidad, de su compromiso.

\*

Como hemos podido evidenciar en este estudio, el continente europeo mestizo es el resultado del cruce-re-cruce de clanes, tribus, sectores, pueblos, clases, a lo largo de su historia. Estos hechos han sido valorados como grandezas por unos, como miserias por otros. Esta misma historia se repite en Alemania, con el agregado de que en este país se ven, en las últimas décadas, en la disyuntiva de aceptar a los inmigrantes o expulsarlos.

La primera opción significa conservar algunos mitos, antes mencionados, que aún perduran en determinados sectores de la población a condición de perder protagonismo económico y geopolítico en Europa. La otra alternativa para salir de esta encrucijada es

aceptar a los inmigrantes, perder dos generaciones a condición de ganar las generaciones del futuro. A los que deciden, dirigen, gobiernan, este país, les quedan dos caminos para salir de la encrucijada en que están en los tiempos y los acontecimientos actuales. Con su doble faz, por el momento, ellos ya decidieron qué camino seguir y a qué sector apoyar.

Es menester anotar algo más. Es verdad que los inmigrantes rompen, con su “anarquía”, algunas reglas sociales establecidas en la sociedad alemana. Es cierto, de igual manera, que con su “rebeldía” no respetan viejas costumbres establecidas en este país. A la par, la inmensa mayoría, no habla gramaticalmente correcto el idioma. Inventan nuevas palabras. Crean figuras que los nativos desconocen. Mezclan el alemán con otros idiomas. Seguro que, a largo plazo, aparecerá otro idioma como producto de esta simbiosis. Pero en contraposición a lo anotado, con los cruces, en todos los niveles, flexibilizan positivamente la mentalidad aún predominante en esta sociedad.

De igual manera, el mestizaje va cambiando el rostro de la población. Los nombres se intercalan. Los apellidos se sobreponen. Es por ello que la sociedad alemana ya no es lo que fue hasta hace treinta o veinte años atrás. Las generaciones del futuro serán la síntesis de lo que hoy se está fraguando socialmente y culturalmente en su interior. Ella será el resultado de la mezcla del “alemán típico” con el inmigrante árabe y africano, principalmente.

Algunos de los mitos, en buena medida base de su mentalidad, han sido destruidos en el contacto socio-cultural diario con los desconocidos inmigrantes. No obstante ello, algunos conservadores, más nazis y neonazis, repiten la frase popularizada por G.W.F. Hegel (1770-1831), que dice: “La historia se repite”, con la esperanza de que los viejos tiempos vuelvan a renacer. El filósofo se equivocó. Lo correcto es decir que la historia parece que se repite. No se repite porque ella no se desarrolla en forma circular. Sólo parece que la historia se repite porque ella se desarrolla en forma de espiral.

Los mitos de la raza y de la nación están desprestigiados en unos y desgastados en otros. El mito de la religión (cristianos contra musulmanes) por la presencia de otros credos, de ateos, librepensadores, tampoco tiene mucha cabida. El problema de fondo

será, en el futuro, sin mayores cuartadas, de carácter económico y geopolítico.

Lo cualitativo es que los inmigrantes en Europa, más concretamente en Alemania, actúan, viven, producen, en esta sociedad, en esta cultura; pero no se sienten atados a la mentalidad predominante. No se sienten comprometidos a defender sus tradiciones. Son irreverentes. Son bizarros. En esa anomia socio-cultural de aceptar-no aceptar lo dado, macera la innovación. Ahí germina la transformación. Crecen las raíces de lo nuevo.

En unas tres o cuatro generaciones más, lo nuevo, lo innovativo, se podrá percibir con mayor claridad. Las ciencias, las humanidades, las artes, hoy paralizadas, pasmadas, subastadas, bastardeadas, encontrarán nuevas vetas, nuevas savias, nuevos motivos y nuevas razones para desarrollar sus potencialidades en un nuevo nivel socio-cultural. Los nativos, los inmigrantes, en unidad-lucha, tienen en las manos ese desafío de crear algo nuevo, diferente y mejor para todos.

Sin creer en El mito de los 500 años, deseamos mencionar dos hechos que coinciden. En primer lugar, los actuales inmigrantes parecen devolver a la Europa la acción colonizadora que comenzó hace 5 siglos. En segundo lugar, un aparente nuevo Renacimiento se almaciga en la decrepita pero aún joven Europa. En la despreciada pero aún atractiva Europa. ¿Será Berlín la nueva Florencia? El tiempo lo dirá.



## CUARTO CAPÍTULO

UN SIGLO DESPUÉS.

10 DÍAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO



## SAN PETERBURGO. EL ESPÍRITU IMPERIAL

La ciudad de San Petersburgo fue imaginada, diseñada, finalmente construida, en los tiempos del Zar Pedro I (1672-1729), conocido también con el apelativo de Pedro el Grande. A comienzos de 1700 se dio inicio a la construcción de la misma. El cuartel San Pedro y San Pablo, denominado como la Bastilla rusa, es considerado como la primera piedra donde se edificó la futura capital del inmenso imperio de la dinastía Romanov. En 1712 fue elevado San Petersburgo a la condición de capital de la Federación Rusa. Esto se hizo en desmedro de la legendaria ciudad de Moscú.

Finalmente, hay que aclarar, que el nombre San Petersburgo no hace alusión al Zar fundador de ella. Más bien es un nombre, germanizado, en homenaje al apóstol San Pedro.

El Zar Pedro I había visitado las más importantes capitales imperiales europeas de aquellos tiempos. Él vivió, por algún tiempo, en los Países Bajos (Ámsterdam). Es posible que en este contacto directo haya concebido la idea de construir la ciudad siguiendo las dimensiones, el estilo, de algunas ciudades por él visitadas. En particular cómo aprovechar las condiciones geográficas dadas. Estamos pensando en las islas, el gran pantano, el Río Neva, las aguas en general. Venecia, Hamburgo, Ámsterdam, Estocolmo, entre otras, tienen estas características de ciudades “lagos”. Son ciudades edificadas, en parte, sobre bases ganadas a las aguas del mar, de los lagos y de los ríos.

El Poder, en cualquier tiempo y lugar, donde tiene presencia se exterioriza a través de una serie de figuras, de algunos signos, de ciertas señales, de diversos colores. La ciudad que comentamos fue concebida, de principio a fin, para convertirse en la capital de un poderoso imperio. Esta es la razón del por qué las calles, las avenidas, los puentes, los canales, los palacios, las catedrales, los monumentos, los cuarteles, las plazas, los jardines y los parques, se construyeron en dimensiones superlativas. Por último, hasta las viviendas, para el común de los mortales, siguieron en alguna forma, estas dimensiones y estilo.

Lo descrito se acentúa, más aún, cuando se hace conscientemente. Cuando exprofesamente se edifica para exteriorizar el espíritu imperial. Este es el caso de la ciudad de San Petersburgo. En el centro histórico de la ciudad, todo es imponente. Todo se manifiesta a un nivel mayúsculo. Ello se explica por dos razones. Primera, ella sería la capital del entonces imperio más grande del planeta. Y segunda, ella fue construida por un Zar apodado El Grande. Pedro I, El Grande. Sin duda él deseaba exteriorizar su espíritu de Poder en este gigantismo urbanístico, en este portento arquitectónico. No sólo al interior del inmenso Imperio de los Zares, sino, a la par, al resto del poder imperial europeo. No olvidemos que el Poder, lo decía Michael Foucault (1926-1984), es la verdad. En el peor de los casos, el Poder, construye la verdad.

Al pasear por las calles, desplazarse por jardines y plazas; observar los palacios, catedrales y monumentos, tiene el transeúnte la sensación de que estas enormes construcciones lo aplastan. Que estos gigantes lo apabullan. Que estos cíclopes lo ridiculizan. Ellos lo hacen sentir insignificante, humillado. Minúsculo. En ese plano meramente sensorial, se siente la fuerza del Poder que agobia. Sin mayor oposición, el espíritu imperial de sus mentores se impone a todo. A todos, irremediabilmente.

En estas circunstancias se comprende por qué la inmensidad de la montaña, la vastedad del río, la oscuridad del bosque, han sido la cuna de muchos mitos en una determinada etapa del desarrollo de la humanidad. Mientras que, en otro momento, el caballo en cabresteo, el toro embistiendo, el león zarpando, fueron muy temibles por todos. Estos animales han sido adorados como tótem. En su antípoda, el mosquito, el ratón, la cucaracha, jamás han sido entes sagrados. Tampoco mitos. Menos aún, dioses.

El gigantismo, la vastedad, lo imponente, obliga, al mortal común, contemplar la figura de abajo hacia arriba. En este cruce de dimensiones arriba-abajo, largo-ancho, amplio-voluminoso, se manifiesta el poder del dominio de unos sobre otros. A la par, la cuasi sumisión de otros. La presencia del espíritu imperial, la imposición, es más que evidente.

Para no perdernos en las particularidades de la ciudad que nos ocupa, donde se manifiesta por todos lados el espíritu imperial, al margen del poder que emana el agua del Río Neva trabajado armoniosamente con canales y puentes, mencionemos la Avenida Nevsky. Ella es de doble vía. Con tres carriles por cada una de las aceras. La misma cruza gran parte de la ciudad. Esta vía fue considerada, hasta hace unas décadas atrás, como la avenida más larga y amplia de Europa.

Con la aparición de gigantescas vías urbanas en otras metrópolis, en los cuatro continentes restantes del planeta Tierra, en la segunda mitad del Siglo XX, posiblemente hoy sea esta avenida una más entre otras. Pero, para valorar mejor estas dimensiones, este espíritu imperial, hay que remitirnos 300 años atrás, tiempo en el cual la Avenida Nevsky fue construida.

Esta exuberancia, esta enormidad, que comenzó con el Zar Pedro I, El Grande, anima todo lo que es considerado importante en la ciudad de San Petersburgo. Esta manifestación de espíritu de Poder, que hasta hoy es el orgullo de unos y la admiración de otros, fue materializada con el sudor, con la sangre, con la vida-muerte, de cientos de miles de siervos que fueron obligados, látigo en mano, a construir esta gigantesca y bella metrópoli.

El Premio Nobel de Literatura Heinrich Böll (1917-1985), en un escrito titulado *Dostoievski y San Petersburgo*, menciona algunos de los costos humanos en la construcción de la ciudad. Leamos: “San Petersburgo es una ciudad decretada y abstracta, introducida a latigazos en la nada de los pantanos finlandeses. Nadie sabe si su construcción costó cien mil o doscientas mil vidas humanas. Los poetas rusos Pushkin, Gogol, Bieli y Block estaban firmemente convencidos de que el agua reivindicaría alguna vez la devolución de San Petersburgo.”

Luego, refiriéndose al novelista que nació aquí, muchas de cuyas obras fueron recreadas en esta ciudad, afirma: “A Dostoievski le dolía la sangre y la miseria de las víctimas, el gigantesco e invisible cementerio social sobre el cual se elevaba todo el lujo y la magnificencia basados en la violencia y la sumisión, con el apoyo intelectual. (...) Esta extraña realidad de San Petersburgo, también

perseguía a Dostoievski en el extranjero; en todas las grandes urbes reconocía la extrañeza de San Petersburgo que se reprodujo en su interior lleno de odio y de venganza.” (Böll, 1976: 72)

El politólogo estadounidense Marshall Berman (1940-2013), en torno a los actores de carne y hueso que inyectaron sangre y savia a la enorme y hermosa ciudad en mención, escribió: “Pedro tenía el Poder absoluto sobre la fuerza de trabajo prácticamente infinita. Obligó a esos cautivos a trabajar sin respiro para abrirse paso a través de la vegetación, desecar los pantanos, dragar el río, excavar canales, levantar diques y presas de tierra, enterrar pilones en el suelo blando y construir la ciudad a una velocidad vertiginosa.”

A renglón seguido, el estudioso continúa: “Los sacrificios humanos fueron inmensos: en tres años la nueva ciudad había devorado un ejército de 150,000 trabajadores -destrozados físicamente o muertos- y el Estado tuvo que acudir constantemente al interior de Rusia en busca de más hombres.”.

Finalmente, el politólogo añade: “Por su determinación y poderío para destruir a sus súbditos masivamente en aras de la construcción, Pedro estaba más cerca de los déspotas orientales de la Antigüedad -por ejemplo los faraones, con sus pirámides- que de los otros monarcas absolutos de Occidente. Los terroríficos costos humanos en San Petersburgo, los huesos de los muertos entremezclados en sus monumentos más grandiosos, ocuparon de inmediato un lugar central en el folclor y la mitología de la ciudad, incluso para quienes más la querían.” (Berman, 2010: 179).

Los que planificaron, los que dirigieron, la construcción de la ciudad, fueron profesionales, artistas, ingenieros, arquitectos, venidos de Inglaterra, Alemania, Francia e Italia. En la combinación del arte, con la simetría, con los colores, con la perspectiva, con la luz y con la solidez de lo construido y edificado, se observa, con cierta claridad, la mentalidad de los arriba mencionados.

Después de Pedro I, El Grande, fue principalmente otra *grande* quien se esmeró en mantener el prestigio y desarrollar la vida socio-cultural en San Petersburgo, también a lo grande. Nos referimos a la

protestante alemana Catalina II (1729-1796), llamada La Grande. Teniendo a la mencionada Zarina como una de las figuras centrales de este período, el citado Berman escribió: “En el curso del Siglo XVIII, San Petersburgo se convirtió a la vez en la cuna y en el símbolo de una nueva cultura oficial secular. Pedro y sus sucesores estimularon e importaron matemáticos e ingenieros, juristas y teóricos de la política, fabricantes y economistas políticos, una Academia de Ciencias, un sistema educativo técnico financiado por el Estado. Leibniz y Christian Wolff, Voltaire y Diderot, Bentham y Herder disfrutaron del mecenazgo imperial; fueron traducidos y consultados, subvencionados y frecuentemente invitados a San Petersburgo por una serie de emperadores y emperatrices, que culminará con Catalina, La Grande, quien esperaba construir fachadas racionales y utilitarias para su poderío.” (Berman, 2012: 180).

Centrando en otro nivel, el autor continúa: “Al mismo tiempo, especialmente bajo las emperatrices Ana, Isabel y Catalina, la nueva capital fue profusamente decorada y embellecida, utilizando la arquitectura y el diseño occidental -la perspectiva y la simétrica clásica, la monumentalidad barroca, la extravagancia y el desenfado rococós- para convertir toda la ciudad en un teatro político, y la vida urbana de todos los días en un espectáculo. Dos de los hitos fundamentales fueron el Palacio de Invierno (1754-1762), de Bartolomeo Rastrelli, la primera residencia imperial permanente en la nueva capital, y la enorme estatua ecuestre de Etienne Falconet presentando a Pedro, El Grande, el *Jinete de bronce* (instalado en 1782) en la plaza del Senado, y dominando el Neva, en uno de los puntos focales de la ciudad.” (Berman, 2012: 180)

El año que comenzó el reinado de Catalina II, La Grande, se terminó de construir el Palacio de Invierno. En pleno mandato de la misma se instaló el monumento a Pedro I, El Grande, ya mencionado. Éste es conocido con el nombre de *Jinete de bronce*. En la producción literaria rusa es famoso el poema titulado *El jinete de bronce*. Éste fue escrito por uno de los padres de la literatura en dicha lengua. El autor nació en la mencionada ciudad. Su nombre, Alexandro Puschkin (1799-1837). El poeta describe, en alguna forma, la geografía, las construcciones y el significado del Zar en la vida de la ciudad.

La *Introducción* al escrito fue publicada en 1833. El poema, propiamente dicho, algunos años después. Por su importancia, transcribiremos la parte mencionada del extenso poema. Leamos lo que el autor, en nombre de Eugenio, dice: “En orilla de olas desoladas se irguió él, lleno de grandes pensamientos, y miró a la distancia. Ante sí el amplio río se apresuraba; una pobre barca sobre él languidecía solitaria. En las mohosas y pantanosas orillas, ennegrecidas islas aquí y allá. Refugio de fineses miserables; y el bosque, desconocido por los rayos del sol, oculto por la niebla, crujía alrededor. Y pensó él: desde aquí amenazaremos al sueco, aquí será fundada una ciudad para mal del vecino arrogante. La naturaleza nos ha destinado aquí para abrir una ventana a Europa, poner pie sólido frente al mar. Hacia aquí, sobre olas nuevas para ellas, todas las banderas nos visitarán y festejaremos en grande.”

Puschkin continúa haciendo hablar a su personaje: “Pasaron cien años, y la joven ciudad belleza y la maravilla del país del norte, desde el bosque oscuro, desde el abrigo del pantano, surgió arrogante, orgullosa; donde antes el pescador finés, triste hijastro de la naturaleza, solitario en la orilla baja lanzaba en aguas desconocidas su red maltrecha, hoy en día en la animada orilla masivas construcciones se apretujan palacios y torres; naves en masa de todo rincón de la Tierra con riquezas a los muelles se acercan; se vistió con granito Neva; puentes colgando sobre las aguas; jardines verde oscuro han cubierto sus islas, y ante la joven capital palidece el viejo Moscú, como ante la nueva zarina la viuda vestida en púrpura.”

Luego el poeta exterioriza el sentimiento de Eugenio, lo hace en estos términos: “Te quiero, creación de Pedro, amo tu austera y armoniosa vista, la corriente imperiosa del Neva, sus orillas de granito, tu armoniosa valla de hierro, tus noches contemplativas crepúsculo brillante, brillo sin luna, cuando yo en mi habitación escribo, leo sin lámpara, y claras masas adormiladas en las calles desiertas, y brillante aguja del Almirantazgo, no dejando la oscuridad nocturna en el cielo de oro, un amanecer sustituye al otro con premura, dando a la noche media hora.”



Continúa con lo que el personaje dice que ama: “Amo tu invierno cruel, el aire inmóvil y las heladas, la carrera del trineo a lo largo del ancho Neva, los rostros de muchachas rosados y brillantes y el brillo, y ruido y hablar en los bailes, en la hora de las fiestas de soltero silbante espuma de las copas, la flama azul del ponche. Amo la animación militar del espectáculo del Campo de Marte, infantería de combate y caballos monótona belleza, en sus bien formadas filas ondulantes sus desgarrados estandartes de victoria, al resplandor de estos cascos de cobre, perforados por una bala en la batalla. Amo, capital guerrera, el humo y el trueno de tu fortaleza, cuando la reina del norte alumbra un hijo en la casa real, o por la victoria sobre el enemigo Rusia se regocija de nuevo, o rompiendo su hielo azul el Neva al mar lo lanza y, sintiendo días de primavera, se alegra.”

Finalmente, Puschkin anuncia lo que será el contenido del extenso poema: “Muéstrate, ciudad de Pedro, y de pie resueltamente como Rusia, y tranquilícese contigo, el elemento victorioso; enemistad y el viejo cautiverio que las olas finesas olviden y vana malicia no vaya a perturbar el sueño eterno de Pedro. Fue entonces terrible, de ella frescos recuerdos de ella, mis amigos, para ustedes voy a empezar mi historia. Triste será mi relato.” (Puschkin, 1970: 22 y 23)

Efectivamente, como lo anuncia el poeta, “... triste será mi relato” en la medida que el autor se pone en el cuerpo, en la situación, en el alma, de Eugenio. Un individuo proveniente de la nobleza venida a menos. Posiblemente por los cambios políticos-geográficos iniciados por el Zar. Esta persona se lamenta primero, se rebela después, en contra de Pedro I. Además de colocarse en el mismo nivel del *Jinete de bronce*, reclama por los seres humanos de su clase y condición. Particularmente eleva su voz de protesta en contra de las desgracias naturales, inundaciones frecuentes, que azolaban la ciudad construida a orillas del Río Neva por deseo y voluntad de Pedro I, El Grande.

Eugenio pregunta al *Jinete de bronce*, en uno de los versos: ¿Por qué mandó construir la ciudad en un terreno inhóspito, pantanoso y húmedo? No encuentra respuesta. Moscú, posiblemente, era mucho más segura y saludable. A lo largo del poema, las dos figuras centrales están unidas y a la vez enfrentadas. Tienen una misma mirada; pero con perspectivas distintas. Dos ciudades se sobreponen. Dos mentalidades

se cruzan. Un personaje real-histórico, Pedro I, El Grande, razona. El otro, imaginario, a-histórico, Eugenio, fantasea. Estos dos siameses, con sus avatares a cuestas, dan contenido al largo poema.

En esta etapa de confusión, el inmenso imperio de los Romanov, no sólo en el poema mencionado sino en términos generales, está imitando la figura mítica del Dios latino Jano. Los dos rostros en una misma cabeza. Una mirando al futuro, a Europa, a la modernidad, al capitalismo. Ella estaría asentada en San Petersburgo. La otra atalayando al pasado, al continente asiático, al medioevo, al feudalismo. Ella estaría encarnada por Moscú.

El gran poeta Alexandro Puschkin, a través de su poema, de sus dos personajes, se debate entre la seguridad que brinda todo pasado y el riesgo que entraña todo futuro. Lo viejo conocido, lo nuevo por conocer, están tensionados en el contenido de los versos. Ninguna de las dos fuerzas, de los dos tiempos, de los dos deseos, en el momento se rinde.

La verdad de las verdades es que en la vida real, como en el mundo fantástico, se pierde y se gana al mismo tiempo. Así como no se puede separar la vida de la muerte. Tampoco el dolor del placer. El disfrute y la penuria están unidos, como la luz y la sombra. Ellas antes que sobreponerse, viven en un permanente acometerse. Pensar de otra manera es una dulce quimera, cuando no una agradable ilusión.

\*

Algo que particulariza a San Petersburgo, en relación a otras capitales imperiales occidentales, es que ha cambiado, consecuencia de hechos políticos sociales, frecuentemente de nombre. En sus más de tres siglos de existencia, ha tenido cuatro designaciones. Nació con el nombre de San Petersburg (en lengua germana). Luego se llamó Petrogrado (en lengua rusa). Continuó con Leningrado (en tiempo de la URSS). En las últimas décadas, nuevamente ha recuperado su antiguo nombre. Es San Petersburgo. En esta dirección, sólo con Estambul se le puede comparar. Como es sabido, esta ciudad comenzó como Bizancio (griego), continuó como Constantinopla (latín) hasta terminar, momentáneamente, como Estambul (turco).

Las cuatro revoluciones más importantes ocurridas en ciudades del imperio ruso, en los últimos 150 años, han tenido como escenario la ciudad que estamos describiendo. A saber: la revolución decembrista de 1829. La revolución de 1905. Y las revoluciones de febrero y octubre de 1917. Ello es una muestra de que los hechos determinantes de la historia de este país, en los últimos 200 años, tuvieron su epicentro, su impulso, su realización, en esta moderna ciudad.

La construcción, el desarrollo, de San Petersburgo, es la expresión, en todos los niveles, de ese sector de la aristocracia zarista que intentaba el despegue económico, el desarrollo político-social, la modernización cultural del Imperio. Pedro I, El Grande, fue su mejor expresión en este proceso de europeización. Ellos se enfrentaban al otro sector que prefería mantener el Imperio con algunos cambios para que, en el fondo, no cambie nada. Estos últimos tenían su muestrario en la vida y la atmósfera que reinaba en la antigua capital, Moscú. El corolario de ese debate pudo haber sido: civilización o barbarie para unos. Modernidad capitalista o atraso feudal para otros.

En esta dirección, el ya citado Berman sostiene que: “San Petersburgo representa las fuerzas foráneas y cosmopolitas que fluía a través de la vida rusa y Moscú simbolizaba todas las tradiciones indígenas y aisladas acumuladas del narod ruso; San Petersburgo era la Ilustración y Moscú la contrailustración; Moscú era la pureza de la sangre y la tierra, San Petersburgo la polución y la mezcla racial; Moscú lo sagrado, San Petersburgo lo secular (o quizá lo ateo); San Petersburgo la cabeza de Rusia, Moscú su corazón. Este dualismo, uno de los ejes centrales de la historia y la cultura de Rusia moderna, ha sido analizado con mucho detalle y profundidad.” (Berman, 2010: 177).

Lo mencionado, que no es más que expresión del desarrollo del sistema capitalista en lo económico y la implantación de la modernidad en el plano cultural, por el estudioso citado, sería una de las claves que permitirían explicar las tres revoluciones, con sus resultados conocidos, en un corto lapso de 12 años, ocurridos en Rusia. Precisamente en la capital San Petersburgo, mas no en la ciudad de Moscú.

## DOSTOIEVSKI-TOLSTOI. HERALDOS DE LA REVOLUCIÓN

Es idea plenamente aceptada, al interior de lingüistas y filólogos, que el Siglo XIX fue *El siglo de oro de la literatura rusa*. Los especialistas se refieren a las tres grandes expresiones, que para su elaboración-reelaboración, producción-recreación, en los cuales los tiempos-literarios se cumplen a cabalidad. Los historiadores y literatos se refieren a la poesía. La misma que podría ser versada, en un tiempo corto. En casos excepcionales, en minutos. Continúan con el cuento, que puede ser escrito en un lapso de tiempo medio. Estamos pensando, como en el caso anterior, en unas horas. Finalmente la novela que, para encandilar la sabana completa, requiere de un tiempo largo. Unas semanas, algunos meses y hasta años.

A los seguidores de la teoría del tiempo arriba mencionados, en el caso concreto de la producción en Rusia, no les falta razón. Para comprobarlo habría que traer a colación algunos nombres. A la par, leer parte de la producción en estos tres niveles, de la literatura producida en dicha lengua. El mencionado siglo de oro tendría, para unos, tres generaciones. Para otros, por ser menos excluyente, tres promociones. Este ciclo se iniciaría, entre los más representativos, con el ya citado poeta Alexandro Pushkin. Continuaría con el cuentista Nikolai Gógol (1809-1852), el novelista Ivan Turgénev (1818-1883) y el cuentista-dramaturgo Antón Chejov (1860-1904). Finalizaría con el novelista Máximo Gorki (1868-1936), el poeta Vladimir Majakoski (1893-1930) y, con una mujer (1), la escritora Lou Salomé (1861-1937).

Entre el deceso del mayor de ellos, el poeta Pushkin, y la muerte del benjamín de ellos, la escritora Salomé, ha transcurrido exactamente cien años. Por estas raras coincidencias de todos estos personajes en este lapso de la historia rusa, se denomina al Siglo XIX, con mucha razón, *El siglo de oro de la literatura rusa*.

Haciendo un alto en la lista de los arriba mencionados, hay que decir que los novelistas Fedor Dostoievski (1821-1881) y León Tolstoi (1828-1910) son las dos expresiones mayores de este productivo Siglo XIX. Para unos segundos, posiblemente, de toda la literatura escrita en esta lengua al correr de los siglos. Finalmente, para unos terceros, los dos mencionados serían los exponentes más altos de dicho género a nivel universal.

Por nuestra parte, no analizaremos la vida, menos la obra, de por sí gigantesca, de estos dos excelentes fabuladores. Tampoco sus diferencias-convergencias ideo-políticas. Menos aún sus formas artísticas y sus estilos literarios. Sólo nos limitaremos a transcribir algunos diálogos, comentar brevemente los mismos, en los cuales Dostoievski y Tolstoi anuncian la cercanía de la revolución en Rusia. Acción que proyectaban sus rayos en la lontananza, medio siglo antes de los hechos reales que pusieron fin al Imperio de los Zares.

Estos dos contemporáneos, con un profundo conocimiento histórico-cultural de la sociedad donde nacieron y se socializaron, pudieron graficar, en sus creaciones fantásticas, lo que muy pocos en su momento estaban en condiciones de avizorar. Es por ello que los dos fueron, en las novelas que después citaremos, una especie de heraldos de las revoluciones. Primero de la que ocurrió el año 1905, luego la de febrero, finalmente la revolución del 25 de octubre del año 1917.

Es menester incluir un hecho histórico más en este cuadro descriptivo. Sin coincidencia exacta en el tiempo como en el caso anterior, en el plano de la inteligencia que orientó su energía en la dirección política, cabe mencionar a algunos individuos que nacieron y actuaron en este siglo. Los que a su vez estuvieron secundados por otros que prolongaron su accionar hasta bien entrado el Siglo XX. A saber, los más conocidos: Alexandro Herzen (1812-1860), Michael Bakunín (1814-1876), Pedro Kropotkin (1842-1921), Jorge Plejanov (1856-1918), Vladimir Ilich Lenin (1870-1924), León Trotski (1879-1940) y José Stalin (1878-1953). Personajes, los cuatro primeros, indirectamente y los tres últimos directamente, que tuvieron incidencia capital en los *10 días que estremecieron al mundo*, en octubre de 1917.

La aparición de este tipo de individuos descollantes en el mundo de la fantasía, su correlato en el accionar ideo-político, con lo que dicen y hacen, normalmente, son incomprendidos, en su momento, por las grandes mayorías. El común los considera chiflados. Cuando no, como desaforados. Sólo al pasar los años, digamos mejor los siglos, son comprendidos y valorados en su verdadera dimensión. Dostoievski fue consciente de ello y lo expresó, en su novela *El idiota*, en los términos siguientes: “Inventores y hombres geniales no han sido considerados cosa mejor que locos en los inicios de su carrera, muy frecuentemente a su fin también. Ésta es cosa familiar y palmaria a todos.” (Dostoievski, 1971: 8)

De este grupo, mencionemos a los literatos primero y a los que accionaron políticamente después. Comencemos diciendo que la gran mayoría conoció directamente Europa Occidental. Otros respiraron, a la distancia, los vientos de transformación que soplaban en esta parte del continente. De distintas formas vivieron los encantos y los desencantos, que significa la transformación radical de la anciana sociedad.

Todos estuvieron influenciados por el espíritu revolucionario, que animaba a miles de seres humanos por estos tiempos de cambios radicales. Particularmente las ideas, los deseos, que orientó y se concretizó en la gran revolución francesa de 1789. Los principios de igualdad, de libertad, de confraternidad; la idea de la democracia, el concepto de razón; la acción de transformar la persona común en ciudadano, que la Ilustración había anunciado, no les fue de ninguna manera ajenos.

Posteriormente, a partir de mediados del Siglo XIX, con el desarrollo político-social que llevó al descrédito de la razón burguesa, las ideas socialistas de los llamados utópicos, las teorías sistematizadas por los anarquistas libertarios después, las marxistas finalmente, tendrán una influencia ideológica en el accionar político y en la práctica militante de los seres humanos que materializaron los *10 días que estremecieron al mundo*.

La interrogante que cabe es: ¿Por qué en Rusia pudieron florecer, reproducirse, recrearse, estas ideas a nivel de la juventud y la

inteligencia fundamentalmente? La verdad es que los nutridos miembros, de las tres generaciones mencionadas, lograron hacerse eco de ese espíritu revolucionario porque la base económico-social de la sociedad rusa experimentaba transformaciones significativas por aquellos tiempos.

Ante el desarrollo de las fuerzas productivas, las zonas más atrasadas, feudales, evolucionaban a semif feudales. En las principales ciudades se daba inicio al desarrollo capitalista. Muy lentamente, es verdad, pero crecía inexorablemente. Los centros industriales se incrementaban. El mercado se ampliaba. Las mercancías fluían con mayor facilidad. Las clases sociales se diferenciaban cada día más. El sector medio letrado, pudiente, de la sociedad crecía en número y en calidad. Finalmente, el analfabetismo retrocedía inexorablemente.

Por lo tanto, las condiciones internas, no obstante moverse lentamente en el nivel económico-social, se daban la mano con las externas, especialmente en el plano ideológico-cultural. Esta influencia mutua, el movimiento de la sociedad con la producción de ideas, fue entendida por Tolstoi con meridiana claridad, leamos su argumentación al respecto: “Está fuera de duda que hay una relación entre todo lo contemporáneo; por eso mismo es posible encontrar cierta unión entre la actividad intelectual de los hombres y el momento histórico, lo mismo que se halla entre el movimiento de la humanidad y el comercio, la industria, la horticultura y cualquier otra actividad.” (Tolstoi, 1987: 1424)

Como ya es idea aceptada en todo el mundo, con diferencias más o con diferencias menos, se ha dado esa influencia de lo externo con lo interno. Advirtamos que los cambios histórico-sociales nunca son ciegos, sordos, mudos. Siempre están orientados, mal o bien, por un conjunto de ideas, que sistematizadas toman cuerpo en una ideología. En esta mistura, los productores de pensamientos, la inteligencia, juegan un papel fundamental en la difusión de ideas primero, en las transformaciones concretas después.

A la par, es oportuno mencionar que todos los arriba nombrados, tanto los artistas-literatos como los ideólogos-políticos, tuvieron relación con la ciudad donde se materializaron los *10 días que*

*estremecieron al mundo*, el 25 de octubre del año 1917, San Petersburgo. Algunos nacieron en ella. Otros vivieron allí. Unos terceros estuvieron de paso por ahí. Finalmente, unos cuartos murieron en la misma. La importancia de esta ciudad, para Europa y para Rusia, ya fue mencionada en la primera parte de esta investigación.

En el caso concreto del país que nos ocupa en este estudio, para no mencionar a los tratadistas que tan profusamente han evidenciado el rol de los intelectuales en la transformación de la sociedad, citemos a un personaje que estuvo por muchos años desempeñando el rol de jefe de la policía política del Imperio de los zares. Él fue el encargado de controlar a los intelectuales-políticos, especialmente revolucionarios, tanto en Rusia como en el extranjero. Arcadio Wassiliew (1859-1939) escribe en torno al tema lo siguiente: “Una vez más se ha manifestado cuán íntimamente va unida la inteligencia rusa al desorden revolucionario, y qué pequeño es, al fin y al cabo, la diferencia de espíritu que separa a los poderosos del Kremlin de sus burgueses precursores. En todo tiempo ha sido fatal para el Imperio ruso el intelectualismo de los liberales rusos, nada nacionalista y nacido de extraños influjos. Así, esta intelectualidad ha traicionado nuevamente a su patria en el extranjero.” (Wassiliew, 1966: 185)

El funcionario, en tono algo desengañado, compara a la inteligencia rusa con sus pares de algunos países europeos, leamos lo que dice: “... en Inglaterra, en Francia, en América los intelectuales han sido siempre verdaderos patriotas y han luchado por el mantenimiento de las instituciones del Estado, lo que en Rusia, por desgracia, no ocurrió desde los primeros decenios del Siglo XIX.” (Wassiliew, 1966: 186)

Finalmente el citado, intentando cubrirse con el manto del nacionalismo, con las banderas del “pan eslavismo” y con el lema del “alma rusa”, afirma: “... a Rusia de las ideas de libertad europeas no podían causar más que perjuicios, ya que aquéllas habían nacido ante presuposiciones muy diferentes, contradictorias al espíritu de la población rusa, la intelectualidad se dispuso a formar una nueva Rusia sujetándose estrictamente al programa de los ideólogos occidentales, demoliendo a este fin todo lo que en muchos siglos de difícil e incesante



trabajo había realizado el zar y sus consejeros y servidores.”  
(Wassiliew, 1966: 187)

El mérito de los intelectuales, con mayor razón de la inteligencia comprometida. Es su compromiso con los más altos ideales humanos. Con la causa del progreso. Con la lucha por la justicia, levantando las banderas de la libertad. Es el motivo del por qué viven luchando. Al mismo tiempo es el motivo del por qué mueren luchando. De otra manera, su paso por este mundo sería tan miserable que no merecería llamarse vida. Tampoco vivir o morir por ella.

\*

León Tolstoi escribió su novela *Guerra y paz* entre 1863 y 1869. Para comenzar, en relación al tópico que nos ocupa, transcribamos un diálogo entre dos miembros de la aristocracia rusa de entonces. El tema tratado es la situación político-social en el Imperio de los Romanov. Ellos responden al nombre de Denisov y Pierre.

El primero de los nombrados pregunta: “-sí, ¿a qué viene todo esto?” Pierre responde: “-Y así, todo está podrido. La corrupción y el latrocinio reinan en los tribunales; el palo es la única ley en el ejército. Ahogan la instrucción y tiranizan al pueblo. Persiguen todo lo que es joven y honrado. Todos ven que esto no puede seguir así. La cuerda está demasiado tirante y debe romperse -añadió Pierre (desde que existía Gobierno, todos los hombres que examinan sus actos han hablado así)-. En San Petersburgo se lo dije. -¿A quién?-preguntó Denisov. -Ya sabéis a quién -dijo Pierre, mirando con cierta importancia-. Al príncipe Fedor y a los demás: Atender a la instrucción y a las obras de beneficencia está muy bien, sin duda, y ese objetivo es magnífico; pero en las circunstancias actuales hay que hacer más.”

Tengamos presente el vocabulario que se usa en la plática: podrido, corrupción, latrocinio, con que denomina al comportamiento de los que tiranizan al pueblo, utilizados por uno de los príncipes. Ello evidenciaba simplemente la situación moral desastrosa por la que atravesaba ese Imperio. Imperio que, siendo de cartón, parecía de hierro, a decir de alguno de ellos.

A renglón seguido, el diálogo continúa: “En aquel instante, Nikolai advirtió la presencia de su sobrino. Su rostro tornose sombrío; se aproximó al muchacho. -¿Qué haces tú aquí? -Déjalo -dijo Pierre, tomando a Nikolai por el brazo; y prosiguió- Les expliqué que eso es poco, que hay que hacer algo más que permanecer a la espera de que de un momento a otro se rompa la cuerda tensa. Cuando todo el mundo aguarda una convulsión inevitable, es urgente que el mayor número posible de hombres se mantenga firme para resistir a la catástrofe general. Todo lo que es joven y fuerte es atraído por ellos y cae en la corrupción: unos, seducidos por las mujeres; otros, por los honores y las ambiciones; los de más allá, por el dinero.” (Tolstoi, 1988: 1403).

Algunos párrafos después, el diálogo se reanuda en la misma dirección del tópico anterior, pero ahora con la presencia de otros miembros del entorno familiar: “Pierre sonrió, Natasha soltó la risa y Nikolai frunció más el ceño y trato de probar a Pierre que no se preveía revuelta alguna, que no existía ninguno de aquellos peligros de que hablaba, si no era en su imaginación; Pierre afirmó lo contrario, y como era más inteligente y manejaba mejor sus argumentos, no tardó en colocar a Nikolai en un callejón sin salida. Esto irritó más aún a Rostov, porque en el fondo de su alma tenía la seguridad de estar en lo cierto, no por razonamiento, sino por algo más fuerte.”

El tema en cuestión es finiquitado por uno de los dialogantes, Nikolai, de esta forma: “-Fíjate en lo que voy a decirte -dijo levantándose y dejando la pipa con un movimiento nervioso-. Yo no puedo darte pruebas; dices que todo va mal en Rusia y que vamos a llegar a una revolución; no lo veo así.” (Tolstoi, 1988: 1405)

Como se puede percibir, palabras más palabras menos, la corrupción, la tiranía, serán el caldo de cultivo para que “la cuerda tensa se rompa”. Ruptura que motivará la revolución en el vasto imperio que tenía a la cabeza la familia Romanov. Unos veían con mucha claridad lo que venía. Otros, por el contrario, decían que no, o sencillamente, no deseaban ver lo que tenían al alcance de la vista.

Por su lado, Fedor Dostoievski escribió su novela titulada *Los demonios* entre los años 1872 y 1873. En torno al punto que nos ocupa, se puede leer lo siguiente: “Era aquella una época singular. Despuntaba

algo nuevo, algo en nada análogo a la calma anterior, algo raro, perceptible por doquier, incluso en Skvorenhniki. Circulaban rumores de toda clase. Los hechos eran, por lo general, más o menos conocidos, pero era evidente que iban acompañados de ciertas ideas y, lo que era aún más significativo, en cantidad muy considerable. Lo desconcertante era que no había medio de acomodarse a esas ideas, de enterarse en qué consistían precisamente.” (Dostoievski, 1984: 35)

Un aparente desconcierto se observa en lo transcrito. Muchas páginas después, el autor reproduce una plática entre dos amigos en torno al tema. Los conceptos, ahora, están mucho más claros. Y el panorama, algo más despejado. El tenor del diálogo es el siguiente: “- Y bien que lo creo. Acuéstese, pues. A propósito, aquí en el distrito hay algunos miembros de la secta de los castrados. Gente curiosa... Pero de esto, más tarde. Sin embargo, tengo una historia más. Esta hora en el distrito, un regimiento de infantería. El viernes por la noche estuve tomando unas copas con los oficiales. Tenemos tres amigos entre ellos, ¿vous comprenz? Hablaban de ateísmo y, como es de suponer, mandaron a Dios a paseo. Daban alaridos de gozo. A propósito, Shatov asegura que para hacer la revolución en Rusia es menester empezar con el ateísmo. Quizá sea verdad.” (Dostoievski, 1984: 272)

En este último diálogo aparecen algunos términos nuevos, como ateísmo, Dios, revolución, soldados. Posteriormente, muchas páginas después, otro diálogo comienza con esta pregunta: “-¿Quiere decir que ha cambiado la moda? -Yo lo que pienso es que no hay que desatender tampoco a los jóvenes. La gente grita que son comunistas, pero a mi modo de ver lo que hay que hacer es comprenderlos y apreciarlos.” (Dostoievski, 1984: 360)

Nueva terminología se integra en la historia. La de jóvenes y comunistas. Finalmente, en otro intercambio de palabras, se concluye así: “Yo estoy seguro del éxito de esa propaganda clandestina porque hoy Rusia es, ante todo, el único sitio del mundo donde puede suceder cualquier cosa sin la menor oposición. Entiendo demasiado bien por qué los rusos pudientes se van por sus pies al extranjero, y cada año en mayor número. Es sólo cuestión de instinto. Cuando el barco se hunde, las ratas son las primeras en abandonarlo. La Santa Rusia es un país de

madera, de miserias y... de peligro, un país de mendigos vanidosos en los altos niveles sociales, mientras que la inmensa mayoría vive en chozas inmundas. Se alegrará de cualquier solución con tal que se le explique. El Gobierno es el único que todavía quiere oponerse, pero lo que hace es blandir el garrote en la oscuridad y apalear a sus propios partidarios. Aquí todo está sentenciado y condenado a muerte. Rusia, tal como es ahora, no tiene porvenir. Yo me he nacionalizado alemán y lo tengo a mucha honra.” (Dostoievski, 1984: 448 y 449)

\*

Las ideas vertidas por los dos novelistas citados son diáfanas. Ellas no ameritan mayores comentarios. Al mismo tiempo, no se prestan a nebulosas interpretaciones. Lo importante es entender como los creadores, recurriendo a lo que se denomina “la verdad psicológica y la mentira real” o “la verdad de las mentiras”, pudieron avizorar lo que sucedió en la realidad histórica, en la vida político-social, en Rusia cerca de medio siglo antes de los hechos reales.

Pensamos que tiene que ver, primero, con el conocimiento de las tendencias históricas, políticas y sociales, que orientaban a las sociedades, por parte de los artistas. A ello agréguese la sensibilidad, que en los de su naturaleza, está mucho más finamente desarrollada que en los científicos sociales o personas comunes y corrientes. En otras palabras, en ellos se da ese amasijo entre razón-emoción. Entre lógica-fantasía. Entre presente-futuro, con mayor intensidad y profundidad.

*Guerra y paz* está ambientada en los años que van de 1810 a 1820. El tema central que se recrean en sus páginas es las guerras encabezadas por Napoleón Bonaparte (1769-1821) en su afán de imponer en el resto de Europa, dominada aún por las monarquías, algunos logros de la Revolución democrática burguesa de 1789. El código civil por citar un caso. Como telón de fondo de lo mencionado, los movimientos, las preocupaciones, las angustias de un sector de la aristocracia rusa en acecho copan las mil y tantas páginas de la narración.

Por su parte, la novela *Los demonios* tiene como punto de partida una acción político-militar, ocurrida en Moscú el año 1869. Ella estuvo orientada por los ideales nihilistas-anarquistas. Corriente que tenía, en

el párrafo antes mencionado, a Michael Bakunin como su mentor. El autor recrea el ambiente, los movimientos, las figuras, los ideales, los sueños y los desvelos de los que son tildados como demonios. Es decir, los jóvenes revolucionarios de entonces.

Lo importante a destacar es que en el fondo, por lo menos en los diálogos transcritos, los dos novelistas coinciden en el "... pesimismo de la realidad y optimismo del ideal", como decía José Carlos Mariátegui (1894-1930). Primero. El Imperio ruso es un gigante asentado sobre madera podrida, pronto va a caer. Segundo. Algo nuevo se avizora en el horizonte. Rusia será transformada desde sus cimientos. Todos estos presagios fueron escritos en el lapso de 10 años, entre 1863, año que se comenzó a escribir la novela de Tolstoi, y 1873, en que se escribió la novela de Dostoievski. Lo más probable es que el segundo no conoció lo que escribió el primero. No hay ningún dato que pruebe lo contrario.

Terminemos con estos dos heraldos de la revolución con un hecho que puede ser considerado anecdótico. De haber resultado verdad que el personaje de la anécdota hubiera sido Tolstoi, habría sido la demostración, una vez más, que las revoluciones no sólo se devoran a sus hijos y terminan con sus héroes, sino también devora hasta sus pitonisos.

Leamos este pasaje escrito por John Reed, ocurrido en las horas calientes de la revolución de octubre de 1917. Ella narra la supuesta detención del Conde León Tolstoi. Sus palabras: "Un amable marino nos condujo a la oficina del comandante, en una casita cerca de la Casa de la Moneda. Una media docena de guardias rojas, marinos y soldados estaban sentados en una habitación caliente, llena de humo, en la que un samovar humeaba alegremente. Nos acogieron con cordialidad y nos ofrecieron té. El comandante había salido. Acompañaba, nos dijeron, a una comisión de saboteadores de la Duma municipal que insistía en que se estaba matando a todos los junkers. Esto pareció divertirlos muchísimo."

A renglón seguido, el autor continúa: "En un extremo de la habitación se hallaba sentado un hombrecillo calvo que tenía todo el aspecto de ser un viejo verde; vestido con levita y una pelliza lujosa,

mordisqueaba su bigote y lanzaba a su alrededor miradas de rata acosada. Acababa de ser detenido. Alguien dijo, mirando con displicencia hacia donde estaba el hombre, que se trataba de un ministro o cosa parecida. El hombrecillo no pareció oír; estaba evidentemente aterrado, no obstante que los ocupantes de la habitación no mostraban animosidad alguna hacia él. Me encaminé hacia él y le dirigí la palabra en francés. -Conde Tolstoi- respondió, haciendo su presentación, mientras se inclinaba con rigidez. -No comprendo por qué he sido detenido. Cruzaba el puente Troitsky para ir a mi casa, cuando dos de estos... de estos individuos me detuvieron. Yo fui comisario del Gobierno provisional adjunto al Estado Mayor, pero de ninguna manera miembro del Gobierno. -Vamos a dejarlo marchar- propuso un marino. -Es inofensivo-. -¡No!- respondió el soldado que lo había conducido. - Debemos preguntarle al comandante-. -¡El comandante!- rio burlón el marino. -¿Es que hemos hecho la revolución para continuar obedeciendo a los oficiales?-" (Reed, 1974: 222 y 223)

Sin entrar en el análisis de las órdenes y contraórdenes en una revolución, tampoco en la jerarquía o no en la misma, en el caso concreto del anciano detenido, que dijo a Reed ser el Conde Tolstoi, se puede especular mucho. ¿Fue una confusión? ¿Fue un homónimo? ¿Fue una coartada? La verdad de las verdades es que no podía ser el autor de *Guerra y paz*, que era también Conde y tenía como apellido Tolstoi. La razón es que el Conde León Tolstoi había muerto algunos años antes. Concretamente en el año 1910.

## JUDÍOS. ALEMANES. COMUNISTAS

Desde mucho antes del triunfo de la Revolución Bolchevique en Rusia, la tendencia de vincular las ideas y los ideales socialistas, anarquistas, comunistas, con el judaísmo ha sido una constante. Esto partía, particularmente, desde los grupos aristocráticos o de ciertas facciones de la misma burguesía en sus contradicciones con otros sectores.

Para ilustrarse esta corriente, la mayoría guiados por orientaciones ideológico-políticas fascistas, que vinculan el judaísmo con el comunismo, en el caso concreto de Rusia, con el Bolchevismo, recurramos a dos conocidos libros, los que sin mayores pruebas, dan por hecho este maridaje.

El primero tiene como autor al conocido empresario automotriz, el estadounidense, Henry Ford (1863-1947). El trabajo tiene por título *El judío internacional*. El libro apareció publicado en el año 1922. El segundo es del ya citado director de la policía política del imperio de los Romanov, Arcadio Wassiliew. El libro es titulado *OCHRANA. Memorias del último director de la policía rusa*, que fue publicado en el año 1936.

El primero de los nombrados toma como documento central, para su investigación, el libro de autor anónimo (atribuido a un sector de los sionistas que tenían su centro en Suiza, por unos. De igual manera a los servicios de inteligencia de Rusia, por otros) titulado *Los protocolos de los sabios del Sion*. Este libro apareció simultáneamente, en el año 1902, en varios países y diferentes idiomas.

En las primeras páginas, Ford subraya las actividades nada positivas de los judíos en 4 importantes países, leamos lo que escribió: “En Rusia se le responsabiliza del bolcheviquismo, acusación que, según de donde provenga, podrá considerarse fundada o infundada. Los estadounidenses, que fuimos testigos de la fanática elocuencia de los jóvenes judíos, apóstoles de una revolución social y económica, estamos en excelente posición para poder formar un claro juicio de lo que existiera de real y verdadero en tales acusaciones. En Alemania se achaca al judío la derrota experimentada, y una amplísima literatura con innumerables pruebas detalladas impele, en verdad, a muy serias cavilaciones. En Gran Bretaña, se dice que el judío es el amo verdadero del mundo, que la raza hebrea constituye una supranacionalidad que vive entre y sobre los pueblos, los domina por el poder del oro, y acicatea fríamente un pueblo contra otro, en tanto se oculta cautelosamente entre bastidores. Por último, en Estados Unidos llama la atención la insistencia con que los judíos -los viejos por apego al dinero, por ambición los jóvenes- se infiltran en todas las

organizaciones militares, y particularmente en los rubros dedicados a los negocios industriales y mercantiles derivados de la guerra, criticándose en especial el cinismo con que dichos judíos explotan en provecho propio los innúmeros conocimientos que lograron en su calidad de funcionarios del Estado.” (Ford, 1961: 11 y 12)

Más concretamente, el empresario afirma que lo ocurrido en Rusia, la Revolución Bolchevique, obedece a un gran plan internacional de estos sectores. Sus palabras son como siguen: “Hasta se intenta conseguir otra descomposición más irreparable, y existen indicios de que tal plan está en pleno desarrollo. Los soviets nos ofrecen un ejemplo de cómo una baja capa social no-judía es guiada por sus portavoces judíos contra otra más elevada capa social no-judía. (...) Entonces y no justamente por amor al bien, ni tampoco por avaricia, sino solamente por odio contra las ‘clases privilegiadas’, las clases bajas de los infieles nos seguirán en la lucha contra nuestros rivales, o sea contra los infieles de las clases elevadas. (...) Nos seguirán los infieles de las capas intelectuales. Suponiendo que tal lucha estallara hoy, los jefes de los revolucionarios no-judíos contra el orden social no-judío serían, sin duda, judíos. Hoy mismo estos judíos ocupan las jefaturas principales, y no solamente en Rusia, sino también en Estados Unidos y en los demás países.” (Ford, 1961: 54 y 55).

Continuando con los comentarios a *Los protocolos de los sabios del Sion*, sin nombrarlos ex profesamente, afirma que las teorías sistematizadas por el “judío” Karl Marx han sido llevadas a la práctica por otro “judío”, León Trotski. Su argumentación es como sigue: “Afirman los Protocolos que contra estas fuerzas espirituales se dirigió el primer ataque, y a ello responde la propaganda hebrea en el mundo entero, tratando de alterar las opiniones colectivas. ‘Alterar’, propiamente dicho, nada significa en sí de detestable ni de deshonroso. Consiste la gran influencia de toda herejía, de toda protesta contra las ideas caducas, en el atractivo que ejercen siempre las ideas nuevas en el pensamiento y en la voluntad. La explicación de la razón por la cual arraigan en nuestra época estas ideas fundamentalmente falsas, radica en el hecho de que las verdades ficticias suelen presentarse apodícticas, rectilíneas, entusiasmando a la gente, y pareciendo buenas y veraces. Al



actuar estos falsos ideales durante largo tiempo, se va descubriendo paulatinamente su falsedad en forma de hechos y circunstancias destructoras y desmoralizadoras. Aquel que estudie el desarrollo de la idea de libertad, tal como manifestóse en la historia de Rusia, desde su punto filosófico de origen (creado también por un judío) hasta su final actual (también por un judío), podrá darse cuenta cabal de este proceso.” (Ford, 1961: 60).

Luego el industrial pasa a esgrimir las supuestas pruebas de la participación del judaísmo organizado en favor de la revolución de octubre de 1917: “He aquí también testimonios genuinamente judíos en pro del bolcheviquismo. La revista ‘Crónica Judía’ de Londres, decía en 1919 lo siguiente: ‘De gran importancia es ya de por sí la existencia del bolcheviquismo, el hecho de que tantos judíos sean bolcheviques y el hecho de que los ideales del bolcheviquismo coincidan en numerosos puntos con los más altos ideales del judaísmo’.” Luego continúa: “Publica la misma revista en 1920 un discurso del conocido autor hebreo Israel Zangwill, en el cual entona un himno a la raza, que ‘produjo Beaconsfield (a) Kosmanowsky, Trotsky (a) Braunstein.’ Zangwill, en su exagerado entusiasmo, cita a los hebreos que fueron y son, respectivamente, miembros de Gobiernos británicos, en íntima relación con los judíos revolucionarios de las tragedias sangrientas de Rusia y Baviera. ¿Qué diferencia hay entre ellos? Ninguna; todos son israelitas para la mayor gloria de los de su raza.”

A renglón seguido se blande una aparente prueba más del enjambre judaísmo internacional-revolución bolchevique: “Dijo el rabino J. L. Magnes en un discurso que pronunció en Nueva York en 1919: ‘Cuando el hebreo dedica su ingenio y sus energías a la causa de los obreros y de los desposeídos, su espíritu radical penetra hasta las raíces mismas del asunto. Se convierte en Alemania en un Marx o en un Lasalle, en un Haase o en un Bernstein. Surge en Austria un Víctor o un Federico Adler. En Rusia, Trotski. Imaginémonos por un instante la situación en Rusia y Alemania. Libró la revolución grandes energías productivas, y recordemos la multitud de hebreos que estaban dispuestos a utilizarlas. Social-revolucionarios y mencheviques, socialistas mayoritarios o minoritarios, llámense como se llamen:

hebreos con sus cabezas más destacadas y de las fuerzas propulsoras de estos partidos revolucionarios.” (Ford, 1961: 278).

Por su parte el ex director de la OCHRANA, Wassiliew, sobre algunos antecedentes del judaísmo en Rusia y sus actividades “subversivas” pre-revolucionarias en el vasto imperio de los Zares, escribe: “El elemento judío ha desempeñado en todo el tiempo un papel muy importante en los preparativos de la revolución. Ya en el año 1897 habíase fundado la Unión General de Obreros Judíos, que pronto se convirtió en una de las organizaciones revolucionarias más peligrosas. En esta Liga uníase una excelente organización a un fanatismo típicamente judío contra el régimen establecido. El órgano secreto de este grupo, que se llamaba *Vanguardia Obrera*, llegó rápidamente a ponerse a la cabeza de los periódicos revolucionarios de Rusia. Desde entonces hízose creer al mundo que en el Imperio de los Zares estaban los judíos vergonzosamente oprimidos, que no se les trataba como a los demás ciudadanos y que contra ellos poníanse *pogromos* en juego.” (Wassiliew, 1966: 59).

Enseguida hace extensiva la influencia judía a otros niveles de la sociedad de entonces, sus palabras: “Nadie puede negar que en toda Rusia la profesión médica, el Foro, el comercio, la Banca, la Prensa y la Bolsa estaban inundados de judíos, sin hacer mención a algunas otras profesiones y oficios, como la música, la relojería, la sastrería, que, en todo tiempo lucrativo, no siempre eran brillantes. (Wassiliew, 1966: 60).

Termina el ex policía siendo contundente en la vinculación judío-bolchevique: “Gracias a la Revolución, han vuelto *al Poder y a la riqueza*; de suerte que, respecto a quién tiene la culpa del derrumbamiento del Imperio de los Zares, puede responderse muy bien con el antiguo proverbio latino: *Is fecit, cui prodest*. Bastante significativo es que en los mapas de Europa, que ya hace siglos se han adjuntado a los *Protocolos de los sabios del Sion*, se señala a Rusia como un desierto. *En la Embajada Soviética de Berlín se encuentran treinta libras de brillantes robados en Rusia*, que han de servir para la propaganda mundial bolchevique-judía.” (Wasseliew, 1966: 64).

\*

Hagamos algunas atingencias. En primer lugar: Desvinculemos tajantemente los conceptos de judío y el de Israel como país-Estado. A la par, hagamos lo mismo con el sionismo como ideología política. En tercer lugar, desvinculémoslo, de igual modo, de la absurda idea de que “El judío es el pueblo elegido por Dios”. En cuarto lugar, recordemos que el tema no es muy claro. Ello se concretiza en estas dos preguntas: ¿Qué es lo judío? y ¿qué es el judaísmo? Las respuestas son múltiples. Ellas dependen del momento histórico, de la condición económico-social, de la concepción del mundo, de la experiencia de vida, de los odios y amores, de los que responden o intentan responder a las preguntas planteadas.

Para un buen sector calificado como, o auto-llamado como tal, el judaísmo es una religión basada en los libros “sagrados” llamados Tora-Talmud. Para otros es una “raza” que se hereda por vía materna. Para unos terceros es una lengua, el hebreo. Para unos cuartos es un pueblo. Para unos quintos es una cultura. Para unos sextos es un sentimiento. Finalmente. Una mayoría no sabe lo que es. Ni le interesa saber. Sólo vive considerándose como tal. Fueron los otros quienes los nombraron así. Las abstracciones no son de su agrado.

Nosotros pensamos que el judaísmo no es ni más ni menos que un sentimiento fraguado por una cultura históricamente moldeada. Es una construcción ideológica. Esta definición la hacemos extensiva a todos los países, nacionalidades, pueblos, grupos, tribus, como se llamen, que existen en el mundo. Es un sentimiento cultural labrado por el deseo de pertenencia. Por la necesidad psicológica de reconocimiento. Sabiendo que nadie puede caerse del planeta Tierra, a ellos los embarga ese temor, de allí el anhelo de encontrar algún apoyo.

Lo mencionado tiene sus primeras manifestaciones en el vientre materno. Al transcurrir los años se va almacenando en el hogar, cultivando en la sociedad. Al pasar el tiempo, deviene para algunos algo parecido a una “esencia”. Para otros como si fuera una “naturaleza”. Finalmente, para unos terceros, como si fuera algo “espiritual”. Todo ello es coronado con la llamada identidad. (2).

Concepto de moda en las últimas décadas, más allá de la historia y la filosofía, en el plano étnico-cultural. Identidad entendida como sustantivo. Como algo dado de comienzo a fin. Como una razón, en sí, para sí, para todos. Un algo sin tiempo. Identidad sustantivo que se diferencia claramente de la identificación como verbo reflexivo. Como fenómeno, como proceso. Como un ser que es y no es al mismo tiempo.

No obstante, sabiendo que las esencias por esencias son sólo deseos, que las naturalezas por las naturalezas son sólo ficciones; por último, que lo espiritual por lo espiritual sólo son quimeras; todo lo dicho, en el mejor de los casos, es un estado de ánimo que para unos es circunstancial, para otros puede ser algo más duradero. Lo cierto es que la esencialización de una cultura, la naturalización de una religión, la espiritualización de un pueblo, son acciones históricas, son hechos sociales, son creaciones-recreaciones culturales. En resumidas cuentas, lo chino, lo ruso, lo alemán, lo brasileño, todo lo que existe en esa dirección, en este caso “lo judío” o “el judaísmo”, lo repetimos, es un sentimiento fraguado por una cultura históricamente moldeada y nada más. Luego viene la prédica del Poder para mantenerlo, para reproducirlo, para construir el recuerdo, la memoria, la historia, que se corona con la versión oficial, con el logos del Poder. Ella es la verdad.

Lo determinante, por sobre las etiquetas religiosas, más allá de los clichés nacionales, es considerar, primero, al ser humano como tal. Como ser universal. Para G.W.F. Hegel (1770-1831), este acápite era muy claro. *En Fundamentos de la filosofía del derecho*, escribió: “Corresponde a la educación, al pensamiento en cuanto conciencia del individuo en la forma de universalidad, que yo sea tomado como persona universal, en la que todos son idénticos. Así el ser humano vale porque es ser humano, no por ser judío, católico, protestante, alemán, italiano, etc.” (Hegel, 1993: 640).

Luego la expresión de que los judíos, expresado así en términos latos, son socialistas, anarquistas, comunistas, tienen la misma connotación que cuando se dice que los judíos son avaros, son especuladores, que controlan la banca, que manipulan la bolsa. Ellos son los que dominan el mundo con la fuerza del dinero y la maquinaria de la especulación. En otros casos, que son emprendedores, inteligentes,

artistas y sabios. En este grupo de seres humanos que son calificados con ese objetivo, que se consideran como tales, hay de todo en todos los planos y en todos los niveles. Ello es el común denominador a todo grupo o sector social que hasta hoy conocemos.

Algunos de los argumentos que blanden para vincular al judío con la corriente ideológico-política, especialmente con el marxismo o comunismo, son: 1.- Los judíos esperan la venida del reino de un nuevo mundo. Los marxistas luchan por la sociedad sin clases sociales, el comunismo. 2.- La religiosa judía es válida para todo el orbe. La ideología comunista es universal. El principio de “¡Proletarios de todos los países, uníos!” lo evidencia. 3.- Muchos principios de la Tora y el Talmud se repiten en la ideología comunista. El humanismo, la confraternidad, la justicia. La frase expuesta por Karl Marx: “De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades”, ya estaría anunciada, con otros términos, en los libros mencionados. 4.- Los judíos son apátridas. Su única patria es el mundo. Lo mismo dicen los comunistas en su slogan: “El proletariado no tiene patria”. 5.- Los principales teóricos de las ideas comunistas han sido judíos, comenzando por Marx. 6.- Los judíos, donde estén o vayan, son perseguidos. De igual manera los comunistas. 7.- Los judíos utilizan dos o más nombres para mimetizarse en la población. Los comunistas usan un seudónimo porque viven en la clandestinidad. 8.- Los judíos se ayudan mutuamente, se consideran hermanos. Los comunistas, de igual manera, se consideran compañeros, camaradas. 9.- La revolución rusa fue ideada por un judío, Marx. Materializada por otro judío, Trotski.

Que haya habido, que exista en la actualidad, gente que se reclame como judío, que se vincule, que se identifique, que luche y hasta que muera defendiendo los ideales del comunismo, adhiriendo a la concepción del mundo sistematizada por Marx, no significa que “los judíos”, expresado en términos generales, sean seguidores de esta concepción del mundo o de este ideal humano.

\*

Veamos muy brevemente el caso de Karl Marx sindicado, motejado, calificado, como judío. Que algunos de sus antepasados hayan sido seguidores de esa religión-cultura no es razón determinante

para pensar que él también lo fue. Franz Mehring (1846-1919) sostiene, en su libro titulado *Karl Marx. Geschichte seines Lebens* y publicado en 1918, que Heinrich Marx (1782-1829) y Henriette Preßburg (1788-1863), los padres del personaje, provienen de familias catalogadas como judías. Inclusive, que el padre de uno de ellos fue Rabino.

Su padre, abogado de profesión, fue adherente de la religión judía hasta un determinado momento. Luego se convirtió al protestantismo. Karl Marx recibió una educación totalmente laica. No hay información de que en el hogar de Marx se haya practicado algún rito que tenga que ver con la cultura o religión judaica.

La madre, después de alejarse del judaísmo en el plano religioso, fue una protestante practicante como su esposo. Ni rastro del idioma hindis se encuentra en su léxico familiar-amical. En el medio donde se socializó no aparece ninguna señal que tenga que ver con el judaísmo. La escuela que visitó en los dos niveles, primario y secundario, fue laica. Por no hablar de la universidad de Bonn primero, de Berlín luego y finalmente de Jena, dónde sustentó su trabajo de doctorado.

Lo mencionado es el ambiente que condicionó la vida del personaje. Es lo dado. Lo que se asimila inconsciente. Es el pasado. Ahora viene el otro aspecto, lo deseado. Lo consciente. El futuro. Lo último tiene que ver con la voluntad, con el libre albedrío, que todo ser humano dispone. En este nivel Marx no se sintió influenciado ni orientado por el judaísmo, sea religioso o cultural. Por el contrario, en muchos aspectos, los combatió, para algunos, hasta en exceso.

Veamos un par de ideas al respecto. Ellas aparecen en el libro *La sagrada familia*, en el título *Sobre la cuestión judía*, trabajo que fue escrito en 1843. Gran parte de su contenido es una polémica sobre la religión, el Estado, la sociedad civil, la emancipación del judío, la emancipación humana, la revolución de 1789, los derechos humanos, con el filósofo joven hegeliano Bruno Bauer (1809-1882). Marx sintetiza, en lo que sigue, la posición ideológica de Bauer al respecto, leamos: “Como vemos, Bauer convierte aquí el problema de la emancipación de los judíos en una cuestión puramente religiosa.” (Marx, 1967: 38)

En las dos páginas siguientes sustenta su punto de vista en torno a la cuestión en debate. Este no sólo se limita a la emancipación religiosa del judío, sino que trasciende a la emancipación política, la emancipación social, la que apunta a la emancipación humana, pero como parte de la emancipación del mundo real como totalidad. Leamos: “Nosotros intentamos romper la formulación teológica del problema. El problema de la capacidad del judío para emanciparse se convierte, para nosotros, en el problema de cuál es el elemento social específico que hay que vencer para superar el judaísmo. La capacidad de emancipación del judío actual es la actitud del judaísmo ante la emancipación del mundo de hoy. Actitud que se desprende necesariamente de la posición especial que ocupa el judaísmo en el mundo esclavizado de nuestros días. Fijémonos en el judío real que anda por el mundo; no en el judío sabático, como hace Bauer, sino en el judío cotidiano. No busquemos el misterio del judío en su religión, sino busquemos el misterio de la religión en el judío real.” (Marx, 1967: 39)

Luego Marx se plantea tres preguntas sobre el judaísmo práctico, que él conoce, con cierto radicalismo. Enseguida él se responde: “¿Cuál es el fundamento secular del judaísmo? La necesidad práctica, el interés egoísta. ¿Cuál es el culto secular practicado por el judío? La usura. ¿Cuál su dios secular? El dinero. Pues bien, la emancipación de la usura y del dinero, es decir, del judaísmo práctico, real, sería la auto-emancipación de nuestra época. Una organización de la sociedad que acabase con las premisas de la usura y, por tanto, con la posibilidad de ésta, haría imposible el judío. Su conciencia religiosa se despejaría como un vapor turbio que flotara en la atmósfera real de la sociedad. Y, de otra parte, cuando el judío reconoce como nula ésta su esencia práctica y labora por su anulación, labora, al amparo de su desarrollo anterior, por la emancipación humana pura y simple y se manifiesta en contra de la expresión práctica suprema de la auto enajenación humana.” (Marx, 1967: 40)

Habiendo ubicado el debate sobre el terreno concreto de la realidad histórico-económico-social, en otro párrafo, continúa haciendo un paralelo entre el cristiano y el judío. En él, nuevamente, mide la distancia entre las alturas del subjetivismo religioso de unos y el

realismo concreto de los otros: “El egoísmo cristiano de la bienaventuranza se trueca necesariamente, en su práctica ya acabada, en el egoísmo corpóreo del judío, la necesidad celestial en la terrenal, el subjetivismo en la utilidad propia. Nosotros no explicamos la tenacidad del judío partiendo de su religión, sino más bien arrancando del fundamento humano de su religión, de la necesidad práctica, del egoísmo.” (Marx, 1967: 41).

La importancia de este debate estriba en ubicar, muy concretamente, en qué tipo de sociedad se materializa el rol del judío práctico, él afirma: “Por realizarse y haberse realizado de un modo general en la sociedad burguesa la esencia real del judío, es por lo que la sociedad burguesa no ha podido convencer al judío de la irrealdad de su esencia religiosa, que no es, cabalmente, sino la concepción ideal de la necesidad práctica. No es, por tanto, en el Pentateuco o en el Talmud, sino en la sociedad actual, donde encontramos la esencia del judío de hoy, no como un ser abstracto, sino como un ser altamente empírico, no sólo como la limitación del judío, sino como la limitación judaica de la sociedad.” (Marx, 1967: 42).

En otra parte, nuevamente, insiste en el papel de la vida diaria. En la actividad concreta. La que gracias a su conexión directa con la existencia, casi siempre, despeja todas las teorías que por tanto repetirse terminan desvaneciéndose en el aire. Sus palabras: “Tan pronto logre la sociedad acabar con la esencia empírica del judaísmo, con la usura y con sus premisas, será imposible el judío, porque su conciencia carecerá ya de objeto, porque la base subjetiva del judaísmo, la necesidad práctica, se habrá humanizado, porque se habrá superado el conflicto entre la existencia individual-sensible y la existencia genérica del hombre.” Finalmente, si se trata de emancipar al judío, sentencia: “La emancipación social del judío es la emancipación de la sociedad del judaísmo.” (Marx, 1967: 44).

El caso de León Trotski es algo diferente. Los padres se reclamaban de la religión y de la cultura judía que habían heredado de sus antepasados. Los abuelos de él lograron obtener una hacienda mediana, llamada Yánovka, cerca de la ciudad de Jersón (Ucrania). No obstante que, por aquellos tiempos y lugares, no fue nada común que



personas de este credo y cultura pudieran adquirir bienes raíces. En el ambiente familiar se respetaban ritos y se practicaba otros de la religión y la cultura judía. El padre y la madre, aceptando el judaísmo, eran practicantes más no ortodoxos. Los primeros años de vida de Trotski asistió a una escuela con influencia judía.

Los años siguientes, en la ciudad de Odesa, asistió a una escuela alemana de orientación religiosa luterana. Y luego en la ciudad de Nikoláyev terminó este nivel de estudios sin influencia judía. Ingresó a la universidad para estudiar matemáticas, carrera que nunca terminó. En estos traslados de un lugar a otro, con varias lecturas realizadas, en contacto con mucha gente rebelde que criticaba al imperio, fue influenciado por las ideas socialistas primero, marxistas después.

Trotski en su adolescencia, 17 años, producto de lecturas, conversaciones y vivencias, se vuelve emocionalmente ateo. Convicción que lo racionalizó al pasar los años. Por lo tanto le sucedió, lo que sucede a mucha gente, siendo creyente, respetaba la cultura en la cual había nacido y socializado, luego se rebela en contra de ella. Hasta terminar alejándose en parte o totalmente de la misma. Él es por convicción ateo y marxista. Él practica en la vida cotidiana el laicismo. Pero por su pasado familiar, ante los ojos de los demás, llevaba colgado en el pecho el San Benito de judío.

León Trotski fue consciente de ello. Siempre advirtió que los enemigos ideológico-políticos del marxismo, de la revolución, utilizarían este pasado religioso-cultural para descalificarlo ideológica y políticamente. No se equivocó, ello ocurrió. Especialmente después del triunfo de la revolución de octubre. Para prueba sólo hay que ver las caricaturas que aparecen en los miles de afiches de la época.

Finalmente, hay muchas personas que respetan la cultura del judaísmo, por haber nacido-socializado bajo esa influencia. Pero muchos de ellos se profesan ateos. Una cantidad de ellos han sido, son, seguidores de corrientes políticas como el anarquismo, el socialismo, el comunismo. Esta historia se repite con personas que se orientan ideológica y políticamente por el liberalismo, la socialdemocracia, el populismo y hasta el fascismo. La corriente anticomunista del sionismo es el mejor ejemplo de lo último.

Esta misma actitud se repite con otras personas que han nacido-socializado bajo la influencia de la religión-cultura del islam, de la religión-cultura cristiana, de la filosofía-cultura confuciana y budista. Este pasado-influencia no es óbice para que emocionalmente primero, racionalmente después, devengan ateos. Que terminen combatiendo, revolucionariamente, esas creencias, esa cultura, de la cual provienen, como todo lo contrario también es obvio.

La razón es que todo ser humano, como parte de la sociedad, es simple y llanamente un proceso. Absolutamente nadie es dado de una vez para siempre. Todos son sinónimo de cambio, de transformación, de evolución. Lo último es lo constante. Es lo absoluto. Nadie en este mundo nace ateo o revolucionario. El enjambre de la vida real con las convicciones filosófico-políticas, hace en los menos, ateos. Hace en los menos, revolucionarios. De igual manera, no de una vez y para siempre, muchos regresan a sus antiguas fuentes-creencias.

\*

Retomando el acápite de los judíos-comunistas, que haya algunas coincidencias para unos, muchas para otros, no implica necesariamente que sea un plan de antemano montado a nivel mundial. Que unos controlen el mundo a través de la fuerza de las finanzas, del arte de la especulación. Otros a través de los movimientos, métodos, revolucionarios.

Creemos que es pertinente detenernos, por un momento, a examinar por qué determinados grupos económicos, ciertas clases sociales, aparecen con mayor nitidez en determinadas etapas del desarrollo de la sociedad. Concreticemos en el modo capitalista de producción. En la cultura de la modernidad y su relación con los llamados o auto-calificados como judíos.

Las razones son de carácter histórico, económico, político y social. Leamos la argumentación hecha al respecto por José Carlos Mariátegui. Ella fue expuesta a mediados de los años 20 del Siglo XX. Sus palabras son como siguen: “La raza judía, bajo el régimen medieval, había sido mirada como una raza réproba. La aristocracia le había negado el derecho de ejercer toda profesión noble. Esta exclusión

había hecho de los judíos en el mundo una raza de mercaderes y artesanos. Había impedido, al mismo tiempo, la diseminación de los judíos en los campos. Los judíos, obligados a vivir en las ciudades del comercio, de la usura y de la industria, quedaron solidarizados con la vida y el desarrollo urbanos. La revolución burguesa, por consiguiente se nutrió en parte de savia judía. Y en la formación de la economía capitalista les tocó a los judíos, comerciantes e industriales expertos, un rol principal y lógico. La decadencia de las `profesiones nobles`, la transformación de la propiedad agraria, la destrucción de los privilegios de la aristocracia, etc., dieron un puesto dominante en el orden capitalista, al banquero, al comerciante, al industrial. Los judíos, preparados para estas actividades, se beneficiaron con todas las manifestaciones de este proceso histórico, que trasladaba del agro a la urbe el dominio de la economía. El fenómeno más característico de la economía moderna -el desarrollo del capital financiero- acrecentó más aún el poder de la burguesía israelita. El judío aparecía, en la vida económica moderna, como uno de los más adecuados factores biológicos de sus movimientos sustantivos: capitalismo, industrialismo, urbanismo, internacionalismo. El capital financiero, que tejía por encima de las fronteras una sutil y recia malla de intereses, encontraba en los judíos, en todas las capitales de Occidente, sus más activos y diestros agentes.”

Del plano histórico-económico, el autor se traslada a explicar la conducta político social del sector, nada uniforme por cierto, en cuestión, leamos: “La burguesía israelita, por todas estas razones, se sentía mancomunada con las ideas y las instituciones del orden democrático-capitalista. Su posición en la economía la empujaba al lado del reformismo burgués. (En general, la banca tiende, en la política, a una táctica oportunista y democrática que colinda a veces con la demagogia. Los banqueros sostienen, normalmente, a los partidos progresistas de la burguesía. Los terratenientes, en cambio, se enrolan en los partidos conservadores). El reformismo burgués había creado la Sociedad de las Naciones, como un instrumento de su atenuado internacionalismo. Coherente con sus intereses, la burguesía israelita tenía lógicamente que simpatizar con un organismo que, en la práctica, no era sino una criatura del capital financiero.” (Mariátegui, 1976: 162)

Discrepando con la generalidad de “los judíos”, porque no fueron todos, y el uso frecuente del término “raza israelí”, porque la raza no existe, suscribimos lo afirmado por el autor citado. Ello nos permite comprender esta particularidad de algunos de los judíos. La que en términos generales es el proceso que ha seguido la burguesía como clase en su desarrollo histórico-económico, político-social e ideológico-cultural.

Los comerciantes, los industriales, los banqueros, los especuladores, por sobre lo judío, lo inglés, lo francés o lo alemán, son capitalistas. Más allá de blancos, de amarillos, de negros, de indios, son burgueses. Éste es el hilo visible-invisible que los unió ayer, los une ahora, los unirá mañana. Sea en Asia, en África, en Europa o en América. Con discrepancias más, con discrepancias menos, su santo y su seña es la seguridad de sus finanzas, es la ganancia de sus capitales.

El interés económico, cristalizado en el dinero, se da la mano con lo ideológico, con lo político, con la cultura, con el arte. El dinero atraviesa el idioma, cruza la religión, moldea la cultura, somete a los sentimientos. Transforma la morfología. Crea talento e inventa inteligencia. Así lo advirtió Fedor Dostoievski cuando escribió: “Lo que el dinero tiene de más vil y despreciable es que incluso proporciona talentos. Y los proporcionará mientras el mundo sea mundo.” (Dostoievski, 1971: 178 y 179)

El capital, en función de su ganancia, de su seguridad, no es mudo, no es ciego y no es sordo. La clase que lo encarna, la burguesía, calcula, planifica, atalaya. Ella no tiene corazón ni sentimiento. Es por ello que la burguesía auténtica no perdona. El don del perdón es un rezago del pasado antiguo o feudal. Todos los seres humanos, si no se mueven atados en sus cadenas de plata, se crepitan en sus hornos de oro.

Los artistas, los genios, los libres pensadores, son puestos de rodillas bajo sus pies, recurriendo al virus de la fama individual o a la peste del triunfo personal. Es por ello que Marx y Engels tenían razón cuando tempranamente afirmaban: “La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenía por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurisconsulto, al

sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia, los ha convertido en sus servidores asalariados.” (Marx y Engels, 1970: 34)

No obstante su poder y grandeza, el capitalismo como sistema histórico-económico ha generado esa gran contradicción que lo autodestruye por dentro de manera irremediable. La producción social. La apropiación privada. Un conspicuo representante de este orden, el industrial Henry Ford, en esta investigación muchas veces citado, evidencia esta insalvable contradicción del sistema capitalista. Él lo expresa en estos términos: “Ésta es una de las grandes tragedias de nuestra época: el ‘capital’ y el ‘trabajo’ luchan entre sí, cuando ni uno ni otro poseen los medios para reformar las condiciones bajo las que ambos sufren de modo intolerable, a menos que en mancomunada colaboración hallasen un medio para arrebatarse el poder a aquellos financistas, que no sólo crean tales condiciones, sino que las explotan a su paladar.” (Ford, 1961: 29)

El primer paso, de cientos que tendrá la humanidad que dar, en función de solucionar esta contradicción capital-trabajo, producción social-apropiación privada, fue dado con los hechos de la Revolución de Octubre de 1917. Llamada también los *10 días que estremecieron al mundo*.

\*

La presencia de los denominados alemanes en Rusia ha sido, como parte de la emigración de todos los pueblos en el mundo, una constante. Los de lengua germana tuvieron presencia, con alguna incidencia, en el territorio llamado Rusia desde comienzos del Siglo XVI. El principal centro donde se asentaron fue la ciudad capital, Moscú. Décadas después, de igual modo, en las orillas del Río Vístula. Esta presencia se acentúa mucho más en los tiempos de Catalina II, La Grande. Ella, en condición de Zarina, los invitó oficialmente. A la par les brindó facilidades para su establecimiento en mejores condiciones en comparación con las inmigraciones anteriores. Recordemos que la mencionada Catalina fue alemana de nacimiento y socialización. Este último grupo migratorio se asentó en la ribera del Río Volga, principalmente.

En base a esta información, podemos deducir que la presencia de gente proveniente de los pueblos de habla alemana en Rusia, sin ser masiva, fue bastante significativa. De igual manera, como en el caso de los judíos, había alemanes en todas las clases sociales, con distintos intereses políticos y con diversas orientaciones ideológicas, en muchos de los casos hasta contrarias.

Mencionemos un momento muy concreto. Al interior de los partidos políticos que se disputaban el Poder entre febrero y octubre de 1917, encontramos personalidades con apellidos de raíz germana en todas las agrupaciones. Como prueba mencionemos los Dann, los Lieber, los Gotz, los Rutenberg, los Schreider, los Goldenberg, los Weintein, los Trupp, los Zalkid, etc.

En base a estos antecedentes, no podía ser nada extraño que Lenin haya nacido, se haya socializado, en Uljanowsk, ciudad ubicada a orillas del Río Volga. Del mismo modo que su madre, María Blank (1835-1916), haya sido hija de un médico cirujano de procedencia alemana. El galeno tenía alguna influencia pálida de la religión y cultura judía. Lenin fue bilingüe. Además, aprendió tempranamente el idioma francés, mediante su madre.

Hemos mencionado, brevemente, la presencia en Rusia de gente venida del mundo germano ya que hay la idea, lo hemos expuesto párrafos arriba, que la Revolución Bolchevique fue ideada, financiada y materializada por supuestos judíos. A la par se sostiene, de igual modo, que fueron también los alemanes quienes financiaron la misma en los últimos tramos de la Primera Guerra Mundial. Finalmente, además de judíos, de alemanes, se habla de igual modo de los masones. Lenin habría sido masón.

Días después de la Revolución de febrero de 1917, se comenzó a hablar que los Bolcheviques eran “agentes de Alemania”. Esta propaganda provenía de los círculos cercanos al Zar. Semanas después, los Mencheviques repitieron el mismo rumor. La verdad es que nunca se presentó, por parte de los acusadores, prueba alguna que verifique sus acusaciones. En Rusia, en ese tiempo, esa práctica se extendió hasta los años de la URSS, fue una costumbre, casi parte de la cultura, acusar a los enemigos reales o supuestos de “agente” de tal o cual sector,

grupo, clase o país. Por muchas décadas después, este estilo de solucionar las divergencias, discrepancias, ideo-políticas, dio buenos resultados para unos, lo que significó la liquidación política, de por vida, para otros.

Retomemos el acápite de los alemanes como supuestos financiadores de los Bolcheviques. Para mostrar esto, recurramos a dos informaciones escritas que abordan el tema en cuestión. Henry Ford, varias veces citado, respecto al tópico, escribe: “Explicando el movimiento bolchevique, se dice que fue apoyado financieramente por Alemania, tesis sobre la cual se fundó la propaganda bélica en Estados Unidos. Ciertamente es que parte del dinero provino de Alemania, pero, otra parte fue estadounidense. La pura verdad es que la alta finanza hebrea de todos los países está interesada en el bolcheviquismo ruso, como una empresa internacional judía. Se ocultó durante la guerra el plan mundial judío tras uno u otro nombre nacional, echando los aliados la culpa a Alemania, y Alemania a los aliados, mientras todos los pueblos quedaban a oscuras sobre quiénes eran los verdaderos culpables.”

Como se puede leer, Ford utiliza la expresión “se dice”. Se puede decir mucho; pero si no se demuestra lógica o documentadamente, ese “se dice” queda como una simple especulación o rumor. En esa dirección termina siendo una calumnia. Que dicho sea de paso, en la propaganda, siempre da magníficos resultados. El autor, a los alemanes, agrega también a los estadounidenses. Pero insistiendo que detrás de los alemanes y yanquis están los judíos, con su conocido plan internacional.

En otro párrafo se extiende mucho más en esta dirección. Lo expresa en los siguientes términos: “Un funcionario del Estado francés dejó constancia de que un solo banquero hebreo participó con dos millones. Cuando abandonó Trotski Estados Unidos para cumplir con el encargo recibido, fue liberado de la prisión de Halifax por el Gobierno estadounidense, y de sobra sabemos quién representó al Gobierno de Estados Unidos durante la guerra.”

Dónde está la “constancia”, dónde está la “documentación” de lo que se menciona. Si habría algo de seriedad en su argumentación, debería mostrar esos documentos. Finalmente, para el industrial, además de los alemanes y los yanquis, puede haber otras fuerzas,

grupos, sectores, clases, que apoyaron a los Bolcheviques. Al margen de ello, él insiste en su tesis cardinal: “Gracias a todos estos hechos, se arriba a la conclusión de que la revolución bolchevique fue una empresa larga y cuidadosamente preparada por la alta finanza internacional judía.” (Ford, 1961: 230)

Por su parte, Wasseliew, en su libro también varias veces citado en este estudio, sostiene que Lenin, como Trotski en EEUU según Ford, habría sido detenido por los agentes austríacos; pero por intereses fue liberado, leamos: “Al estallar la guerra detuviéronle los gendarmes austríacos, más el presidente del Consejo de Ministros, conde Stürgkh, reconoció inmediatamente que Lenin podía más bien beneficiar que perjudicar la causa austro alemana, disponiendo por esto su liberación. Por un intermediario judío llamado Holfmann, más conocido como Parvus, entró entonces Lenin en negociaciones con el Gobierno alemán, y mediante una alta recompensa, tomó a su cargo la misión de provocar en Rusia desórdenes y huelgas, evitando por todos los medios que a las disposiciones del mando ruso les acompañase el éxito.” (Wasseliew, 1966; 124)

Ese “... intermediario judío llamado Holfmann, más conocido como Parvus”, si el agente no se confunde, podría haber sido Alexander Parvus (1864-1924), un conocido personaje que colaboró con los movimientos revolucionarios en muchos países europeos de la época.

Sobre él se ha hecho más mito que investigación histórica. Más fantasía que realidad. Aquí una prueba. El novelista Jorge Semprún (1923-2011), en *Adiós, luz de veranos...*, cuando llega al pueblo suizo de Wädensvill, escribe: “Me venía entonces a la memoria Parvus, el pintoresco compañero de Trotski que organizara en 1917, por cuenta de las autoridades imperiales germanas, el viaje de Lenin a través de Alemania en vagón precintado, camino de Petrogrado y de la victoria bolchevique. Parvus acabó allí sus días, en aquel pueblo apacible, al término de una de las vidas más novelescas del siglo, que sin embargo no ha sido parvo en ellas.” (Semprún, 1998: 52).

La verdad es que, como en el caso de Henry Ford y Trotski, no hay prueba tangible que demuestre la detención, menos los contactos



entre alemanes y bolcheviques. Nada concreto hay respecto al financiamiento del cual muchos especulan; pero nadie demuestra.

Una de las supuestas “pruebas” que, de igual manera, se blande es lo referente al tren que trasladó a Lenin desde el exilio de Zúrich, cruzando Alemania, hasta la frontera rusa con Finlandia. Ese tren habría sido de propiedad de un acaudalado comerciante hamburgués de apellido Jürgens. Él habría sido encomendado por el Káiser Wilhelm II (1859-1941) para realizar la empresa del traslado. Como en los casos anteriores, se queda en “se dice”, no hay ninguna prueba, por último nunca se ha mostrado categóricamente el supuesto tren o algo que se le parezca.

Tomando en cuenta el momento histórico general en el cual vivía Europa, la coyuntura particular de guerra entre el Imperio Ruso y el Segundo Imperio Alemán, la verdad es que en esa situación dada, las dos fuerzas se necesitaban mutuamente. Los intereses políticos-tácticos entre la monarquía alemana en guerra contra la monarquía rusa coincidían plenamente con los de los revolucionarios que deseaban firmar la paz, pero estando ellos en el Poder. Esta acción encajaba perfectamente en la consigna general de los bolcheviques de “Paz, pan y tierra.” que la venían agitando desde el inicio de la Primera Guerra Mundial.

Las especulaciones quedan despojadas en la actitud de los alemanes semanas, meses y años después, para con la joven revolución. El cerco, el boicot, el espionaje, la invasión, demostraban que ese entendimiento, si es que lo hubo, sólo fue interesado y momentáneo, en la medida que tenía un enemigo común. Sólo fue eso y nada más que eso. Pruebas, de algo más, no se encuentran un siglo después de haber ocurridos los acontecimientos.

## 10 DÍAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO

Hemos tomado para designar a este subcapítulo, y el subtítulo en general de esta investigación, el conocido título de la crónica que

publicó el periodista estadounidense John Reed (1887-1919). El libro apareció en 1919. Las razones son cuatro: 1.- El escrito es el que mejor sintetiza lo sucedido en los 10 días mencionados, particularmente en la capital del Imperio, San Petrogrado. 2.- El autor es un observador de excepción del acontecimiento. 3.- Es el documento menos interesado en “escribir o reescribir la historia” según intereses personales o políticos. 4.- Lenin y Nadeschda Krupskaya (1869-1939), leyeron la crónica. Luego escribieron sendos prólogos a la misma. Sin objeciones conocidas.

Que la crónica de Reed no se ajuste, cien por ciento, a la verdad de los hechos escapa a cualquier análisis. Las historias de la Revolución escritas, por dos actores directos, León Trotski *Historia de la Revolución Rusa* y José Stalin *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética*, siendo sesgadas la una contra la otra, ayudan a marizar este acontecimiento importante de la historia universal.

Primero la Revolución de 1905, pero sobre todo el triunfo de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, fueron las primeras estocadas al cuerpo de la monarquía de los Romanov. De esa forma se demostraba que el Imperio de los Zares comenzaba el principio de su fin. Particularmente, después de esta última acción, los debates, las discusiones, las polémicas, en torno al destino de Rusia, y las posibles soluciones, salieron del hogar, escaparon del salón, trascendieron al club, desbordó a los partidos políticos, excedió a la Duma.

Este movimiento creció en el pueblo, su espíritu se expandió en la calle y tuvo su centro organizativo en los soviets. El pueblo se sentía con derecho a opinar. En la necesidad de discutir. El mencionado Reed, como testigo presencial de esta efervescencia ideológico-política, escribe: “Se refiere, sobre todo, a Petrogrado, que fue el centro, el corazón mismo de la insurrección. Pero el lector debe tener en cuenta que todo lo que acaeció en Petrogrado se repitió, casi exactamente, con una intensidad más o menos grande y a intervalos más o menos largos, en toda Rusia.” (Reed, 1874: 9).

Muchas páginas después, el mencionado periodista, se ratifica en su apreciación anterior y lo hace con estas palabras “En Petrogrado y en toda Rusia, la esquina de cada calle fue, durante meses, una tribuna pública. En los trenes, en los tranvías, en todas partes brotaba de improviso la discusión.” (Reed, 1974: 47)

En los primeros días del mes de abril se anuncia la llegada de Lenin a la ciudad capital. Él provenía, a través de Finlandia, del exilio suizo. En los documentos *Cartas desde lejos*, escritas en Suiza días antes del viaje, y el titulado *Las tesis de abril*, escritas en el tren en el trayecto con dirección a Rusia, se puede encontrar gran parte de lo que el dirigente Bolchevique tenía en mente hacer cuando pisara la capital del Imperio. Por su parte Trotski hacía su llegada, en el mes de julio, del exilio estadounidense.

En los días previos, en las principales acciones del 25 de octubre, y en los días posteriores, fueron cuatro grandes dirigentes, para entonces todos bolcheviques, que aparecen copando la escena político-militar. Vladimir Ilich Lenin, Leon Trotski, Lew Kamenev (1883-1936) y Gregorio Zinoviev (1883-1936). Los otros, también bolcheviques, entre ellos José Stalin, por el tipo de actividad que desarrollaban se mantenían en la sombra.

La importancia de los dirigentes, su oportuna participación, en concreto en esta revolución, es innegable. Incluso un teórico que se encuentra en el otro extremo del espectro político de la ideología que orientó la Revolución Rusa así lo reconoce. Franz Fukuyama (1952-), sobre el tópico, escribe: “Hombres como como Lenin, Trotski, Stalin, no eran individuos que personalmente se esforzaran en ser meramente iguales a otras personas; de haber sido así, Lenin nunca hubiera dejado Samara y Stalin hubiera podido seguir siendo un seminarista de Tibilisi. Para hacer una revolución y crear una sociedad enteramente nueva se requiere individuos notables, con una dureza superior a la habitual, con visión, implacables e inteligentes, características que estos primeros bolcheviques poseían en abundancia.” (Fukuyama, 1992: 408)

Una atingencia a una idea del citado, él sostiene “... no eran individuos que personalmente se esforzaran en ser meramente iguales a otras personas...”. En algunos aspectos sí se esforzaban en ser iguales

al común. En otros aspectos, no. Lo último está condicionado por el momento histórico, por la socialización, por el rol de la familia y más el libre albedrío que cada ser humano desarrolla. De una sociedad totalmente injusta, desigual, no se puede esperar que todos los dirigentes sean justo o iguales. (3).

Una sociedad con marcadas diferencias económicas, con clases sociales con intereses antagónicos, genera, necesariamente, seres humanos con determinadas características diferentes unos de otros. Incluso en una sociedad donde estas diferencias disminuyan, eventualmente desaparezcan, existirán seres humanos con personalidad, ambiciones, deseos, anhelos, diferente entre sí. La razón es porque las sociedades, los colectivos y los individuos son procesos abiertos. El ser es devenir, es perecer, esto es una constante. En una sociedad con o sin clases sociales, lo mencionado, es una norma que se repite.

Retomando los prolegómenos de la revolución, a partir de estos días se menciona que: “En esta atmósfera de corrupción y de monstruosas verdades a medias, sólo se oía una nota clara, el llamamiento de los bolcheviques, más penetrante cada día: ‘¡Todo el Poder a los Soviets! ¡Todo el Poder a los representantes directos de millones de obreros, soldados y campesinos! ¡Tierra y pan! ¡Que acabe la guerra insensata! ¡Abajo la diplomacia secreta, la especulación y la traición! ¡La revolución está en peligro, y con ella la causa de todos los pueblos!’ La lucha entre el proletariado y la burguesía, entre los Soviets y el Gobierno, comenzada en los primeros días de febrero, iba a alcanzar su punto culminante. Rusia, que acababa de pasar, de un salto, de la Edad Media al Siglo XX, ofrecía al mundo estremecido el espectáculo de dos revoluciones: la revolución política y la revolución social, trabadas en una lucha a muerte!”

Todo ello en la medida que: “De hecho, el Tsik no representaba ya a los Soviets y se oponía ilegalmente a la convocatoria del nuevo Congreso de los Soviets de toda Rusia, que debía haberse reunido en septiembre. No le pasaba por la imaginación ni reunir dicho congreso, ni autorizar siquiera la convocatoria. Su órgano oficial, Izvestia, daba a entender que la actividad de los Soviets iba a terminar y que pronto sería

posible disolverlos. Y, efectivamente, el nuevo Gobierno anunciaba, como uno de los artículos de su programa, la liquidación de las `organizaciones irresponsables`, es decir, de los Soviets.”

Es por ello que: “Los bolcheviques contestaron convocando a los Soviets para el 2 de noviembre en Petrogrado e invitándolos a tomar el Poder. Al mismo tiempo, se retiraron del Consejo de la República, declarando que se negaban a formar parte de un Gobierno que estaba traicionando al pueblo.” (Reed, 1974: 51)

Los detalles de la revolución son de dominio público. Nosotros nos limitaremos a transcribir los párrafos puntuales, que aparecen en el libro de Reed, al respecto. El cronista escribe: “Era verdad que el Sóviet de Petrogrado no había ordenado demostración armada alguna; pero el Comité Central del Partido bolchevique estaba considerando la eventualidad de una insurrección. La noche del 23 se reunió en sesión permanente. Todos los intelectuales del Partido, todos los jefes, así como los delegados de los obreros y de la guarnición de Petrogrado, estaban presentes. Entre los intelectuales, sólo Lenin y Trotski eran favorables a la insurrección. Incluso los militares se oponían a ella. Se votó. La idea de la insurrección fue derrotada.” (Reed, 1974: 73)

Luego describe el ambiente que dominaba en la ciudad capital. Sus palabras: “Petrogrado ofrecía por entonces un curioso espectáculo. En las fábricas estaban repletas de fusiles las salas de los comités; iban y venían correos; la guardia roja aprendía la instrucción. En todos los cuarteles se celebraban mítines cada noche, y los días transcurrían en medio de apasionados e interminables discusiones. En las calles, la multitud se concentraba a la caída de la tarde y se esparcía en lentas olas por la perspectiva Nevski, disputándose los periódicos... Los atracos a los transeúntes se sucedían con tanta frecuencia, que era peligroso aventurarse por las calles transversales. En la Sadóvaia vi en plena tarde a una muchedumbre de muchos centenares de personas pegando y pisoteando a un soldado, a quien habían sorprendido robando. Misteriosos individuos merodeaban entre las ateridas mujeres de las colas del pan y de la leche, cuchicheándoles que los judíos habían acaparado los stocks de víveres y que los miembros de los Soviets

vivían en la opulencia, mientras el pueblo se moría de hambre...” (Reed, 1974: 77)

El día del día se avecinaba. El día 24 de octubre no había llegado aún la hora. El día 26 la hora se habría esfumado. El autor escribe: “Lenin había dicho: El 24 de octubre sería demasiado pronto. Es necesario que la insurrección se apoye en toda Rusia. Ahora bien, el 24 no habrán llegado aún todos los delegados al Congreso. Por otra parte, el 26 de octubre sería demasiado tarde. En esa fecha, estará organizado el Congreso y es difícil para una gran asamblea constituida tomar medidas rápidas y decisivas. Es el 25 cuando debemos proceder, o sea, el día de la apertura del Congreso, a fin de poderle decir: ‘Aquí está el Poder. ¿Qué vas a hacer con él?’” (Reed, 1974: 94)

En torno al plan político-militar concreto de la insurrección, se informa: “Durante este tiempo, en una de las habitaciones del piso superior, trabajaba un personaje de rostro delgado y largos cabellos, antiguo oficial de los ejércitos del zar, que después se hizo revolucionario y fue desterrado, un tal Ovseienko, llamado Antónov, matemático y jugador de ajedrez, el cual estaba ocupado en trazar un minucioso plan para apoderarse de la capital.” (Reed, 1974: 94)

Sobre el ambiente de la metrópoli, el autor de *Los 10 días que estremecieron al mundo* insiste: “La ciudad estaba nerviosa: se estremecía a cada ruido seco. Sin embargo, aún no había señal alguna de actividad de los bolcheviques; los soldados permanecían en sus cuarteles, los obreros en las fábricas... Entramos en un cine, cerca de la catedral de Kazan; estaban proyectando una película italiana: amor, intriga, sangre. En las primeras filas, soldados y marineros clavaban en la pantalla sus ojos asombrados de niños, totalmente incapaces de comprender el porqué de toda aquella agitación, de aquella violencia, de aquellos crímenes. Desde allí regresé apresuradamente al Smolny. En la habitación número 10 del último piso, el Comité Militar Revolucionario se hallaba reunido en sesión permanente, bajo la presidencia de un joven de dieciocho años, con cabellos de lino, llamado Lazimir. Al pasar cerca de mí, se detuvo tímidamente y me estrechó la mano.”

Las horas pasan, el plan que se va cumpliendo, en esas circunstancias llega una excelente noticia para los revolucionarios: “- La fortaleza de Pedro y Pablo acaba de pasarse a nuestro lado -me dijo, con una sonrisa de satisfacción-. Hace un minuto, hemos recibido la delegación de un regimiento llamado por el Gobierno a Petrogrado. Los hombres, sospechando alguna cosa, habían detenido su tren en Gatchina. ‘¿Qué ocurre?’, nos han preguntado. ‘¿Qué tenéis que decirnos? Nuestro regimiento se ha pronunciado por la consigna ¡Todo el Poder a los Soviets!’”

El llamamiento del Comité Central del Gobierno provisional en conjunto con el ejército contra la insurrección lo hicieron en estos términos: “... Por encima de todo, insistimos en la ejecución inflexible de la voluntad organizada de la mayoría del pueblo, representada por el Gobierno provisional, obrando de acuerdo con el Consejo de la República y el Tsik. ‘Cualquier tentativa para deponer a este Poder por la violencia, en un momento en que una crisis gubernamental llevaría aparejados infaliblemente el caos, la ruina del país y la guerra civil, será considerada por el ejército como un acto contrarrevolucionario y reprimida por las armas...’ ... ‘Los intereses de grupos privados y de clases deben supeditarse a un interés único, el del aumento de la producción industrial y de una distribución equitativa de los artículos de primera necesidad.’ ‘Todos los saboteadores, desorganizadores o incitadores al desorden, todos los desertores, los negligentes, los saqueadores, deben ser obligados a prestar servicios auxiliares en la retaguardia del ejército...’ ... ‘Invitamos al Gobierno a formar con esta gente que desafía a la voluntad popular, con estos enemigos de la revolución, compañías de trabajo que sean empleadas en la retaguardia, en el frente, en las trincheras, bajo el fuego del enemigo...’”

Por su lado el Comité Militar Revolucionario les responde, a los arriba nombrados, de la siguiente manera: “‘Hermanos, os saludamos en nombre de la revolución. Permaneced donde os encontráis y esperad nuestras instrucciones.’” Luego el autor informa una conversación con un acompañante: “Todas las líneas telefónicas -me advirtió también- estaban cortadas; pero las comunicaciones con los cuarteles y las fábricas se hallaban aseguradas por medio del teléfono de campaña. En

la puerta había un constante desfile de correos y comisarios. Una docena de voluntarios aguardaba, dispuesta para llevar los mensajes a los barrios más apartados de la ciudad. Uno de ellos, con aire de bohemio y uniforme de teniente, me dijo en francés: `Todo está preparado; no hay más que apretar el botón.'... Vi pasar a Podvoiski, delgado y barbudo, que fue el estratega de la insurrección; a Antónov, borracho de sueño, con su barba de muchos días y el cuello postizo grasiento; luego al soldado Krylenko, rechoncho, con su ancha cara siempre sonriente, sus gestos violentos y sus cascadas de palabras, y al marinero Dybenko, un barbado gigante de rostro plácido.”

Reed, tras una pequeña pausa, reflexiona: “Eran los hombres de la hora y de las horas que iban a seguir. En el piso inferior, en la oficina de los comités de fábrica, Serátov firmaba vales de armas para el Arsenal del Estado: ciento cincuenta fusiles por fábrica. Unos cuarenta delegados esperaban en la fila. En la sala, encontré algunos jefes bolcheviques de segundo rango. Uno de ellos me enseñó un revólver: - La partida está empuñada- dijo con el rostro pálido -Esta vez, nuestros adversarios saben que, no importa lo que emprendamos, si ellos no nos suprimen, seremos nosotros los que los suprimiremos a ellos. El Sóviet de Petrogrado estaba reunida noche y día. Al entrar yo en el gran salón, Trotski terminaba su discurso: `Se nos pregunta -decía- si tenemos la intención de lanzarnos a la calle. Puedo dar una respuesta clara a esta pregunta. El Sóviet de Petrogrado entiende que ha llegado, por fin, el momento de que el Poder pase a manos de los Soviets. Esta transferencia del Poder la llevará a cabo el Congreso de los Soviets de toda Rusia. ¿Será necesaria una acción armada? Eso dependerá de los que quieran oponerse al Congreso. Tenemos la convicción de que el actual Gobierno es un Gobierno impotente, lamentable, que sólo espera el escobazo de la historia para dejar su puesto a un Gobierno verdaderamente popular. Nosotros continuamos esforzándonos por evitar el conflicto. Esperamos que el Congreso podrá hacerse cargo de un Poder y de una autoridad que descansan en la libertad organizada del pueblo. Sin embargo, si el Gobierno trata de aprovechar el poco tiempo que le queda de vida -veinticuatro, cuarenta y ocho o setenta y dos horas- para atacarnos, nuestro contrataque no se hará esperar, golpe por golpe, acero contra hierro.’ En medio de los aplausos, anunció que los



social revolucionarios de izquierda accedían a formar parte del Comité Militar Revolucionario.” (Reed, 1974: 98, 99, 100 y 101).

Algunas horas después, el periodista continúa su descripción: “Hacia las cuatro de la mañana, me encontré en el vestíbulo con Sorin, que llevaba un fusil a la espalda: -Esto marcha- me dijo, en tono tranquilo, pero con aire de satisfacción-. Le hemos echado el guante al Viceministro de Justicia y al Ministro de Cultos. Están ahora a buen recaudo. Un regimiento va a apoderarse de la Central de Teléfonos, otro ocupará la Agencia de Telégrafos y otro se hará cargo del Banco del Estado. La Guardia Roja está en pie de guerra. En los escalones del Smolny, bajo el fresco de la noche, vimos por primera vez a la Guardia Roja, personificada por un grupo de hombres jóvenes vestidos de obreros y armados con fusiles, la bayoneta calada, que hablaban nerviosamente entre ellos. Por encima de los tejados llegó a nuestros oídos, desde el Oeste, un ruido de tiroteo: eran los marinos de Cronstadt cerrando los puentes sobre el Netva, que los junkers se empeñaban a todo trance en mantener abiertos para impedir que los obreros de las fábricas y los soldados de la barriada de Vyborg se unieran a las fuerzas soviéticas del centro de la ciudad... A nuestra espalda, el vasto Smolny, todo iluminado, zumbaba como una colmena...” (Reed, 1974: 114).

Por su parte, el ex jefe de la policía política del Zar resume su testimonio personal, del día del día de la revolución, en estos términos: “En la enfermería estaba el 25 de octubre, día en que estalló la revolución bolchevique, revolución que en julio hubo dominado el triunfante Gobierno de Kerenski, al paso que ahora fueron los bolcheviques los que, en pocas horas, dieron al traste con aquél. La sublevación estaba mejor organizada que la primera vez, y ni un solo regimiento de la guarnición de San Petersburgo se puso resueltamente del lado de dicho Gobierno. Trotski consiguió con su demagogia ganar la fortaleza de San Pedro y San Pablo para la causa bolchevique, de un modo muy sencillo, apareciendo en ella y exhortando a la sedición por medio de un discurso, tan eficaz como poco escrupuloso, a las fuerzas que la protegían. Con ello queda sellado el destino de la capital, pues las tropas revolucionarias y los obreros encontraron en la fortaleza las armas y las municiones necesarias.” (Wessiliew, 1966: 181 y 182)

Luego de ser liberado por los revolucionarios este personaje, antes de marcharse al autoexilio como muchos otros de su nivel y condición, confiesa lo siguiente: "... y hasta julio del año 1918 viví en San Petersburgo, sin ser molestado para nada." (Wessiliew, 1966: 183)

Terminamos con esta parte de nuestra investigación con la opinión que vierte sobre esta revolución el cronista muchas veces aquí citado. Sus palabras son como siguen: "Independientemente de lo que se piense sobre el bolchevismo, es innegable que la revolución rusa es uno de los grandes acontecimientos de la historia de la humanidad, y la llegada de los bolcheviques al Poder, un hecho de importancia mundial. Así como los historiadores se interesan por reconstruir, en sus menores detalles, la historia de la Comuna de París, del mismo modo desearán conocer lo que sucedió en Petrogrado en noviembre de 1917, el estado de espíritu del pueblo, la fisonomía de sus jefes, sus palabras, sus actos. Pensando en ellos, he escrito yo este libro." (Reed, 1974: 15)

Si la revolución fue anunciada por dos heraldos como Dostoievski y Tolstoi, el fin del imperio, se dice, fue anunciado por el supuesto consejero de la familia Romanov, el Monje Gregorio Rasputín (1869-1917). Leamos lo que al respecto informa una persona que lo trató, frecuentemente, en los últimos años, meses y días: "Rasputín no se ha dirigido al centro del circo político. Otros le han empujado hacia allí, es decir, gente que ponía su empeño en conmover el trono y el imperio ruso. Él mismo nunca llegó a ver claro esto. Cuando decía que con su muerte perecerá Rusia, desconocía el hecho de que él era sólo juguete en manos de los vergonzosos intrigantes." (Wasseliew, 1966: 85)

Juguete o no, asesor o no, embustero o no (4), de ser verdad lo que dijo Rasputin, que "... con su muerte perecerá Rusia", coincidió con los hechos. Rasputín murió sólo semanas antes de la revolución de febrero, la misma que terminó con la monarquía. Y meses antes de la revolución de octubre que terminó con el sistema de transición, la democrática burguesa. Si bien Rusia no pereció, el régimen encarnado en la Monarquía de la familia Romanov, que controlaba el imperio desde hacía más de tres siglos, sí. De igual manera sus continuadores, los que fueron encabezados por Alejandro Kerenski (1881-1970)

El costo, en vidas humanas, de la revolución fue ínfimo si la comparamos con otras revoluciones. Se dice que fueron, algo así como 10 personas que perecieron a lo largo de la insurrección. Si se toma en cuenta la envergadura de este hecho histórico-político, se puede decir que fue una acción que bordeó los linderos de lo pacífico. El derramamiento de sangre fue mínimo. La fórmula ideal que todo acontecimiento de esta naturaleza reclama. ¡Máxima revolución, Mínima violencia! De igual manera. ¡La violencia no puede ser la vergüenza de la revolución! Se cumplieron a cabalidad.

Tomar el Poder político había sido tarea relativamente fácil. “El problema era cómo mantenerse en él”, en palabras de Lenin. La guerra civil que prosiguió fue fatal y brutal. Millones de muertos. Nadie, con excepción de los revolucionarios, deseaba la existencia de un nuevo poder revolucionario en el país más grande de la Tierra. En alguna medida, la actitud de la reacción mundial en contra de la Revolución Francesa después de su triunfo, se repetía con creces en contra de la revolución rusa más de un siglo después.

Lo que vino en los meses, los años, las décadas, posteriores, con millones de muertos de por medio, fue brutal para la joven revolución. Primero se tuvieron que enfrentar a las heladas y al frío. Segundo a la hambruna y a todo tipo de pestes. Tercero a los contrarrevolucionarios internos, la conocida guerra civil. Cuarto a las potencias extranjeras que la cercaron y la invadieron, entre ellas, Alemania.

A todo ello, agréguese las discrepancias internas, lucha de fracciones, al interior del Partido Bolchevique. Ellas se acentuaron después de la muerte de Lenin. Enfrentamientos que llegaron a liquidar a la mayoría de dirigentes que organizaron e hicieron posible el triunfo de la revolución. Esto demostraba, una vez más, como en la Revolución Francesa, que muchas veces la revolución se devora a sus héroes. El mito griego del Dios Cronos, el que devora a sus hijos para poder seguir viviendo, parece tener sus imitadores en la vida real. Especialmente en tiempos revolucionarios. El Dios tiempo fluye. En su fluir no perdona a nadie.

Todos estos datos nos permiten hacernos una idea, 100 años después de los *10 días que estremecieron al mundo*, del supremo

esfuerzo que tuvieron que hacer los revolucionarios bolcheviques para concretizar tamaña empresa e iniciar la construcción del sistema socialista, en un país capitalistamente atrasado, donde había muy poco que socializar. Y más, sin experiencia de práctica democrática en los dominios de la vida político-social.

Respecto a la democracia, su estilo, sus métodos, por último su razón de ser, no debe de ser soslayada, como lo fue en gran medida en la URSS durante su existencia. Haciendo la aclaración que se trata de la democracia que descansa en la justicia y la libertad. La democracia bajo las reglas generales de la construcción del socialismo. La construcción del socialismo no es ni debe ser contraria a la práctica de la democracia. Concepto y práctica que el capitalismo la ha instrumentalizado hasta su degeneración. Que la burguesía la ha prostituido hasta su putrefacción.

## UN SIGLO DESPUÉS

De los muchos nombres y lugares, que frecuentemente se mencionan en la crónica titulada *10 días que estremecieron el mundo*, un siglo después, ellos se mantienen. Transitar por las orillas del Río Neva o navegar sobre sus aguas, que de alguna forma domina la ciudad, nos configura el escenario de las acciones del 25 de octubre de 1917. Todo se acrecienta cuando se recuerda que desde las aguas del mencionado río, el Crucero Aurora anunció, a través de cañonazos, que la insurrección había comenzado.

Cruzar el puente Trotsky por donde, a paso ligero, marcharon los bolcheviques, encabezados por León Trotski, después de la toma del Palacio de Invierno hasta la pequeña isla donde está ubicado el fuerte San Pedro y San Pablo, agita. En ese cuarto de hora que dura la caminata, entre la sede del Poder político y la sede del Poder militar, se decidió, en gran medida, el triunfo de la insurrección.

Caminar sobre el asfalto, a lo largo de la gran Avenida Nevsky, por donde transitaron de ida y vuelta las fuerzas en pugna nos

sobrecogen. Unos para tomar, otros para defender, el Palacio de Invierno. Sus veredas nos permiten imaginarnos los momentos cruciales cuando se decidía el destino de la revolución en el país más grande del planeta.

Finalmente, observar el edificio del Instituto Smolny, conservado en muy buenas condiciones, que fue el cuartel general del Comité Militar Revolucionario. Está ubicado a cierta distancia del Palacio de Invierno, centro del Poder político imperial, nos da pie para imaginar cómo habrán sido los días y las noches de los *10 días que estremecieron al mundo*. Acontecimiento con el cual se inició otra etapa en el proceso de desarrollo histórico de la humanidad.

Ahora, a comienzos de 2017, lo que queda de lo que fue el primer San Petersburgo, Petrogrado por unos años, Leningrado por algunas décadas, hoy nuevamente San Petersburgo, del gran acontecimiento que estremeció al mundo por diez días, en realidad es poco. Mejor dicho casi nada. De la gran Revolución del 25 de octubre de 1917 muy pocos hablan.

El común de los pobladores actuales de la portentosa ciudad, donde se consumó la revolución, tiene alguna información de ella. De igual manera saben algo de Lenin, de Trotsky, de Stalin. Mucho más conocen, hablan, de los dos grandes del pasado y los dos pequeños del presente. De Pedro I, El Grande y de Catalina II, La Grande. Del pequeño Vladimir Putin (1952- ) y del pequeño Dimitri Medwedew (1965- ).

De los dos últimos se hace una doble valoración. Externamente son aprobados. Internamente reprobados. Lo primero permite el desarrollo del nacionalismo venido a menos desde la implosión de la URSS. Lo segundo, con el sistema económico predominante, se profundiza cada día más las diferencias de las clases sociales. El común lo siente directamente. En este nivel, basta salir de la zona turística a la periferia para ver las penas y las miserias que el capitalismo, como sistema, engendra.

Lo mencionado en el párrafo anterior, sobre el recuerdo de la revolución, sobre lo que queda del socialismo en la memoria de la gente

en San Petersburgo, nos lleva a poner en tela de juicio un par de conceptos, manejados como principios y, cuando no, como verdades por especialistas, particularmente historiadores y filósofos. El primero fue dicho, o atribuido, a Cicerón (106-43), que reza: “Los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla.” Todos los pueblos olvidan su historia. La historia no se repite. Ello, por la sencilla razón, que la historia no se desarrolla en círculos; más bien se desarrolla en espiral. Ésta es la razón de que sólo parece que se repite.

De este falso concepto se desprende el otro falso concepto, “la memoria colectiva”. Todas las memorias son porosas, son tramposas, son selectivas. Ellas reservan, conservan, casi siempre, lo que les conviene reservar o lo que les interesa conservar. Si así es en el plano individual, en el colectivo, no existe. Ellas se limitan a repetir las tramposas memorias individuales. Lo que existe sólo es la memoria individual, con las características arriba mencionadas. Ésta se hace pasar por colectiva. Aquí entra a tallar la ideología. Siempre, en unos casos directamente, en otras indirecta, vinculada al Poder.

San Petersburgo es una ciudad por el lado que se le mire, occidental y moderna. Lo que se puede observar, a primera vista, es el desarrollo pujante del capitalismo, en su versión neoliberal. La ciudad tiende a convertirse en un mercado, de todo y para todos los que disponen de poder adquisitivo, gigantesco. En este nivel, las diferencias con París o Berlín se reducen a una cuestión de idioma. Lo demás, la magia del consumo, se encarga de hermanar los opuestos.

El común de las damas rusas, de la clase media hacia arriba, jóvenes y de mediana edad, mantienen el buen estilo para vestirse y el exquisito paladar para degustar. La combinación de los colores de las prendas, de los zapatos, del peinado; más la elegancia en el caminar, nos dice una dama, es lo que aún queda de la influencia del estilo francés que llegó hace más de 200 años atrás a la ciudad capital. Elegancia francesa, pensamos nosotros, que en Francia, después de la revuelta de 1968 va camino a esfumarse; pero tiene aún sus últimos epígonos en San Petersburgo.

En el nivel morfológico es una ciudad mestiza. Se podría decir que su mestizaje, antes que mundial, es regional. Muchos tonos en

colores de piel, varios rasgos faciales, se observa en la multitud que se mueve en las calles y plazas. El tono que marca este mestizaje lo dan, especialmente, la gente proveniente de lo que fueron las antiguas repúblicas soviéticas. Los tipificados como negros, asiáticos, latinos, árabes, son realmente escasos.

En el nivel religioso, la población rusa sigue siendo, en su mayoría, pasivamente cristiana. Pertenecen a la Iglesia Ortodoxa. La presencia de las sectas protestantes, que tienen su centro en Estados Unidos, aún no muestra señales de existencia. Las mujeres con velo en la cabeza, lo que delataría su credo islámico, no pasan de una media docena en las calles. Las pocas que pudimos ver en las vías son las que vienen de la República de Chechenia.

En el plano internacional, la presencia de personas leídas como chinos tiene una historia que se remonta cerca de 200 años atrás. Unas tres cuadras, de la ribera oriental del Río Neva, es lo que se denomina como el barrio chino. Lo más evidente son los sinnúmero de restaurantes que están ubicados allí. En el nivel turístico, los que muestran su presencia abrumadora son, de igual manera, los chinos. Se dice que hay convenios de Gobierno a Gobierno para intercambiar este tipo de visitantes.

En los meses de verano (junio, julio, agosto), muchísimas parejas del interior de Rusia visitan San Petersburgo para casarse. En los parques, las calles principales, en pequeñas y medianas embarcaciones, que se desplazan sobre el río y los canales, se ven nutridas parejas después de la ceremonia. Normalmente con un buen número de acompañantes. Esta costumbre viene desde los tiempos de los Romanov. San Petersburgo es para Rusia, en este acto civil-religioso, lo que es Venecia para el resto de Europa.

\*

Finalmente, hacemos público nuestra coincidencia con aquellos teóricos que pensaban, que piensan, que los ciclos históricos-económicos, en términos generales, se tienen que cumplir en una determinada sociedad. Marx lo tenía muy claro cuando escribió: “Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas

las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más elevadas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado dentro de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización.” (Marx, 1970: 183)

Con esta aclaración hay que comprender que la denominada socialización forzosa, como el gran salto adelante en China después, en los tiempos de Stalin sirvió para generar la acumulación originaria, poner las bases para el desarrollo del capitalismo, que hoy las clases dominantes rusas, la llamada oligarquía, están usufructuando.

La teoría de saltar etapas será posible cuando la mayoría de los países hayan trascendido el sistema capitalista. Los pocos que quedan rezagados, tendrán mejores condiciones internacionales que les permita dar el salto de un modo de producción social a otro. Lo contrario, los hechos han demostrado, que no es posible.

De la misma manera, el extraordinario esfuerzo que costó el triunfo de la revolución, más la construcción de lo que se llamó socialismo, fue para que la gran burguesía rusa disfrute de la democracia formal y hable de libertad en abstracto. En parte, de igual modo, para que coseche ciertos logros de la cultura de la modernidad.

No obstante la situación actual del país más grande del planeta Tierra, ello no niega la importancia de esa extraordinaria experiencia histórica, político-social, que fue la revolución. Acción que en otro momento, en otro lugar, en otras condiciones, con otros actores, se tendrá que reeditar. Sin repetirse, en la medida que la historia, sólo parece, que se repite.



## QUINTO CAPÍTULO

### UN CIUDADANO DEL MUNDO EN EL PAÍS DE LOS ARIOS



Lo que a continuación se leerá es una especie de razonada crónica de viaje. Escrita por alguien que se interesa por la problemática histórico-social y filosófico-cultural, antes que por lo turístico propiamente dicho. La misma gira en torno a un país del hoy conflictivo Medio Oriente. Ella fue escrita por una persona procedente de América Latina que vive cerca de medio siglo en Europa. Se subraya los puntos de unidad signado por el desarrollo histórico-económico, a la vez las diferencias político-culturales momentáneas, concretamente en el país de los arios, en el proceso general marcado por el sistema capitalista y su cultura de la modernidad.

Por invitación de un familiar que asistía a un semestre de estudios, como parte de su maestría en ciencias políticas, en una universidad ubicada en la ciudad de Teherán, se tuvo la oportunidad de visitar, los primeros días del mes de enero (2016), el que etimológicamente significa país de los arios: Irán.

La visita comprendió la Capital de la República Islámica, más las ciudades de Ispahán, Yazd y Shiraz. Todas ellas ubicadas en la zona sur del país tomando como referente a la norteña Teherán. La mencionada visita duró cerca de 10 días.

Lo primero que llamó la atención al ascender en las escalinatas del avión para iniciar el vuelo, en el aeropuerto de Berlín con dirección a Teherán, fue que todas las mujeres, sin distinción de nacionalidades, se colocaron el velo, de distintos colores, en estilos diferentes, sobre la cabeza.

La pequeña acción se coronó con todas las cabezas cubiertas, hecho que se convirtió en una marea horas después, al arribar a la ciudad Capital de la república. Detalle que significaba, en la interpretación cultural del autor de este reportaje, un salto hacia atrás en el tiempo. En otras palabras, abandonar la modernidad capitalista para adentrarse en los dominios simbólicos del Medioevo. Esa acción era sabida, teóricamente, de antemano. Diferente fue experimentarlo directamente en la realidad pura-dura en las cuatro ciudades visitadas, en el lapso de tiempo mencionado.

## TIEMPO Y ESPACIO

Con el deseo de ordenar los fenómenos histórico-culturales, en movimiento en el tiempo y ocupando un lugar en el espacio, comencemos mencionando que en la ciudad de Yazd se encuentra la denominada Ciudad vieja. La misma remonta sus orígenes a más de 3,000 años atrás. Toda ella está construida de barro. El color es de un marrón claro. Cuenta con cientos de pequeñas y complicadas calles que nos transportan, mentalmente, al mítico *Laberinto de Creta*. Las fachadas de las casas dan una imagen de ser viejas. Parecidas, algunas, a covachas semiderruidas. Su esplendor, su grandeza, se observa cuando se abre la puerta y se cruza el umbral de la misma. Como quien imita al cuento, que aparece en *Las mil y una noche -¡Ábrete, Sésamo!*, es el interior, particularmente el patio con todos sus detalles, el que más impresiona.

Pocas personas nativas viven al interior de la ciudad. La mayoría de las edificaciones tienen una función en dirección de la compra y venta de diversas mercancías. El turismo, aún no acentuado en el país en general, controla las arterias vitales de la economía de La ciudad vieja. Las casas antiguas, convertidas en hoteles, pensiones, restaurantes, comienzan a cambiar el rostro de la ciudad, que aún se mantiene cercada al mejor estilo medieval.

De igual modo, el adoratorio a la divinidad Auhura Mazda está ubicado en esta ciudad. Sus seguidores tienen en el profeta Zoroastro (1) su máxima expresión. Aquí el mito, la religión, la vida diaria, parecen darse la mano en el común de los viandantes. Lo mencionado tiene su vórtice en la tea sagrada colocada en el centro de un espacio, es un museo, en la zona norte de la ciudad. Llamada que, desde muy cerca, está acompañada con la clásica figura de un ser humano vinculado al zoroastrismo. Individuo a quien no se le ven las extremidades inferiores porque ellas están cubiertas con una especie de abanico desplegado y de variados colores.

Según la información oficial, también oficiosa, la mencionada tea fue encendida hace 2,450 años atrás. Desde aquel día se encuentra en permanente combustión. Afirman que no se ha apagado ni siquiera por un instante. No obstante el paso del tiempo, el sinnúmero de catástrofes naturales, las recurrentes guerras que han cruzado la ciudad, ella sigue flameando hasta la actualidad. Ese fuego es un homenaje al Dios arriba mencionado, que es sinónimo de vida. Divinidad nunca personalizada. Él tiene alrededor de 40,000 seguidores confesos-reconocidos en este país y más de 2 millones y medio en el mundo. A esa corriente se le conoce con el nombre de Zoroastrismo.

Sobre la existencia de la tea no cabe duda. Ella está allí. Se la puede ver. Además, sentir el calor que emana de ella. Respecto a la información del poder del fuego, asociado al Dios Auhura Mazda, no es discutida para sus numerosos fieles. La pregunta racional es: ¿Será verdad que la tea está 2,450 años prendida? ¿Cómo poder comprobarlo? Aquí el mito se entrelaza con la realidad. Para los que creen y desean creer, no hay dudas. Esa tea flamea 2,450 años y punto. Para los que reclamamos pruebas, la duda nos asalta.

\*

Por su lado, la ciudad de Shiraz está directamente vinculada al Imperio Persa. A 60 kilómetros de distancia del centro de la ciudad se ubica la que fue la ciudad Capital del mismo. Aquí el mito, en alguna forma la religión, ha dado paso al poder político. A la actividad social. La ciudad Capital del imperio fue destruida por los griegos en los tiempos de Alejandro Magno (356-323). Ellos le dieron el nombre de Persépolis, denominación que conserva hasta la actualidad.

Sobre las ruinas de Persépolis, una ciudad construida en base a bloques de piedra, se puede observar aún las expresiones del dominio, del control, que ejercía la teocracia-militar persa dominante sobre los súbditos. Las figuras, en alto relieve, del caballo encabritado, del león dispuesto a zarpar o de la serpiente con la cabeza erguida, son algunas de sus manifestaciones simbólicas.

De igual manera las figuras, también en alto relieve, de los representantes de las diferentes “tribus-nacionalidades”, las que vivían

bajo el dominio del imperio, que visitaban con presentes a los representantes del poder central imperial. El tipo de vestimenta, la forma de llevar la barba y las expresiones gestuales son diferentes y elocuentes.

Finalmente, la presencia en un lugar imponente, en las faldas de la montaña, de las tumbas de algunos de los emperadores (los Daríos y los Xerxes) confirma la importancia del poder imperial. Esta ciudad, ahora semiruina, fue enterrada, por muchos siglos, por el tiempo. Este imperio fue soslayado de la “memoria colectiva”, como consecuencia de la invasión árabe, la implantación de la religión, de la cultura musulmana, en amplios sectores de la población.

A la par de lo mencionado, más otras atracciones, la ciudad Schiraz es conocida, en todo Irán, como la ciudad de los poetas. Los más renombrados bates del país, si no han vivido, por lo menos han visitado por algún tiempo la ciudad. En el centro de ella está ubicada la tumba del gran poeta místico conocido con el seudónimo de Hafez (1310-1390). La idea, cercana al mandato en la población letrada del país, es que todo alfabeto debe leer el Corán y las composiciones del poeta Hafez.

En nuestra breve visita se pudo observar tres actitudes de los visitantes en el lugar semisagrado. Primera, la gente iraní que se acerca a la tumba, por su vestimenta y modales, se puede deducir que son de clase media hacia arriba, con un poemario del versificador en una mano. En la otra, el inseparable celular. Colocan el ejemplar sobre el imponente mausoleo, que es de color negro. Luego comienzan a recitar sus poemas. Algunos lo hacen a media voz. Los menos, en voz alta. La mayoría lo hace en silencio. Sólo el movimiento de sus labios delata la acción en estos últimos. Él es un poeta místico. Concordemos que no todos los poetas místicos son mistificados. Hafez sí es mitificado. Y de qué manera. Sólo es superado por Mahoma.

Segundo, la gente que asiste al lugar va a hacer vida social. Conversar, pasear, tomarse de las manos, hacer fotos, beber té. Hasta se podría decir que se enamoran en el recinto. Este es relativamente grande y dispone de bancas, jardines, plantas, flores, pileta, venta de artesanías, cafetería y librería. Nuevamente las interrogantes: ¿Es la tumba del

poeta un pretexto para la vida social? o ¿Es la vida social un pretexto para visitar la tumba del poeta? Preguntamos a una de nuestras acompañantes. Ella responde: seguro que, para la mayoría de concurrentes, son las dos cosas al mismo tiempo.

Tercero, el dinero no respeta poetas, mística, tiempo, espacio, ni nada que se le parezca. Con su poder de seducción, ha profanado los versos del gran poeta. Con su encanto, ha trastocado lo místico en prosaico. Por los alrededores de la entrada se encuentra cierta gente, hombres y mujeres, vendiendo los versos del rimador. La entrada es cara para el promedio. El precio de los libros que se venden, en varios idiomas, están por encima de lo normal. Amén de los precios de las artesanías, de los confites, del té o del café.

Al observar este rentable negocio, una de nuestras acompañantes comenta: Para los pobres no hay mística, no hay versos, tampoco espacio en el mausoleo de Hafez. A lo que se podría agregar que la desgracia reside en que ellos no han sido tocados por el espíritu santo del bendito caballero que cabalga campante por todos los rincones del planeta.

Lo último nos permite recordar, a partir del predominio de las relaciones sociales de producción capitalista, que en las sociedades occidentales se repite este principio: “Si de los chanchos se hace manteca, de los seres humanos se hace dinero.” Viendo lo que ocurre aquí, recordando lo que se hace con los cantantes, artistas, deportistas, algunos revolucionarios, después de muertos, se puede agregar que de la mística, de los versos, de los muertos, de las tumbas, también se hace dinero.

\*

La ciudad de Ispahán (2) es la más cercana a Teherán tanto en el tiempo como en el espacio. Entre otros, el rasgo que lo caracteriza es el Río Zayandeh que cruza por el centro de la ciudad. Sobre el mismo se han construido varios puentes. En las noches son iluminados. Ellos sirven, también, de zona de esparcimiento y de encuentro para las parejas. Es un espacio donde se concentran hombres y mujeres jóvenes

para cantar, bailar o simplemente conversar. Pero, naturalmente, sin tener contacto corporal.

De igual manera, en la parte norte de la ciudad, está ubicado el barrio de los armenios. Éstos fueron traídos, hace cerca de medio milenio, en los tiempos del Schah Abbas Sefavi (1571-1629), a esta ciudad desde la hoy frontera norte. La razón es que eran excelentes comerciantes. Buenos artesanos-joyeros. Especialmente en trabajos con oro. Se dice que ellos organizaron la primera imprenta en la región. Los armenios aún hablan su idioma. Profesan la religión cristiana. Existe una impresionante catedral en el barrio. Se dice que es una de las más antiguas de Medio Oriente. En su interior ha sido construida una mezquita.

El barrio está aún cercado con muros de aproximadamente 10 metros de altura. Sólo hay una entrada principal donde se observa un arco imponente en muy buenas condiciones. La decoración, los colores y la arquitectura, antes que obedecer a la cultura musulmana, está más cerca a la influencia cultural del antiguo imperio de los zares. A su interior, la vida cotidiana, es parecida a las ciudades occidentales. Se puede observar, en algunas calles y casas, los vestigios de la decoración de las fiestas de navidad recientemente celebradas. Del mismo modo los onomásticos, con feliz cumpleaños incluido (cantado en inglés), son frecuentes.

Los no armenios visitan frecuentemente esta parte de la ciudad que tiene como actividad principalmente el comercio minoritario y la gastronomía, para pasear y divertirse. Aquí los iraníes no deben pero pueden comer o comprar carne de cerdo. De igual modo, ellos no deben pero pueden comprar o tomar alcohol. Para la mayoría de los no armenios, pasar algunas horas en este barrio es como salir hacia el mundo cultural occidental.

No obstante estas libertades de la población mencionada, el atuendo de las mujeres tiene que respetar, en lo público, las leyes de La república Islámica. Más aún, las mujeres iraníes no pueden casarse con un hombre catalogado como armenio. Sus pares armenias sí pueden matrimoniarse con los hombres iraníes, pero a condición de que se conviertan al islam.



\*

Finalmente, lo que une a las tres ciudades mencionadas es aún la proliferación de las casas familiares. De igual modo los espacios públicos como mezquitas, bazares y mercados. En éstos se observa la imponente influencia de la cultura islámica. Comenzando con la combinación de los cuatro colores clásicos. Negro, blanco, azul y verde. En todas ellas la simetría de las construcciones, de las figuras, linda con la perfección. De igual manera el empleo de la luz, de la ventilación y la regulación de la temperatura coinciden con lo anterior. Los materiales de construcción son de adobe o de piedra, acompañados con una variedad infinita de mosaicos.

En los interiores de las construcciones, privadas-públicas, no puede faltar el patio. Este espacio fue, sigue siendo, fundamental en esta cultura. Normalmente es rectangular o eventualmente circular. La pileta de agua en el centro es imprescindible. En las casas, en los alrededores de la fuente de agua, las plantas de flores y los árboles frutales es una norma. Finalmente, los corredores-zaguanes amplios, donde se colocan los tapices de motivos y colores distintos, cumplen variadas funciones. Limpieza, calor, confort.

El patio fue el ambiente donde se concentraba, ahora menos, la familia patriarcal, eventualmente los demás familiares y hasta la vecindad. Era el centro de la vida social y cultural. Conversar, comer, festejar, recitar y hacer teatro. Las parturientas no podían salir a la calle, hasta cerca de un año después de haber nacido el bebé. Para ellas, el patio representaba toda su socialización hasta tiempos no muy lejanos.

El patio fue el punto de encuentro, en determinadas circunstancias, de lo privado y lo público. Esta historia se repitió en todos los dominios hasta donde llegó la cultura islámica. Baste recordar el rol de esta parte de la vivienda en algunas ciudades de la actual región de Andalucía-España y las fiestas que se celebran en su nombre.

De igual manera, a pesar de que la religión islámica no estuvo presente, fue la cultura islámica, a través de los conquistadores-colonizadores, que llegó a otras partes del mundo. En el caso de

América Latina, la importancia que tuvo el patio, hasta tiempos no muy lejanos, es ilustrativo.

\*

Teherán es la Capital de la república desde mediados del Siglo XIX. Esta condición la consiguió en los tiempos del Schah Naser ad-Din (1831-1896). Ella se levanta en una extensa meseta, a unos 1,800 metros sobre el nivel del mar. Los riscos, llamados Alborz, que lo rodean llegan hasta más de 5,000 metros de altura. En invierno estos, a partir de los 3,500 metros, tienen nieve permanente. La ciudad, como todas las de su especie, concentra a una gran cantidad de habitantes del país. Estos bordean los 9 millones. Por su diseño y arquitectura, está muy cercana a sus pares occidentales. La proliferación de edificios, para todo tipo de usos, construidos en los últimos 70 años así lo evidencia.

Es la ciudad más desarrollada, industrialmente, del país. Los principales centros textiles, de tapices, las refinerías de petróleo, las fábricas de cemento, de azúcar y el parque automotor están ubicados en esta ciudad. El aún poco turismo externo pasa en gran parte por la Capital en la medida que aquí está situado el aeropuerto internacional más importante.

Como recién se está construyendo el metro, sólo hay tres líneas, con la escasez de buses, y la proliferación de automóviles, la gasolina es muy barata, el tráfico es problemático. Para los amantes de las comparaciones, sería menester que se imaginen un París, un Londres, sin metro y pocos buses. Las reglas de tránsito son estrictas; pero pocos son los que las cumplen. Es común ver motocicletas circulando en sentido contrario a lo establecido. En muchas circunstancias, los automóviles logran pasar delante de otros vehículos imitando el movimiento de la serpiente. Los peatones son expertos en cruzar las calles en plena circulación de los vehículos. El movimiento en zigzag es la llave maestra para evitar accidentes y ganar tiempo. Sólo en las avenidas principales, donde hay semáforos, los colores son respetados. No se ve guardias de tránsito.

El desorden es de tal nivel que para el común se ha convertido en costumbre, en cultura. Aquí se cumple ese viejo adagio que reza: “En

el desorden reside el orden”. La prueba es que se registran muy pocos accidentes de tránsito en comparación a otras grandes urbes europeas. En el tiempo de nuestra permanencia sólo pudimos ver un pequeño roce entre un automóvil y una motocicleta. Los conductores, los peatones, han tenido la necesidad de agudizar su imaginación para evitar accidentes. La fantasía es la llave maestra que ayuda evitar problemas mayores.

La contaminación ambiental es fenomenal. Si uno sale de la ciudad, camina hacia alguna de las montañas que la bordean, a unos tres mil metros de altura, se observa la misma como si estuviese cubierta por una carpa gigante de color gris. Da la impresión que acababa de explotar una especie de bomba atómica. Sin llegar a los niveles de Pekín, mucha gente en la ciudad, camina con protector en la boca y nariz.

Como el costo del pasaje es barato, en comparación a Europa, se puede recurrir con frecuencia al servicio de taxi tanto individual como colectivo. Además, por lo mencionado, los viajes a determinados lugares de la ciudad, por la congestión, duran un buen tiempo, dependiendo mucho de la hora del día. Lo positivo es que se aprovecha esa circunstancia para conversar con los chóferes y con los compañeros de ruta. Es un excelente medio, lugar, momento, para hacer una encuesta de investigación.

El común del iraní es curioso. Preguntan bastante. Las interrogantes más frecuentes son: ¿De dónde eres? ¿Cuál es tu religión? Al dar respuesta a esas interrogantes, siempre se termina en discrepancia o discusión. De igual manera les gusta hablar cuando descubren que eres extranjero. Otro tema que siempre sale a flote es el político. Nosotros, gracias a la guía que a la vez fue intérprete, tuvimos la oportunidad de hablar por lo menos con 60 personas comunes y corrientes. De ellos, alrededor de 20 fueron taxistas. La gran mayoría de los mencionados están en contra del Gobierno de los Mullahs. (Son los sabios que interpretan el Corán y las autoridades en el país). Los acusan de ser corruptos. También de no haber cumplido con lo que ofrecieron cuando llegaron al Poder en 1979. Los más no cuestionan la

cultura del islam; pero sí la utilización de la religión islámica que hace el Estado-Gobierno.

La mitad de los entrevistados sostenía que en los tiempos del último Schah estuvieron mejor. Otros opinan que el actual Gobierno, encabezado por Hasan Rouhani (1948- ), es reformista, que va por buen camino. Su esperanza es que levantándose el embargo, que pesa sobre el país, la situación será mucho mejor económica y socialmente.

\*

Esta ciudad, a simple vista, se dedica fundamentalmente al comercio. El centro de ella es algo cercano a un mercado gigante. Hay tres tipos de tiendas comerciales. En ellas se ofrece, casi de todo, lo que una gran urbe occidental puede ofertar. En los grandes negocios, normalmente las mercancías son caras y modernas. Ellas provienen de EEUU o de Europa. Sus clientes son los adinerados, la burguesía iraní. Las tiendas medianas es para otro sector social. Los productos son una combinación de procedencia europea, china e iraní. Mientras que en los pequeños establecimientos las mercancías son predominantemente de procedencia china, secundariamente hindú y luego del propio país. Todos los que allí trabajan son iraníes. En este nivel no se observa la presencia de chinos, como en Europa o América Latina. A los pocos que se les podría catalogar como tales son los que se encuentran visitando las zonas turísticas.

Grosso modo, se puede decir que la zona sur de la ciudad está ocupada por el pueblo. Particularmente por los más pobres. En el centro se ubica la variopinta clase media. El norte es donde está asentada la burguesía. Los bordes de los cerros, de la zona norte de la ciudad, es su espacio favorito. Este lugar les permite tener aire fresco, mejor visión de la ciudad y tranquilidad al margen del populacho. En este último sector, además del lugar donde mora, se puede percibir su poder en las marcas de autos que conducen. Normalmente las alemanas, Mercedes o BMW, son las preferidas. Y naturalmente una de las varias islas, particularmente la Kish, ubicada en el Golfo Pérsico, para hacer vacaciones al mejor estilo occidental. Incluso el uso de tanga, y hasta se dice que no falta uno que otro nudista.

Esta costumbre, que viene especialmente de la Edad Media, de vivir en las faldas de los cerros como expresión de poder, de distinción y de estatus social, para unos, y como manifestación de carencia y de pobreza, para otros, se extiende a muchas ciudades del mundo. En Teherán, las faldas de los cerros, de la zona norte de la ciudad, imitando a pequeños oasis, y las faldas de los cerros de la zona sur cercanas a las barracas, no podía faltar. El Primer Mundo y el Tercer Mundo están muy bien representados en la zona norte y sur, respectivamente, de la ciudad Capital.

La verdad de las verdades es que, en casi todo el mundo, el dinero es capaz de convertir el desierto en un jardín, el cerro bronco en llanura. Aquí, una vez más, William Shakespeare (1564-1616) tenía razón cuando en su libro *El timón de Atenas*, decía que el dinero, versión oro, era capaz de convertir al negro en blanco, al estúpido en inteligente, al cobarde en valiente, al inútil en capaz, etc.

\*

En las ciudades visitadas no se vio ningún robo o asalto en la vía pública. Es frecuente que los pasajeros, cuando visitan mercados, museos, por un tiempo corto, dejen sus maletas, mochilas, en los taxis. Los conductores esperan sin tocar nada y menos se llevan las pertenencias de los usuarios. ¿Por qué? ¿No tienen necesidad? ¿Es cultura? ¿Es el miedo al castigo? Se dice, que teóricamente, se les podría cortar un brazo si perpetran un robo.

No se observó a ningún orate o extraviado deambulando por las calles. En Teherán se vio dos o tres niños vendiendo algún producto en las vías adyacentes al mercado. También un par de hombres, de mediana edad, con apariencia de mendigos. Enfrentamientos entre la población se percibió; pero sólo de palabra. Incluso, un par de veces, mujeres muy exaltadas gritaban a unos hombres amenazando con las manos en alto. Imposible saber cuál fue el motivo.

Algo que llama la atención es la cantidad de mujeres, aproximadamente entre 40 y 70 años, que duermen en los parques públicos a media tarde. Ellas llegan con una manta o petate bajo el brazo, una almohada, y sencillamente se acurrucan. Duermen, en

posición fetal, un par de horas. Nadie las interrumpe. Nadie les roba. Esto se repite en todas las ciudades visitadas. Se dice que cuando los españoles tienen un problema, toman una copa de vino tinto, hacen la siesta y el problema está resuelto. Las mujeres que duermen en Irán, posiblemente tienen problemas, cien por ciento que no toman vino tinto, seguro que tampoco han solucionado su problema; pero duermen. Y parece que duermen bien porque hasta roncan.

Finalmente, los iraníes son bastante hospitalarios. Son muy atentos con el forastero. Parecen ser, en una primera impresión, hasta obsequiosos. En lo último hay que tener cuidado, nos advirtieron un par de amigos en Teherán. Cuando conoces a un iraní, y por tal o cual motivo tienes que pagarle, él te dirá siempre: no. Tú tienes que insistir, él te repetirá: no. Insistes la tercera vez. Si en la tercera insistencia, repite: no, entonces significa que es *no*. El noventa y nueve por ciento, después de la tercera insistencia, dice: sí. Recibe el dinero. Y luego cuenta minuciosamente para comprobar si se le ha pagado exacto.

La atracción de la infinidad de mezquitas, de los palacios de los reyes y los grandes bazares, que vienen desde siglos atrás, no los describimos por dos razones. Su abundancia nos abrumba, primero. Segundo, no deseamos repetir lo que muchos han escrito al respecto. La información sobre las tres construcciones mencionadas, fotos, artículos, libros, películas, reportajes es frondoso.

## EL MESTIZAJE A FLOR DE PIEL

En los primeros días, si observamos superficialmente a la población, daría la impresión de que todas las mujeres y varones iraníes son iguales. O, en su defecto, muy parecidos. En el caso de las primeras, la vestimenta y especialmente el velo que les cubre la cabeza abona en esa dirección. Al pasar los días, uno se da cuenta que ninguno se parece al otro en la morfología, en el color de la piel y hasta en el idioma oficial, el farsi de raíz indo-germano, que hablan. Cada quien lo pronuncia con estilo propio o entonación diferente. Ese proceso de tránsito del ver al mirar ayuda mucho para encontrar las diferencias, las

particularidades. De esa manera hay que evitar generalizaciones irresponsables.

Hecha esta atingencia, por algunos rasgos que parecen ser comunes, se podría decir tentativamente que los pobladores del norte del país, especialmente los denominados curdos y de Aservayan, tienen el color de su piel, de los ojos, algo claros en comparación a los del centro del país. De esta última parte, más los de Teherán, serían los supuestos “típicos” iraníes que se conoce en otras partes de mundo. Mientras que en la región sur, como consecuencia de la influencia árabe, la alimentación, la actividad diaria y más el clima cálido, son algo más oscuros. Lo que sí tienen en común los iraníes es que son velludos y tienen la barba poblada. Los enamorados de la identidad podrían decir que este rasgo identifica a los iraníes. El argumento es deleznable. Los vellos y la barba son común a la gran mayoría de hombres del Cercano Oriente.

Como excepciones, se puede mencionar que en Teherán pudimos departir, entre otros, con un joven hippy, de unos 30 años de edad, que rompía con las características arriba mencionadas. No sólo por su vestimenta, sus deseos de vivir la vida imitando a los otrora lectores de Carlos Castañeda (1925-1998), sino por su color y morfología. Era pelirrojo, muy claro, pecoso y con barba similar al tono de la que portaba el Káiser Federico I (1122-1190), apodado Barbarossa. Él se reclamaba ser curdo. El otro caso fue en la ciudad de Yazd. Las características del joven, vendedor de telas en un mercado, fueron parecidas al primero con excepción de las pecas. Con la última mención, en este nivel, terminamos de contar.

Al pasar los días nos dimos cuenta, una vez más, que la población oficialmente denominada iraní, como todos los pueblos del mundo, en todos los niveles y todos los planos, es mestiza por el lado que se le mire. El sinnúmero de mezclas, de cruces, se evidencian a flor de piel. Cada una de estas personas, en su rostro y en muchas de sus costumbres, así lo revela.

Los numerosos grupos culturales (curdos, armenios, aservayanos, turcos, árabes, judíos, zoroastristas, etc.) que son comprendidos en este país, por el movimiento elemental impulsado por la necesidad y la

fantasía, se han mezclado y recruzado sin cesar. ¿Quiénes fueron los originarios? Nadie fue originario. Esto es válido para todas las poblaciones del mundo. Todos fueron, en algún momento, vecindados. Todos fueron, en algún momento, forasteros. Esta ha sido la regla de oro, sigue siendo, en la evolución humana. Lo demás es romanticismo, es nacionalismo, cuando no colonialismo, imperialismo y fascismo.

El movimiento histórico-social de los habitantes de este espacio geográfico así lo demuestra. Ellos son mestizos por antonomasia. Si Irán significa etimológicamente País de los arios, está bien. Las bondades, los tremendismos, del lenguaje son inevitables. Ningún iraní, con quienes conversamos, hizo la menor referencia a ese origen etimológico. Menos a la “raza” aria como se ha construido ideológicamente en Occidente. El orgullo de algunos nacionalistas, instrumentalizado por cierto desde las clases dominantes, fluye por los oleoductos del petróleo. Transita sobre la industria de los tapices. Todo ello galvanizado con el supuesto pasado glorioso del Imperio Persa.

Por lo tanto, el argumento de que el grupo humano más evolucionado por designio de la naturaleza se expresaría en la sangre aria, en la raza aria, en el tipo ario, en la cultura aria, la que remata en la teoría del superhombre, todos sus derivados y consecuencias, propagados en otras partes del mundo, especialmente por los fascistas en Alemania, no es más que un mito, una ficción, pura borrachera ideológica, creado por los racistas y nacionalistas que andan juntos y revueltos por el mundo.

Llegar al país de los arios, donde no hay arios, suena a ironía. La verdad es que los mitos, las fábulas, los cuentos, se repiten de distinta manera en diferentes partes del mundo. Ellos, a fuerza de repetirse, devienen creencia. Si la mayoría de la población cree en ellos, el embuste está cerca de convertirse en verdad. En este proceso, el lenguaje tiene su juego. La fuerza del logos, muchas veces lleva a los extremos. Con ella se puede vender ceniza por oro. Un par de casos. Todo el mundo habla de La tierra del fuego. En donde no hay fuego, tampoco hay tierra. De igual manera, la mundialmente conocida ensalada rusa. En Rusia nadie conoce la bendita ensalada.



Así, no debe llamarnos la atención que en el país de los arios hay de todo, menos los supuestos arios. Por lo menos en la versión por la cual dieron su vida millones de alemanes en la Segunda Guerra Mundial y algunos otros millones siguen creyendo aún en esas bondades de la naturaleza, de la biología, de la “raza” aria.

## MUJERES. VELO. NARIZ

Si se compara la situación de las mujeres en Irán con las de otros países donde domina el Islam, para la gran mayoría, las iraníes son las europeas. Son las liberales y, cuando no, hasta las libertinas. Lo afirmado tiene algunas razones. La evolución histórica de la sociedad en contacto, más o menos cercano, a occidente. Esto se concretiza, aparte de las guerras, en tiempos antiguos, como las denominadas Guerras Médicas (griegos-persas), en la ciencia, la técnica y el comercio. En tiempos más cercanos, el rol pro Occidente, en el nivel político-cultural, protagonizado por el Schah Mohammad Reza Pahlavi (1919-1980), en su periodo de Gobierno que transcurrió desde 1941 a 1979. Finalmente, en menor medida, la prédica de los estudiantes que regresaban de universidades europeas (Alemania y Francia principalmente) con ideas liberales, socialistas, anarquistas, comunistas.

Mientras que si se hace lo mismo, comparar con la vida diaria en público del común de las mujeres con las de Occidente, es fácil darse cuenta que en muchos aspectos las mujeres iraníes están sentenciadas a vivir, principalmente en el plano oficial, bordeando los linderos del Medioevo. Las mujeres son las principales víctimas visibles de ese sistema político-cultural reimplantado después de la denominada “revolución” de 1979. Sistema que tiene en las leyes islámicas su principio y su fin.

Las reglas escritas, en muchos otros casos las no escritas, las obliga a jugar un rol elemental en el quehacer cultural. A desempeñar un papel secundario en la actividad político-social. El control del Estado-Gobierno por un lado, la presión social-cultural, por otro lado, trabaja

permanentemente para fortalecer estas ataduras. La religión islámica es la fuente principal que justifica todo dominio, todo control.

Las mujeres no pueden mirar, hablar o dar la mano, en público a un hombre. Para salir fuera del país, trabajar, estudiar, tienen que tener el permiso del padre o del marido. No tienen ningún derecho sobre los hijos en caso de separación o muerte del esposo, etc. (3). En la realidad, muchos de estos principios, legales-oficiales, no se cumplen. Una mujer, de mediana edad, en el ómnibus que nos conduce de Teherán a Ispahán, abordando un espinoso tema, dice: Cuando te casas, tienes que ser fiel a tu marido. Otra historia es cuando quieres. En la vecindad no hay cultura de delación. Por el contrario, en ese nivel, el encubrimiento, la complicidad o el no inmiscuirse en la vida privada de las otras personas son normal.

En los encuentros en la calle, el taxi, el mercado, restaurante, etc., los hombres nunca dirigen la mirada o la palabra a las mujeres. Sencillamente las ignoran. Cuando alguien no habla farsi, como fue nuestro caso, tenía muchos problemas. La guía, la traductora, era una mujer. Más aún joven, intelectual y extranjera. Pero con apariencia iraní por su físico y su buen manejo del idioma. El común de los hombres reclamaba por qué una mujer, además joven, puede ser la que oriente a los demás. El esquema patriarcal se les caía sin remedio, por lo menos en este caso.

Se observa en los vehículos de transporte público, los pocos que hay, el compartimento de adelante está reservado para los hombres. La parte posterior para las mujeres. No obstante ello, en otro plano, con la profundización del capitalismo, la participación de las mujeres en la producción va en aumento; pero aún se mantiene bajo la sombra. Pocas mujeres trabajan directamente en contacto con el público.

En otro nivel, nos informó un antropólogo, que para la manutención del hogar el marido entrega el dinero a la mujer para una o dos semanas. No puede gastar más de lo establecido. El control es estricto. En ese ambiente, la cultura pierde poder. El dinero, la clase, se impone.

\*

Lo que impresiona a primera vista en las calles de las ciudades de este país es la inmensa marea humana formada por cabezas de mujeres cubiertas con un velo. Ellas van, vienen, por calles y plazas. Pero aguzando la mirada se puede diferenciar dos hechos bastante significativos. El color del velo y la forma de llevarlo. Estos detalles son indicadores importantes que permiten pasar a otra etapa del conocimiento.

Las ortodoxas, más las pocas que trabajan en el mundo oficial, llevan el velo, también la ropa, de color negro. Ellas están cubiertas de tal manera que sólo se les puede ver su rostro y sus manos. Es posible que los dos grupos sean un 20 por ciento de la población femenina. En este país no hay, mínimo no vimos, mujeres que se cubran con la llamada gurca como en otros países donde el islam ejerce control y dominio. En Europa nos hemos cruzado con algunas. En Irán con ninguna.

La gran mayoría lleva el velo de distintos colores. Es un indicador que portar esta prenda es para ellas una obligación, una formalidad. En segundo lugar, al interior de este grupo, unas se cubren casi toda la cabeza, sólo dejan ver algún mechón de cabellera. En algunos casos se observa, por el mechón, que tienen el cabello teñido. Normalmente de rubio. Finalmente hay una buena cantidad de mujeres que se colocan el velo a la altura de la mitad de la cabeza. Con frecuencia, como no tienen agarradores, se les cae la prenda sobre la nuca.

¿Preguntamos por qué el uso del velo? ¿La vestimenta larga? ¿A partir de qué edad? Todos nuestros interrogados coincidieron en esta respuesta. Se dice que una de las tantas mujeres con quien copuló Mahoma (570-632) tenía 9 años de edad. En base a esa experiencia él llegó a la conclusión de que una niña, desde esta edad, puede seducir a los hombres con su cuerpo. Esta es la razón del por qué tienen que utilizar esa ropa y el velo. De esa manera, la mujer, además de mantener su pureza, evita que el demonio se adueñe de la vida, del cuerpo y del alma de los varones.

En ese inmenso mar humano de mujeres con velos en la cabeza, a su interior hay seguidoras fieles del islam, como queda dicho. Otro sector muy significativo, sin ser creyente en la religión, acepta el islam como cultura. De igual manera, hay mujeres liberales, feministas, ateas, izquierdistas, que llevan el velo por obligación. Saben que si no cumplen viene el castigo. De no existir este no se darían el trabajo de portar dichas prendas. Lo dicho es válido para los dos últimos grupos.

Con excepción de las ortodoxas y del mundo oficial, además del color del velo, de la forma de llevarlo, la inmensa mayoría viste por dentro prendas de colores y a la moda. Los dos indicadores se comprueban observando las mercancías que las tiendas ofertan o cuando se les visita en sus hogares. De igual modo, inclusive en público, muchas calzan zapatos con taco alto. Las uñas de los pies y de las manos están cuidadosamente pintadas con distintos colores, predominando, el rojo-rosado. Pero cubriendo todo el cuerpo llevan una prenda larga, normalmente, de tonos apagados.

Luego, la gran mayoría de mujeres, entre 18 y 60 años, más o menos, incluida parte de las ortodoxas, muestran la cara bastante arreglada. Los labios pintados, normalmente de rojo encendido. Las cejas depiladas y delineadas. Los perfumes, según la clase social, dejan su estela de fragancia en el ambiente.

\*

Finalmente, su majestad la nariz. La inmensa mayoría de las mujeres las tienen respingadas, consecuencia de la cirugía estética. Irán es el primer país en el mundo donde las mujeres se operan esa parte de la cara. Sólo hay que caminar unos minutos por la calle para comprobar esta verdad. Las narices respingadas, para ellas las narices europeas, son las que predominan largamente.

En torno al tópico, preguntamos a una chica de 28 años no operada, pareja de un arquitecto, en una de las ciudades visitadas. Ella dijo: No tenemos otra cosa que mostrar. Los pechos, las caderas, las piernas, están ocultadas. Sólo nos queda nuestro rostro. Es por ello que tenemos que presentarlo de la mejor manera posible. Otra chica, tampoco operada, en una fiesta amical, con un aire feminista, sostuvo que esa es

la protesta de las mujeres. Es la rebelión de las narices respingadas. Están luchando con su cara. No hubo tiempo para averiguar si lo dijo en serio o en broma. La música sonaba, llamaba a bailar. El diálogo podría esperar para otro momento. Que, dicho sea de paso, nunca llegó. Otra mujer joven, tampoco operada, sostuvo que es simple y llanamente la falsa idea de que la nariz de la mujer occidental es la más hermosa. Todas las reinas de belleza, la Miss Mundo exhiben ese tipo de nariz. La que es construida y vendida como el símbolo de la belleza. Es puro complejo de unas y alienación cultural de otras. La industria de la cirugía, por una u otra razón, es la que gana, sentenció.

En base a lo visto y escuchado, en conversaciones con intelectuales de izquierda, antropólogos, sociólogos, psicólogos, del por qué las masivas narices operadas, se barajaron algunos argumentos que explicarían, en parte, el fenómeno. Los mismos se pueden sintetizar en cuatro: 1.- En Irán existe una cantidad inmensa de médicos especializados en cirugía estética. Consecuentemente una operación a la nariz es relativamente barata. Por estar al alcance de las mayorías, no es un lujo como en otras partes del mundo. 2.- La práctica de esta operación masiva tiene más de 3 décadas. Es por ello que los especialistas han logrado un alto nivel técnico en su trabajo. Incluso, se dice, que muchas mujeres de otros países visitan Irán para operarse la nariz. Para las iraníes, las operaciones son buenas y baratas. 3.- Como las mujeres no pueden exhibir en público otras partes de su cuerpo, potencializan lo que está permitido. Mostrar el rostro compensa las otras partes que se mantienen ocultas. 4.- La influencia del modelo de belleza vendida por Occidente. Para las iraníes, la nariz europea es la nariz respingada, es la nariz perfecta. Esta propaganda llega a través de Internet y los celulares. Estos medios de comunicación no pueden ser controlados por el Estado-Gobierno. Más aún, en los programas de la televisión oficial, noticieros, telenovelas, la gran mayoría de relatoras de noticias y artistas tienen la nariz operada.

La vida privada es otra historia. La vestimenta, el maquillaje, los diálogos, el contacto con hombres, fumar, incluso tomar alcohol, es lo más común y corriente. Esto se comprueba en las visitas a hogares o en las reuniones que se organizan. Tanto hombres como mujeres bailan.

Bailan bastante y bien. Solas o con pareja. Normalmente con música iraní. La que además de ser alegre, es muy sensual. El baile más frecuente es uno parecido a la danza del vientre. Con la diferencia de que bailan tanto hombres como mujeres. Lo más llamativo es que mueven, rítmicamente, los pechos y las caderas.

Al observar y participar en esta reunión-fiesta, se pudo encontrar una diferencia notoria con respecto a América Latina y Alemania. Esto se lo comentamos a un conocido en el ínterin de la fiesta. En esta primera parte del mundo, normalmente, en una reunión de esa naturaleza, se necesita algunos componentes. Comida, bebida alcohólica, música. Estos 3 elementos, condicionan posteriormente al baile. En Alemania es algo diferente. Normalmente en una reunión de este tipo hay comida, mucha bebida alcohólica, poca música; pero, especialmente los hombres, no bailan. Ellos prefieren conversar, fumar. El baile no es un componente de la reunión.

En cambio aquí, vemos que hay comida, hay bebida sin alcohol, hay música; mujeres y hombres bailan bien y bastante. El contertulio, generalizando, dijo que en Irán, normalmente, se baila en las reuniones. No hay necesidad de beber alcohol para divertirse. Faltó preguntar ¿por qué? ¿Es consecuencia de la prohibición del Estado? ¿Es parte de la cultura? Lo que nos informaron es que el alcohol circula ilegalmente; pero es muy caro.

## RELIGIÓN DE ESTADO. ESTADO DE LA RELIGIÓN

El último Schah de Irán intentó, en su período de 38 años de Gobierno, desarrollar capitalistamente el país. Para su proyecto, tomó como ejes centrales el Boom del petróleo y la exportación de tapices, en el plano económico. Se pensó que estas dos actividades serían la base para la industrialización de la sociedad. A la par se propuso modernizar el Estado-Gobierno a nivel político. Esto implicaba separar la política de la religión. Finalmente, orientar la vida culturalmente en dirección del mundo occidental. Todo, como se puede observar, en un período histórico relativamente corto.

El monarca, en gran medida, se socializó en Suiza. Él conocía la relación-influencia histórica de Europa con Irán desde las guerras del Imperio Persa con el Imperio de Alejandro Magno (356-323). De igual manera la importancia de Teherán, centro de primer orden en la llamada “Ruta de la seda”, la que se reducía no sólo a la compra y venta de ese producto. Más por el contrario, siglos después, continuó siendo este país un punto clave para la compra y venta de muchas otras especies que vinculaban el Lejano Oriente con el Viejo Mundo.

J.G.F. Hegel blande otros argumentos para comprender la actitud europeizante del Schah Reza. Leamos lo que a comienzos del Siglo XIX escribió sobre el tópico: “En contraposición, las naciones del Cercano Oriente pertenecen al tronco caucásico, o sea, europeo. Se hallan en relación con el Oeste, al paso que los pueblos del Lejano Oriente llevan una vida completamente aparte. El europeo que va de Persia a la India observa, por lo mismo, un enorme contraste; mientras que en el primer país se siente todavía como en su tierra, hallándose con mentalidades europeas, virtudes y pasiones humanas, tan pronto como ha cruzado el Indo, se encuentra en el último país con un contraste máximo que afecta a todos los rasgos particulares.” (Hegel, 1989: 185).

La mayoría de analistas del proceso, iniciado en 1941 que culminó en 1979, sostienen que fue una marcha forzada hacia la modernidad. Esta experiencia demostró, como en muchos otros casos, que la voluntad política no basta. Ella tiene sus límites en la realidad. El movimiento de la vida concreta es la que, finalmente, se impone sobre la teoría, por muy coherente que ésta parezca, en su momento. (4)

Mencionemos algunos puntos de esta realidad, los que entrelazados, impidieron la realización de lo que la voluntad política, la ideología, pretendía. 1.- La estructura semifeudal, predominante en el agro, entrababa la industrialización y el posterior desarrollo del mercado interno a nivel nacional. 2.- La tradición cultural religiosa que tiene su fuente en el islam.

De la primera tarea, en alguna medida, se encargaron los grupos armados comunistas que iniciaron actividades guerrilleras el año 1970. Acciones que se prolongaron hasta el año 1984. En lo fundamental, la reforma agraria, con confiscación de la tierra, se materializó en este

período. Los revolucionarios no se limitaron a luchar contra los terratenientes. Su acción la extendieron contra del Estado-Gobierno central encabezado por Reza. Los alzados en armas se propusieron construir el socialismo en el país. La respuesta represiva del Gobierno, no obstante que en algunos aspectos coincidían, fue sumamente dura.

Desde el inicio de la guerra de guerrillas, hasta 1979, los diferentes grupos, que se reclamaban de las diversas corrientes del marxismo, coordinaron sus acciones con otras organizaciones armadas orientadas por el islam. Estas últimas se autoproclamaban islamistas-comunistas. (5) Algunos de ellos fueron seguidores de Ayatollah Khomeini (1902-1989), para entonces viviendo en el exilio.

Cuando el Schah Reza abandona el Gobierno, serán los seguidores del antiimperialista, antioccidental Khomeini quienes toman el control del país. A la par, inician una dura represión en contra de sus otrora aliados, las organizaciones comunistas, que se mantenían en armas. En el lapso de 4 años terminaron con ellos, con excepción del Partido Comunista pro soviético. Este último argumentaba que el nuevo Gobierno es antiimperialista. Que es antinorteamericano. Es por ello que es dable apoyarlo. Blandiendo estos argumentos se convirtieron en defensores del orden y delatores contra los grupos comunistas que continuaban en acción armada. (6)

El triunfo del movimiento encabezado por los islámicos se debió, entre otras causas, a su prédica en contra de la corrupción. De igual manera en contra del hambre y por la justicia social. En otro nivel, en contra de la occidentalización de Irán y por la defensa de la cultura y la religión islámica. Las organizaciones comunistas llegaron sumamente diezmadas y sin mayor aliento a esta coyuntura. Es por ello que no intentaron ninguna acción de mayor envergadura. Su consigna de “No cambiar la corona por el turbante”, no tuvo mayor acogida en la población. Los que finalmente triunfaron, los del turbante, fue por el apoyo masivo del pueblo.

Externamente hubo muchos personajes progresistas, varios intelectuales de izquierda, que vieron con buenos ojos la experiencia de la “revolución” iraní. Entre estos últimos, cabe mencionar al conocido filósofo Michel Foucault (1926-1984). Luego de un par de visitas cortas



a Irán, en estos días turbulentos, sostuvo que con este movimiento ha nacido el nuevo sujeto revolucionario. El mismo que en Occidente se ha diluido desde hace tiempo atrás. Este nuevo sujeto son las masas populares iraníes que no necesitan representación, que no necesitan organización. Ellas se representan solas. Ellas se auto-organizan solas.  
(7)

Liquidadas las organizaciones armadas, los pocos comunistas que sobrevivieron a la represión del Schah primero y de los Mullahs después, los más visibles, terminaron en el exilio. Los menos conocidos se quedaron en Irán haciendo vida común y corriente, sin ningún tipo de accionar político-social.

Instalado el nuevo Gobierno, después de un referendo, se dio paso a la organización de La República Islámica de Irán. Como se desprende del enunciado, Irán se convertía en un Estado confesional que se guiaba, oficialmente, por las leyes escritas por Mahoma y desarrolladas por algunos Mullahs. Ellas fueron reproducidas, en parte actualizadas, por Ayatollah Khomeine en su libro *El Estado islámico*. Este personaje se convertía en la autoridad suprema del país. A la par, Irán, en el centro del dominio de los chiitas, al interior del mundo islámico, en contraposición a los sunitas, que tenían, tienen, su centro en Arabia Saudita.

Como es sabido, en la religión islámica, como en todas las religiones, hay muchos intérpretes, albaceas, seguidores del Corán. Cada quien cree ser el correcto. La mayoría de los creyentes en el Islam se ubican en la vertiente sunita. Luego viene la chiita, la alebita, la sarafista, el alauismo, etc. Los enfrentamientos entre ellos son parecidos a los que sucedieron en Europa entre los católicos y los protestantes, más sus variantes hasta tiempos no muy lejanos.

Lo que ocurre en estos últimos años en Siria, cuyo Gobierno no es ni sunita ni chiita, más bien alauita, es una buena demostración. La razón de fondo, como en todos los enfrentamientos de esta naturaleza, es el control del poder económico-político y el control geopolítico, que se mueve debajo del culto a Alá y los dogmas de Mahoma.

Al instalarse los chiitas, que expresan los intereses de un sector de la gran burguesía del país, en el Poder-Gobierno en Irán, se implantó un Estado muy parecido a los que florecieron en la Edad Media europea, con el agravante que lo hacía en una sociedad relativamente industrializada y a la par, culturalmente, moderna. Cuando pasó la euforia, cuando los Mullahs comenzaron a estructurar su Estado, su Gobierno, su sociedad, en base a las leyes islámicas, para la mayoría de la población fue demasiado tarde, recién se dieron cuenta para lo que habían contribuido con sus movilizaciones, con su euforia, con su sangre, con sus muertos.

En los meses de más alta efervescencia “revolucionaria”, con propiedad contrarrevolución, enero-marzo de 1979, la mayoría del pueblo estaba en contra de los males engendrados por el Gobierno del Schah. La corrupción, la injusticia, la explotación. Todo ello lo canalizaron los Mullahs. Estos últimos decían que el Corán condena esas perversiones socio-morales. Esta fue, como queda dicho, una de las razones del por qué el pueblo los apoyó masivamente.

Lo que la inmensa mayoría de la población no sabía es que la dirección islámica tenía un plan mucho más vasto, amplio y totalitario. Ellos orientaron e instrumentalizaron muy bien el descontento popular. De igual modo utilizaron el respeto al islam de unos y a la cultura islámica de otros. Con esas bases convirtieron el Estado-Gobierno en una República Islámica. El islam devino religión de Estado.

A las fuerzas armadas, al servicio de inteligencia, a la policía, ya existente, se agregó otro cuerpo represivo y de control socio-religioso de la población. Los guardias de Alá. Estos vigilan, en los espacios públicos, el cumplimiento de las leyes religiosas. No portan ningún distintivo para poder ser identificados a primera vista. Ellos son los que de inmediato actúan cuando alguien transgrede las leyes del Corán.

El problema es que los principios, en el fondo, cada quien las interpreta como mejor le parece, dice una persona entrevistada. Luego, agrega, la diferencia es que los representantes del Estado casi siempre tienen la razón. Ellos creen que el islam les ilumina el camino de la verdad.

\*

En Irán, como en todo el mundo, hay que diferenciar los diversos sectores que viven a su interior en el plano religioso. Comencemos mencionando a los ortodoxos, llamados por muchos, fundamentalistas, seguidores del islam. Ellos son los que necesitan creer, exteriorizar su credo y hasta imponer su fe a los demás. Este sector dispone del Estado, del Gobierno y todo el aparato legal en este país. Luego vienen los seguidores de esta religión, que necesitan creer más no exteriorizarlo, menos imponer a los otros sus creencias. Este grupo es la mayoría en esta sociedad. Finalmente, el contingente minoritario, el de los laicos. Este comprende a los libre pensadores y a los ateos, fundamentalmente, quienes, por haberse socializado bajo esa cultura religiosa, respetan ciertos ritos, determinadas fechas, algunos códigos, distintos nombres de la misma. Lo descrito, además de la existencia de otras confesiones menores como el catolicismo, el judaísmo, es el estado de la religión en el país que nos ocupa.

Lo cierto es que como consecuencia de siglos de prédica, la cultura del islam tiene mucha presencia en diferentes formas, en diversas esferas, en la sociedad aquí analizada. Incluso hemos mencionado, párrafos arriba, el caso de los patios en el Sur de España, ambientes que se reprodujeron en América Latina, ellos tienen sus antecedentes en la cultura del islam.

Esta misma historia, la influencia de la cultura religiosa, se repite en Europa y el Continente americano con el cristianismo. Como es sabido, desde hace muchos siglos, ella tiene presencia en la vida cotidiana de la población. Todo es consecuencia de la imposición de la religión cristiana desde los tiempos de la conquista y continuada con la colonia. Al paso del tiempo se ha hecho costumbre y luego ha devenido cultura.

Algo que es totalmente intolerable, en este país, como en todo el mundo musulmán oficial, es el ateísmo. Nadie puede declararse ateo. Se respeta, se tolera, las otras confesiones religiosas. El ateísmo, sencillamente, no. Se parte de la premisa que todo ser humano, para llegar a la condición de tal, tiene que tener una religión. Tiene que creer

en Dios. Los ateos no son humanos. En el mejor de los casos, son hijos del diablo. La solución es la muerte, el Corán lo contempla.

No obstante esta brutal condición, para con los incrédulos, no se puede comparar con su situación en otros tiempos, en otras partes del mundo. Baste recordar cómo fue la vida de estos seres humanos en el Medioevo dominado por el cristianismo en unas zonas. En otras regiones trascendió esta etapa y se extendió hasta bien entrado los tiempos modernos. El asesinato de muchos científicos, de libre pensadores, de “brujas”, de ateos, a manos de la iglesia católica y su máquina de quemar carne, la Inquisición, aún está viva en la memoria de ciertos sectores de la población.

Todo ello es porque la fe humana fue sistematizada en teología. La esperanza fue convertida en escolástica. Las que culminaron construyendo la institución de la iglesia. A la par se fabricó un Dios alfa y omega. Un fetiche oleado y sacramentado. Un sujeto instrumentalizado por la industria de los pecados. Un divino creador severo y castigador. Un padre que se hace adorar a través del miedo. Un todopoderoso que ama recurriendo al terror. Un altísimo que induce al “pecado” como fuente de mala conciencia. Una divinidad que somete al crédulo a una eterna mala conciencia. Lo que redundan en una permanente infelicidad humana. Ese ser creador que envía a los “pecadores” hacia el más allá. No para que muera, que para el condenado sería una bendición. Más por el contrario, para que su cuerpo, su alma, viva crepitándose eternamente en las brasas del infierno. En estas condiciones se comprende que, su majestad, la guillotina, vino a humanizar la muerte.

Todo lo mencionado no implica soslayar la religiosidad popular. Ella tiene su base en el deseo de unos, en la necesidad de otros, de creer. Esa religiosidad como sinónimo de anhelo de justicia. Como sentido de esperanza en un mundo mejor, no en el más allá, tampoco en el más acá, más bien en el aquí y en el ahora. En *el reino de este mundo*, como reza el título de una novela de Alejo Carpentier (1904-1980). Eso es algo totalmente diferente. No obstante ello, toda religión debe limitarse a lo privado. Incluso sólo al dominio de lo íntimo.

## FUEGO EN LAS FRONTERAS. LEVANTAMIENTO DE SANCIONES.

Si observamos por un momento el mapa geográfico de Irán, nos damos cuenta que un 70 por ciento de sus fronteras terrestres, son países que están en guerra más de una década. Dos declaradas abiertamente: Afganistán en el este e Iraq en el oeste. Dos sin haberlo hecho pero en una situación parecida: Turquía en el noroeste contra los curdos y Paquistán en el sureste contra sus rebeldes internos.

No perdamos de vista que en el mes de junio del año 2009, después de 30 años, al interior de Irán se expresaron protestas populares en contra del Gobierno de los Mullahs en varias ciudades. El motivo circunstancial fue el supuesto fraude electoral en favor de la reelección del Presidente Mahmud Ahmadijadsad (1956-). A esta protesta se la nominó, entre otros calificativos, como “La revolución verde”.

No hay duda de que hubo intereses externos para desestabilizar al Gobierno. Las clases dominantes de Occidente hablaron que “La revolución verde” fue un preámbulo de lo que ellos denominaron después como “La primavera árabe”. Lo que realmente motivó esta protesta fue el malestar de la población en el plano socio-económico y la asfixia por el control ideo-político. Después de algunas semanas turbulentas, el movimiento fue controlado sin mayor derramamiento de sangre. Los reales o supuestos líderes fueron, algunos, ultimados; unos segundos, detenidos; y otros salieron al exilio.

Muchos sectores de la población iraní creen, actualmente, que el cambio experimentado al interior del Gobierno en el año 2014, los fundamentalistas cediendo terreno político a los reformistas, fue el resultado mayor de las protestas populares del año en mención. Condicionado, naturalmente, por la coyuntura internacional en favor de los reformistas.

En estas movilizaciones populares apareció una nueva generación de jóvenes izquierdistas después de tres décadas de ausencia.

Anarquistas, socialistas, marxistas. De igual manera, como en la experiencia anterior, fueron algunos de ellos exterminados. Los que sobrevivieron, un grupo, terminó en el exilio. El grueso se marchó al norte. Se integró a la guerrilla curda que lucha contra el Estado Islámico. Contra el Estado turco. Este último, en muchos aspectos, es un Estado Islámico parecido al de Irán. Los pocos izquierdistas que aún viven en el país, en su mayoría son intelectuales. Su accionar se limita al estudio-discusión de textos marxistas, neo marxistas y pro marxistas.

Un entrevistado, estudiante de antropología, nos dice. Los izquierdistas aquí somos tan pocos que todos nos conocemos. Luego añade que el Estado tolera la venta y circulación de literatura marxista y pro marxista en la medida que, en el momento, no es ningún peligro para el orden. Se puede leer, escribir, incluso publicar algunos textos, sin problemas. La historia cambia cuando observan que nace alguna organización. Más aún, si se comienza hacer algún trabajo político-organizativo en la población. Allí sientes que el Estado es una gran máquina. Es un monstruo grande que pisa fuerte.

No obstante lo arriba descrito, particularmente en el tema de las fronteras, en la actualidad, al interior de la sociedad iraní existe cierta paz. La población vive tranquila en general. Sólo pudimos observar algunos soldados en las entradas que conducen a las tres líneas del metro, en la Capital, para prevenir ataques del Estado Islámico. En las demás ciudades, daría la impresión de que el fuego cruzado que ha cobrado miles de miles de víctimas, en los países vecinos, estaría ocurriendo muy allende las fronteras, en otro Continente.

Algo sintomático, en esta dirección, no es muy evidente la presencia de refugiados de guerra como es el caso de otros países de la región. Por no hablar de Europa. Lo que se pudo ver, como una excepción, fue la presencia de un grupo de unas 30 personas, jóvenes y adultos, jugando fútbol callejero frente a la mezquita en la ciudad de Schiraz, la urbe más importante de la región y la más cercana a Afganistán. La guía, traductora, comentó que ellos son de Afganistán y que posiblemente sean refugiados. Se le preguntó ¿por qué? Ella dijo que esas personas hablan darí, que es el farsi antiguo que se continúa hablando en la zona occidental de Afganistán. Ese idioma se entiende

parcialmente en Irán. Los que lo hablan son los lingüistas especializados en el tema, agregó.

Esta ubicación geográfica, en estos últimos tiempos, tiene sus luces y sus sombras para La República Islámica. Por un lado, le brinda mayor poder de negociación en comparación a otros países de la región, en la medida que puede presentarse como una sociedad, con cerca de 80 millones de habitantes, bajo control en el convulso Medio Oriente. Pero por otro lado, como la zona es explosiva, como decían los chinos, “Una sola chispa puede incendiar la pradera.” Los Mullahs saben perfectamente estos dos aspectos y tratan de sacar la mayor ventaja posible de su ubicación geopolítica.

Estas dos características, la paz interna y el fuego cruzado en las fronteras, son parte de una situación geopolítica mucho más amplia. Como es más o menos sabido, la lucha de fondo por controlar el mundo, es una guerra larga, prolongada y de desgaste mutuo. Lo que viene ocurriendo desde la invasión a Afganistán, Iraq, Libia, se prolonga en la guerra en Siria y el conflicto en Ucrania, es algo similar al redoble de tambores de guerra. Los mencionados conflictos tienen un carácter táctico para medir fuerzas por un lado, por otro, para ganar bases de apoyo. De esa manera, llegar al desenlace final en mejores condiciones estratégicas.

Teniendo como preámbulo estas pequeñas guerras, que se alimentan con sangre y muerte, la guerra grande por venir no tiene un carácter filosófico-ideológico o político-social, como fue el caso de la Segunda Guerra Mundial y su descendiente la guerra fría. Es una guerra del gran capital en contra del gran capital. Capital financiero-especulativo contra el capital financiero-especulativo. Es una guerra de una forma de acumulación, a través de la empresa privada, la libre empresa, en contra de otro estilo de acumulación, utilizando la empresa estatal, la empresa pública.

Hay que advertir que el desarrollo, profundización, del capitalismo siempre fue una combinación de las dos formas de acumulación con el predominio de una de ellas en determinadas coyunturas político-sociales. Nunca existió un estilo puro como creen algunos. Teóricamente se podría decir que las ideas de Adam Smith (1723-1790)

y David Ricardo (1772-1823) se complementan con las de John Maynard Keynes (1883-1946). Que las recomendaciones de Friedrich August von Hayek (1899-1992) y Milton Friedman (1912-2006) compaginan con las de John K. Galbraith (1906-2006).

Los liberales, los neoliberales, con los socialdemócratas sólo se diferencian en sus políticas económicas o modelos económicos dentro del sistema capitalista. Ninguno de ellos cuestiona la relación capital-trabajo o producción social-apropiación privada. Los primeros ponen el acento en la empresa privada, en el libre mercado, como eje central para el desarrollo y mantenimiento del sistema. Los segundos, en el rol del Estado, de la empresa pública, de igual manera, para mantener y hacer más llevadero al sistema.

Lo mencionado, en el plano económico, se traduce en el plano geopolítico. En este nivel se concretiza en el enfrentamiento del viejo imperialismo en crisis y en retirada. Nos referimos a EEUU, donde la empresa privada tiene un rol fundamental. En contra del nuevo imperialismo, en crecimiento, pero aún débil, China. En este último, el Estado es un ente importante como regulador de las políticas económicas que se implementan. En la presente coyuntura, en otra instancia, se podría decir que EEUU ya no puede dominar el mundo. China aún no puede ocupar ese lugar. En resumen. Uno ya no. El otro aún no.

China invade con sus productos baratos, de mala calidad, más su poderoso capital, la mayoría de los mercados del planeta. La respuesta de EEUU es intentar cercar política-militarmente a su aún no abiertamente declarado enemigo. Para concretizar este cerco, EEUU y sus aliados de la OTAN principalmente intentan, si no ganar, por lo menos, neutralizar a Rusia y demás países del Medio Oriente. En este escenario geopolítico, cobra importancia Irán.

Irán se había convertido en enemigo del Occidente, particularmente, como consecuencia de la denominada revolución del año 1979. En este contexto hay que entender la guerra Iraq-Irán organizada por el mundo occidental apoyando a su hombre fuerte en ese momento, Saddam Hussein (1937-2006). A lo mencionado hay que agregar su hostilidad en contra de Israel, punta de lanza de EEUU en la



región. Finalmente, por su programa nuclear. El castigo fue las sanciones económicas que hasta hoy se mantienen.

Irán ha suavizado su discurso en relación a Occidente en los últimos meses. Ya no menciona para nada a Israel. Pero no ha renunciado a su programa nuclear. Lo que ha hecho, nos dice un sociólogo iraní en Berlín, es una pausa luego de haber arribado a un determinado nivel en el desarrollo del proyecto. La fórmula está lograda en función de lo que Adolf Hitler (1889-1945) llamó Die Wunderwaffe (el arma milagrosa). Entendemos que es una pausa sin plazo fijo. Estos gestos han sido suficiente para que EEUU, más sus aliados, anuncien el levantamiento gradual de las sanciones que pende sobre el país. La verdad es que para Occidente es mucho más conveniente tener un Irán, si no como aliado, por lo menos un Irán neutralizado, y no como enemigo irreconciliable como se le veía hasta hace poco tiempo atrás.

No obstante la apertura de Occidente a Irán y viceversa, estos últimos han tomado partida por el otro bloque que China se ha visto en la necesidad de organizar para neutralizar el cerco estadounidense. Grupo que cuenta, además de los dos países mencionados, con Rusia, India, Brasil y Sudáfrica. Bloque que, desde el punto de vista económico, controla gran parte del movimiento económico mundial; como consecuencia, lo podría hacer colapsar en un tiempo no muy remoto. No lo harán porque ellos, como buenos imperialistas, seguirían ese mismo camino.

Por lo tanto, Irán ha esperado pacientemente, cerca de 40 años, de ser el apestado ante la nariz de Occidente, para convertirse en una pieza importante en la escena geopolítica, si no mundial, por lo menos, regional. Este nuevo escenario está marcado por el choque de fondo entre EEUU y China a nivel general y el caso sirio (donde compiten más de 30 países) en el Medio Oriente, en particular.

Finalmente, no hay que soslayar que Irán es el centro del poder de los chiitas en el mundo islámico. Su presencia en Iraq, más su influencia en Siria, con fuerzas de tierra incluidos, no sólo evidencia lo que venimos describiendo sino que demuestra su deseo de expansión. Otras potencias regionales, Arabia Saudita y Turquía principalmente, intentan cerrarle el paso.

\*

Después de las reuniones llevadas a cabo en Viena, a mediados del año 2015, de la Comisión nuclear de la ONU y más los Ministros de relaciones exteriores involucrados en el caso, se anunció el levantamiento gradual de las sanciones económicas implementadas en contra de Irán. El argumento es que este país ha cumplido con las recomendaciones de la comisión, las que se concretizan en la renuncia a su proyecto nuclear.

Lo cierto es que las sanciones fueron a medias por un lado y selectivas por otro. Muchas empresas occidentales continuaron operando y comercializando con Irán. La burguesía y la gran burguesía iraní no sufrieron estas consecuencias. El perjudicado fue, como en todos los embargos, la mayoría del pueblo llano. El rubro de los medicamentos es el mejor ejemplo.

En todo este período de sanciones, el capitalismo se ha profundizado significativamente en esta sociedad. Particularmente en su versión de la libre empresa para algunos neoliberales o del libre mercado, para otros de la misma corriente de pensamiento. Todo ello bajo la tutela de un Estado totalitario, de un Gobierno acusado de corrupto, sin Estado de derecho, sin democracia tipo occidente, sin libertad de prensa-pensamiento, sin libre juego de partidos, etc. Aquí se demuestra, una vez más, que el capitalismo, versión neoliberal, se adecua perfectamente a las circunstancias. No es como algunos teóricos de esta corriente de pensamiento afirman, que para que éste se desarrolle necesita que se cumplan las condiciones arriba mencionadas.

La evolución científica, especialmente tecnológica, no está reñida de ninguna manera con el fundamentalismo religioso. En todos los Estados-Gobiernos orientados por el islam, la tecnología occidental-china tiene una presencia central en su accionar. La proliferación de Internet y los celulares son la mejor evidencia. Irán no podría ser la excepción. A lo que ellos se oponen es a la penetración ideológico-filosófica. Pero al capital financiero-especulativo no le interesa la ideología, tampoco la filosofía. Si ellos les garantizan mercado para la reproducción de su capital, seguridad-ganancia, no tiene ninguna

importancia el Dios que adoran, la religión que profesan, el libro sagrado que leen, etc.

La verdad de las verdades es que el capitalista es pragmático. Se ha repetido hasta el cansancio, este se guía por dos principios fundamentalmente: 1.- Ganancia en sus inversiones. 2.- Seguridad para sus capitales. El capitalista no tiene amigos ni parientes. No tiene Dios ni diablo. El capitalista tiene intereses y punto. De allí que aquellos que hablan del capitalismo con corazón, del capitalismo humano, del capitalismo compasivo, mienten a sabiendas o, de lo contrario, no saben de lo que están hablando.

Más aún, el capitalismo no tiene fronteras, no tiene patria ni bandera, es un sistema universal. Si no le es posible imponer sus leyes, se colude con los sistemas pre-capitalista instrumentalizándolos en función de la reproducción del capital, en el mercado, en general. Es por ello que es comprensible que la gran burguesía iraní vive en Europa o en EEUU. Este sector, como todos los de su clase, es muy reservado. Nunca desea aparecer como tal. Posiblemente tampoco visite Irán. Un sociólogo consultado al respecto dice: ellos, antes de ser iraníes, son burgueses. Antes que Irán como sociedad, les interesa el negocio del petróleo y de los tapices.

Lo central es que el *capital* es un fenómeno global. A través de la mercancía, penetra hasta en los rincones más alejados y oscuros del planeta. Incluso ha llegado a convertir los seres humanos en mercancías que se compran y se venden en el mercado. Pero no se queda allí. Hasta el alma, los sentimientos, los sueños, del ser humano están pesados, medidos y con precio estipulado.

Lo cierto es que el único argumento para poder afirmar que estos capitales son de aquí o son de allá es el país donde las empresas tienen su personería jurídica-legal. Como consecuencia, allí pagan la mayoría de sus impuestos. En recompensa, los Estados-Gobiernos de estos países les garantizan seguridad-ganancia. Después de eso, hay muy poco.

Con el sólo anuncio de que se levantarán las sanciones a Irán, la puntual visita de los empresarios, en compañía de los políticos, fue

impresionante en Teherán. Pronto tendrán acceso oficial y legal a un país extenso, abundante en materias primas, con un pasado histórico-cultural impresionante, con cerca de 80 millones de consumidores, a 4 horas de distancia del centro de Europa, con un nivel industrial medio, con acceso al mar por el norte y por el sur. Un nuevo gran mercado se reapertura para el impulso del gran *capital*.

Todo ello significará un desarrollo de la sociedad iraní en dirección del capitalismo. Los mayores beneficiados serán, como siempre, la gran burguesía nacional y extranjera. Posiblemente algunos sectores de la clase media. Particularmente los que tienen formación técnica o estudios universitarios. Lo que dicho sea de paso es de buena calidad y alto nivel en comparación a otros países de la región.

Muchos sectores populares, como en todas las sociedades donde impera este sistema, se mantendrán en su situación de pobreza y otros sectores hasta en condiciones paupérrimas. Los pobres-pobres asentados en la parte oriental, colindando con Afganistán, se verán seguramente en la necesidad de emigrar a las grandes ciudades y allí convertirse en el ejército industrial de reserva o en los parias que el capitalismo global, donde se asienta, necesita.

Las preguntas pertinentes son. ¿Esta apertura al capitalismo significará también una apertura político-social e ideológico-cultural al Occidente? ¿Serán capaces los Mullahs de permitir tal desafío, teniendo en cuenta que Irán no es Afganistán ni Arabia Saudita? Irán tiene un pasado cultural algo cercano a Occidente. El común de la gente desea vivir imitando a los habitantes del mundo capitalista. No sin razón las mujeres iraníes tienen la fama, en el mundo islámico, de ser liberales, de ser europeas.

La mayoría mira a Occidente como el modelo económico-político a imitar. Es cierto que en algunos países de esta zona el capitalismo, para un considerable sector, ha logrado un buen nivel de bienestar material. En muchos de ellos, las mayorías, disponen de las condiciones básicas para vivir. En base a lo mencionado, en Irán, los más han idealizado a Europa, particularmente a Alemania. (8)

Para ellos, la otra cara del desarrollo capitalista es incomprensible. No conocen directamente la enajenación en el proceso del trabajo que genera el capitalismo en las sociedades altamente industrializadas. La mercantilización de los seres humanos. La cosificación de la vida. Los terribles males emocionales-espirituales que el sistema engendra. Tampoco sus hijos, el estrés y la depresión, que corroen el alma de la mayoría de los habitantes de estas sociedades. En unos años, lo vivirán en carne propia cuando esa sociedad logre un nivel respetable de industrialización. Los psicólogos y los psiquiatras desplazarán a los consejos familiares y los imanes.

## RAZÓN VERSUS LOCURA LEGALIZADA

Uno de los grandes ideales del capitalismo, con su cultura de la modernidad, en el plano ideológico-político, fue separar tajantemente la religión-moral del Estado-Gobierno. Convertir la política en ciencia del poder, con sus leyes, principios y conceptos. Esta tarea teórica fue abordada, de gran manera, por Nicolás Maquiavelo (1469-1527). Particularmente en su tratado titulado *El Príncipe*. Libro que fue publicado hace más de 500 años. A la par de ser un manifiesto, es un símbolo de la etapa histórica conocida como el Renacimiento.

Como consecuencia del desarrollo de las relaciones sociales de producción en el sistema capitalista, que engendró el fenómeno arriba mencionado, especialmente en el Norte de Italia. Posteriormente aparece el movimiento de la Reforma a nivel religioso, a la par el rol de la Razón en el plano filosófico, lo que condicionó la Revolución en el orden político-social.

Los enfrentamientos armados de clases, entre la burguesía en desarrollo y la aristocracia en decadencia principalmente, se expresará al mismo tiempo en las guerras, matanzas, celadas religiosas. Ellas azotaron el Continente europeo a lo largo de los Siglos XVI, XVII y XVIII. Los denominados protestantes y católicos fueron sus representantes más conspicuos.

Las revoluciones burguesas que se sucedieron, en los siglos mencionados en Europa, intentaron llevar a la práctica estos principios sistematizados por Maquiavelo. Luego de algunos intentos, como en la Francia revolucionaria entre los años 1789 y 1794, terminaron rindiéndose ante la fuerza, el poder, la costumbre, que emanaba de la cultura del viejo régimen.

La burguesía, al no ser consecuente con la mayoría de sus enunciados, pospuso, para unos, traicionó, para otros, sus principales ideales. El Estado-Gobierno comulgó con la religión-moral, aún dominante. En estos últimos tiempos, por mero oportunismo político, reaparecen algunos de los grandes ideales burgueses nuevamente en la palestra. La igualdad, la libertad, la confraternidad, la democracia. Lo último se puede observar en la ciudad de París, posterior al 13 de noviembre de 2015, como consecuencia de los atentados atribuidos a activistas del Estado Islámico.

Sobre el rol de estos principios, el papel de la burguesía, la discusión es larga y frondosa. Sólo a manera de ilustración, recordemos a dos filósofos, en etapas diferentes, representantes de *Teoría crítica* y sus opiniones en torno al tópico. Teodoro Adorno (1903-1969), sus ideas aparece en el libro titulado *Dialéctica de la ilustración*, opina que la razón revolucionaria compaginaba, en un momento dado, con los intereses de las mayorías, particularmente con los de la burguesía en ascenso. Después del triunfo de ésta, a través de la revolución, la razón devino sinrazón. Esa sinrazón razonada se ha convertido en la nueva razón para el control, el dominio, de las grandes mayorías de la población. En dos palabras, hoy vivimos el reino de la sinrazón razonada al servicio del orden establecido, de la burguesía otrora revolucionaria, hoy reaccionaria.

Lo mencionado implica que a nivel económico el capitalismo, la burguesía a nivel político-social, es un sistema agotado, es una clase conservadora. Por ser tal, es anti histórica. Según Adorno, un nuevo sistema económico, un nuevo orden político-social, tiene que retomar la razón revolucionaria, la razón liberadora, la razón desmitificada, que se oriente hacia el futuro. Liberar la razón del control de la burguesía, de esa clase que la ha convertido en racionalismo, en sinrazón, en mito, en mercancía, en ganancia. La tarea de las fuerzas del futuro es retomar

la razón que tenga como principio, como fin, el ser humano. Ser humano en eterno proceso de realización material-espiritual.

Mientras que Jürgen Habermas (1929- ), ver el libro *El discurso filosófico de la modernidad*, sostiene que el capitalismo, que la burguesía, que la razón, si bien es cierto que no han cumplido con sus promesas, no obstante aún hay tiempo para que estos ideales sean materializados. Que es misión de las clases subalternas, de la sociedad civil, presionar, exigir que lo cumplan. Que esos principios deben agotarse al interior mismo del sistema, antes que propugnar un orden nuevo. En resumidas cuentas, la razón no ha devenido aún sinrazón. Hay condiciones, hay espacio, hay tiempo dentro del sistema para que sus principios sean realizados en la práctica.

\*

En directa relación al tópico de la razón que venimos hablando, es menester añadir algo capital. Nos referimos al tema de la religión en cualquiera de sus vertientes o sinnúmero de sectas en Europa. La burguesía, a través de la cultura de la Ilustración, no fue consecuente en separar radicalmente la política de la religión. Las creencias religiosas, por más absurdas que sean, deben ser respetadas. Así como tienen la libertad de criticar, debe ser, de igual modo, criticada.

La religión no debe tener ningún tipo de apoyo del Estado, del Gobierno. Esto no ha sucedido, es por ello que vemos muchos partidos confesionales, que no sólo reciben apoyo del Estado, sino que inclusive son, por largos períodos, Gobiernos que orientan los Estados. De allí también la proliferación de todo tipo de iglesias que reciben apoyo de los Estados-Gobiernos. Con esta actitud, la burguesía europea ha traicionado los principios del laicismo, las banderas de la ilustración, principios que deben ser la base de todo Estado moderno, de todo Gobierno laico. Como consecuencia, no tienen capacidad de criticar a otros Estados que no sean cristianos, pero son gobernados bajo la orientación de otras religiones, como es caso del islam, por citar un caso, que aquí nos compete.

Criticar a la religión en general, sus variantes el cristianismo-islam, debe ser una actividad permanente. En estas últimas décadas, la fiebre religiosa cunde por muchas partes del mundo. Por ello, recordemos las

ideas de tres teóricos, en tres tiempos diferentes, desde tres perceptivas distintas, pero coincidentes en el fondo, en torno al rol histórico-social y cultural de la religión.

Friedrich Nietzsche (1844-1900), centrando en el demiurgo de toda religión habida y por haber, desde la perspectiva filosófica, afirmó: “En nombre de Dios, la guerra declarada a la vida, a la Naturaleza, a la voluntad de vivir. Dios, transformado en fórmula de todas las calumnias contra los de aquí abajo, de todas las mentiras del más allá. ¡La nada divinizada en Dios; la voluntad de la nada santificada!” (Nietzsche, 2012: 36)

De su apreciación de la religión en general, se introduce en una de las variantes de esta. Develando lo que podría ser la esencia del cristianismo, escribe lo siguiente: “El cristianismo precisa de la enfermedad, como la antigüedad griega necesitaba de un exceso de salud; hacer enfermos es el verdadero pensamiento de todo el sistema de salvación de la iglesia. La misma iglesia, ¿no tiene como supremo ideal la casa de locos católicos, la tierra entera convertida en un manicomio?” (Nietzsche, 2012: 95 y 96)

Finalmente, en torno al dúo pecado-sacerdote, sostiene: “Los pecados desde un punto de vista psicológico, son indispensables en toda sociedad organizada sacerdotalmente. Son los verdaderos instrumentos del poder; el sacerdote vive de los pecados, tiene necesidad de que existan pecadores; si no hubiese pecadores, el sacerdote los inventaría. Principio esencial: Dios perdona al arrepentido; en otros términos: el que no se somete al sacerdote se convierte en enemigo de Dios.” (Nietzsche, 2012: 52)

Algunas décadas después, desde el ángulo del psicoanálisis, Sigmund Freud (1856-1939), relacionando religión-infante, afirmó: “En cuanto a las necesidades religiosas, considero irrefutable su derivación del desamparo infantil y de la nostalgia por el padre que aquél suscita, tanto más cuanto que este sentimiento no se mantiene simplemente desde la infancia, sino que es reanimado sin cesar por la angustia ante la omnipotencia del destino. (...) La génesis de la actitud religiosa puede ser trazada con toda claridad hasta llegar al sentimiento de desamparo infantil. Es posible que aquélla oculte aún otros



elementos; pero por ahora se pierden en las tinieblas.” (Freud, 2015: 67 y 68)

Luego, insiste sobre la misma, más aun destacando el sentido de la enajenación emanada de ella, continúa: “La religión viene a perturbar este libre juego de elección y adaptación, al imponer a todos por igual su camino único para alcanzar la felicidad y evitar el sufrimiento. Su técnica consiste en reducir el valor de la vida y en deformar delirantemente la imagen del mundo real, medidas que tienen por condición previa la intimidación de la inteligencia. A este precio, imponiendo por la fuerza al hombre la fijación a un infantilismo psíquico y haciéndolo participar en un delirio colectivo, la religión logra evitar a muchos seres la caída en la neurosis individual. Pero no alcanza nada más.” (Freud, 2015: 82)

El autor de *El malestar de la cultura*, subrayando la vinculación de la inconsciencia en los delirios colectivos finalmente, afirma: “También las religiones de la humanidad deben ser consideradas como semejantes delirios colectivos. Desde luego, ninguno de los que comparte el delirio puede reconocerlo jamás como tal.” (Freud, 2015: 78)

Terminamos el tópico de la religión con Karl Marx (1818-1984). Comencemos con el concepto central de humano-religión. Aquí su apreciación: “El fundamento de la crítica irreligiosa es: el ser humano hace la religión, la religión no hace al ser humano. Y ciertamente la religión es conciencia de sí y de la propia dignidad, como las puede tener el ser humano que todavía no se ha ganado a sí mismo o bien ya se ha vuelto a perder. Pero el ser humano no es un ser abstracto, agazapado fuera del mundo. El ser humano es su propio mundo, Estado, sociedad; Estado y sociedad, que producen la religión, como conciencia tergiversada del mundo, porque ellos son un mundo al revés.”

Después, relacionando realidad-fantasía, el autor continúa: “La religión es la teoría universal de este mundo, su compendio enciclopédico, su lógica popularizada, su pundonor espiritualista, su entusiasmo, su sanción moral, su complemento de solemnidad, la razón general que la consuela y justifica. Es la realización fantástica del ser humano, puesto que el ser humano carece de verdadera realidad.”

Marx concluye con la siguiente idea: “Por tanto, la lucha contra la religión es indirectamente una lucha contra ese mundo al que le da su aroma espiritual. La miseria religiosa es a un tiempo expresión de la miseria real y protesta contra la miseria real. La religión es la queja de la criatura en pena, el sentimiento de un mundo sin corazón y el espíritu de un estado de cosas embrutecido. Es el opio del pueblo.” (Marx, 1990: 12)

\*

La tierra convertida en un manicomio por la religión, según Nietzsche. La religión como el inconsciente delirio colectivo, a decir de Freud. La religión es el opio del pueblo, en opinión de Marx, han sido las bases, seguramente, para que el gran John Lennon (1940-1980) haya sentenciado que “La religión es la locura legalizada.”

Para la ocasión, bien vale reproducir un poema de Kahlil Gibran (1883-1931). En el titulado *El Rey sabio*, evidencia lo que nosotros venimos afirmando respecto al delirio social, a la locura colectiva, al opio del pueblo, a la locura legalizada, la que a través del rumor, recurriendo a la sinrazón termina asaltando a la razón. Leamos:

“Había una vez, en la lejana ciudad de Wirani, un rey que gobernaba a sus súbditos con tanto poder como sabiduría. Y le temían por su poder, y lo amaban por su sabiduría.

Había también en el corazón de esa ciudad un pozo de agua fresca y cristalina, del que bebían todos los habitantes; incluso el rey y sus cortesanos, pues era el único pozo de la ciudad.

Una noche, cuando todo estaba en calma, una bruja entró en la ciudad y vertió siete gotas de un misterioso líquido en el pozo, al tiempo que decía:

Desde este momento, quien beba de esta agua se volverá loco.

A la mañana siguiente, todos los habitantes del reino, excepto el rey y su gran chambelán, bebieron del pozo y enloquecieron, tal como había predicho la bruja.

Y aquel día, en las callejuelas y en el mercado, la gente no hacía sino cuchichear:

El rey está loco. Nuestro rey y su gran chambelán perdieron la razón. No podemos permitir que nos gobierne un rey loco; debemos destronarlo.

Aquella noche, el rey ordenó que llenaran con agua del pozo una gran copa de oro. Y cuando se la llevaron, el soberano ávidamente bebió y pasó la copa a su gran chambelán, para que también bebiera.

Y hubo un gran regocijo en la lejana ciudad de Wirani, porque el rey y el gran chambelán habían recobrado la razón.” (Gibran, 2001: 17).

El tema recurrente en el lugar donde nos encontremos, particularmente en Irán, es los acápites de la religión-Dios y la nacionalidad que es padre de la identidad. Éstos toman posición en la mesa de discusión sin mayores preámbulos. En el país mencionado, siempre preguntaban, sobre la bendita creencia. Al responder que soy ateo, la inmensa mayoría no podía entender que uno puede ser un ser humano, que se puede vivir con relativa paz espiritual, que se puede sentir dolor por los demás, que puede solidarizarse con los más necesitados, sin necesidad de creer en tal Dios o profesar alguna religión. Que se puede ser ateo y humano a la vez. El ser ateo no hace ni mejor ni peor al otro que cree en Dios, en un fetiche o en un tótem. La misma historia se repetía con la nacionalidad.

Estas discusiones traían a la memoria, de igual manera, lo que siempre se repite en otros lugares y contextos. No nos referimos a las personas comunes y corrientes, por ser obvio. Más bien pensamos en gente que se reclama ser ateo. En individuos que se proclaman librepensadores. El tópico en discordia ya no es la religión-Dios. El tema es la identidad. Reiteremos. Hablemos de los izquierdistas y hasta de los que se auto titulan comunistas. Para ellos es inconcebible existir sin identidad. La religión-Dios de los clásicos creyentes se ha metamorfoseado en la vida, el sentimiento, de los mencionados, en el nuevo mito llamado identidad. La idea de sentirse simple y llanamente un habitante de este planeta. Un ciudadano del mundo no tiene cabida en su razonar y menos en su sentimiento.

Para los nombrados, la no pertenencia a algo, el no estar cerca de alguien, el no apoyarse en este u otro fetiche, conscientemente, los desquicia. Se sienten desamparados como bebés recién nacidos. Si de

identidad se trata, no les es suficiente tener la condición humana. Por el contrario, tienen la imperiosa necesidad de apoyarse en la patria, en el país, en la nación, en la región, en la tierra, en la cultura, en la religión, en el idioma, en la “raza”, en la sangre, en las raíces.

Les es imposible comprender que este mundo es su todo. Que esta Tierra es su eterna morada. Que el cielo es su techo y el piso es su cama. Como lo había predicho Diógenes de Sinope (412-323), en este mundo, mal o bien, estamos en un permanente hacerse y deshacerse. En un permanente intercambio entre el ser y el no-ser, al mismo tiempo. La humanidad es un proceso sin comienzo preciso, sin fin predicho. Nada extraordinario le ocurrirá fuera de este mundo. Excepto, naturalmente, la muerte. Ella está allí siempre lozana. Esa doncella es la fiel amante de todo mortal. La desgracia de las desgracias sería que ella les abandone. Garantizado. Lo dicho nunca ocurrirá. A estos librepensadores, ateos, amantes del fetiche de la identidad, no hay manera de hacerles comprender lo que Christian Grabbe (1801-1836), hace un siglo y medio atrás escribió: “Por cierto que no podemos caernos de este mundo: henos aquí de una vez por todas.” (Grabbe, 2012: 26)

Todo lo mencionado, en la última parte del escrito, nos lleva a afirmar, una vez más, que la vida humana debe descansar en la razón y moverse en la emoción. La ciencia y la fantasía deben condicionarse mutuamente. Allí está la clave del ser, del existir, del hacerse y del rehacerse histórico-social, del presente y del futuro político-cultural. Esta es la conclusión final a la que arriba, una vez más, un ciudadano del mundo después de una visita al país de los arios (9).

## NOTAS.

### Primer capítulo

(1).- La gran mayoría de los libros, que la memoria popular fácilmente registra, son de títulos cortos y muchos de una sola palabra. De igual manera los nombres o apellidos de los autores cuando son de una palabra o cortos son mucho más rápidos de retener en la mente del gran público. Casos ejemplares son Homero: *Iliada* y *Odisea*. Virgilio: *Eneida*. Goethe: *Fausto*, Joyce: *Ulises*. Si esto es verdad en el mundo literario en el político también se repite. *El Estado* de Platón, *La política* de Aristóteles, *El príncipe* de Maquiavelo, *Leviatán* de Hobbes, *El Capital* en Marx.

(2).- Para graficar la importancia que se da en la sociedad alemana a los perros, en la comunidad latinoamericana en este país, circula una anécdota. Me contó un conocido exiliado chileno de nombre Edgardo Alvarado (1947-). Se dice que a mediados de los años 90 del siglo pasado llegó un escritor cubano a la ciudad de Hamburgo. Allí iba a realizar algunas conferencias. Una pareja de alemanes fueron los encargados de recogerlo en el aeropuerto. Al salir, en la puerta, vio que muchas personas estaban esperando a sus parientes o conocidos en compañía de perros. Estos eran de diferentes razas y tamaños. Las personas que llegaban, antes de saludar a lo que podrían ser sus hijos, esposa, marido o padres, saludaban ofuscadamente al perro. Él pensó que esa actitud podría ser un hecho circunstancial. La escena se repitió en la vivienda de la otra pareja de alemanes donde fue hospedado. Ellos mimaban, acariciaban, al perro más que a sus hijos. Lo alimentaban con comida más cara que la comida que servían al visitante.

El escritor comentó, a ciertas personas que vivían muchas décadas en este país, sobre el trato tan amable que se les brinda a los perros. Agregó que él había podido percibir en dos ocasiones esta bondad. La mayoría le informó que ese trato era parte de la costumbre en este país. Especialmente de las clases acomodadas. Con esta información se quedó contento. Concurrió a la última conferencia. Cuando terminó su locución se hicieron algunas preguntas. Una joven alemana le preguntó si es que le había gustado este país. Él respondió que si le había gustado y mucho. La misma chica añadió otra pregunta. Si es que le gustaría regresar una vez más. El escritor respondió que si le gustaría volver. Luego agregó. Pero no en la condición de escritor. Más bien en condición de perro. Ante la sorpresa del público con tal respuesta, el escritor agregó. La razón es que he visto que en Alemania se le quiere, atiende, al perro mejor que a los niños.

(3).- El sionismo es un movimiento, impulsado por los que se consideran judíos en la diáspora. Este nació como un movimiento laico, en Europa (Suiza), a fines

del siglo XIX. Se considera a Teodoro Herzl como su fundador. Una de las tendencias, la predominante, propugnaba la liberación nacional de los judíos y luchaba por la autodeterminación de los mismos. A su interior se manifestaron algunas corrientes políticas. Las más conocidas son el sionismo en general, el sionismo revisionista, el sionismo socialista, el sionismo marxistas, el sionismo religioso. Finalmente el sionismo fascista. Esta última corriente tuvo mucho que ver en la fundación del Estado de Israel y sobre todo en su accionar ideológico y político posterior, acción que se proyecta hasta nuestros días.

(4).- Por último hay una cantidad de vocablos que provienen de las lenguas precolombinas que han sido integradas, con alguna variante, en su escrituras unas, en el lenguaje hablado otras, al idioma alemán actual. Casos: cóndor, jaguar, puma, llama, vicuña, guanaco, alpaca, tomate, cacao, chili, maíz, kiwicha, quinua, maca, tequila, poncho, etc.

(5).- Los intereses que expresaba Ford, puritanismo, santificar la riqueza, bendecir el dinero, se da la mano con el ahorro, con el empeño, con la ambición, asociada a la mentalidad de algunos judíos. Los primeros racionalizan el trabajo y las ganancias. Los segundos se mueven en base a la especulación. Se diferencia en el plano económico en la importancia que dan al capital industrial unos y al capital financiero-especulativo, otros. Finalmente esto se remata en el plano del naturalismo biologista. Unos son de la “raza aria” y los otros son de la “raza semita.” No obstante que todos los hechos demuestran que las razas no existen.

(6).- En algunos puntos capitales un sector que se reclaman judíos, particularmente los ortodoxos, se dan la mano con los nacionalsocialistas. Los primeros se manejan con un determinismo teísta, espiritualista. Ello se manifiesta cuando sostienen ser “El pueblo elegido por Dios para salvar al mundo.” Mientras que los segundos también son deterministas naturalista, biologists. Lo dicho se expresa en su creencia de que ellos son los que encarnan la raza pura, la sangre aria, para regenerar a la humanidad. Dos determinismos, dos irracionalismos, se encuentran. Karl Popper (1902-1994) considerado judío-liberal, en su libro *La sociedad abierta y sus enemigos* vio con mucha perspicacia este choque de dos irracionalismos.

## Segundo capítulo.

(1).- En un pasaje, von Schiller pone en boca de Karl Moor un comentario sobre el personaje que se rebela contra la autoridad. Él dice que aparece en el largo poema titulado *El paraíso perdido* del poeta John Milton (1608-1764) Leamos: “No sé, Moritz, si has leído a Milton... Aquél que no pudo tolerar que hubiera otro por encima de él y se atrevió a retar a espada al Todopoderoso, ¿no fue un genio

extraordinario? Él había retado al Invicto, y, aunque cayó derrotado, había agotado todas sus fuerzas y no fue humillado, y sigue intentándolo una y otra vez hasta el día de hoy, y sus golpes recaen sobre su propia cabeza y no es humillado.” (Von Schiller, 2006: 242)

Un párrafo después, ahora en palabras del personaje Spiegelberg, es el caso de Adán, otro personaje de la obra de Milton, y su expulsión del paraíso terrenal. Dice: “Gracias a Dios que Adán mordió la manzana, si no nos habríamos podrido junto con nuestros talentos y fuerzas espirituales en los almohadones del ocio.” (Von Schiller, 2006: 242)

(2).- El tema de los mitos y las utopías es vasto y controvertido. Para evidenciar lo afirmado, nosotros nos limitaremos a citar a dos estudiosos de habla española, y a través de ellos demostrar las diferentes conceptualizaciones del mismo. Para José Carlos Mariátegui (1894-1930), conjugando los dos conceptos, sostiene: “Pero el hombre, como la filosofía lo define, es un animal metafísico. No se vive fecundamente sin una concepción metafísica de la vida. El mito mueve al hombre en la historia. Sin un mito la existencia del hombre no tiene ningún sentido histórico. La historia la hacen los hombres poseídos e iluminados por una creencia superior, por una esperanza super-humana; los demás hombres son el coro anónimo del drama. (...) Los pueblos capaces de la victoria fueron los pueblos capaces de un mito multitudinario.” Mariátegui, 1970: 19)

Por su parte, Juan José Sebreli (1930- ), haciendo las diferencias al interior de esta unidad, escribe: “El mito se mueve en un mundo eterno e inmutable; la utopía, en un mundo histórico y cambiante; en aquél, los dioses bajan a los hombres; en ésta, los hombres aspiran a convertirse en dioses. El mito es la forma que adopta la utopía en las sociedades pre modernas, la utopía es la forma que adopta el mito en las sociedades modernas.” (Sebreli, 2000: 84)

(3).- El ya citado Mariátegui entendía lo que hemos escrito con la idea de la lucha final, leamos cómo lo expone: “Por consiguiente, la humanidad tiene perennemente la necesidad de sentirse próxima a una meta. La meta de hoy no será seguramente la meta de mañana; pero, para la teoría humana en marcha, es la meta final. El mesiánico milenio no vendrá nunca. El hombre llega para partir de nuevo. No puede, sin embargo, prescindir de la creencia de que la nueva jornada es la jornada definitiva. Ninguna revolución prevé la revolución que vendrá después, aunque en la entraña porte su germen. Para el hombre, como sujeto de la historia, no existe sino su propia y personal realidad. No le interesa la lucha abstractamente sino su lucha concretamente. El proletariado revolucionario, por ende, vive la realidad de una lucha final. La humanidad, en tanto, desde un punto de vista abstracto, vive la ilusión de una lucha final.” (Mariátegui, 1970: 24)

(4).- En base a este mito bíblico de Caín y Abel, especialmente los psicoanalistas han trabajado el denominado *Complejo de Caín*, que se complementa con los demás complejos, el complejo de Edipo y el complejo de Electra. Estos dos últimos, provenientes de la mitología griega. Estos sirven como indicadores generales para interpretar la relación de los hijos con la madre, en el primer caso, y la de las hijas con el padre, en el segundo caso.

Sigmund Freud ha trabajado el Complejo de Edipo. Para él lo central, desde la perspectiva psicológica, es la relación incestuosa. Por su parte Erich Fromm (1900-1980), sin desconocer totalmente lo mencionado, ha centrado en el aspecto político. Él afirma que lo determinante en la acción de Edipo es el cuestionamiento de la autoridad patriarcal encarnada en la figura del padre.

(5).- El filósofo chino Chuang Tzu (370-270) tiene un cuento famoso titulado *La mariposa*. En sus líneas, esta ilustra el contraste de la vida psíquica. Chuang Tzu soñó que era una mariposa, y al despertar no sabía si era un hombre que había soñado que era una mariposa, o una mariposa que soñaba que es un hombre. Hasta ese dilema no llegó el personaje del cuento de Wilde.

(6).- Más de medio siglo después, de lo expuesto por Wilde sobre la cosificación humana, el filósofo francés Georg Bataille (1897-1962) y el también filósofo alemán Erich Fromm, entre otros, han dedicado sendos libros sobre el tema. Del primero lleva por título *La parte maldita (La part maudite)* que fue publicado en 1949, del segundo *Ser o Tener (Haben oder Sein)*, que fue publicado en 1976.

(7).- El capitalismo destruye la familia tradicional, hace lo mismo con el matrimonio tradicional. Estas instituciones son obsoletas. Si se ve históricamente, es un gran avance en el desarrollo de la sociedad. En *El Manifiesto del Partido Comunista*, Karl Marx y Friedrich Engels, anticipándose en parte a Wilde, escribieron: “¡Abolición de la familia! Al hablar de estas intenciones satánicas de los comunistas, hasta los más radicales gritan escándalo. Pero veamos: ¿en qué se funda la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. Sólo la burguesía tiene una familia, en el pleno sentido de la palabra; y esta familia encuentra su complemento en la carencia forzosa de relaciones familiares de los proletarios y en la pública prostitución. Es natural que ese tipo de familia burguesa desaparezca al desaparecer su complemento, y que una y otra dejen de existir al dejar de existir el capital, que le sirve de base. ¿Nos reprocháis acaso que aspiremos a abolir la explotación de los hijos por sus padres? Sí, es cierto, a eso aspiramos. Pero os, decís, que pretendemos destruir la intimidad de la familia, suplantando la educación doméstica por la social. (...) Esos tópicos burgueses de la familia y la educación, de la intimidad de las relaciones entre padres e hijos, son tanto más grotescos y descarados cuanto más la gran industria va desgarrando los lazos familiares de los proletarios y convirtiendo a los hijos en simples mercancías y meros instrumentos de trabajo.



¡Pero es que vosotros, los comunistas, nos grita a coro la burguesía entera, pretendéis colectivizar a las mujeres!

El burgués, que no ve en su mujer más que un simple instrumento de producción, al oírnos proclamar la necesidad de que los instrumentos de producción sean explotados colectivamente, no puede por menos de pensar que el régimen colectivo se hará extensivo igualmente a la mujer”. (Marx y Engels, 1970: 46 y 47)

(8).- El escritor Víctor Hugo (1802-1885) ha dedicado una excelente novela, de carácter histórico-político, a esta coyuntura sucedida el año 1793 en la zona de la Vendée. El título de la narrativa es *Noventa y tres*. En ella está descrita, con mano maestra, la actitud contrarrevolucionaria de los campesinos en esa zona. En el párrafo que a continuación transcribimos hay una excelente explicación del por qué ocurre así; esto nos sirve para explicar este tipo de reacciones en todo el mundo. Sus palabras: “Si se quiere comprender a la Vendée, es preciso conocer el antagonismo existente entre la revolución francesa y el campesinado bretón. A los acontecimientos incomparables de la revolución, amenaza inmensa de todos los beneficiarios a la vez, acceso de cólera en la civilización, exceso de progreso furibundo y de mejoras desmesuradas e ininteligibles, es necesario oponer el ser salvaje, grave y singular, el hombre de ojos claros y cabellos largos, que vive de leche y de castañas, se contenta con su techo de paja, con sus valles y barrancos, distingue los pueblecillos de las inmediaciones por el sonido de sus campanas, y sólo se sirve del agua para beber; que viste colete de cuero con arabescos de seda, tatuando sus vestidos como sus antepasados los celtas tatuaron sus rostros; que respeta como a su señor a su verdugo, y habla una lengua muerta, lo que obliga al pensamiento a morar en una tumba; que pica sus bueyes, aguza sus hoces, escarda su centeno, amasa su torta, venera primero la reja de su arado y luego a su abuela, cree en la santa virgen y en la Dama Blanca, es devoto del altar y de la alta piedra misteriosa erguida en medio de la llanura; que es labrador en el valle, pescador en la costa, cazador en el monte, amante de sus bueyes y de sus señores, de sus sacerdotes y de su miseria, y que, pensativo e inmóvil, pasa horas enteras en las desiertas playas, escuchando los bramidos del mar. Después de enfrentar a ese hombre con la revolución, fácil es comprender que semejante ciego no podía aceptar tan majestuosa claridad.” (Hugo, 1975: 180 y 181)

(9).- En el libro de nuestra autoría titulado *La ciudadanía mundial* hemos desarrollado con alguna extensión el tema de la representación-representación. La tesis de que las masas, los pueblos, no necesitan representación, ya que ellos se representan solas es sustentada por Michel Foucault (1926-1984) y Gilles Deleuze (1925-1995). Mientras que lo contrario, siguiendo a Karl Marx, es defendida por Gayatri Chakravorty Spivak (1942- ).

## Cuarto capítulo.

(1).- A partir de los años 70 del Siglo XIX fue conocida, en los círculos intelectuales europeos, la figura de la escritora y psicoanalítica, de padre francés, de madre alemana, nacida en San Petersburgo, Louise Andreas von Salomé Wilm. Más conocida como Lou Salomé. Ella fue una de las primeras en hacer público su práctica del “amor libre”. Tenía varias parejas paralelas y hasta convivía con algunos de ellos. Es celebre la relación, los viajes, que la dama mantuvo con el filósofo Friedrich Nietzsche (1844-1900) y el filósofo Paul Rée (1849-1901). Los celos del primero de los nombrados fue el motivo para que él se alejara totalmente, muy resentido, de los dos amigos. Ella terminó casándose con el segundo. Pero siguiendo en la práctica el principio rector que orientaba su vida en este nivel “El amor es hija-hijo de la libertad” (Fromm, 1978: 121)

Lou Salomé, mujer culta, conocía perfectamente ese mito bíblico llamado *Salomé*. Según los evangelios, ella fue hijastra del Rey romano Herodes (73-4). Bailarina de gran talento, conocida en el mundo masculino como “La mujer fatal”. “La virgen maldita.” Por haber pedido, se le concedió el deseo, la cabeza de Juan el Bautista en una fuente de plata.

Inspirado en esta bíblica figura, Oscar Wilde (1854-1900) escribió un drama que lleva precisamente como nombre *Salomé*. En base a ello, el músico Richard Strauss (1854-1949) compuso una Ópera con ese motivo y con ese nombre.

Lou Salomé, además de conocer la producción sobre el mito, no llegó tan lejos como en la historia bíblica. Pero para Nietzsche debe haber significado, en alguna forma, Salomé “La mujer fatal”, “La virgen maldita”. Después de esta relación, el autor de *Más allá del bien y del mal* nunca más tuvo contacto con la mencionada dama y hasta terminó odiando a todas las mujeres. Algunas veces parece, sólo parece, que la historia se repite, debe haberse sentido, en alguna forma el filósofo, algo parecido a Juan el Bautista.

(2).-En el libro, ya mencionado, titulado *La ciudadanía mundial* (2014) hemos desarrollado, con alguna amplitud y profundidad, el concepto de Identidad. Desde la lógica y la filosofía, pasando por la historia y la teología, terminando en el plano étnico-cultural.

(3).- La importancia de los individuos en la historia tiene dos caras. En principio, parecen ellos concentrar los intereses histórico-políticos de los pueblos en determinadas épocas. Con su acción permiten el avance de las sociedades y de la historia. El otro aspecto, su poder es muy grande, en muchos casos terminan siendo motivo de culto. El problema se acrecienta más cuando son detenidos o mueren. Allí se observa el gran vacío que es muy difícil de llenar. Lo último es la razón de que muchos teóricos vienen planteando *La teoría de las direcciones colectivas*. Se piensa que de esa manera se irá democratizando el Poder. Los cultos

personales disminuirán. La horizontalidad ganará terreno sobre la verticalidad en la gobernabilidad.

(4).- Sobre este personaje se han tejido una serie de chismes, rumores. Se ha dicho que era un Monje loco y malvado, que tenía poderes sobrenaturales, que fue un gran hipnotizador, que subyugó el corazón de la Zarina, etc. Ante este cúmulo de calificativos sobre Rasputín, el funcionario, muchas veces aquí citado, se pregunta: “¿Quién era Rasputín? Un labrador ruso, sencillo y completamente inculto, dotado de gran inteligencia natural”. (Wassiliew, 1966: 82)

En la página siguiente ahonda más sobre el supuesto poder del personaje: “Las particularidades de la llamada alta política caían muy lejos de su radio intelectual, y no comprendía en modo alguno qué se proponían los diferentes partidos, las fracciones de la Duma y los periódicos. Su principio político consistía sencillamente en tranquilizar por todos los medios a los enemigos del zar.” (Wasseleiw, 1966: 83)

Luego, el funcionario menciona su consigna, la que no pasa de ser un razonamiento elemental: “Su opinión sobre el extremo no la adornaba, al contrario que muchos políticos, con lenguaje florido, sino que decía sencillamente: ‘Hay que dar de comer al pueblo, y entonces estará tranquilo’” (Wasseleiw, 1966: 84)

Finalmente, el citado dice: “Los chismes de la sociedad eran, sin embargo, más fuertes que toda sensata reflexión. Así aconteció que en poco tiempo creyó toda Rusia en la omnipotencia de Rasputín, y se ha hablado de esto como de un hecho evidente, tanto en los salones y restaurantes como en los cuarteles, cocinas y aposentos de la servidumbre. Los revolucionarios lo utilizaban, naturalmente, para sublevar a la población contra un sistema por el cual Rusia era regida por un Monje sucio.” (Wasseliew, 1966: 86).

## Quinto capítulo.

(1).- Friedrich Nietzsche tomó el nombre de este profeta, también se le llama Zaratustra, y puso como título al libro más conocido de él. *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*, fue publicado en el año 1883.

(2).- En esta ciudad se desarrolla gran parte de la temática de la novela *El médico* del autor estadounidense Noah Gordon (1926- ). Ella tiene en el aspirante a médico, después médico, Rob Cole, como personaje central. Mucha gente en Occidente, en estas últimas décadas, sabe de la existencia de esta metrópoli por el escrito y la película que se ha hecho en base a ella.

(3).- Lo narrado en la novela de los estadounidenses Betty Mahmoody (1945-) y William Hoffer (1943-), titulada *No, sin mi hija*, tiene algo de base real. La verdad

es que, mayormente, es una exageración, la que fue muy útil para la propaganda político-ideológica de Occidente en una coyuntura determinada en contra de Irán.

(4).- Johann Wolfgang Goethe (1749-1832), en su drama *Fausto*, sintetiza la importancia de la práctica por sobre la teoría, cuando pone en boca de Mefistófeles estas ideas: “Mi fiel amigo, toda teoría es tan seca como verde y lozano es el árbol de la vida.” (Goethe, 1985: 76)

(5).- En otras partes del mundo se ha dado esta experiencia. El más ilustrativo fue Centroamérica entre los años 70 hasta los 90 del siglo pasado. Allí los seguidores de La teología de la liberación se dieron la mano con organizaciones marxistas para hacer lucha armada.

(6).- Esta conducta de los Partidos Comunistas, pro soviéticos, ha sido frecuente en muchos países del mundo. Organizaciones que no obedecían a su control eran tildados de agentes de la CIA. Con ese adjetivo saldaban las diferencias ideológico-políticas.

(7).- La politóloga Eleonora Roldán Mendivil (1988- ) trabaja una tesis de maestría, en ciencias políticas, que se titula *Posibilidades y límites de crítica. La revolución iraní, Foucault y la izquierda*.

(8).- Siendo este país la tercera economía capitalista más grande del mundo, se le llama el motor económico de Europa, según los datos oficiales del año 2015, cerca de 14 millones de alemanes viven en condición de pobreza. Es decir por debajo de los 925 euros mensuales considerado como la barrera mínima. De ellos, cerca de 4 millones es gente jubilada. Esto demuestra que el capitalismo, por más desarrollado y humano que se presente, no es solución para los principales males de la sociedad.

(9).- Irán, como queda dicho, significa literalmente país de los arios. Sobre los orígenes, hay mucha especulación y poca fundamentación científica. Se sostiene que vinieron a esta región desde la provincia de Ariana, existente hasta hoy en el Norte de la India. De allí lo de indo-arios. De ser verdad, lo cierto es que fueron grupos mezclados, en su desarrollo se volvieron a re-mezclar, hasta llegar a la actualidad, que es una sociedad mestiza como todas las del mundo. Finalmente los términos lingüísticos no siempre expresan contenidos. Muchas veces llegan al absurdo, consecuencia de los intereses de los especialistas y los colectivos, y lo repiten sin mayor sentido o reflexión.



- De Balzac, Honoré Ilusiones perdidas. Editorial de arte y cultura (La Habana) 1976.
- Deborin, Abram Ensayos sobre el pensamiento político social en Alemania. Editorial Pueblos Unidos (Montevideo) 1968.
- Dostoievski, Fedor Los demonios. Alianza editorial (Madrid) 1984.
- Dostoievski, Fedor El idiota. Instituto cubano del libro (La Habana) 1971.
- Fest, Joachim Hitler. Una biografía. Planeta S.A. (Barcelona) 2005.
- Freud, Sigmund El malestar de la cultura. Alianza Editorial (Madrid) 2015.
- Fukayama, Franz El fin de la historia y el último hombre. Editorial Planeta S.A (Barcelona) 1994.
- Ford, Henry El judío internacional. Editorial Mateu (Barcelona) 1961.
- Fromm, Erich El arte de amar. Editorial Lozada (Buenos Aires) 1978.
- Frisch, Max. Yo no soy Stiller. Editorial Seix Barral (Barcelona) 1990.
- Gibran, Kahlil El loco. Edimat libros (Madrid) 2001.
- Goethe, Johann Wolfgang Fausto. Editorial Adaf. S.A (Madrid) 1985.
- Goethe, Johann Wolfgang Diarios y anales. II. Aguilar S.A. Ediciones (Barcelona) 1985.

- Grabbe, Christian Hannibal. Meisel Verlag (Berlin) 2012.
- Habermas, Jürgen El discurso filosófico de la modernidad. Suhrkamp Verlag (Frankfurt/ Main) 1985.
- Hall, Stuardt Sin garantías. Tarea Asociación Gráfica Educativa (Lima) 2010.
- Heidegger, Martin Brief über den Humanismus. Vittorio Klostermann (Frankfurt) 1976.
- Hegel, G.W.F. Fundamentos de la filosofía del derecho. Prodhufi S.A. (Madrid) 1993.
- Hegel, G.W.F. Lecciones de filosofía de la historia. Promociones y Publicaciones Universitarias S.A (Barcelona) 1989.
- Heine, Heinrich Poemas. Editorial Lumen (Barcelona) 1981.
- Hesse, Hermann. El lobo estepario. Alianza Editorial (Madrid) 1998.
- Hitler, Adolfo. Mi lucha. Editorial Solar (Bogotá) 2013.
- Hugo, Víctor Noventa y tres. Editorial de Arte y Literatura (La Habana) 1975.
- Homero Odisea. Espasa Calpe (Madrid) 1995.
- Joyce, James Ulises. Editorial Planeta S.A (Barcelona) 1996.

- Kant, Immanuel. Fundamentos de la metafísica moderna. Alianza Editorial. (Madrid) 2006.
- Mann, Heinrich Por una cultura democrática. Pre Textos (Valencia) 1996).
- Mann, Thomas Hermano Hitler y otros escritos sobre la cuestión judía. Global RHYTHM PRESS (Barcelona) 2006.
- Mann, Thomas Consideraciones de un apolítico. Capitán libros, S.L (Madrid) 2011.
- Mann, Klaus Mefisto. Romanya Valls, S.A. (Barcelona) 1995.
- Marcuse, Herbert Razón y Revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social. Alianza Editorial (Madrid) 2010.
- Manrique, Jorge Poesía completa. Editorial Espasa Calpe. S.A (Madrid) 1999.
- Mariátegui, José Carlos La escena contemporánea. Editorial Amauta (Lima) 1976.
- Mariátegui, José Carlos El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy. Editorial Amauta (Lima) 1970.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich Obras escogidas. Editorial Progreso (Moscú) 1970.
- Marx, Karl La sagrada familia. Editorial Grijalbo (México) 1987.





- Roldán, Julio Weimar. Tres momentos en el desarrollo político-filosófico en Alemania. Tectum Verlag (Marburg) 2015.
- Tácito, Cornelio Agrícola. Germania. Diálogo sobre los oradores, Editorial Gredos (Madrid) 1988.
- Sarrazin, Thilo Deutschland schafft sich ab. Deutsche Verlags-Anstalt (Frankfurt) 2010.
- Sartre, Jean-Paul Situaciones dos. ¿Qué es la literatura? Editorial Losada (Buenos Aires) 1990.
- Sartre, Jean-Paul El hombre y las cosas. Editorial Lozada S.A (Buenos Aires) 1960.
- Schiller, Friedrich Wilhelm Tell. Instituto colombiano de cultura. (Bogotá) 1973.
- Schiller, Friedrich Los ladrones. Ediciones cátedra (Madrid) 2006.
- Schiller, Friedrich El delincuente por culpa del honor. Global. RHYTHN PRESS S.L (Barcelona), 2006.
- Sebreli, Juan José El asedio a la modernidad. Editorial Ariel (Barcelona) 1992.
- Sebreli, Juan José Las aventuras de la vanguardia. Editorial Sudamericana (Buenos Aires) 2000.
- Semprún, Jorge Adiós, Luz de veranos. Turquets Editores S.A. (Barcelona) 1998.





En cuanto a la temática del libro, los tres primeros capítulos están dedicados a analizar y comprender algunos acápites de la generosa vida, pasada y presente, del país donde reside el autor: Alemania. Los dos capítulos restantes, si bien es verdad que tienen vinculación con los anteriores, en general trascienden a este país. El quinto y último capítulo va más allá del continente europeo.

Julio Roldán (1952-) es sociólogo, Doctor en filosofía por la Universidad de Bremen. Roldán fue docente en varias universidades en el Perú y en Alemania. Ha publicado trabajos de investigación de carácter histórico-político y filosófico como: *Perú: Mito y realidad* (1986), *Gonzalo, el mito*. (1990), *Vargas Llosa entre el mito y la realidad* (2000), *Las dos caras del continente americano y otros ensayos* (2002), *América Latina. Democracia y transición a comienzos del tercer milenio* (2005)), *Latinoamérica. La mentalidad colonial y otros ensayos* (2010), *La ciudadanía mundial* (2014), *Weimar. Tres momentos en el desarrollo político-filosófico en Alemania* (2015). Roldán nació en Perú y vive desde el año 1993 en Alemania-Hamburgo, en condición de asilado político.